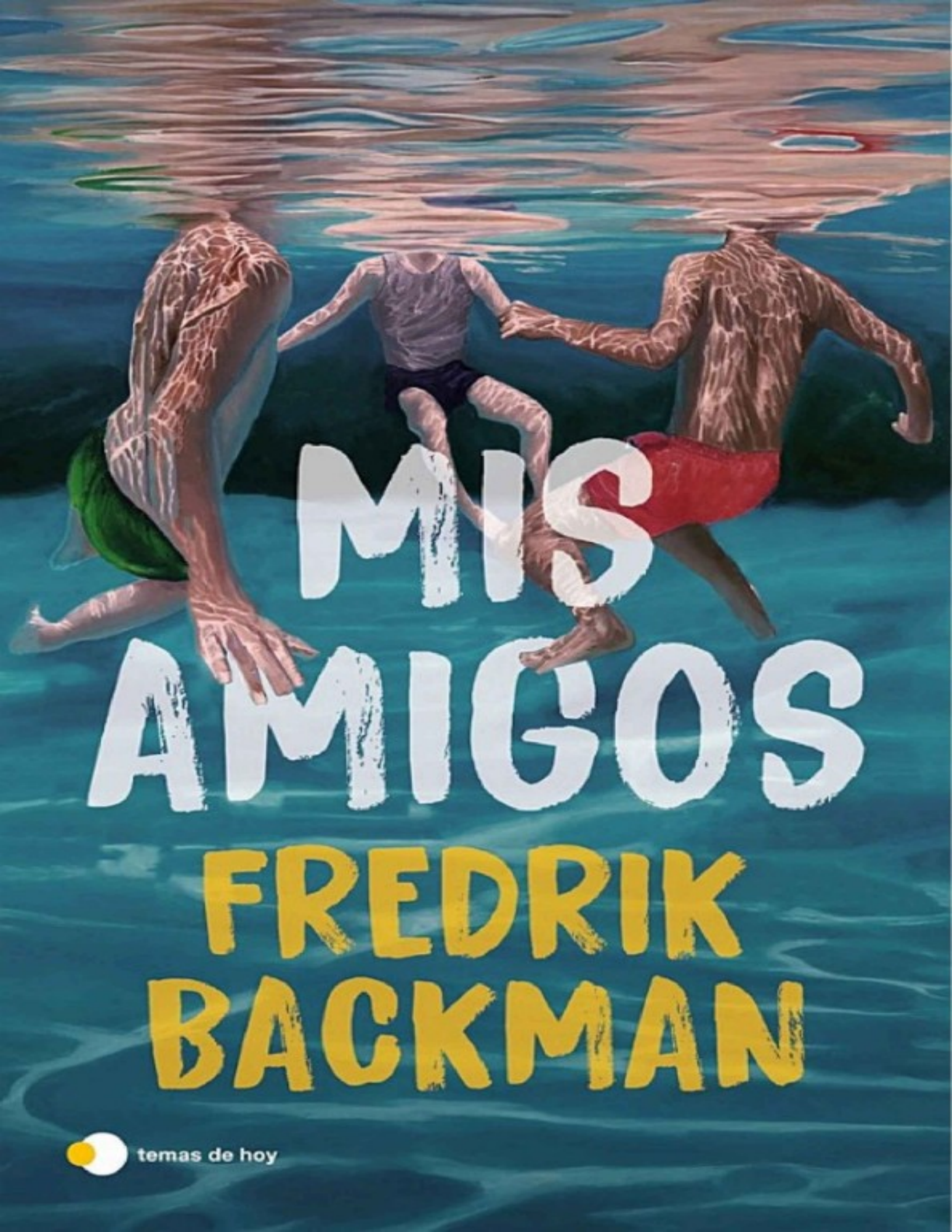
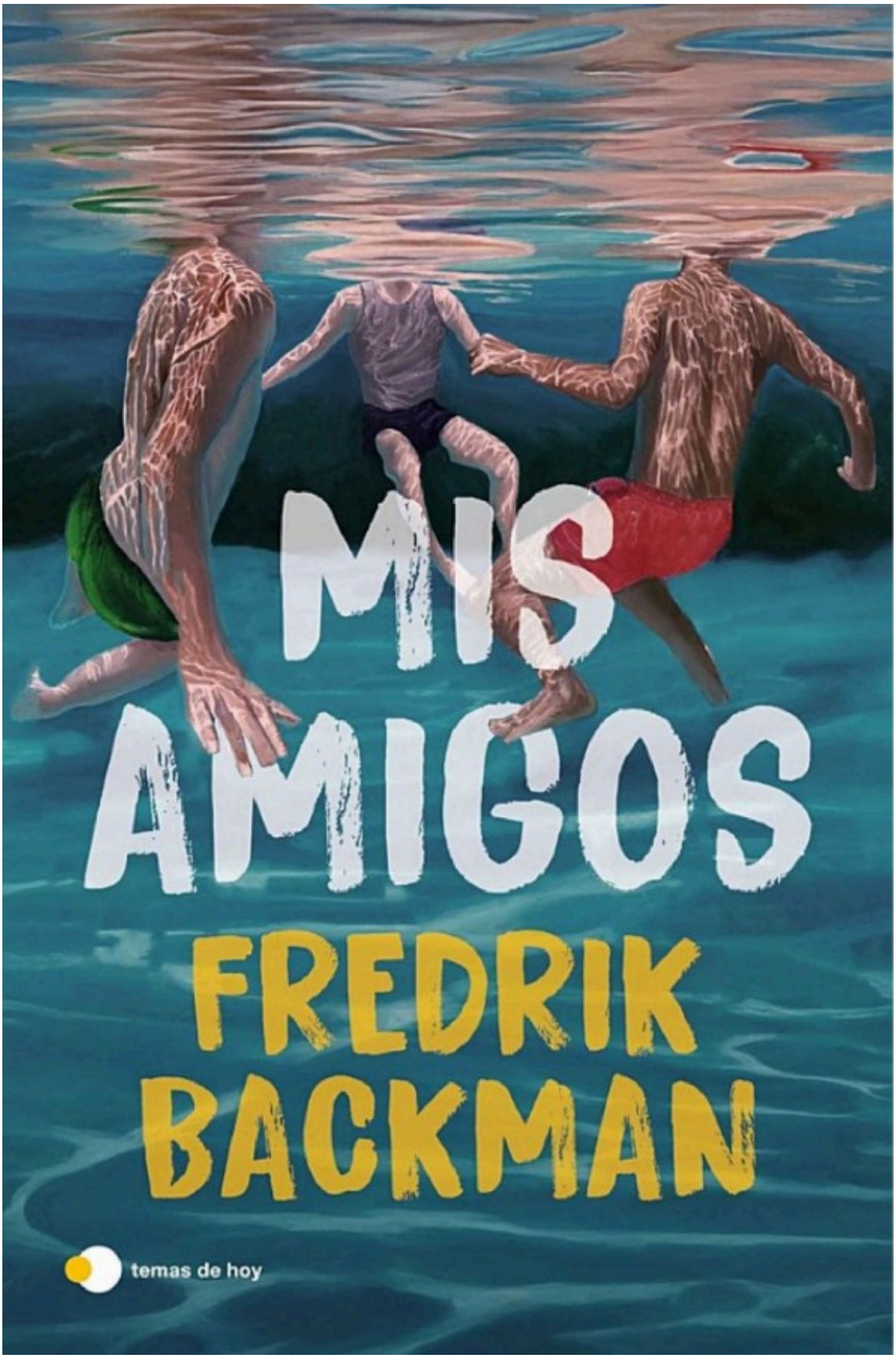

MIS
AMIGOS
FREDRIK
BACKMAN
temas de hoy


MIS AMIGOS
FREDRIK BACKMAN
temas de hoy

Portadilla

FREDRIK BACKMAN

MIS AMIGOS Traducción de Noelia González Barrancos 3 temas de hoy

Dedicatoria

A cualquier joven que desee crear algo: Hazlo.

Cita

El mundo es muchas veces ingrato con los nuevos talentos y creaciones. Lo nuevo necesita amigos.

ANTON EGO

UNO

Louisa es adolescente o, lo que es lo mismo, la mejor clase de humano. Para demostrarlo, basta con esta sencilla evidencia: los niños piensan que los adolescentes son los mejores humanos y los adolescentes piensan que los adolescentes son los mejores humanos; los únicos que no consideran a los adolescentes los mejores humanos son los adultos, lo cual se debe, sin duda, a que ellos son la peor clase de humano.

Quedan muy pocos días para la Pascua. Dentro de un rato, echarán a Louisa de una subasta de arte por vandalizar un cuadro bastante valioso. Unas señoras vetustas chillarán y acudirá la policía y, en realidad, nada de eso será parte del plan. No es por presumir, pero el plan de Louisa era perfecto, así que no se le puede echar la culpa al plan si luego ella no lo sigue a rajatabla; porque a veces Louisa es una genia, pero otras veces no, y el problema es que la genia y la no-genia comparten cerebro. Pero ¿el plan? Era perfecto.

Una subasta es un lugar al que acude gente rica de remate a comprar arte caro hasta rayar el absurdo, por eso los adolescentes no son bienvenidos, sobre todo los que llevan la mochila repleta de pintura en espray. Los adultos ricachones han visto demasiadas noticias sobre «activistas» que se cuelan y vandalizan cuadros famosos, y por eso protegen la entrada con vigilantes que pesan

ciento cuarenta kilos con cero gramos de sentido del humor. El tipo de vigilantes con tanto músculo que hasta tienen alguno sin nombre científico porque cuando se hablaba latín no existían idiotas tan descomunales. En cualquier caso, eso no debería haber sido ningún contratiempo porque el plan era que Louisa se colara sin que los vigilantes lo advirtieran. La única pega que se le podría poner al plan es que la persona que tenía que ejecutarlo era Louisa. Es de justicia decir que la cosa empezó bien, ya que el edificio que albergaba la subasta era una antigua iglesia. Eso lo sabemos porque los ricachones que asistieron no dejaban de decir: «¿Tú sabías que esto antes era una iglesia?». A los ricos les encanta recordarse los unos a los otros lo cochinamente ricos que son. Tanto que hasta pueden comprar las cosas de Dios.

Dentro de un par de días, cuando llegue la Pascua, ninguno de los presentes le dedicará el más mínimo pensamiento a Dios, claro, porque ya no tendrá nada interesante que venderles. En cualquier caso, lo verdadera y rematadamente increíble de Dios es que entiende las necesidades de las personas, por eso siempre hay lavabos en las iglesias, y por una de sus ventanas pudo colarse Louisa siguiendo a pies juntillas el plan. Su amiga Pez le había enseñado a hacerlo. Pez es la mejor en todo. Por ejemplo: se le da de maravilla perderse en cualquier lugar y que se la cuelen en general, pero en lo que es una verdadera hacha es en colarse en todos los lugares sin que la pillen. En cuanto a Louisa, casi todo se le da mal, aunque es buena en estar cabreada. No es por presumir, pero es la número uno en eso. Y una cosa que le cabrea especialmente es que haya ricachones que compran arte, porque los ricos son la peor clase de adulto y no hay peor manera de vandalizar el arte que ponerle un puñetero precio al lado. Por eso los adultos

ricachones odian las cosas que Louisa pinta en las paredes de los edificios, no porque amen las paredes, sino porque odian que haya cosas bonitas gratis.

Así pues, Louisa se coló por la ventana con una mochila repleta de espráis de pintura y un plan perfecto. Tras aterrizar en el suelo del lavabo se detuvo un segundo para pintar en la pared un retrato hiperrealista de los vigilantes. Una artista más superficial quizá hubiera optado por representarlos como toros, dado que tenían el cuello tan grueso que era imposible discernir dónde empezaba la cabeza; pero Louisa jamás haría nada por el estilo porque ella ve el interior de las personas, de manera que los pintó como si fueran medusas, porque las medusas no tienen agallas ni cerebro.

Cuando terminó, se puso una camisa blanca de vestir y se sumó a la muchedumbre.

Hay que decir que Louisa desprecia muchas cosas de sí misma, sobre todo, su altura y su peso. De entre todo lo que anhelaba cuando era niña, puede que ser más menuda estuviera en primer lugar. De su cuerpo no le gusta que sea tan excesivo, ni de su voz que sea tan grave, ni de su cerebro que le ordene hablar siempre que se pone nerviosa. Pero lo que menos le gusta es su corazón, porque siempre está nervioso. ¡Vaya un corazón más bobo!

Con todo esto en mente, resulta de lo más lógico pensar que alguien tiene que haberse percatado de su presencia en el mismísimo momento en que ha puesto un pie en la antigua iglesia, pero hay que entender una cosa: los adultos ricachones rara vez reparan en algo más allá de los espejos. De todas las paredes cuelgan cuadros caros; todas las obras de arte tienen al lado otra obra de arte más magnífica todavía y, aun así, la sala está hasta los topes de gente que se afana por ver en el reflejo de su copa de

champán si el peinado que lleva le favorece. Hay un grupito de señoras dicharacheras haciendo fotos, pero no de los cuadros, sino de sí mismas. Una camarilla de señores serios conversa sobre sus cuadros favoritos, pero no por su valor artístico, sino como inversiones, como si hablaran de billetes con marco. Luego cambian de tema y pasan al golf, y las señoras sueltan una sonora risotada por algún comentario de lo más fantástico, porque todo en sus vidas es lo más, todo el mundo es maravilloso y ¿acaso no es asombroso que este edificio sea una antigua iglesia? Ni que decir tiene que ninguna osa decir ni mu sobre los cuadros que cuelgan de las paredes, las horroriza la idea de meter la pata sin querer; más vale que otro opine primero y así sabrán qué les puede gustar y qué no. Una de las señoras regresa del baño con cara de espanto porque alguien ha dibujado un grafiti en la pared, la pintura desprendía mucho olor y ahora la mujer tiene jaqueca.

—¿Un grafiti? ¡Qué horror! ¡Menudo gamberro!—exclama una de las señoras.

—Oye... ¿Tú crees que el grafiti forma parte de la exposición? ¿Tú crees que es... arte?—musita otra.

Entonces cunde el pánico por el grupito como se extiende el pipí por una tienda de campaña: ¿y si se equivocan? Las señoras se acercan raudas a la camarilla de señores que hablan de golf para consultarles si el grafiti es arte, a lo que uno responde: «¿Tiene precio?».

Al oírlo, las señoras sacuden la cabeza y se echan a reír. Sin precio no es arte. ¡Qué alivio! Los señores señalan las paredes y retoman lo de las inversiones. Cuando hablan de la mejor que hay en toda la iglesia, apuntan con el dedo a uno de los cuadros y

exclaman: «¡El del mar!», como si la obra no fuera más que eso: muy cara y azul.

¿Cabreada? Louisa no se figura cómo podría no estarlo.

Serpenteando entre los señores y las señoras circulan camareros ataviados con camisa blanca que sirven hors d'oeuvre, porque a los ricachones les encanta la comida diminuta. Todo ha de ser grande salvo los impuestos y los sándwiches. Nadie mira a los camareros a los ojos, los empleados significan tan poco para los adultos ricachones que estos ni siquiera reaccionan ante el hecho de que uno lleve colgada una mochila.

Louisa se mueve con ligereza entre la multitud; si siempre te has sentido excesivamente grande te vuelves un hacha en no estorbar, así que el pánico no se apodera de ella hasta que el cuadro no entra en su campo visual. Entonces la colma una felicidad tan grande que cree que todo el mundo debe de estar oyendo los latidos de su corazón bobo, pero nadie reacciona. En realidad, no puede decirse que sea raro, ya que, si eres adulto, no recuerdas cómo suena el corazón.

El del mar es obra del artista de fama mundial C. Jat. Es el cuadro más caro de toda la subasta, así que todos lo quieren; no por lo que es, sino por la historia que hay detrás. Se dice que es el primer cuadro de C. Jat, que lo pintó cuando tenía catorce años, un prodigio. Así comenzó su carrera, pero a los señores que hablan de golf eso les trae sin cuidado, y les explican con entusiasmo a las señoras que beben champán que el cuadro es, sobre todo, «una muy buena inversión» por todos los rumores que lo rodean. Porque dicen los diarios que el artista es drogadicto, que está tan mal que ya ni siquiera sale de casa, así que, si el comprador tiene suerte, a lo mejor se muere. ¡Imagina lo que valdrá el cuadro entonces!

Todos se echan a reír. Louisa aprieta los puños.

El cuadro ya es caro. Es tan caro, de hecho, que han colocado delante de él un cordón de terciopelo. Es tan fantásticamente especial que, si una persona pobre le respira encima sin querer, a lo mejor el cuadro se ofende. De pie, apostada junto al cordón, hay una señora vetusta y menuda cubierta de diamantes y cara de infelicidad total. En su defensa hay que decir que es muy probable que su cara no pueda ser de otra manera, ya que se ha sometido a tantas operaciones de cirugía plástica que parece una zapatilla con los cordones demasiado apretados.

—Aquí está El del mar—le dice entre dientes a su esposo, decepcionada, pues el cuadro es más pequeño de lo que había imaginado. Alo mejor la pobre vislumbraba el mar más grande.

Su esposo, un señor vetusto con un reloj del tamaño de una tortuga adulta y pantalones tan apretados que parece que el trasero tiene trasero propio, ni siquiera mira el cuadro, se limita a leer el letrero junto a la pintura con el precio de subasta estimado. Parece feliz: no todo el mundo puede permitirse comprar un cuadro como ese, lo cual significa que el señor vetusto no es todo el mundo. La señora dice que es una pena que no sea naranja, puesto que este año tienen muchos muebles naranjas en la casa de verano. Lo dice en un tono que sugiere que también le irrita que el helado no sepa más a encurtido o que los picaportes no se parezcan más a la ópera; como si fuera desconsiderado por parte del mundo no adaptarse a cada uno de sus deseos.

—Charles, ¿quizá podríamos ponerle un marco naranja?—sugiere, pero el señor no responde, pues tiene la boca repleta de sándwiches diminutos.

Louisa los odia a todos. A los señores que invierten y a las señoras que hacen fotografías, y a la señora vetusta que decora y al señor vetusto que consume. Los odia con toda su alma. Es importante que lo sepas porque, si no, no entenderás lo que un cuadro puede hacerle a una persona.

En la mochila, además de pintura en espray, Louisa lleva su pasaporte y una postal antigua que dice, con letra muy temblorosa: «Esto es precioso, el sol brilla todos los días. Te echo de menos, hasta pronto. Firmado: Mamá». Es importante que también sepas esto para comprender que, en el momento en que se desliza sigilosa por entre la multitud y se coloca por fin junto al cordón que cuelga delante del cuadro que los presentes piensan que trata del mar, Louisa ya no está en una antigua iglesia. Tampoco está sola. Ni siquiera cabreada, ni con su amiga Pez, que era tan buena metiéndose en los sitios pero tan mala saliendo de ellos.

En una ocasión, Pez y Louisa se colaron de noche en un estudio de tatuajes y cada una le tatuó algo a la otra. Louisa le dibujó a Pez un corazón en el brazo, el más bonito que su amiga había visto nunca. Luego Pez le tatuó a Louisa en el antebrazo una cosa verdaderamente fea, casi horrenda, porque era la mejor en casi todo, pero dibujaba fatal. Le hizo un hombre con un solo brazo encaramado a un árbol, y no había dibujo en el mundo que a Louisa le hubiera gustado más. Cuando se conocieron, en una casa de acogida donde nadie se atrevía a dormir, Pez se pasó la noche susurrándole chistes, y el que más le gustó a Louisa fue el de «¿Cómo haces bajar de un árbol a un hombre con un solo brazo? ¡Saludándolo con la mano!».

Nadie se reía de sus propios chistes como Pez, Louisa no había oído nunca un sonido mejor ni conocido a nadie mejor que ella. A

veces, Pez se colaba en alguna heladería por la noche, porque pocas cosas le gustaban más que el helado, aunque lo más habitual era que se colara en tiendas de pintura porque Louisa necesitaba espráis. Una vez se coló en una ferretería porque les hacían falta destornilladores y cientos de veces se metió en el cine por la puerta trasera para colarlas en la sesión de madrugada, porque pocas cosas le gustaban más a Louisa que las películas.

Con diecisiete años, dormían pegadas la una a la otra casi cada noche en la casa de acogida, con la ropa llena de manchas de helado y las risas de la otra en los pulmones, la cómoda trabando la puerta y un destornillador en la mano por si alguien intentaba entrar. Te acostumbras a cosas muy extrañas cuando creces sin padres, enseguida te haces de tal manera a amar a una sola persona que luego es imposible quitarte el hábito.

Louisa estaba dolida, pero el dolor de Pez era mayor. Louisa odiaba la realidad, pero Pez no la soportaba de ninguna de las maneras. Louisa probó alguna que otra droga unas cuantas veces, pero Pez no podía parar. Louisa tenía aún diecisiete cuando Pez cumplió los dieciocho y ya no podía seguir viviendo en la casa de acogida. Le prometió que todo iría bien, pero Louisa era su única persona buena y, transcurridas unas cuantas noches alejada la una de la otra, Pez conoció a personas de otra clase. Huyó de la realidad, cayó en el fondo de una botella, la engulló la neblina. Los adultos siempre creen que pueden proteger a los niños evitando que vayan a lugares peligrosos, pero los adolescentes saben que es inútil, porque los lugares más peligrosos de la tierra están en el interior. Los corazones frágiles se rompen en los palacios lo mismo que en los callejones oscuros.

Louisa lleva sola en el planeta tres semanas, que es el tiempo que ha transcurrido desde que todos los adultos mintieron y dijeron que Pez se había suicidado. No era cierto. Ningún adulto echó de menos a Pez cuando murió, nadie te echa de menos si eres huérfana y creces en diez casas de acogida diferentes, y así es muy fácil echarle la culpa a una sobredosis de pastillas. Pero Louisa sabe la verdad: a Pez la asesinó la realidad. La estranguló la claustrofobia de estar atrapada en este planeta, murió por estar triste todo el tiempo.

Es importante que sepas todas estas cosas sobre Louisa, de lo contrario no entenderás lo que puede llegar a significar un cuadro, y que hay un ritmo al que puede latir un corazón del que no te acuerdas cuando has dejado de ser joven; que hay arte de una belleza tal que puede hacer a una adolescente volverse demasiado grande como para caber en su propio cuerpo, y una felicidad tan abrumadora que se vuelve casi insoportable, como si el alma se abriera paso a través del esqueleto. Que se puede mirar un cuadro y, durante un segundo, lo que dura una respiración, olvidarte del miedo. Si lo has experimentado, sabes qué se siente. En caso contrario, puede que no haya manera de explicarlo con palabras.

Porque no es un cuadro sobre el mar. Solo un puñetero adulto pensaría que lo es.

DOS

La señora vetusta no ha reparado aún en Louisa, tal y como establece el plan. Para ser una persona que sorprende por su altura, Louisa tiene una capacidad pasmosa para ser invisible. El secreto está en saber que no significas absolutamente nada para nadie, que no vales un pimiento.

Da la casualidad de que la señora, que se siente muy importante y es, por tanto, muy visible, está ocupadísima en ese momento porque, al ver que los señores y las señoras están hablando de inversiones, empieza a rezongar.

—Mira, Charles. Ahora dejan entrar a cualquiera, hasta a los nuevos ricos ordinarios y trepas. ¡Míralos! No tienen gusto ni estilo.

Dice «nuevos ricos» como si fuera un virus terrible, porque a las personas como ella les gustan las cosas añejas y quieren muebles antiguos, vino reserva y dinero viejo. Lo único nuevo que es de su agrado son los coches deportivos y las prótesis de cadera. Cuanto más ricos son, menos cosas les gustan, hasta que llega un momento en que son tan ricos que hasta odian a otros ricos, y eso es prácticamente lo único que le gusta a Louisa de este tipo de personas.

La señora mira enfadada a su esposo.

—¿Me estás escuchando, Charles?

—Sí, sí, querida. Te estoy escuchando. Compraremos ese del mar. ¿Cómo se llama el artista? ¿C. Jat? ¿Qué clase de nombre es ese? ¿Tú crees que habrá más sándwiches de estos?

Nadie se fija en Louisa cuando abre la mochila llena de espráis. Nadie se da cuenta de que se ha agachado para pasar por debajo del cordón y de que se aproxima al cuadro. Jamás podrá explicar lo que siente al verlo. Tal vez sea lo que se siente al dar a luz, piensa ella, que te quedas sin palabras. «Te echo de menos, hasta pronto. Firmado: Mamá», dice la postal. Louisa rebusca en el fondo de la mochila.

—¡Eh, tú! ¿Se puede saber qué haces? ¡No puedes acercarte tanto al cuadro!—vocifera de pronto una voz detrás de ella.

Es la señora vetusta, que suena muy enfadada, pero cuando a alguien le han estirado tanto la piel de la cara que las mejillas le nacen de detrás de las orejas es difícil adivinar lo que siente de verdad. Podría decirse que la señora tiene el rango de emociones de la pantalla de una lámpara.

Y, en ese momento, Louisa deja de seguir el plan. No es culpa del plan, es, sencillamente, que su cerebro se llena a veces hasta los topes de genio y de no-genio obligados a cohabitar sin remedio en el mismo espacio. Así pues, Louisa se gira con los ojos llenos de lágrimas y le espeta a la señora:

—¡No es un cuadro sobre el mar!

La interpelada retrocede rápidamente dos pasos y se queda mirando a Louisa como si la estuviera atacando un mueble: ¿le está hablando a ella?

—¿Estás...? ¿Es que te has vuelto...? ¡Aléjate de ese cuadro ahora mismo!—ordena, a punto de desmayarse ante semejante descaro.

Louisa, por el contrario, permanece inmóvil y tranquila al otro lado del cordón, apartando las lágrimas a golpe de parpadeo.

—No es un cuadro sobre el mar, nueva rica ordinaria y trepa—masculla.

A la señora le sube por la garganta una ira tal que casi se atraganta. Agarra a su marido con tanta fuerza que a este se le atraviesa el sándwich diminuto que se está comiendo y por poco no se ahoga también.

—¡Chaaaaaarles!—aúlla la señora mientras el señor vetusto farfulla escupiendo migajas de pan que aterrizan sobre los diamantes de su esposa. Señala furioso la camisa blanca de Louisa, como si se creyera capaz de disparar llamaradas con su dedo índice y aterrorizar al instante a todo cuanto le rodea.

—;¡Eh, tú! ¡Quieta ahí! ¡Quiero hablar con tu jefe!—ordena.

Para espanto del señor, se da la circunstancia de que Louisa no les tiene miedo a los dedos índices porque no es el botón de un ascensor, así que la joven se limita a responder sin perder la calma.

—No trabajo aquí.

Acto seguido, revuelve el fondo de la mochila hasta que da con lo que anda buscando. Un boli de punta fina de color rojo.

—Entonces ¡quiero hablar con tus PADRES!—exige el señor vetusto, ligeramente indignado, mientras busca con la mirada a quienes posiblemente se está imaginando como dos chimpancés que sujetan al revés un folleto informativo sobre prevención del embarazo.

Es entonces cuando la señora advierte la mochila de Louisa y entiende lo que ocurre, pues sabe de sobra qué significan los jóvenes y sus mochilas.

—;¡Charles! ¡Lleva espráis en la mochila! ¡Es una activista de esas! ¡Llama al vigilante, Charles! ¡Va a destrozar el cuadro!

—Mira quién habla, la señora que quiere colgarlo en su horripilante casa de verano...—murmura Louisa antes de darse media vuelta y, con su bolígrafo fino, dibujar un pez diminuto en la pared, justo a la derecha del cuadro.

Ese no era el plan. Se suponía que se limitaría a contemplar la pintura. Creía que con eso bastaría. Su cerebro no tiene la culpa de que una parte de su corazón desee de pronto hacerle saber al cuadro que ha estado allí. Que Pez y ella han estado allí. ¡Vaya un corazón más bobo!

La señora grita, presa del pánico, y el señor vetusto sale a toda prisa en busca del vigilante. En cualquier caso, ha sido un detalle muy bonito eso que ha dicho, decide Louisa. Lo de pensar que tiene padres.

«Hasta pronto. Firmado: Mamá», dice la postal de su mochila. En la parte delantera hay una foto del cuadro de fama mundial del artista C. Jat. Desde que tiene memoria, Louisa ha querido verlo en persona, solía hablar de ello a todas horas con Pez, de que algún día estarían allí las dos juntas. Y ahora ¿qué? Pues que no es capaz de explicar lo que siente. A veces, cuando Pez y ella se colaban en el cine a ver alguna película donde las mujeres trataban de explicar lo que se siente al ser madre, daban siempre la sensación de sentirse igual de abrumadas y sin palabras. ¿Tener un hijo? Una decía que era un tsunami invisible que te golpea con tanta fuerza que te corta la respiración y nunca te recuperas.

Te pasas el resto de tu vida jadeando, señalaba otra, porque es un amor tan inmenso que te arrebata el aire de los pulmones. Los demás piensan que eres la misma persona, apuntaba una tercera,

pero a ti eso te parece incomprensible porque hay un antes y un después bien marcado. Eres una persona completamente nueva.

Louisa piensa que esa es la sensación que le provoca el cuadro. Pero es un bonito detalle, decide, que la señora vetusta haya creído que Louisa iba a destrozarlo. Como si algo hubiera podido detenerla en ese caso.

Señora, piensa Louisa, si hubiera querido destrozar el cuadro, el edificio entero no sería más que cenizas ahora mismo. Soy la mar de buena destruyendo cosas, señora. Todas las personas que quiero se mueren.

El vigilante se aproxima corriendo o, al menos, trotando pesadamente, ya que es un cuerpo de ciento cuarenta kilos con una cabeza diminuta y furiosa acoplada encima. Louisa agarra con fuerza el bolígrafo rojo.

No soporta que la toque un adulto, es lo que tiene no haber conocido a ninguno en quien se pueda confiar. Su padre desapareció antes de que ella naciera; no quería ser padre, y Louisa se pregunta si tal vez su mamá sí quiso ser madre, al menos durante un instante. Si había sentido el tsunami al nacer ella. «Te echo de menos», decía la postal, con su horrible letra. Lo único que recuerda de su madre es su voz cantándole una nana. Venían de otro país del que Louisa no recordaba nada. No había llegado a descubrir qué dejaron atrás, pero seguro que nada bueno si este sitio era mejor. Cuando tenía cinco años, su mamá la dejó con unos vecinos. Salió y no volvió. La policía la estuvo buscando unos meses, pero se le daba demasiado bien ser invisible, y eso es probablemente lo único que su hija había heredado de ella. El tiempo es un concepto extraño cuando te han abandonado. Si tienes cinco años cuando te deja tu madre, ese abandono no ocurre en un día concreto, sino todos los días. Jamás

deja de ocurrir. Louisa creció en casas de acogida. Solo hablaba el idioma materno y, cuando trataba de imitar las lenguas de los demás niños de acogida, se reían de ella o algo peor. Después de eso, permaneció en silencio mucho tiempo. Recuerda que le costaba dormir en esas casas porque siempre había algo golpeando las paredes: un plato aquí, un vaso allá, una persona acullá, a veces otra y a veces ella. Ningún lugar duraba mucho, tuvo que mudarse en varias ocasiones; algunas casas daban grima, otras daban miedo y aún las había que eran peligrosas. Solo en una conoció la belleza.

Tenía seis años entonces y ni que decir tiene que esa casa en particular estaba llena de gente vociferante y temores silenciosos como todas las demás, pero había una nevera en una esquina de la cocina cubierta con postales de obras de arte famosas. Era su paraíso. Nunca descubrió quién había comprado las postales y las había dejado allí, pero es probable que fuese alguien como ella, una persona que había pasado por la casa y quería decirles a los niños que llegaran después que había un mundo diferente fuera. El arte es empatía.

Una de las postales era de un cuadro del mar que no es un cuadro del mar. Esa fue la primera vez que Louisa robó algo, la primera cosa bella que tocó en su vida. Un día, años más tarde, llegó a una casa de acogida donde alguien reía, y ese alguien resultó ser Pez. Conectaron al instante. Dormían tan pegadas la una a la otra cada noche, destornillador en mano, que, si Louisa despertaba y sentía un corazón latiendo en el pecho, no sabía si era el suyo o el de Pez, quien a su vez le enseñó a entender todos los idiomas que hablaban los demás niños de la casa, sobre todo las palabrotas, por supuesto, porque a la hora de decir palabrotas Pez era una auténtica cosmopolita. Sin embargo, Louisa no aprendió a hablar inglés como

las estrellas de las películas americanas hasta que Pez empezó a colarlas en el cine. De noche se tumbaba al lado de su amiga y le susurraba escenas enteras de los grandes romances del celuloide. Aun así, había un montón de palabras de todas las lenguas que no entendía. Un día, poco tiempo después, la policía llamó a la puerta para decir que habían encontrado a su mamá.

El cerebro de un niño es peculiar, lo interpreta todo a su manera. Louisa llevaba toda su vida soñando con ese momento, pero el agente le estaba diciendo unas cosas incomprensibles. Pez tuvo que explicárselas: «Informar a los parientes» significa contárselo a los seres queridos. Ah, conque Louisa era la pariente. «Fallecida» significa muerta. «Abuso de sustancias» significa que su madre había bebido hasta matarse. Se había ahogado desde dentro. Un cerebro infantil es tan imaginativo que Louisa oyó aquello pero no le cogió miedo al alcohol, sino tan solo una aprensión terrible a nadar.

La siguiente vez que fueron al cine vieron una película muy antigua porque Pez sabía que esas eran las que más le gustaban a Louisa. En ella, una cantante famosa interpretaba el papel principal. Había una escena en que le cantaba una nana a una niña y Louisa la reconoció de pronto: no era la voz de su mamá la que recordaba, sino esa escena. Su madre había dejado a la niña con apenas cinco años tantas horas sin más compañía que la tele que al final Louisa no sabía de quién era la voz, si de la madre o de la actriz de las películas antiguas. Lloró al darse cuenta de que no tenía recuerdos, pero Pez se sentó a su lado y le dijo: «A la mierda, ¿con qué derecho va a ser tu estúpido cerebro el que decide qué ha ocurrido y qué no? ¡Puedes quedarte con ese recuerdo si te da la gana! ¡Es tuyo!».

Así pues, Louisa se lo quedó. La imaginación es la única arma de un niño. En la otra cara de la postal del cuadro, Louisa escribió un mensaje, el que a ella le hubiera gustado, como si hubiera sido una hija buscada y querida: «Hasta pronto. Firmado: Mamá».

La guardó en la mochila y pensó que algún día Pez y ella verían el cuadro en persona y quizá entonces sería como cuando los superhéroes descubren sus poderes. Si alguna vez llegaba hasta el mar, tal vez no le tendría miedo a nadar. Se imaginó que sería como en los cuentos de hadas y que, de algún modo mágico, todo tendría un final feliz.

No sucederá.

Pero es así cómo comienza su aventura.

TRES

Así que echan a Louisa. En realidad, no es algo que suceda a menudo porque, por lo general, cuando se expulsa a alguien de un sitio lo que pasa es que se acompaña a la persona hasta la salida, o puede que se la lleve a rastras hasta la calle. Pero Louisa no es como la mayoría de las personas, de manera que sale de la iglesia volando.

Justo antes de que se produzca la expulsión, Louisa pinta a un vigilante, lo cual no significa que lo pinte en la pared, sino que lo hace en el propio vigilante. Desafortunadamente, el hombre no parece la clase de persona que aprecia este tipo de simbolismo, claro, por lo que se abalanza hacia ella con el mismo cabreo que un jabalí al que le acabaran de introducir un supositorio de jalapeño, agarrándola con tanta fuerza que Louisa grita y, en menos que canta un gallo, el hombretón hace lo propio.

Porque a Louisa no le gusta lo más mínimo que la toque un adulto, de manera que, presa del pánico, pinta al vigilante. En su defensa hay que decir que lo hace en defensa propia, ya que lo único que tiene a mano es el bolígrafo que ha usado para escribir en la pared y que ahora le clava en el antebrazo al vigilante. El alarido del susodicho es apabullante, un grito entre el de un niño de cinco años que se ha caído de un columpio y el de una cantante de ópera

que se encuentra una serpiente en el coche. No da para nada la sensación de que el hombre aprecie la ironía de que el bolígrafo sea de color rojo y que su brazo esté cubierto con la clase de palabras tatuadas molonas que les encantan a los vigilantes, por lo que ahora parece que un profesor furioso ha descubierto que una de las mentadas palabras tiene faltas de ortografía. El tipo intenta, con sus ciento cuarenta kilos y cero gramos de diversión, agarrar a Louisa de nuevo, pero ella se aparta de un salto y saca lo primero que encuentra en la mochila: un espray. Resulta que es blanco y resulta que el vigilante va vestido de negro, así que, después de que Louisa lo pinte de la cabeza a los pies, el hombre tiene el aspecto de una carretera muy enfadada.

Cuando por fin logra agarrar a Louisa con fuerza de los brazos y levantarla por los aires a ella y a su mochila, la brutalidad es tan repentina que parece que a la joven se le quiebran las clavículas como si fueran cerillas, aunque no es eso lo que la asusta; lo que de verdad la aterra es que el tipo le grita a otro vigilante: «¡LLAMA A LA POLICÍA)», y es que Louisa teme más a la poli que a la violencia. Por lo tanto, cuando el vigilante se la lleva asida con fuerza hacia la salida, ella hace lo que todo hijo de vecino haría en semejante situación: morderle una oreja.

En ese momento se encuentran junto a la puerta y el muy llorón, con sus ciento cuarenta kilos, suelta un bramido y lanza a Louisa y su mochila con tanta fuerza que ambas salen volando hasta aterrizar al otro lado de la acera, como si el edificio hubiera escupido una semilla de sandía.

Lo último que oye Louisa es a la señora vetusta gimoteando dentro.

—Lo habéis visto, ¿no? Intentaba destrozar la pintura. Lo he dicho en cuanto he visto la mochila, que es una activista de esas. ¡Solo quieren destrozar cosas! ¡Como unas cucarachas asquerosas!

—¡No es un cuadro sobre el MAR, pedazo de...!—es lo último que Louisa le responde a voces.

Tiene toda una retahíla de insultos hechos y derechos para rematar la frase, pero, por desgracia, aterriza en la acera y se queda sin aire. Se hace un daño terrible, pero no le da tiempo de notarlo porque el vigilante ya viene corriendo a por ella, con sus ciento cuarenta kilos menos media oreja.

—¡¡Llama a la policía!—vuelve a pedirle al compañero, así que Louisa agarra la mochila del suelo y echa a correr.

El tipo la persigue, pero no tiene la menor oportunidad de atraparla, claro, él es un adulto y los adultos no tienen ni idea de correr. Los adultos no le tienen miedo al suficiente número de cosas para ser buenos corredores.

Ella se dirige a toda velocidad hasta el final de la manzana y gira a la derecha, dobla la esquina y piensa en el mar. Siempre hace eso cuando tiene miedo, así que piensa en el mar casi todo el rato. Tal vez sea raro viniendo de alguien que tiene diecisiete años y no sabe nadar, que, de hecho, nunca ha salido de esta ciudad, porque es el tipo de ciudad que parece estar más cerca del espacio exterior que del mar. Ni siquiera lo ha visto nunca, pero ha memorizado cada centímetro de azul del cuadro. Es su lugar más feliz.

Lleva la postal en la mochila, pero ya no la necesita porque no olvidará nunca la sensación de ver el cuadro de verdad. Porque el cuadro que todos los adultos cretinos creen que trata del mar es en realidad el cuadro de un embarcadero de pescadores. Sobresale en una de las esquinas, como una lengua de hormigón que se extiende

bajo el cielo, y en el extremo más lejano hay tres chicos adolescentes sentados. Son tan pequeños que los adultos casi ni reparan en ellos. El artista llamó al cuadro El del mar, así que es eso lo que todo el mundo busca ver. Los chicos del centro están ocultos a simple vista. ¿Quién pinta así? ¿Quién le atiza un puñetazo en los pulmones a alguien que simplemente mira a tres críos colgados en una pared? ¿Quién puede hacerte oler el agua salada y llorar por la infancia de otra persona?

Louisa no conoce a esos chicos, pero son su gente, las únicas personas que le quedan en el mundo. Puede que tengan catorce años en el cuadro, quizá rocen los quince; ya no son niños pero aún no han llegado a adultos. Están pintados como si el artista los hubiera mirado con tanta intensidad y soñado con tanta belleza que hubiera aprendido a susurrar en color. Los ha pintado una persona que debe de haber sentido una profunda desolación interior porque, de no ser así, no habría sido capaz de agarrar el pincel con tanta delicadeza, no podría haber pintado la amistad así de no haberse sentido completamente solo cuando era niño. Es un día de verano perfecto y los chicos están sentados muy pegados los unos a los otros y, si te acercas mucho para mirarlos, parece que se están moviendo. Tiemblan de la risa, como si uno de ellos se acabara de tirar un fantástico pedo.

Ellos no pillan nada de nada, los ricachones ignorantes e inútiles de la antigua iglesia, porque no sufren lo suficiente. Deambulan por la sala, felices, contentos y satisfechos con cómo funciona el mundo y pensando que es un cuadro sobre el mar. Pero cualquier idiota puede pintar el mar, ¡hasta un idiota feliz puede hacerlo! Este cuadro trata de la risa, y eso solo puedes entenderlo si estás llena de agujeros, porque entonces la risa es un pequeño tesoro. Los adultos

no lo comprenderán jamás porque no se ríen con los pedos y ¿cómo narices te vas a fiar del criterio de una persona así con respecto a algo tan importante como el arte? Nunca han amado nada tanto como para que valga la pena que un vigilante te dé una paliza a cambio de verlo una vez.

Las lágrimas enfrían la cara de Louisa al correr, pero le arde el resto del cuerpo. En la parte inferior del cuadro ha visto la firma del artista, quien había dibujado junto a ella unas calaveras diminutas. No lo hubiera sabido de no haber podido acercarse tanto al cuadro una única vez. Ningún vigilante podía borrarle eso de la memoria de un guantazo por mucho que lo intentara, porque ahora Louisa tiene calaveras por todo el corazón.

Vuelve a girar a la derecha en la siguiente esquina y termina en la parte trasera de la antigua iglesia de la que la acaban de echar, porque el vigilante que la persigue es lo bastante tonto para no pensar en buscarla allí. En realidad, ese también es un plan perfecto —Louisa es una genia, hay que decirlo—, salvo por un pequeño detalle: que no ve a un hombre sin techo apostado junto a un cubo de la basura. Choca con él a toda velocidad, cae de bruces y se queda inconsciente.

Vaaaale. Quizá el plan no sea perfecto del todo.

CUATRO

Hace veinticinco años, en una infancia completamente distinta, había un mar enorme. El sol brillaba, el verano era interminable y, sobre la infinita claridad del agua, asomaba un embarcadero de pescadores, en cuyo extremo se sentaba la mejor clase de humanos. Tenían catorce años, casi quince, y, no es por presumir, pero Louisa tenía razón: había sido el pedo más fantástico. Uno de ellos se lo había tirado ella y sus amigos casi se habían caído al agua de la risa. Ese es el momento que se convirtió en un cuadro.

Si has tenido personas que te hayan hecho reír así, no se te olvida. Si no las has tenido, las palabras son inútiles. O has olido un pedo magnífico o te conviertes en uno de esos adultos que pululan por una subasta un cuarto de siglo después pensando que es un cuadro sobre el mar simplemente porque se llama El del mar. Definitivamente, los adultos han perdido la cabeza.

En cuanto a los adolescentes, antes de estar en el cuadro solo existían los unos para los otros. Hace veinticinco años pasaron en ese embarcadero un verano que parecía que iba a durar eternamente, porque eso es lo que parecen los veranos cuando estás a punto de cumplir los quince, esa edad en la que la amistad es como unirte a la mafia: no puedes abandonarla porque sabes demasiado. Cuando tienes catorce años, conoces hasta el último

detalle de tus amigos, sus debilidades y fragilidades más profundas, y, claro, no puedes hacerte adulto con esa información porque un adulto no es capaz de guardar secretos así de bien.

Uno de los adolescentes se tiró un pedo y todos rompieron a reír a carcajadas. Eres muy afortunado solo con vivir unos pocos días de verano como ese, pero, si además tienes un amigo como estos, tu fortuna es enorme. Hacía tanto calor en el embarcadero que los jóvenes tenían que sentarse encima de sus mochilas para no escaldarse el trasero y, si corría alguna que otra brisilla, refrescaba menos que un secador de pelo en un crematorio. Sudaban tanto que, si se tiraban al agua, la mar acababa más salada; tenían tanto calor que, si se hubieran quemado con un cigarrillo, el pitillo se habría quejado. Y reían, madre mía cómo reían, a mandíbula batiente, porque era ese tipo de verano. El último que pasarían juntos.

Nadie esperaba que esto acabara en un cuadro, por supuesto. El plan no era que alguien viera la firma de la parte inferior—C. Jat—junto a las calaveras. Nadie esperaba que ese pedo acabara siendo un pedo de fama mundial y que muchísimos años después acabara vendiéndose en una subasta por tanto dinero que, de haberles quedado algo de movilidad en la cara, hasta las señoras ricachonas habrían levantado las cejas en señal de asombro. Nadie esperaba que los chicos del embarcadero llegaran a nada, se suponía que habían nacido pobres y que morirían pobres porque así está hecho el mundo. Se peleaban en el instituto y les pegaban en casa; sabían cómo sonaba exactamente la cerradura cuando llegaba un padre peligrosamente borracho, sabían de sobra que eran tontos e inútiles porque se lo habían estado repitiendo durante toda su niñez.

¿Y qué hay de aquel verano de hace veinticinco años? Vieron a la muerte aquellas semanas, sufrieron persecuciones y ataques, experimentaron una violencia mayor de la que vivirían en toda su vida las personas de aquella subasta de arte veinticinco años después. Nadie espera que tengas ninguna clase de futuro cuando te crías de esa manera, y menos aún que acabes siendo un artista de fama mundial, pero eso es exactamente lo que le sucederá a uno de esos jóvenes. Porque había nacido en un lugar horrible con tanta belleza en su interior que aquello fue una especie de acto de rebeldía. En un mundo lleno de opresión, su arte fue una declaración de guerra.

Un día, uno de los otros adolescentes, un chico llamado Joar, se inclinó sobre el cuaderno de dibujo del artista y dijo en voz baja, como si todo fuera producto de la magia:—¿Cómo narices se puede dibujar mostrando las cosas de verdad? ¡Joder! ¡Eres un extraterrestre!

Eso es lo más cerca que estuvo Joar de decir lo que de verdad sentía: «Te quiero. Espero que lo sepas», así que el artista respondió:

—Gracias.

Eso es lo más cerca que estuvo el artista de decirle a Joar lo que en realidad sentía: «Yo también te quiero. No puedo vivir sin ti».

Fue Joar quien se enteró del concurso que lo empezó todo. Su madre solía llevar a casa periódicos que encontraba en la sala para empleados de la residencia donde trabajaba, porque a fin de mes a veces sucedía que el padre de Joar tenía que escoger entre comprar alcohol o comprar papel de váter, de manera que iba bien tener a mano los diarios. El primer día de las vacaciones de verano, Joar leyó por casualidad un anuncio en el periódico antes de limpiarse el

culo con él, y aquello lo cambió todo. La mañana siguiente, en el embarcadero, explicó las reglas del concurso, una tarea nada fácil, lamentablemente, ya que al parecer estaba rodeado de idiotas.

—Es un puto concurso para artistas jóvenes y cualquiera puede mandar un puto cuadro y colgarán el mejor puto cuadro en el puto museo—explicó por séptima vez, o quizá por octava—. ¿Lo habéis entendido ya?

Ni que decir tiene que sus amigos lo habían entendido a las mil maravillas, es solo que a veces les gustaba hacerse los idiotas porque Joar era muy gracioso cuando se enfadaba.

—Pero... ¿qué es lo que hay que pintar entonces?—preguntó uno de ellos precisamente por esa razón.

—¡Puedes pintar lo que te salga de las narices! ¡Puedes pintar una barca, joder!—gruñó Joar, a quien se le había agotado la paciencia.

—Pero si no tenemos una barca.

—¡No tienes que pintar EN una barca, imbécil! ¡Pinta un cuadro DE una barca en un... lienzo de pintura! ¡O como mierda se llame eso!—espetó Joar.

Entonces su amigo fingió entenderlo antes de exclamar:—Pero no se me da bien pintar barcas, Joar.

—TÚ no eres quien va a pintar...—Joar suspiró y por fin se dio cuenta de que sus amigos esbozaban una sonrisa, así que murmuró —: Idiotas, sois unos idiotas.

El primero en parar de reír fue, obviamente, el artista; su alegría nunca duraba mucho, pues tenía la piel demasiado fina para mantener la realidad fuera. Empezó a rascarse todo el cuerpo, como hacía siempre que se ponía nervioso.

—¿No podemos pasar del tema, Joar?—dijo en voz baja—. No puedo pintar como se pinta en un concurso de esos. Son para gente elegante con dinero. No puedo...

—¿Cómo que no puedes?—lo interrumpió Joar con impaciencia—. ¡Ni hablar de eso! Eres un millón de veces mejor que todos esos pijos de mierda. ¡Solo tienes que demostrárselo! ¡Pinta lo que sea! ¡Pinta el puto mar!

Joar lo decía con su mejor intención, pero nadie le había enseñado a hacer que eso se reflejara en sus palabras. No era al mundo al que quería demostrarle lo bueno que era el artista, sino al propio artista. A Joar se le daba muy bien arreglar motores porque en ellos era fácil ver qué se ha roto; los humanos, en cambio, están llenos de mierdas que no se ven. Nos rompemos por las partes invisibles. Así que Joar no sabía cómo decirle al artista que lo quería y se limitaba a refunfuñar.

—¡Pinta y ya está! ¡Tú gana el puto concurso y punto!

—Las cosas no funcionan así—musitó el artista, porque no podía explicar los motivos por los que le faltaba el aliento. No tenía palabras para explicar por qué estaba tan triste ese verano. Se rascaba todo el cuerpo y movía los ojos muy inquieto. El tercer amigo se dio cuenta e hizo todo lo posible por distraer a los otros.

—¿Pintar el mar? Eso es difícil—dijo, y esta vez costaba saber si se estaba haciendo el tonto o lo era realmente.

—¿Cómo va a ser DIFÍCIL? ¡Si tiene UN solo color!—señaló Joar.

—Pero es tan grande... ¿Cómo vamos a conseguir suficiente papel?

Hubo un silencio largo hasta que uno de ellos empezó a reír y todos lo siguieron rompiendo en carcajadas. Incluso el artista, un

instante después, y entonces ya ni siquiera Joar pudo enfadarse. Así empezaban siempre las mejores cosas.

Pasaron el resto del día lanzándose piedras, diciendo chorradas y nadando. De todo cuanto el artista pintó en su vida, Joar había sido lo más difícil, porque pintar lo que sentía por su amigo era imposible. Cuando el sol empezó a ponerse ese día, Joar dijo con tono irritado:

—Tienes que largarte de este puto pueblo.

—No digas eso—le pidió el artista, pero Joar se enfadó.

—¡Pero es verdad! Los demás estamos jodidos, vamos a tener unas vidas de mierda, pero tú no, ¿me oyes? Porque tú eres un artista de fama mundial, lo que pasa es que el mundo no lo sabe todavía. ¡Acuérdate cuando esos cabrones sepan quién eres! ¡Acuérdate de que nosotros sabíamos que tu fama era mundial antes que nadie!

No es por presumir, pero Joar tenía razón.

Luego se tumbaron en el embarcadero y bebieron refrescos baratos y miraron la puesta de sol gratis. El verano todavía era interminable y el artista de fama mundial que todavía no era famoso en todo el mundo movía el dedo en el aire con los últimos rayos de sol, trazando calaveras en el cielo.

Entonces preguntó a los otros chavales de catorce años:

—¿Creéis que seguiremos siendo superamigos cuando nos hagamos mayores?

—Cuando nos hagamos mayores no creo que sigamos todos vivos —respondió tranquilamente Joar.

No es por presumir, pero Joar tenía razón en eso también.

CINCO

Louisa se golpea tan fuerte contra el suelo que lo empieza a ver todo negro. Por un momento cree que se está muriendo. Permanece unos segundos inconsciente y, durante uno de ellos, cree oír la voz de Pez, que le habla desde más allá de su tumba. Quizá eso tendría que hacerla feliz, pero solo la cabrea, porque fue Pez la que prometió que, si lograban sobrevivir a sus miserables infancias, todo iría bien a partir de entonces. «¡Eres tú la que supuestamente iba a sobrevivir, no yo. Porque es a ti a la que se le daba bien estar sola!», grita Louisa en su cabeza antes de abrir los ojos aterrorizada y darse cuenta de que a lo mejor lo ha dicho en voz alta.

Alguien chista para hacerla callar, ¿o lo ha imaginado? Aprieta la lengua contra los dientes y, si no fuera porque sabe que no es posible, diría que tiene pelos de gato en la boca. Entonces oye de nuevo el siseo y, cuando parpadea con la mirada dirigida al cielo, ve que el hombre sin techo apostado junto al cubo de basura se ha llevado el dedo índice a los labios. Louisa no sabe llevar muy bien que la manden callar, todo hay que decirlo, pero obedece y contiene la respiración cuando oye al vigilante gritar a pocos metros:

—¿Hablas inglés? ¿Has visto a una joven?

Louisa ve al hombre sin techo asentir rápidamente con la cabeza y señalar en dirección opuesta. El vigilante resopla jadeante, da

media vuelta y se aleja corriendo. Puede que «corriendo» sea mucho decir, pero, en cualquier caso, avanza más deprisa que cuando simplemente camina. El hombre sin techo se queda allí inmóvil hasta que los ciento cuarenta kilos de músculo y cero gramos de agudeza detectivesca desaparecen por fin de su campo de visión. Entonces se inclina hacia Louisa desde detrás del cubo de basura y sonríe vacilante. Tiene dibujada en la cara una gran mancha roja con forma de Louisa. Deben de haber entrechocado las cabezas. Ella recuerda correr agachada, así que el hombre debe de ser muy bajito. Al lado del sintecho está sentado un gato pelirrojo que Louisa ve por primera vez. Tiene un aspecto sorprendentemente pulcro y cuidado para ser un gato sin hogar, a pesar de que el hombre sí lleva la ropa sucia. Se le ve asustado, al hombre, no al gato, que parece sencillamente molesto, como si Louisa hubiera derramado leche sobre su colección de sellos.

—Perdón—murmura Louisa en el inglés que le enseñaron las estrellas de cine. Intenta ponerse de pie, pero se tambalea y cae justo encima del hombre sin techo.

Al tocarse, ambos sienten una sacudida, como si les hubiera dado la corriente, y el hombre cae contra el cubo de basura mientras Louisa tropieza con el gato, que la mira con cara de pocos amigos.

—Perdón, perdón, perdón—repite Louisa mientras vuelve a caer de culo.

El hombre logra incorporarse con esfuerzo; le tiemblan mucho las manos y parece dolorido, pero sonríe como queriendo decir que está bien. El gato no parece estar nada de acuerdo. Louisa se pone roja como un tomate cuando ve que hay una caja rota y una manta sucia detrás del cubo de basura, y es ahí cuando se da cuenta de que se ha metido de lleno en el dormitorio del hombre y su gato.

Es evidente que al hombre le gustaría ayudarla a levantarse, pero no quiere tenderle la mano. Louisa reconoce el lenguaje corporal.

—¿No te gusta que te toque la gente?—susurra ella. El hombre sacude la cabeza en actitud de disculpa—. A mí tampoco.

Él sonríe vacilante y ella hace lo propio. Sigue un breve silencio, pero, lamentablemente, a Louisa se le dan fatal los silencios, así que empieza a balbucear. Eso es porque tiene un cerebro un poco abusón que siempre le dice que cuando los demás se callan es porque ella les parece un bicho raro, así que lo mejor es empezar a balbucear sin pensárselo dos veces. Así pues, Louisa se vuelve hacia el gato y exclama:—¡Me gustan los gatos! La verdad es que me gustan más los gatos que los perros porque es mucho más difícil matar a tiros a un gato.

El cerebro de Louisa le pregunta enseguida por qué narices ha dicho eso, y ella cree que es porque él se lo ha ordenado, a lo que este responde que esas son precisamente el tipo de cosas que hacen que la gente piense que es un bicho raro, entonces a ella le da tanta vergúenza que sus mejillas son incapaces de ocultarlo. Menudo abusón que está hecho su cerebro.

—Quiero decir—farfulla disculpándose con el hombre y el gato—que en las películas los gánsteres siempre dicen que van a matar a tiros al enemigo «como a un perro», pero nunca dicen que lo van a matar «como a un gato», porque los gatos nunca se están quietos...

El hombre sin techo sonríe. No tanto el gato, aunque da la sensación de que ahora Louisa le disgusta un poco menos. El cerebro de la joven le insta a seguir hablando, así que añade:

—Además, a los perros hay que meterles cada dos por tres la mano en la garganta porque no paran de comerse cosas letales.

Quiero decir, ¿es lógico que sobreviva un animal así? En cambio, no verás a nadie con la mano en la boca de un gato...

Louisa se queda por fin callada y su cerebro suspira de pura desesperación. El gato inclina la cabeza y parece estar pensando en bolas de pelo. El hombre parece no saber qué hacer con las manos, como si le avergonzara lo mucho que le tiemblan, así que se las mete en los bolsillos. Por desgracia, ahora son los bolsillos los que tiemblan, y eso parece aumentar su bochorno.

Para alivio del hombre, no parece que Louisa se haya dado cuenta porque acaba de reparar en su mochila; debe de habérsele roto la cremallera al caer y ahora toda su vida está desparramada por el suelo: el pasaporte, los espráis de pintura, lápices, bolígrafos, cuadernos de dibujo y un paquete de cigarrillos. Dos destornilladores. Y toda la ropa que pudo meter dentro. La invade de un modo tan súbito e inmisericorde la certeza de que eso es todo cuanto posee en el mundo en ese momento—diecisiete años y le cabe en una mochila—que el espinazo se le dobla.

Se le llenan los ojos de lágrimas cuando se agacha desesperanzada y empieza a reunir sus cosas. Cuando el hombre se acerca a ayudarla, también hay lágrimas en los suyos. Hace falta una clase especial de corazón para sentir eso por las pertenencias de otra persona.

—Gracias—musita Louisa, sonrojada por la vergiienza mientras mete de nuevo los espráis en la mochila. Y añade tímidamente—: No he robado nada. Para que lo sepas. No es por eso por lo que me perseguía el vigilante. No soy una ladrona.

El hombre tiene cara de creerla, si bien el gato parece albergar alguna que otra duda, de manera que Louisa añade:

—Y tampoco he vandalizado ningún cuadro. Aunque esa vieja estúpida haya gritado que lo he hecho, no es verdad. Nunca... Jamás haría eso. Estaba ahí porque adoro ese cuadro, nada más. Yo solo quería verlo en persona, solo una vez. Se suponía que lo iba a ver con mi mejor amiga, pero murió, y yo...

Louisa se muerde el labio y su cerebro empieza a hacerle bullying de nuevo, así que agacha la mirada y farfulla algunas de las palabrotas más gordas que el hombre sin techo ha oído nunca, que no es poco, ya que ha conocido a marineros que empinan el codo de lo lindo y ha navegado con borrachos. En una ocasión oyó a una embarazada gritarle a un guardia de tráfico; total: el hombre ha escuchado unos cuantos tacos y está en posición de concluir que la joven posee un don fuera de lo común. Louisa echa sapos y culebras por la boca y, de pronto, rompe a llorar con tal violencia que le tiembla todo el cuerpo, porque tenía un plan totalmente perfecto esa mañana y desde luego no incluía encontrarse en el callejón de detrás de una iglesia llorando a moco tendido hasta salpicar a un gato sin techo.

—Perdón, perdón—resuella.

Al gato parece desagradarle un poco la idea de tener que limpiarse el pelaje con la lengua. El hombre titubea para ponerse de pie, pero lo consigue. Lleva las rodilleras del pantalón más sucias que antes y extiende la mano en que sostiene el pasaporte de Louisa. Está abierto por la página de la fotografía, así que puede ver su nombre y fecha de nacimiento. Abre la boca, pero de ella brotan unos sonidos tan tenues que apenas parecen palabras, se asemejan más al viento que susurra entre las hojas.

—Louisa. Bonito nombre. Feliz cumpleaños.

Louisa recoge su pasaporte, con delicadeza, como si fuera el latido de un corazón. Fue idea de Pez lo de hacerse el pasaporte, a pesar de que ambas sabían que nunca viajarían a ningún sitio, porque Pez decía que un pasaporte es una prueba de que existes. Ahora que ella no está, da la sensación de que es la única prueba que le queda a Louisa.

—Mi... cumpleaños es mañana.

—Quizá no nos veamos mañana—susurra el hombre mirándola con amabilidad y sonriendo con ternura. Ella se da cuenta de que no habla en voz baja por timidez, sino porque está enfermo y le duele al hablar. No sabe qué decir, y eso nunca es un buen comienzo para su cerebro, aunque, en defensa de Louisa, hay que decir que nadie, salvo Pez, le ha deseado nunca que tenga un cumpleaños feliz. No es tan fácil ordenar todas las emociones cuando un desconocido lo hace sin que te lo esperes. ¡Di algo inteligente!, le grita su cerebro.

—El vigilante dijo que iba a llamar a la policía, por eso he corrido, no porque haya hecho nada malo—logra decir.

Su cerebro le indica que al hombre sin techo probablemente eso le tenga sin cuidado, pero a Louisa de pronto le importa mucho lo que piense de ella, como si la reconfortara que al menos una persona y un gato en todo el planeta albergaran algo más que opiniones negativas sobre ella. Por eso le sale todo a borbotones:

—Lo que pasa es que... Es que he huido. Quiero decir que estoy sin casa, pero no sin casa como vosotros, no quiero decir que debáis compadecerme, no... Estoy sin casa a posta. Es decir, me he escapado de donde vivía, así que es probable que hayan denunciado mi desaparición. Pero tenía que irme porque no es un buen sitio para dormir sola, ¿sabéis? Y yo... Yo oí a los adultos hablar de la muerte de mi mejor amiga, Pez, y decían que era mejor así. Que

estaba loca y que era peligrosa, y que lo mejor que podía hacer por el mundo era no estar en él, así que me tuve que escapar porque si no habría asesinado a los idiotas que dijeron eso, ¡porque Pez no estaba loca! Era la mejor en casi todo, y era mi humana. Era MI humana, era mi HUMANA. Y ahora está muerta y a nadie le importa, ¡ni siquiera la recuerdan! Por eso he corrido, porque si la policía me atrapa me enviará de vuelta a la casa de acogida porque soy menor de edad y han denunciado mi desaparición. Pero mañana cumpliré dieciocho años y ya no estaré desaparecida. Simplemente... no estaré.

Su cerebro le dice sin parar que farfulla demasiado, pero el corazón de Louisa está tan exhausto que ya no es capaz de escuchar a ninguna voz superior. Quedan pocos días para la Pascua y es como si el invierno y la primavera se estuvieran disputando la temperatura como dos hermanos insoportables, un momento luce el sol y un minuto después un aire helado se cuela por el callejón y por debajo de la camisa de Louisa.

—Me meto en coches para dormir, se está más caliente—dice señalando con la cabeza la manta y la caja—. Además, me gusta el sonido cuando echas el cerrojo por dentro.

Se avergilenza enseguida porque se da cuenta de que el hombre sin techo no puede colarse en ningún coche con ese temblor de manos y, además, quizá no haya tenido una amiga como Pez que le enseñara a hacerlo. Louisa se siente mal por él, se siente mal por cualquiera que no haya tenido a Pez.

El hombre sin techo permanece de pie y en silencio delante de la joven un buen rato, hasta que de su garganta vuelve a brotar el sonido susurrante, la voz más suave que Louisa ha oído nunca.

—Lo siento.

—Yo también lo siento. Por... lo que sea que te haya pasado—susurra apenada ella también.

El hombre tiene los ojos húmedos y la nariz congestionada, así que el gato se aparta con cautela para evitar que le vuelvan a salpicar de mocos el pelaje. Ni Louisa ni su cerebro saben qué hacer con el silencio que se crea, así que respira profundamente y le ofrece algo. El hombre lo toma en sus manos, sorprendido: es una postal.

—Para ver el cuadro de la foto. Para eso me he colado en la iglesia.

Le caen las lágrimas por las mejillas, pero su semblante está casi tranquilo, al menos todo lo tranquilo que puede estar una persona que acaba de llorarle encima a un gato.

—A veces pienso—susurra mirando la postal—que el artista que lo pintó debió de sentir mucho dolor, pero también que debió de ser la persona más feliz del mundo. Que debió de reunir todos los sentimientos a la vez y que eso debió de ser casi insoportable, porque, si no, no habría podido pintar así, ¿sabes?

Su cerebro le está gritando que parece un bicho raro de categoría ahora mismo, pero ya es tarde para detenerse.

—¿Ves a los chicos en el embarcadero?—prosigue—. La gente piensa que es un cuadro sobre el mar, pero, en realidad, es un cuadro sobre ellos. Y están... Ellos están en todos los cuadros del artista. No los volvió a pintar, pero si sabes que están ahí... es como si pudieras sentirlos en todas partes. Mi amiga Pez y yo siempre hablábamos de ir allí algún día. De saltar desde ese embarcadero. ¡Yo iba a aprender a nadar allí!

Apenas pueden oírse esas últimas palabras a través de sus sollozos. Da la impresión de que al hombre sin techo le gustaría

abrazar la postal para compensar la dificultad que le supone abrazar a las personas. Hace ademán de devolvérsela lentamente a Louisa, pero ella sacude la cabeza.

—Puedes quedártela.

Porque ha visto el de verdad. Lo lleva en su cerebro y su corazón para siempre, nadie se lo puede quitar.

—Siempre pienso que esos chicos eran pobres, como yo. Pero ahora los cuadros del artista se venden por millones, así que es famoso en todo el mundo y muy rico y ya no tiene nada que temer—balbucea Louisa como si tratara de ocultar la envidia.

El hombre también parece sentir envidia con la postal en la mano. Louisa saca el paquete de cigarrillos. En realidad, era Pez la que fumaba, pero ella se lleva uno a la boca de todas formas. Le ofrece el paquete al hombre, quien, tras dudar un momento, acaba cogiendo un cigarrillo. Louisa no puede evitar pensar que es el gesto amable que corresponde, el de arriesgarse a un cáncer de pulmón por pura educación.

—¿Fumas?—pregunta Louisa. Él asiente con la cabeza amablemente—. Bien, porque no tengo mechero.

Desde que Pez murió, a Louisa le gusta tener un cigarrillo entre los dedos, incluso notarlo entre los labios a veces. Justo cuando se dispone a decírselo al hombre, repara en que a él le tiemblan tanto las manos que casi no puede ni sujetar su cigarrillo, así que le pregunta, con la voz llena de compasión y curiosidad a partes iguales:

—¿Eres alcohólico? ¿Son de eso los temblores?

El hombre permanece tanto tiempo sin decir nada que Louisa está a punto de disculparse, pero entonces él niega con la cabeza lentamente mientras responde:

—No, no, no bebo. Yo... derramo la mayor parte.

Louisa tarda tanto en darse cuenta de que está bromeando que, cuando se echa a reír, lo hace el doble de fuerte. No reía tanto desde que Pez dejó de estar aquí. El hombre parece tan feliz por haber sido el causante de tan maravilloso sonido que el siguiente chiste le sale casi sin esfuerzo:

—No es para reírse, perdí el trabajo por eso.

—¿De qué trabajabas?—pregunta Louisa, sorprendida.

—De ladrón de panderetas—contesta el hombre sonriendo.

Vaya, cómo ríe Louisa. Ja, ja, ja. El mejor sonido del mundo.

—¿Por eso no fumas? ¿Porque siempre apagas el cigarrillo sin querer? ¿De verdad no tienes casa o es que pierdes la llave todo el rato?—exclama Louisa sacudiendo la mano.

Ja, ja, ja, cómo ríe él con la ocurrencia. A Louisa le gustaría poder añadir algo más así de gracioso, pero su cerebro es un inútil.

—¿Estás enfermo?—pregunta al fin.

Él asiente, pero no está triste.

—SÍ,

—¿Te estás muriendo?—pregunta, porque lo parece, como si pudiera llevárselo un soplo de viento al cambiar de dirección.

Él asiente de nuevo, pero solo parece triste porque ella parece triste.

—La vida es larga, Louisa. Todo el mundo te dice que es corta, pero mienten. La vida es muy muy larga—dice el hombre de repente con un tono reconfortante.

Ella apenas consigue permanecer erguida tras oírlo. Lo cierto es que, viniendo de un desconocido, no es poca cosa que asimilar de una vez, ¿verdad? Sobre todo cuando llevas tanto tiempo sin hablar

con otro ser humano. Louisa se pone la mochila para asirse a las correas y hacer algo con las manos.

—Mi amiga Pez no soportaba estar viva. Le dolía mucho. Pero yo creo que me gustaría intentarlo, lo de vivir, digo—murmura con la mirada gacha.

El hombre sin techo asiente orgulloso. Tal vez Louisa se lo esté imaginando, no sería la primera vez, pero no puede evitar pensar que el gato parece estar un poco orgulloso también.

No se despide, a Louisa no se le da nada bien, así que se limita a levantar la mano, y el tatuaje de su antebrazo de un manco encaramado a un árbol parece que dice adiós con su única mano. Justo en el momento en que se da media vuelta, el hombre sin techo hace una pregunta.

—¿Te... Te gustaría pintar algo?

Ella vuelve la cabeza sorprendida y el hombre señala la pared negra de la iglesia con un gesto amable pero grandilocuente, como si fuera el salón de su casa. Louisa no sabe qué hacer; nadie, salvo Pez, le ha pedido jamás que pinte. ¿Cómo se puede una negar a algo así?

Así que Louisa se detiene y pinta. Revuelve la mochila y gasta casi todos los espráis que lleva encima. Pinta corazoncitos y peces que no sienten dolor. Pinta cucarachas, que es como la ha llamado la vieja idiota de la iglesia, pero las cucarachas que pinta son bellas. Tan bellas que su belleza es un acto de venganza. Entonces pinta medusas con uniforme de vigilante, y el hombre sin techo sonríe tanto al verlas que casi se cae de culo.

Vacilante, el hombre agarra el espray que Louisa lleva en la mano. Ella se sorprende cuando se lo quita tan delicadamente, sin apenas rozarla.

Entonces, con dedos trémulos, se pone a pintar, y que Louisa logre mantenerse en pie cuando termina de hacerlo es desde luego muy loable, porque su corazón ha abandonado su cuerpo para entonces.

El hombre sin techo pinta calaveras.

SEIS

Hace veinticinco años, el verano que cumplió los quince, el artista pintaba calaveras por todos sitios. Al principio lo hacía en el aire, con la punta de los dedos; luego, en un cuaderno de dibujo, a lápiz; y, por último, junto a su nombre, al firmar el cuadro que se haría famoso en todo el mundo. Sus amigos son los únicos que entendían lo milagroso de todo aquello, no lo de que el cuadro alcanzara la fama, sino el hecho de que el artista lograra acabarlo. Que algo tan genial saliera de un chico que se valoraba tan poco.

Porque, en su opinión, era evidente que la idea no tenía nada de bueno. No podía pintar, eso lo sabía. A él solo se le daba bien correr. Había crecido en un barrio donde los niños tienen que estar alerta todo el día para evitar amenazas, iba a un instituto donde, en menos que canta un gallo, se liaba una pelea, donde había que esconderse en cada recreo y donde cualquier cosa susceptible de ser usada como arma estaba atornillada al suelo de los pasillos y las aulas. El estrés era el estado normal de su cuerpo, y eso hace que se te dé bien correr, porque practicas a diario.

Sin embargo, de arte... ¿Qué puñetas sabía él de arte?

Cuando corría, su amigo Joar siempre iba a su lado, mirando por el rabillo del ojo para asegurarse de ser él quien recibiera el primer golpe si los atrapaban. A diferencia del artista, a Joar se le daban

bien las peleas, algo normal si recibes a menudo, y Joar recibía tantos golpes de su padre en casa que era un milagro que aún conservara el esqueleto. Cada vez que alguien se metía con él en el insti por ser bajo, el artista pensaba que, si supieran las humillaciones a las que lo había sometido ese demonio de hombre, pensarían que era todo un milagro que el chico hubiera crecido aunque fuera un poco.

En cuanto al artista, a él se le daba bien ver la belleza en todo, algo normal si no se te da bien verla en ti mismo. La escuela no era su sitio, el pueblo no era su sitio, su propio cuerpo no era su sitio. Había llorado tanto esa primavera, a los catorce años, que se sentía hueco. Todos pensaban que era inseguro porque era muy callado, pero ese no había sido nunca el problema, lo eran más bien las cosas sobre las que tenía una certeza absoluta: que no valía para nada, que sus amigos se equivocaban con él, que iba a decepcionar a todo el mundo.

En cuanto a sus amigos, ellos solo querían hacerle reír. A veces lo conseguían con chistes tontos, otras veces con chistes casi inteligentes, pero lo más habitual es que lo lograran corriendo a su lado por todos los rincones del pueblo hasta llegar al embarcadero, hasta que les faltaba el aire de tal manera que no podían pensar con claridad. Entonces competían para ver quién saltaba primero al agua. El artista se arrancaba la ropa mientras corría y cuando llegaba al borde y estaba a punto de saltar oía una voz que gritaba detrás de él.

—¡CUIDADOOOO!

Se detenía a media zancada y se daba la vuelta.

—;¡Cuidado al saltar, no caigáis fuera del aguaaaa, pringadoooos! —vociferaba Joar adelantando a todo trapo a sus amigos y saltando

primero.

En su defensa, él necesitaba ventaja para ganar. No es por ser cruel, pero Joar era el más bajo del grupo y desde luego no era el más rápido. Alguien dijo en una ocasión que medía «dos manzanas de altura», y seguro que no eran manzanas grandes. Aun así, era el más valiente y fuerte de la pandilla; puede que tuviera las manos más pequeñas, pero sus puños eran los más grandes. Cuando Joar salía de una habitación, parecía que se habían ido veinte personas. Si le quitabas los ojos de encima un momento, desaparecía en un santiamén y te lo encontrabas peleándose con alguien el doble de grande, o saltando de un peñasco del que nadie se atrevía a tirarse mientras profería un alarido triunfal.

El artista no lo sabía entonces, pero así es cómo acabaría pintando a Joar en el cuadro: con el contorno borroso, como si siempre estuviera a punto de perderse. Con el tiempo, el artista daría con el modo de pintar la risa, de hacerlo bonito, porque así quería recordar aquellos días de sus catorce años. Porque había belleza también.

De adulto, el artista reconocería que todo aquel verano estuvo cargado de violencia. Plagado de funerales. Al llegar agosto, los amigos eran personas diferentes. Para entonces, Joar había visto a su madre recibir su última paliza y había decidido matar a su viejo. El verano empezó y terminó con la muerte.

¿Y entre medias?

Entre medias, el verano estuvo repleto de otras cosas. Consiguió ser amor y amistad, risas milagrosamente escandalosas y decisiones magníficamente estúpidas. Encendieron petardos en buzones, se tiraron en un carro de la compra por la cuesta más empinada del

pueblo e intentaron secar calcetines mojados en una tostadora, porque, ¿qué se hace a los catorce si no? ¿Morirte del aburrimiento?

Principalmente, ese verano lograron convertirse en aquel cuadro, y así empezó la aventura para el chico que llegaría a convertirse en el artista C. Jat. A menudo intentaba pensar que tal vez debía ser así: que los años de nuestra adolescencia contienen la luz más brillante y a la vez la profundidad más oscura, porque entonces aprendemos a vislumbrar nuestros horizontes.

El artista recordaría los catorce años con la sensación de que estaba siempre nostálgico, porque se había dado cuenta de adulto de que eso era el vacío que sentía en el pecho: algunos nacemos en el lugar equivocado, toda nuestra infancia es como estar en un barco que ha naufragado en una isla desierta, y nos dolemos de nostalgia por nuestro hogar perdido sin saber aún qué es el hogar. Eso son los amigos de la infancia, náufragos en la misma isla. Si encuentras aunque solo sea uno, puedes con casi cualquier cosa que te pase.

Así pues, un día de junio, el artista susurró algo:

—Puedo intentar pintar... el mar.

—¡Bien!—replicó feliz Joar, pues no sabía cómo sacar el tema: que había visto las pastillas en la mochila y los cortes en las muñecas del artista.

Joar no sabía susurrar «puedes pintar lo que te dé la real gana siempre y cuando pintes. Tengo miedo de perderte si no lo haces». Al artista también le faltaban palabras y no sabía cómo explicarle a Joar que sentía que la ansiedad le oprimía la garganta, que le aterraba agarrar de la mano a sus amigos por si los arrastraba hasta lo más hondo de la oscuridad con él,

Se conocían sin tener que hablar, y eso, a veces, era insoportable. Algún día los adolescentes estarían sentados en un cuadro, pero ese

día estaban sentados en el borde del embarcadero, durante el silencio más largo que recuerdan. Por eso resultó tan liberador que uno de ellos se tirara de pronto un pedo.

¿Y las risas? Es un milagro que no se rompieran las costillas. Gritaron al unísono «¡YO NO HE SIDO!» y se apuntaron con dedo acusador los unos a los otros, y luego saltaron, uno detrás de otro, al agua. ¿Cómo es posible que el mar fuera lo bastante grande para dar cabida a sus corazones? Es incomprensible.

Cuando, en un momento dado, flotaban bocarriba unos junto a otros, el artista giró la cabeza hacia donde estaba Joar y preguntó:

—¿De verdad piensas lo que has dicho antes? ¿Que no crees que todos sigamos vivos cuando seamos mayores?

Era un día sin nubes ni viento, el mar los abrazaba y Joar le devolvió una sonrisa triste.

—Tú seguirás vivo. Todos no, pero tú sí, porque vas a vivir eternamente.

No es por ser cruel, pero se equivocaba.

SIETE

Veinticinco años después, el artista de fama mundial C. Jat está de pie en un callejón detrás de una iglesia, con un espray en una mano temblorosa, y se está muriendo. Haría falta una dosis monumental de imaginación para pensar en otra cosa. Todo el mundo muere, eso es así, todos sin excepción, pero muy pocas personas llegan a enterarse de que se están muriendo. Esa es la razón por la que el artista no quiere que la gente lo sepa, por eso se está escondiendo del mundo, porque, cuando se trata de la muerte, los vivos están bastante locos. No quieren ver a nadie enfermo, no quieren ni pensar en la enfermedad y, cuando no tienen más remedio, suspiran y dicen cosas como: «¡Caramba, estas cosas te recuerdan que no hay que dar la vida por sentado!».

No es por ser cruel, pero las personas sanas no están muy bien de la cabeza, piensa el artista. Seguramente, darla por sentado es el único sentido de la vida, ¿qué estamos haciendo aquí si no? Somos un puñado de monos solitarios en una roca que surca el universo, nuestra respiración es un ochenta por ciento nitrógeno, un veinte por ciento oxígeno y un cien por cien ansiedad. Lo único que podemos dar por sentado es que todas las personas que hemos conocido, todas las que vamos a conocer y todas las que hemos amado van a morir. Así pues, ¿cómo de colosal debe de ser nuestra

imaginación para que seamos capaces de reunir el suficiente entusiasmo para salir de la cama cada mañana? ¡Infinita debe de ser! La imaginación es lo único que impide que pensemos en la muerte cada segundo. ¿Qué pasa cuando no estamos pensando? Oh, esos son nuestros mejores momentos, cuando malgastamos la vida. Es un sublime acto de rebeldía hacer cosas sin importancia, perder el tiempo, nadar, beber refrescos y acostarse tarde. Hacer pamplinas y ser frívolo, reír con los chistes estúpidos y contar historias tontas. O pintar cuadros grandes, tan grandes como puedas, e intentar aprender a susurrar en colores. Buscar la manera de decirles a los demás: ese era yo, esos eran mis humanos, esos eran nuestros pedos. Esos eran nuestros cuerpos, y eran pequeños, demasiado, porque eran incapaces de albergar todo nuestro amor.

Eso es todo en la vida. Todo a lo que se puede aspirar. No debes pensar en que puede acabar, porque entonces vives acobardado, no amarás demasiado ni cantarás demasiado fuerte. Tienes que dar todo por sentado, piensa el artista, sin excepciones: los amaneceres y las lentas mañanas de domingo y los globos de agua y la respiración de otra persona en tu cuello. Eso es lo único valiente que puede hacer una persona.

—Yo... yO... yO...—dice la joven de diecisiete años frente a él en el callejón de detrás de la iglesia.

El artista se arrepiente de haber reconocido que estaba enfermo. Lo siente por ella cuando ve que ella lo siente por él, porque no hay motivos para lamentarlo. Tiene casi cuarenta años y ha vivido una vida larga, pasmosamente larga, y quien diga lo contrario miente. Ha visto el mundo, se ha enamorado en playas de arena blanca, bailado con música a todo volumen en noches cálidas y malgastado mañanas lentas bajo sábanas suaves. Ha pintado y reído y cantado.

Todas las cosas que no osaba soñar cuando tenía catorce años, cortes en las muñecas y pastillas en la mochila. Ha vivido, ¡madre mía si ha vivido!

—Me encanta cómo pintas, sobre todo las cucarachas—le dice a la chica frente a él, parpadeando felizmente a la pared como si acabara de despertar.

A Louisa, que acaba de darse cuenta de quién es el hombre, casi le falta el aire para contestar.

—¡A mí... A mí también me encanta cómo pintas tú! ¡Tú... Tú eres la razón por la que pinto!

Son demasiados sentimientos a la vez para Louisa. Ya estaba teniendo un día complicado de por sí y, en tales circunstancias, no es el mejor momento para conocer a tu ídolo. De pronto, el gato se restriega en su pierna, una señal muy tierna de afecto si no fuera porque Louisa sospecha que el animal trata de limpiarse el moqueado pelaje.

—Yo no soy el motivo, nadie lo es. El arte es tuyo y de nadie más —discrepa amablemente el artista.

A Louisa le falta el aire. Tiene un millón de preguntas que no le da tiempo de hacer. Tal vez no importen y, además, quizá el artista no tenga buenas respuestas; los adultos siempre son mucho más inútiles de lo que los adolescentes esperan. Pero, por desgracia, el artista no tiene la oportunidad de decepcionar a Louisa porque en ese momento oyen sirenas y al vigilante gritar: «¡Está ahí! ¡En el callejón!». Y el trastabillar de zapatos feos con suelas incómodas rimbomba tan fuerte en el callejón que apenas si pueden oír el retumbar de sus corazones. Oyen también otros gritos, de policías, y el artista se echa de pronto a reír porque, claro, ¿qué va a hacer si no? ¿No darlo todo por sentado?

—Corre—le dice a Louisa con absoluta calma.

—¿Cómo?—resuella Louisa, paralizada por el pánico.

El artista sonríe, feliz y agradecido.

—¡Corre, Louisa! Espero que aprendas a nadar. Espero que pintes todas las paredes que te encuentres desde aquí hasta el mar, pero ahora ¡corre!

El artista le ofrece el espray que había tomado prestado, temblando de la cabeza a los pies.

—Y ¿qué será de ti?—acierta a decir Louisa, pero él tiene una sonrisa tan amplia que sus orejas corren peligro.

—Me temo que yo ya no puedo correr mucho—susurra. Entonces añade—: Pero no te preocupes. ¿Qué va a hacerme a mí la policía? Mi fama es mundial, ¿no lo sabías?

Ella respira a toda velocidad, como se respira cuando el momento más importante de tu vida es también uno de los más vergonzosos.

Siento... no haberte reconocido—se lamenta Louisa mirando el espray que el artista tiene en la mano. Entonces, le pide entre sollozos—: ¿Te lo puedes quedar y así me lo devuelves la próxima vez que nos veamos? ¡Volveré a buscarte!

El artista de fama mundial asiente.

—¡No te hagas daño!—le hace prometer el artista, y eso es lo más cariñoso que ningún adulto le ha dicho nunca.

La policía dobla la esquina y Louisa duda un momento mientras le caen las lágrimas por el cuello de la camisa, pero al final da media vuelta y echa a correr. El artista no le devolverá el espray, Louisa no tendrá la oportunidad de decirle cuánto significa para ella. Da igual, ahora él está con ella en todas partes, en todas las paredes.

¿Y la vida? La vida es larga.

Cuando la mochila de Louisa desaparece al doblar la esquina, el artista se queda de pie pensando en un embarcadero bajo un cielo despejado. En tener catorce años y flotar bocarriba en el mar y reírte con tantas ganas que te das la vuelta y casi te ahogas. Louisa le había dicho que pensaba que la fama del artista era mundial, que sería muy rico y no tendría nada que temer. Había acertado dos de tres, lo cual no está mal. Pero él siempre ha tenido miedo de todo.

A menudo piensa en los críticos que, cuando era joven, decían que su arte no tenía ningún valor y que él no llegaría a nada. Cuando se hizo famoso, deseó muchas veces que no se hubieran equivocado. Piensa en cómo el éxito acelera tu mundo y cómo su corazón siempre fue incapaz de seguir el ritmo. Piensa en la increíble fama, las asombrosas cantidades de dinero y los constantes ataques de pánico. Piensa en ser el mejor decepcionando a todo el mundo, porque enseguida se vuelve imposible decir que no a las personas que siempre andan recordándote lo agradecido que deberías estar. Piensa en los cuadros en los que se dejó hasta el último aliento, que entonces se vendían por tantísimo dinero que los vetustos señores y las vetustas señoras ni siquiera los colgaban en sus paredes, sino que los guardaban en cajas fuertes. Piensa en las exposiciones en galerías en las que todos lo adoraban, porque eso es lo que te hacen sentir, que te adoran, ahí está la trampa. Piensa en los hombres que miraban sus cuadros con símbolos de dólar en los ojos y preguntaban: «¿Cuántos de estos crees que puedes producir en un año?». Piensa en las mujeres que decían: «¡Tus cuadros me llegan tanto!» y luego hablaban del mobiliario de sus casas de verano. Piensa en la pregunta inevitable que todas esas personas se hacían: «¿De dónde sacas la inspiración? ».

El artista nunca se atreve a mirar a nadie a los ojos cuando le hacen esa pregunta. No es capaz de explicar que todos sus cuadros son un intento de mostrar lo bello que le gustaría ser. Ha soñado con ser capaz de decir: «Ser humano significa estar en constante duelo». Porque lo que de verdad quiere saber él es: «¿Cómo coño lo sobrelleváis vosotros?».

A veces quiere gritar que todo lo que pinta trata de la muerte de uno de sus humanos, ¿es que no lo ven? Su mejor humano murió y él no puede dejar de estar triste, todo el tiempo y en todos lados. Tiene ganas de decirles a los vetustos señores y las vetustas señoras que se gastan fortunas en sus cuadros que vio tanta violencia de joven que aún la siente en la piel, como si el mero hecho de existir le provocara moratones. A veces le duelen tanto las uñas, las pestañas y el pelo que se rasca hasta hacerse sangre. Odia los ruidos fuertes. No le gusta que nadie lo toque. Toma pastillas para dormir, pastillas para estar despierto, bebe demasiado alcohol. A veces llora tanto que vomita. Le pasa algo muy muy grave, le gustaría decir, y el único momento en que no se odia a sí mismo es cuando pinta. Es el único momento en que se siente él mismo. Eso es lo que le gustaría contar cuando le preguntan por la inspiración, pero no puede, obviamente, porque ni siquiera las señoras a las que les gustan los cuadros que les llegan al corazón quieren oír esas cosas en sus casas de verano. Sería de una falta de educación tremenda cuando has costado tantísimo dinero, así que el artista siempre se limita a musitar: «No lo sé».

Un año detrás de otro: «No lo sé». Se volvió más y más caro, más y más sensible, hasta que el corazón se le hizo de papel y, día tras día, se le rasgaba un poquito más por las puntas al abrir los ojos por la mañana. Todas las personas a las que conocía le decían lo

agradecido que debería de estar, porque su vida era el sueño de todo artista, y él se sentía avergonzado, como si hubiera cogido el abrigo equivocado del guardarropa y llevara puesto el sueño de otra persona. Porque él solo soñaba con que no lo reconocieran por la calle, con no ser adulto, con tumbarse en un embarcadero con sus mejores amigos bebiendo refrescos recalentados por el sol y leyendo cómics de superhéroes. Con no ser nadie junto a sus mejores donnadies.

Es importante que sepas todo esto sobre él, de lo contrario no comprenderás lo que le está pasando ahora mismo. Lo que pueden hacer los cuadros de la pared de una iglesia. Que hay un ritmo al que puede latir un corazón que no recuerdas cuando has dejado de ser joven, que hay arte que es una alegría tan abrumadora que se vuelve casi insoportable. Qué triste debe de ser, piensa el artista, ¡qué pérdida tan inmensa para cualquiera que nunca haya experimentado algo así!

Quedan pocos días para la Pascua, el invierno y la primavera pugnan por todo lo que vive, el artista tiene treinta y nueve años y se está muriendo. Los únicos que lo saben son Louisa y otra persona. Bueno, Louisa, otra persona y un gato. El artista oye a los policías detrás de él, pero no tiene miedo, se limita a mirar la pintura de la pared y piensa: «Qué día tan fantástico».

El primer agente lo agarra del hombro, y en realidad el artista no tiene ninguna intención de pintarle, pero está tan débil que pierde el equilibrio y, sin querer, apunta hacia arriba con el espray. La pintura resulta ser rosa y el uniforme del poli resulta ser azul, de manera que cuando el bote se le cae por fin de la mano al artista, el agente parece la lengua de una jirafa llena de confeti. El artista apenas percibe cómo lo tiran con fuerza al suelo. Se da un golpe en la

cabeza y se hace un arañazo tan grande en la frente que empieza a sangrar. Los agentes no ven a un artista de fama mundial, sino solamente a un hombre sin techo que ha hecho una pintada en una iglesia. Ni que decir tiene que era verdad a medias, porque él no tenía hogar. Tenía un apartamento enorme lleno de cosas bellas hasta hace muy poco, pero lo había vendido todo para comprar otra cosa. Para eso era la caja, la que había visto Louisa detrás del cubo de la basura. Pero el artista no estaba sucio de dormir en la calle, como había creído Louisa, sino porque una joven un tanto alocada había chocado con él y lo había tirado al suelo, y resulta que el suelo estaba hecho de tierra. La manta junto al cubo de basura no era suya, y tampoco era suyo el gato.

Ni siquiera es un gato sin hogar, de hecho, tiene una casa fabulosa en una parte adinerada de la ciudad donde lo miman mucho, es un gato muy de clase media. Lo que pasa es que le gusta escaparse y vivir otra vida también, vagabundear por la ciudad de noche en compañía de artistas, buscar aventuras y ensuciarse el pelo. Hay gatos que son así.

Cuando los agentes levantan al hombre, que es como un guiñapo en sus brazos, como si colgara inerte, exclaman algo que ahoga enseguida el lamento aterrorizado de otro hombre, en este caso, esbelto y bien vestido, con gafas y el cabello ralo repeinado. Viene doblando por la esquina justo a tiempo de ver a la chica desaparecer por la otra punta del callejón. Cuando el cuerpo del artista se les resbala de las manos a los agentes, el hombre acicalado se apresura a recogerlo.

—¿Se puede saber qué hacéis? ¿Es que no sabéis quién es?— espeta el hombre, enfadado y consternado a partes iguales.

No son los policías más interesados por el arte, la verdad sea dicha, así que se encogen de hombros moderadamente afrentados. Siendo justos, hay en la actualidad una cantidad horrorosa de personas célebres, tantas que no parecen quedar muchas que no lo sean.

—Estaba pintando un grafiti—balbucea un agente.

—¿Estás mal de la cabeza? ¡Está enfermo! Es imposible que haya estado pintando...—El hombre acicalado vocifera con seguridad, pero entonces ve las calaveras de la pared y se detiene, resopla profundamente y murmura dubitativo—: Ah, espera, estas son sin duda... suyas.

A continuación mira el cuerpo que tiene en sus brazos, el artista ha perdido tanto peso por la enfermedad que el hombre podría haberlo levantado con facilidad.

—¿Qué ha pasado? ¿Te dejo solo una hora y te acaba pegando la policía?—susurra apenado.

El artista tiene los ojos cerrados, pero, cuando reconoce la voz del hombre, inclina la cabeza sobre su pecho y dice jadeante:—¡No dejes que la atrapen, Ted! ¡Es de los nuestros!

OCHO

¿Y el gato? Ha salido pitando en cuanto ha aparecido la policía, por supuesto. Puede que los gatos no sepan mucho sobre cárceles, pero este sabe lo suficiente, es un gato de exterior y no tiene ninguna intención de convertirse en gato encerrado. Además, sabe que a todos les gustará más el hombre cuando descubran que es un artista de fama mundial, pero les gustará menos el gato cuando descubran que no es un sintecho. Preferimos admirar a los hombres y sentir lástima por los gatos, el mundo funciona así. Así que el gato decide que es un buen momento para irse a su casa a cenar, y se dirige al otro extremo del callejón, y esa será la última vez que vea al artista. Los animales no tienen teléfonos que suenan al amanecer, son afortunados, nunca se enteran de que han perdido a alguien. Pero, al final del callejón, el gato se detiene un segundo, mira a su alrededor y pasa la cola por la pintura de la pared, que aún no se ha secado del todo, y, si no fuera porque sabes que no es posible, jurarías que tiene lágrimas en los ojos.

¿Y Louisa? Corre hasta que siente que la garganta le va a reventar por la falta de oxígeno y la felicidad. Ha tenido la oportunidad de pintar una pared junto a su ídolo; ha pintado con todo su ser, y ha sido de verdad asombroso que el edificio lograra mantenerse en pie, que el tamborileo en su pecho no lo haya hecho

añicos. Esa noche corre hasta tan lejos que, cuando por fin se cuela a dormir en un coche aparcado, se queda grogui en el asiento trasero en cuanto echa el cerrojo. No ha dormido tan profundamente desde que Pez no lo hace a su lado.

¿Y el artista? También duerme, y sueña con un verano y un chico. Cuando se despierta en el hospital horas más tarde, parpadea bajo la luz brillante y solo es capaz de distinguir el contorno del hombre acicalado sentado en el sillón junto a su cama. El artista susurra esperanzado:—¿Estás... aquí?

El hombre acicalado, que se llama Ted, toma su mano con ternura y se inclina hacia él. Espera pacientemente hasta el que el artista lo reconoce.

—Perdona... Por un segundo pensaba que eras Joar...—susurra el artista.

—Lo sé—responde apenado el hombre llamado Ted, puesto que el artista llama a Joar todas las noches cuando está dormido.

Se conocen desde siempre, de casi toda la vida. Si has amado a una persona tanto como Ted ama al artista, tanto que estás dispuesto a que te confundan con otra persona solo por ver cómo se ilumina la cara de tu amigo durante un par de segundos, ya sabes qué se siente. De lo contrario, puede que no haya manera de explicarlo.

—¿Estamos en el hospital?—pregunta el artista mirando la habitación, confundido.

—SÍ,

—¿No es la comisaría?

En este punto Ted intenta ocultar su enfado sin conseguirlo del todo.

—¡La policía pensaba que eras un sintecho! ¡Y que eras un gamberro! ¿En qué estabas pensando? Si no hubiera oído los gritos en el callejón...

El artista lo interrumpe con una vocecilla que apenas supera el susurro.

—¿Ha logrado escapar?

Ted levanta los brazos, desesperado.

—¿La chica del callejón? Sí, vi cómo se escapaba, la policía estaba entretenida contigo.

—Bien, bien—sonríe el artista parpadeando lentamente, como un niño exhausto que jura y perjura con rotundidad y sin ambages que no tiene nada de sueño.

—Esto estaba en el suelo. ¿Es suyo?—pregunta Ted sacando la postal del bolsillo.

—Sí, sí—susurra apenado el artista mientras acaricia la postal con los dedos.

A Ted le resulta casi insoportable ver lo delgado que se ha quedado su amigo, con la cara hundida y la piel casi transparente, como una fina capa de hielo que lo separa de la muerte. Los ojos son lo único que queda de la persona que solía ser, la enfermedad ha envejecido su cuerpo muchos años, pero los ojos siguen siendo los de un niño travieso: juguetones, cariñosos y resplandecientes; totalmente imposible no enamorarse de ellos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué estabas haciendo en ese callejón?—pregunta con ternura Ted mientras arropa al artista.

El artista sigue con los dedos el contorno del chichón de su frente y se queda pensando un momento.

—Solamente quería comprobar si todavía podía saltar al agua y caer fuera.

Rompe a reír con tantas ganas que le sobreviene un ataque de tos; a Ted el chiste no parece hacerle gracia, tal vez porque sabe lo mucho que se hubiera reído Joar.

—Habíamos quedado en que esperarías en la cafetería de la estación. ¿Te dejo solo una hora y consigues que la policía te pegue? —rezonga Ted.

El artista se anima y exclama:

—SÍ, ¿a que es genial? ¡Como volver a ser joven!—Empieza a toser otra vez.

—No tiene gracia—dice Ted seriamente.

—Es un poco gracioso—insiste el hombre de la tos.

—¡La idea ha sido tuya! Yo iría a la subasta y tú tenías que hacer solo una cosa: quedarte en la estación y no llamar la atención. ¿Cómo crees que ha salido el plan?

El artista respira profundamente por la nariz y por primera vez parece un poco avergonzado.

—Lo sé, lo sé. Se me ha metido en la cabeza que quería ver el cuadro en una pared grande y blanca por última vez. Solo me iba a colar en la subasta un momentín, pero el vigilante no me dejaba entrar. ¡No tenía ni idea de quién era yo!

Dice esto último con una sonrisa de felicidad. Ted resopla tan fuerte que le cruje la columna. La enfermedad del artista implica que ya no parezca él mismo, lo que no deja de ser un pequeño consuelo para un hombre moribundo que siempre ha odiado la fama.

—¿Qué estabas haciendo en el callejón entonces?—pregunta de nuevo Ted.

—He ido a la parte de atrás de la iglesia a ver si había alguna ventana por la que colarme, como hacíamos cuando teníamos catorce años.

—Ya no tienes catorce años.

—¿Qué quieres decir? ¡Pues claro que sí! ¡Y tú también!—exclama riendo el artista. Entonces pregunta—: Por cierto, ¿qué ha pasado con el gato?

—¿Qué gato ni qué niño muerto?—exclama Ted exasperado, porque ¿cuántas cosas puede llegar a reunir una persona que se queda sola durante apenas una hora?

—Me he hecho amigo de un gato—susurra el artista con orgullo.

—Me vuelves loco—se queja Ted.

—Está muy feo enfadarse con un moribundo—bromea el artista, que recibe el castigo inmediato de otro ataque de tos.

—Me enfado porque no te lo tomas en serio—refunfuña Ted, mucho más iracundo de lo que pretendía.

—Ah, sí que me lo tomo en serio, Ted. Simplemente no tengo miedo. Ha sido una vida larga—responde, como muchas veces antes.

—No—musita Ted, con los ojos llorosos.

Porque ha sido una vida dolorosamente corta, un abrir y cerrar de ojos, un solo día de verano. A Ted le duele el pecho, como si llorara sin oxígeno, porque el duelo hace cosas muy extrañas en las personas, y una de ellas es que se nos olvida cómo respirar. Como si el primer instinto de la persona fuera dolerse hasta morir. Enseguida Ted se pondrá en pie y descubrirá que también ha olvidado cómo caminar, eso nos sucede a todos cuando el amor de nuestra vida se queda dormido por última vez; porque cuando el alma deja el cuerpo lo último que hace es atarnos los cordones de los zapatos. En las semanas que suceden a la muerte nos tropezamos con el aire. Es culpa del alma.

—Ha sido una vida larga—insiste el artista—. Ha sido...

Intenta decir algo más, pero lo interrumpe un ataque tan violento de tos que sacude su fino esqueleto. A Ted le da un ataque de pánico y de amor, y solo quiere ayudar.

—¡Bebe un poco de agua! Mira, las enfermeras te han dejado comida. ¡Cómete la verdura!

El artista ríe entre tos y tos y farfulla jadeante:

—¿La verdura? ¿Tú crees que va a cambiar algo a estas alturas?

Es un chiste, pero no ayuda nada, porque a Ted le tiembla todo el pecho. El artista no lo ha visto tan desesperado en veinticinco años. Quiere reconfortarlo, pero no tiene sentido, desde que se tumbaron en aquel embarcadero el año que cumplieron los quince, a Ted lo ha aterrorizado que mueran todas las personas a quienes ama. Tarde o temprano se comprobará que tenía motivos.

—No estés triste—sonríe el artista.

Se le pasa por la cabeza decir que la culpa es suya por llevar una vida tan sana; Ted es el único responsable si al final no le queda nadie. Pero no le parece el comentario adecuado para este momento.

—¡No te preocupes por lo que sienta yo!—espeta Ted.

No es la primera vez que ha estado junto a una cama de hospital, el artista lleva tiempo muriéndose, aunque muy lentamente. Ahora está sucediendo inmisericordemente rápido. Ha dejado de tomar la medicación, ya no ayuda, y ha decidido que basta. No tiene nada de miedo y a Ted le cuesta no enfadarse por eso. «Una vida larga», dice el artista sin parar, pero es evidente que no es cierto. Porque Ted podría acabar viviendo hasta los ochenta, una vida entera más, ¡sin él! Cuesta mucho no enfadarte contigo mismo, se diría que imposible, cuando lo único que quieres es gritar: «¡Tienes que vivir! ¡Por mí!».

—En mi lápida quiero que pongas: «Entre por el otro lado»—susurra el artista, porque sabe que ese tipo de bromas sacan a Ted de sus casillas.

—Calla—masculla Ted.

—O: «Aquí yace un hombre que comió verdura y murió igualmente»—sugiere el artista.

Le sobreviene una tos tan persistente que las enfermeras acuden corriendo, dando por hecho que se muere. Ted rezonga cansinamente.

—No os preocupéis. Se está riendo de sus propios chistes. No le pasa nada en los pulmones, es la cabeza...

Una de las enfermeras se echa a reír también. Arropa al artista, le da una palmadita en la mejilla y se dirige hacia la puerta, pero, a medio camino, parece cambiar de idea, y luego vacila de nuevo. Se gira lentamente y dice con suavidad:

—Mi marido adoraba tu obra. Vimos algunos cuadros tuyos en una galería una vez. Me encantaba la cara que se le ponía cuando los miraba.

—Gracias—susurra el artista.

—Somos nosotros los que te damos las gracias.

Podría haberle pedido un autógrafo, habría sido el último del artista y podría haberlo vendido por mucho dinero. Pero eso a ella ni se le habría pasado por la cabeza.

Una vez que la enfermera salió y cerró la puerta con delicadeza, el artista murmuró:

—Siento que mi muerte sea tan poco emocionante. Si pudiera haberla hecho un poco más espectacular, aumentaría el valor de mis cuadros. ¿Era mucho pedir una sobredosis de heroína? ¿O un asesinato?

Cuando Ted, enfadadísimo, no responde, el artista intenta darle una almohada y sugiere que no es demasiado tarde para lo segundo. Ted pone los ojos en blanco, luego señala con la cabeza la caja que descansa en una esquina de la habitación y dice, como si el artista tuviera que sentirse un poco avergonzado:

—Ni siquiera me has preguntado si he hecho lo que me pediste. Pero la respuesta es que sí. Lo he comprado, por una cantidad ridículamente exorbitante. Ha costado todo tu dinero.

El artista asiente agradecido, no hay atisbo de arrepentimiento.

—Bien. Se supone que los artistas deben morir pobres.

Ted lo mira con gesto grave durante mucho tiempo y luego murmura:—Eso es fácil de decir, soy yo quien va a tener que pagar la cremación.

Ted es tan poco chistoso que al artista le pilla desprevenido su propia risa. Cuando la enfermera vuelve a entrar corriendo, Ted se ve obligado a confesar que en esta ocasión ha sido él quien ha hecho la gracia. La mujer lo mira con escepticismo, como si no lo creyera. Sale dejando la puerta ligeramente entreabierta.

—¿Puedo verlo?—susurra el artista cuando se quedan de nuevo solos.

Ted asiente, resignado, y se levanta, luego saca con cuidado el cuadro de fama mundial de la caja. Hay un pequeño mapa enmarcado con las salidas de emergencia y las rutas de escapada en la pared del hospital, y Ted lo quita para colgar el cuadro, visto que las rutas de escape son superfluas en este momento. Cuando Ted se gira, el artista está tumbado en la cama contemplando su propia obra, y llora desconsoladamente.

Ted le toma la mano con delicadeza y hace una promesa.

—En tu lápida voy a escribir: «Te quiero y creo en ti».

—Yo también te quiero y creo en ti—sonríe el artista dejando caer el peso de su cabeza sobre el brazo de Ted.

Ted mira el cuadro, a sí mismo en el embarcadero, al lado de sus mejores amigos aquel último verano de su infancia. Luego mira la firma de la esquina inferior, las calaveras que el artista siempre dibujaba junto a su nombre.

—He visto las calaveras en la pared hoy. Es la primera vez que las has pintado en... No sé... ¿En años?

—No sabía que las echaba tanto de menos—responde el artista, cansado pero feliz, como un niño de cinco años después de un largo día con un nuevo compañero de juegos.

—¿Quién era la chica del callejón?—pregunta Ted.

El artista sonríe emocionado.

—Se llama Louisa. Su mejor amiga se llamaba Pez. Louisa se ha escapado, está desaparecida, pero mañana cumple dieciocho, y entonces se habrá ido, simplemente. Duerme dentro de coches. Y pinta tan... Tan... ¿Has visto la pared, Ted? Pinta tan... Pinta de una manera que hace que los tejados de los edificios salgan volando.

—Llevaba tiempo deseando verte pintar calaveras de nuevo—dice Ted, con un temblor en la comisura de los labios.

El artista parpadea despacio.

—Es Pascua y una chica a la que estaban persiguiendo ha aparecido y ha sido amable con un indigente en un callejón... y ha pintado una iglesia. Por menos de eso se puede acabar creyendo en Dios, Ted.

—Sí—coincide su amigo a regañadientes.

—No llores por mí. He tenido la oportunidad de experimentarlo todo. Ha sido una vida muy muy larga, y al final he podido ver algo increíblemente bello.

Ted asiente, desconsolado.

—¿La pintura de esa chica?

—No, a ti. He podido verte a ti.

A Ted le zumban los oídos cuando apoya la frente en el borde de la cama del artista. Después sentirá que ha estado así varios días, porque así es como suena la muerte. Hubo un tiempo en que las campanas de las iglesias tañían por los muertos, ahora lo hacen los teléfonos. Cuanto más suenan, más importante era la persona. Cuando muere un artista de fama mundial, suenan teléfonos de todos los continentes, la gente habla de él en las noticias y personas que no lo llegaron a conocer lloran. El arte es tan grande, tan inconmensurable, que nos enseña a dolernos por los desconocidos.

Por la mañana, temprano, incluso los críticos más severos, incluso los que nunca han escrito una palabra amable sobre los cuadros del artista, mascullarán «oh, no» a su teléfono cuando se enteren de lo ocurrido. Y Ted tendrá que perdonarlos, porque en el duelo se nos recuerda que somos seres humanos. En vida quizá seamos enemigos, pero cara a cara con la muerte vemos la verdad: somos una misma especie, solo nos tenemos los unos a los otros. Adonde tú vas, iré yo detrás.

Teléfonos de desconocidos sonarán por todo el mundo, aunque es posible que el que más suene, el que suene sin descanso, en la oscuridad, sea el del artista, porque Ted marcará su número una y otra vez. Eso es lo más difícil de comprender sobre la muerte: nada. Que el mundo se encoge sin él porque en su lugar hay vacío. La vibración de su risa, el olor de su piel, su número de teléfono. ¿Cómo puede una persona que ha significado todo para Ted volverse... nada en absoluto? Es la incomprensibilidad de la muerte la que vuelve loca a la gente, y se nos olvida cómo respirar y cómo

andar, hasta que pasamos noches enteras dando traspiés en habitaciones oscuras, llamando sin parar, tratando de comprender cómo es posible que un número de teléfono ya no le pertenezca a nadie.

El artista que yace en la cama cierra los ojos; le queda tan poca fuerza en la voz que Ted tiene que leerle los labios: «Escribe en la lápida: "¿Este ataúd me hace gordo?"».

Ha sido una vida larga, muy larga, y al llegar el final el artista ha conseguido hacer reír con tantas ganas a una persona que ama que las paredes cantan. Por menos de eso se puede acabar creyendo en Dios.

Si alguna de las enfermeras que pasan apresuradas por el pasillo ve lo que Ted hace a continuación, es lo bastante compasiva como para fingir no haberlo visto. El hombre, de casi cuarenta años, se mete con delicadeza en la cama. Cuatro manos entrelazan sus dedos, los cuerpos están tan juntos que, cuando uno de ellos se duerme, lo hace con las lágrimas del otro en los labios. Ahí yace Ted junto al amor de su vida, y el amor de su vida no tiene miedo ni está enfadado, ni siquiera yace ya en la cama de un hospital. Está en un embarcadero bañado por el sol, con la piel cubierta de agua salada y los besos de Ted en las pestañas.

Así se queda dormido un artista de fama mundial. Pronto sonarán los teléfonos en todas partes, pronto hablarán de él en las noticias, al amanecer su muerte les pertenecerá a todos y a todo. Pero durante un breve instante esa noche, en esa habitación de hospital, solo le pertenece a Ted. Una suave y breve exhalación a través de la barba incipiente, un último breve latido del corazón, y el mundo se encoge.

Las últimas palabras que susurra el artista son: «Encuentra a Louisa. Dáselo a ella».

NUEVE

Louisa despierta el día de su cumpleaños de un modo de lo más extraño: notando que la cama se mueve. Parpadea mirando el techo y las paredes, confusa, aunque no tarda en darse cuenta de que hay una explicación muy lógica: la cama no es una cama, sino el asiento trasero de un coche. Por un breve instante siente un pánico total, porque se le mete en la cabeza que la única explicación posible es que la han secuestrado. Se incorpora y su secuestradora, una mujer de edad indeterminada que canta despreocupadamente la música de la radio, la ve en el retrovisor y lanza un aterrorizado aullido. Solo entonces se acuerda Louisa de que en realidad se había colado en el coche a dormir la noche antes y calcula que la secuestradora quizá no sea tal cosa, sino la propietaria del vehículo, y que es más probable que sea la mujer la que esté pensando que están a punto de secuestrarla y no al revés.

La mujer pisa el freno hasta el fondo y el coche se detiene tan abruptamente que Louisa se da con la nariz en el asiento de delante.

—¿¡HOLA!? ¿Puedes al menos tener un poquito de CUIDADO?— exclama irritada.

Lamentablemente, la mujer no la escucha, solo chilla. ¿De verdad hace falta enfadarse tanto, piensa Louisa, teniendo en cuenta que

no es a ella a la que han despertado a las seis y media de la mañana? ¿Qué clase de lunática se va a trabajar tan temprano?

—¡AAAAAAARRRRRRRUUUUUUAAAAAAYYYYYY!—grita la mujer, o algo parecido, es difícil saberlo con exactitud, la verdad, porque Louisa ha dejado de oírla de pronto. Está escuchando la radio con tanta atención que al principio su corazón no es capaz de aceptar lo que oye.

—¡Espera! ¡Calla!—le ordena a la mujer, sin despertar aún del todo y acercando la oreja al altavoz.

Pero la mujer no espera en absoluto y desde luego no le hace ninguna gracia que Louisa la mande callar en su propio coche, así que, al final, Louisa se inclina y le tapa la boca con la mano, más o menos lo que harías si quisieras secuestrar a alguien, por ejemplo.

«...como acaban de escuchar, nos acaba de llegar la noticia de que el artista de fama mundial C. Jat...», dice la voz de la radio.

Entonces la voz se ahoga de pronto, como si el locutor hubiera perdido su monotonía profesional y se esforzara por contener las lágrimas. Se oye una respiración entrecortada y trémula seguida de «falleció la pasada noche. A la edad de treinta y nueve años».

Tal vez el locutor haya visto los cuadros del artista en galerías. Tal vez en algún libro bello en una casa grande o en revistas baratas de salas de espera pequeñas. Tal vez en una postal, en un frigorífico, en una casa de acogida. No lo ha llegado a conocer, pero no importa. El arte nos enseña a dolernos por los desconocidos.

Si la mañana de la mujer del coche ya era complicada de por sí, no mejora ni un ápice cuando la joven secuestradora rompe de pronto a llorar en el asiento trasero. No es un comportamiento del todo normal para una secuestradora, eso es verdad, así que al final la mujer acaba ofreciéndole a la joven su pañuelo. Cuando Louisa

murmura que siente haber dormido en su coche, la mujer le responde dubitativa que lamenta haberla despertado.

Louisa sale del coche, la mujer le pregunta si quiere que llame a alguien. Es un bonito gesto por su parte, el de dar por hecho que Louisa tiene a alguien.

En la radio del coche, y en todos los noticiarios que se están emitiendo en todas partes, periodistas con tono grave hablan de la muerte de un hombre famoso. Su muerte les pertenece a todos ahora. Louisa nunca podrá perdonarlos por eso.

Lo que sucede a continuación es a la vez estúpido y lógico, como la mayoría de las cosas que pasan en la vida, a decir verdad. Louisa se pasa todo ese primer día, el de su cumpleaños, deambulando por la ciudad, sin saber adónde ir con su duelo, y al día siguiente tampoco se acuerda, pero un día después es como si sus pies se hicieran con el control y empezaran a caminar sin que su cerebro les diera permiso. No sabe dónde se va a celebrar el funeral del artista, ni cómo decirle adiós, así que sus zapatos la conducen de vuelta al único lugar donde todavía puede sentir su presencia. Muy pronto los ricachones del barrio se quejarán a algún político ansioso hasta que envíen a un equipo de profesionales muy serios a repintar de blanco la pared de la iglesia, pero esa noche todo sigue allí: las cucarachas, el pez, los corazones y las calaveras. Así que Louisa saca todas sus pinturas y continúa por donde lo había dejado con el artista; pinta mientras llora a la luz de las farolas, sin noción del tiempo. A la mañana siguiente, muy temprano, el sol sale sin que se dé cuenta. No oye los pasos, el desconocido vestido de negro se acerca tan rápido por detrás que Louisa no lo ve hasta que ya es demasiado tarde. Por eso, cuando oye una voz grave, se gira al instante y hace

lo único sensato: le tira el espray a la cara con todas sus fuerzas. Así se conocen Louisa y Ted.

DIEZ

No es la mejor primera impresión del mundo, la verdad sea dicha. El espray cruza el aire hasta encontrar resistencia, momento en el que se oye un fuerte ruido, porque la resistencia resulta ser las gafas de Ted seguidas de su ojo. El consiguiente sonido incluye un buen puñado de vocablos complejos, del tipo que usan las personas que son demasiado pijas para lanzar improperios ordinarios.

Louisa, que había oído pasos tras ella y, por tanto, había dado por sentado que alguien venía a asesinarla, la única asunción sensata, no está del todo segura de si debe disculparse o tirar algo más. El hombre que tiene delante es bajo y delgado, como el artista, pero va elegantemente vestido con americana y pantalones con los que no parece haber dormido, lleva la cara afeitada, mientras que el artista era barbudo, y tiene ojos de adulto y serios, mientras que los del artista irradiaban curiosidad infantil. El hombre recoge las gafas del suelo con una mano y se lleva la otra al ojo.

—¿Eres... Louisa?

Los ojos de la joven examinan rápidamente el callejón de lado a lado, como si quisiera asegurarse de tener por dónde huir si fuera necesario.

—¿Eres policía?—pregunta suspicaz.

—Si fuera policía ya te habría metido en la cárcel por agresión—contesta secamente Ted, con un acento gracioso.

—¿Agresión?—murmura Louisa—. Eres tú quien se me ha acercado por la espalda. Creía que eras un asesino, y ni siquiera he ido a darte a ti, he lanzado apuntando en general.

Ted inhala muy profundamente.

—Vale, siento que mi cara se interpusiera en el camino de uno de tus proyectiles—contesta con aspereza mientras vuelve a colocarse las gafas, que han quedado bastante torcidas.

—Acepto tus disculpas—rezonga Louisa, la mar de seria.

—Virgen Santa, ya veo por qué le caías bien...—se queja Ted de una manera que no suena a cumplido.

—¿A quién?

—A él—dice Ted, adoptando el tipo de seriedad propia de los adultos que se han pasado todo el día intentando no llorar, y señala las calaveras de la pared.

Louisa parpadea perpleja e intenta con todas sus fuerzas acordarse de respirar.

—¿Tú... lo conocías? ¿A C. Jat? Yo...—No consigue terminar la frase. Cuesta hablar cuando tienes los pulmones y el corazón hechos un montoncito en el suelo de tu interior, porque Ted ha sacado la postal que ella le dio al artista.

—Quería que te la devolviera. Y el espray que le dejaste. Pero te lo devuelvo solo si prometes no tirármelo—dice amargamente Ted.

Louisa coge la postal con dedos temblorosos, las cuerdas vocales siguen paralizadas de la impresión y solo consigue responder asintiendo con la cabeza. El semblante de Ted adopta entonces un aire un poco más amable, al menos a la altura del ojo que no ha recibido el impacto de un espray de pintura.

—Él quería que supieras que le encantó pintar contigo—dice en un tono más amigable—. Evidentemente, le dijiste que os volveríais a encontrar aquí, así que quería disculparse por no poder venir, pero me temo que ha...

La voz de Ted no es lo bastante fuerte para sostener la palabra «fallecido», así que Louisa lo ayuda.

—Lo sé. Me he enterado por las noticias—susurra.

Por un segundo se miran a los ojos, pero ninguno de los dos es capaz de mantener la mirada.

—Ha dejado una cosa para ti—murmura Ted con la mirada gacha.

Detrás de él hay una maleta y dos cajas, una grande y otra pequeña. Cuando Louisa ve la segunda, no puede evitar preguntar:
—¿Son sus cenizas?

Ted la mira sorprendidísimo tras sus gafas torcidas.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi amiga Pez murió y no me dejaron quedarme con las cenizas, pero estaban en un recipiente como ese y había un tipo en la iglesia que me dejó cogerlo un rato. Yo era su única humana. El cura fue amable, se aseguró de que la enterraran bajo un árbol, a ella le gustaban los árboles. Un día voy a ser tan asquerosamente rica que le voy a comprar una lápida preciosa. O bueno... que hable de ella. Es decir...

En ese momento, el cerebro de Louisa le hace saber que a lo mejor ya han salido suficientes palabras de su boca. ¿No te parece, Louisa? ¡Como si no fuera a él al que se le ocurren las puñeteras palabras! Louisa se golpea la cabeza con el puño, un poco frustrada. Ted, por su parte, no sabe qué decir, así que se queda callado, y eso a Louisa le da mucha envidia. El cerebro de él parece mucho más disciplinado que la papilla anárquica que tiene ella en el cráneo.

Ted inspira profundamente y levanta la caja grande. Louisa tarda una vida entera en darse cuenta de que se la está ofreciendo. Lo hace con delicadeza, como si contuviera algo muy frágil, así que, como es natural, ella la agarra con tanta torpeza que acaba cayéndose de culo con el paquete en los brazos. De un brinco, Ted evita que la caja acabe en el suelo; se le ve tan aterrado que está claro que, en realidad, no quiere separarse de ella. Cuando por fin la suelta, parece que todo su pecho se esforzara en impedir que salga un comentario.

—Vendió todo lo que tenía para poder comprarlo. Todo lo que ganó a lo largo de su carrera y, aun así, por poco no consigo hacerme con él en la subasta. Le dije que era una estupidez, pero me contestó que se supone que los artistas mueren pobres. Lo único que quiso al morir fue regalárselo a quien él quisiera. Y quiso que fueras... tú.

Louisa lo mira sin entender muy bien a qué se refiere. Observa la caja y, a continuación, al hombre delante de ella.

—¿Tú quién eres? ¿Su abogado o algo así?

La mirada de Ted se escabulle como un pez de plata al encender la luz del baño.

—No, no. Éramos amigos.

—Lo siento—se apresura a decir Louisa.

—No lo sientas—contesta Ted con desdén.

—SÍ que lo siento—insiste ella—. Si eras amigo suyo, lo siento. Porque el mundo entero ha perdido a un artista, pero tú has perdido a tu humano. Y siento que tuvieras que compartir eso con todos nosotros. Deberías poder hacer tu duelo en paz.

Ted se aproxima a la cuarentena, pero esas palabras le afectan como si tuviera catorce años, cosa que lo enfurece, porque hoy no

puede permitirse tener catorce años, no puede permitirse sentirlo absolutamente todo otra vez. Por eso, lo único que alcanza a decir es un escueto «gracias», tras lo cual da media vuelta, coge el pequeño recipiente que alberga las cenizas de su enorme e incomparable amigo y su maleta y se dispone a salir del callejón camino de la estación de tren que hay enfrente. Ha completado su misión. Sin embargo, el cerebro de Louisa sugiere que grite algo más, por supuesto, y eso hace.

—¡Nunca he conocido a ningún adulto como él!

Sin volver la cabeza, Ted reconoce en voz baja:

—Yo tampoco.

Está a punto de alcanzar el final del callejón cuando oye los sollozos de Louisa retumbar en la iglesia y en el mundo entero. Entonces se da cuenta de que ha abierto la caja y descubierto el cuadro.

ONCE

En defensa de Louisa hay que decir que la tesitura en la que se encuentra no tiene nada de normal y que probablemente no haya un modo correcto o incorrecto de reaccionar, así que ella lo hace del que podría ser el único sensato: con mucho ruido.

—¡NO!—grita al principio. Tras un par de segundos de silencio, exclama—: ¡Y una mierda! ¡NO! ¡NO, NO, NO!

Otro silencio. Es evidente que su cerebro está buscando las palabras adecuadas para describir cómo se siente de verdad, hasta que se decanta por:

—¡Noooooooo!

Acto seguido, suelta el cuadro de fama mundial como si le quemara, pero lo vuelve a coger al segundo, aterrorizada por si se ensucia. Lamentablemente, su cerebro no le ofrece ninguna idea útil sobre qué hacer a continuación, de manera que vuelve a meter a toda prisa el cuadro en la caja y echa a correr detrás de Ted, agarrando con todas sus fuerzas el paquete.

—¿¡ERES TONTO DEL CULO O QUÉ!? ¿¡POR QUÉ ME DAS ESTO A MÍ!? ¡LLÉVATELO!

Ted se gira y en su semblante se dibuja el gesto que tendría una persona tras librar una larga batalla contra un insecto por un vaso de ZUMO.

—No soy yo quien te lo está dando. Ha sido él.

—¿¡SABES CUÁNTO VALE ESTO!?

Si Ted no fuera una persona tan rematadamente adulta y seria, habría puesto los ojos en blanco; como lo es, se limita a musitar:

—Sé exactamente cuánto vale, puesto que soy la persona que lo ha adquirido en su nombre en la subasta.

—¿¡Y POR QUÉ ME LO DAS A MÍ ENTONCES!?

Ted la mira con compasión, pero, lamentablemente, la autocompasión no tarda en estrangular el sentimiento. La vida es larga, había dicho su amigo en el hospital, pero no había mencionado que casi cada momento duele cuando la vives en soledad.

—Él quería que lo tuvieras tú porque... Porque se ha pasado la vida entera esperando conocer a alguien que mirara una pared y viera exactamente lo mismo que él.

Louisa trata por todos los medios que no se le caiga la caja.

—Pero ¿cómo voy a...? ¿Qué se supone... ¡Y una mierda! ¡No! ¡NO!

Louisa trata de localizar su cerebro, que obviamente ha abandonado su cabeza dando un portazo.

—Véndelo—sugiere Ted con toda la amabilidad de la que es capaz.

—¿¡CÓMO LO VOY A VENDER!?

—Quédatelo entonces. Ponlo en tu casa, en una pared. Haz lo que quieras—dice resignado Ted.

—¡No tengo casa!

Ted traga saliva e intenta equilibrar la empatía y el cabreo.

—Muyy bien. Entonces vende el cuadro y compra una casa. Compra diez casas. Ahora eres rica, te lo aseguro.

Louisa abre los ojos como platos, presa del pánico.

—No, no... No puede... ¿Por qué? ¡Era tu amigo! ¡TÚ tienes que quedártelo!

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque te lo ha dado a ti.

Louisa se queda pensativa un buen rato, un rato tan largo que Ted piensa por un segundo que podría agarrar su maleta, marcharse y no volverla a ver, pero es evidente que tiene que borrar esa idea de la cabeza. De pronto, Louisa grita un eureka propio de una genia.

—¡Lo tengo! ¡Me lo puedes comprar tú!

Ted no puede evitar sonreír ante la idea.

—No puedo pagarlo, querida.

—¿Pero no eres rico?—exclama ella examinando el atuendo de Ted, como si todo aquel que lleve pantalones limpios tenga que ser económicamente independiente.

—Soy profesor de instituto—informa Ted.

El dato no le dice mucho a Louisa, ya que no está muy segura de cuánto gana un profesor de instituto.

—No puedo... No me lo des a mí... Es demasiado, solo soy una cría, ni siquiera tengo dónde vivir, me he escapado de mi casa de acogida, duermo en coches, no puedo...

Es como si ahora pesara mil toneladas en sus brazos, aunque Ted sabe que no pesa casi nada, así que es probable que se haga una idea razonable de cuáles son los sentimientos que están haciendo que a Louisa le tiemblen las rodillas. Nada pesa más que el hecho de que otra persona crea en ti. Podría habérselo dicho para consolarla, pero, por desgracia, el cerebro de Ted está abarrotado de

remordimientos y pérdida. Son sus celos los que asoman cuando responde.

—Entiendo que sea una gran responsabilidad, pero él te eligió a ti. Te eligió... a ti. Vende el cuadro para no tener que dormir dentro de un coche nunca más.

—¿Y a quién se lo vendo? ¡Todo el mundo va a pensar que lo he robado!—exclama Louisa desconsolada, y Ted se da cuenta entonces de que a la joven no le falta razón. Vacilante, traga saliva y se recoloca las torcidas gafas.

—Vale. Véndelo ahí dentro entonces, a la misma gente a la que se lo he comprado yo—sugiere señalando la iglesia con un gesto de convencimiento en el rostro que para nada concuerda con lo que siente de pronto.

Ted está un poco enfadado porque el artista no se lo ha pensado bien y siempre confía en que sea él quien tenga que considerar todos los detalles de las cosas.

—¡Está cerrado! ¡Estamos en Pascua! ¡Está todo cerrado!—replica Louisa en un tono que sugiere que cabe la posibilidad de que piense que Ted es idiota.

—¡Pues serás rica después de Pascua, entonces!—responde este en un tono que sugiere que cabe la posibilidad de que se esté empezando a sentir idiota.

—¿Y qué hago hasta entonces?

—¿Qué quieres decir?

Louisa se echa a llorar y los sollozos hacen temblar todo su cuerpo.

—Estoy sin casa y me acabas de dar un puñetero cuadro que vale una FORTUNA. ¡En esta ciudad no voy a llegar viva hasta después de Pascua con esto!

Ted duda un momento.

—¿Por qué lo dices?

—Por experiencia.

Ted tiene que reconocer que no tiene una buena respuesta para eso.

—¿Quizá puedas llamar a alguien para que te ayude? ¿A tu madre?

—Está muerta—dice Louisa como si tal cosa, sin atisbo de pena.

Confuso, Ted se rasca la cabeza, que ya no tiene un aspecto tan aseado.

—Lo siento, leí la postal y pensé...

—¿Has leído mi postal? ¡No tienes ningún permiso para leer el correo de otra persona!—espeta Louisa.

Ted la mira ojiplático.

—No era... correo. Era una postal. Es como... cuando lees sin querer el eslogan de una camiseta.

Louisa pone los ojos en blanco, un gesto que Ted encuentra de lo más inmaduro.

—¿Por qué no puedes llamar tú a alguien? ¿A alguna persona que pueda quedarse con el cuadro?—sugiere la joven.

—No conozco a nadie aquí. No soy de estos lares—aclara Ted, que piensa en el artista y en la medicación que decidió dejar de tomar al final, y en el viaje que Ted intentó convencerle de no hacer debido al avanzado estado de su enfermedad—. Él tampoco vivía aquí. Vinimos porque es donde se vendía el cuadro. Quería comprarlo sin que se enterara nadie. Le preocupaba que alguien descubriera que era cierto que se estaba muriendo porque el precio subiría y no podría permitírselo. Por eso me envió a la subasta sin decírselo a nadie. Ahora me doy cuenta de que fue una estupidez.

No tengo ningún documento que demuestre que quería dártelo a ti. Lo siento... De verdad. Pero tengo que irme.

Ted da media vuelta para emprender el camino de nuevo, tan abatido a causa de los demonios de la vida adulta que araña el suelo con los pies. El duelo es una bacteria egoísta que requiere de toda nuestra atención. Ted no quiere ser grosero con la joven, solo quiere estar solo; necesita silencio para poder oír la voz del artista en su cabeza de nuevo, sentir su aliento en la piel. No deseas la felicidad cuando has perdido al amor de tu vida porque no puedes imaginarte siendo feliz de nuevo. Solo deseas paz, tranquilidad, dormir a pierna suelta. Solo sueñas con ser capaz de perdonar al tiempo por hacernos viejos. Por no dejar que nos quedemos en un embarcadero con nuestros mejores amigos. Por dejar que acabe el verano.

—¿Adónde vas?—pregunta Louisa al verlo alejarse.

—A casa.

—¿A casa? ¿Al lugar del cuadro? ¿Sois de allí?

Levanta el cuadro del suelo haciendo que el marco le haga una rozadura a la caja.

—SÍ.

Ted responde sin molestarse en girarse, pues conoce al dedillo el embarcadero.

—¿Vas a enterrar sus cenizas allí?

—SÍ.

—¿Está lejos?

Ted se detiene y resopla con tanta fuerza y enfurruñamiento que a Louisa le llama la atención que no le salga humillo por las fosas, debe de tener unos senos nasales increíbles para su edad.

Ted, que se aproxima a la cuarentena, suspira.

Sí, se tarda varios días en tren.

—¿Y por qué no vas en avión?

—Me gustan los trenes—responde en un tono que no le pega nada a un forofo del ferrocarril.

—Te da miedo volar, ¿no?—adivina Louisa.

Ted exhala con tanta fuerza que hace ondear la tela de sus pantalones.

—¡Todo el mundo debería tenerle miedo a volar! ¿Has montado en avión?

—No, ni siquiera he montado en tren—responde Louisa con calma.

Le avergilenza un poco cuando ve que Ted se avergúenza al oírla, nada más lejos de su intención. Los viajes en tren sugieren que tienes algún lugar donde ir, o alguien que te espera, y esa no es la vida que ha tenido Louisa.

Ted se da la vuelta.

—Lo siento, de verdad—masculla sin mirarla a los ojos—. Espero que todo... te vaya bien.

—¿Puedo acompañarte entonces? ¿Dónde vas?

La pregunta le sale tan de sopetón que, a decir verdad, es probable que le haya sorprendido a ella tanto como a él.

Es, a todas luces, una pregunta increíblemente estúpida, pero ¿qué otra cosa puede hacer Louisa? Desde luego su cerebro no la está ayudando lo más mínimo.

—Por supuesto, ¡por supuesto que no!—exclama Ted, horrorizado.

Da media vuelta bruscamente y emprende otra vez el camino, maleta y cenizas de su amigo en ristre, tan deprisa que se tambalea y eso le abochorna, por lo que bascula más visiblemente aún hasta que sale del callejón y se mete en la vía por donde circulan los coches, que casi lo atropellan. Uno toca el claxon y Ted, un hombre

que odia llamar la atención, se pone tan colorado que es un milagro que no se le caiga la piel. Se aleja dando tumbos, la estación está en la acera de enfrente y está a punto de entrar cuando el cerebro de Louisa la convence de que eche a correr tras él y grite tan fuerte que la oiga la calle entera.

—¿¡FUISTE TÚ QUIEN SE TIRÓ EL PEDO!?

Viandantes desconocidos miran asqueados a Ted, cuya tonalidad facial ha pasado al morado. Louisa no es la compañía ideal para una persona que odia llamar la atención. El hombre devuelve a los viandantes una sonrisa nerviosa a modo de disculpa y reprende a Louisa en voz baja.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Louisa ha recogido sus cosas, se ha colgado la mochila y se dirige con esfuerzo, jadeante y sudorosa, con la caja que contiene el cuadro en los brazos, hasta Ted.

—(¿Eres uno de ellos? ¿De los chicos?—exclama, señalando el cuadro con insistencia.

Por primera vez desde el hospital, Ted mira directamente al cuadro, por lo que es una especie de milagro que logre mantenerse en pie, sus zapatos son verdaderamente grandes para un joven de catorce años. Hace frío pero tiene calor de pronto y, por unos segundos, le cuelgan las piernas de un embarcadero, es verano y no ha sucedido nada terrible aún. Parpadea hasta volver a la realidad, mira a Louisa y piensa en lo que dijo de ella el artista: que era de los nuestros. Ted suspira y, a regañadientes, se señala en el embarcadero.

—Soy este.

A Louisa se le nota en la voz que la invade una repentina sensación de gratitud.

—Siempre he pensado, cada vez que miraba la postal del cuadro, que daba la impresión de que os estabais riendo. Menuda locura, ¿no? Pintar la RISA. Y siempre pensaba que parecía que uno de vosotros se acababa de tirar un pedo. Es una tontería. Lo siento... Yo... ¡Lo siento! No me funciona bien el coco. Siempre balbuceo cuando me pongo nerviosa...

A Ted se le ha acelerado la respiración, su pecho sube y baja, le tiemblan las mejillas; Louisa piensa que es como si no supiera llorar, que lo único que sabe sobre las lágrimas lo ha leído en un manual y no ha entendido para nada el mecanismo. Ted señala a uno de los chicos del cuadro.

—Este es Joar. Fue él quien se tiró el pedo—dice lentamente—. Le salían unos pedos fantásticos. Parecía que estaba hecho de huevo por dentro.

Louisa se echa a reír con tanto ímpetu que el eco rebota por toda la estación. Ted casi se echa a reír también. Desde luego es la vez que más cerca ha estado de hacerlo desde que el artista se quedó dormido a su lado por última vez.

—Lamento que viniera la policía y se llevara a tu amigo. Lamento que esa fuera una de las últimas cosas que vivió—acierta a decir Louisa, que intenta torpemente volver a meter el cuadro en la caja.

Ted sonríe apenado:

—No lo lamentes. Hacía años que no lo veía tan emocionado, se sentía joven y peligroso otra vez. Has de saber que era un idiota... Un idiota total.

—¿Cuánto hacía que lo conocías?

Ted cavila un momento y se recoloca las gafas.

—Lo conocía desde que éramos pequeños. Desde siempre.

Ese es el tipo de amistad que tuvieron, no existió un «antes». Louisa se inclina hacia el cuadro y dice, como si le hablara a la caja:

—Cuando era pequeña solía pensar en vosotros mientras me quedaba dormida. Pensaba que me dormiría y al despertar estaría ahí junto al mar, con vosotros. Y que me enseñaríais a nadar.

En ese momento una puerta se cierra de un portazo dentro de la cabeza de Louisa. Su cerebro ha vuelto y quiere decirle que parece una acosadora cuando dice esas cosas.

Lo cierto es que Ted logra su récord personal en poner cara de incomodidad. Se mira el reloj.

—Debería irme ya—farfulla nervioso antes de sacar el billete y pasar el torno de entrada.

—¿Puedo ir contigo entonces?—repite Louisa, insegura y atrevida a la vez, todo un logro, desde luego, y se cuela rauda tras él.

No es su mejor idea hasta la fecha. La suma de Ted, la maleta de Ted, Louisa, la mochila de Louisa y la caja no era exactamente lo que el ingeniero que diseñó el torno tenía en mente, así que se quedan atascados como dos pelotas de tenis en la boca de un golden retriever acaparador. Ted tiene que pasar por encima de la maleta para liberarse, y luego es Louisa la que trepa para salir, tratando con esfuerzo de no tocarlo, cosa que no le sale muy bien que digamos.

—¡Déjame en paz!—refunfuña Ted, que cae de bruces cuando Louisa choca con él y le golpea en la nuca con la caja del cuadro.

Sus gafas acaban aún más torcidas. Ted se incorpora, agarra la maleta y el recipiente con las cenizas y echa a correr. Como si eso fuera a servirle de algo, teniendo en cuenta que las piernas de Louisa son mucho más largas. El hombre llega dando tumbos al final del andén antes de rendirse.

—¿¡POR QUÉ!?—grita Louisa a su espalda.

No está muy claro si se refiere a por qué corre o, en un sentido más general, a por qué es tan irritante. Ted no responde. Se limita a sentarse despatarrado sobre la maleta como un señor de mediana edad que ha sobrestimado su condición física.

—¿Por qué?—repite Louisa—. ¿Por qué me has dado el cuadro? Podías habértelo quedado. O haberlo vendido. ¿Por qué...?

Ted permanece inmóvil, furioso y agotado, con las manos en las rodillas.

—Porque me amaba y creía en mí y ese fue su último deseo—contesta jadeante.

Se queda callado de pronto porque tiene que morderse el labio inferior para impedir que le tiemble. Louisa ve el tren aproximarse al andén. Di algo inteligente, grita su cerebro.

—¿Hay en tu ciudad alguien que pueda ayudarme a vender el cuadro?—exclama, su voz apenas audible por el chirrido del tren al frenar.

Una idea bastante inteligente, hasta su cerebro lo reconoce, porque entonces Ted hace una cosa de la que se arrepentirá una barbaridad al segundo.

Sí, puede. Pero ella...

—¡Genial! Entonces voy contigo y me la presentas y así vendemos el cuadro y nos repartimos el dinero.—Asiente efusivamente con la cabeza, como si el trato estuviera cerrado.

—¡NI HABLAR!

—¿¡POR QUÉ NO!?

Ted levanta los brazos, visiblemente frustrado.

—Virgen Santa, no puedes ofrecerte a acompañar a un desconocido d...

—¿Por qué no? ¿Es que tienes pensado secuestrarme?—interrumpe Louisa.

—¿Qué? Pues claro que no voy a secu...

—A ver, no es por ser borde, pero eres bastante bajito. Yo creo que puedo contigo.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?—pregunta Ted, que piensa que la conversación se ha ido por unos derroteros de lo más desagradables.

—De secuestros—aclara Louisa de un modo muy instructivo mientras se yergue, muy estirada, como si quisiera mostrar su tamaño y lo difícil que sería, por ejemplo, meterla en una caja o encerrarla en un sótano.

—No tengo ninguna intención de secuestrarte... Pero supongo que eso es exactamente lo que diría si estuviera pensando en hacerlo.

Louisa se queda pensativa un buen rato mirando a Ted.

—Pareces saber una barbaridad sobre secuestros—señala finalmente.

—¿Cómo?

—Solo digo que para no ser secuestrador, sabes una barbaridad sobre...

—Muyy bien, yo me voy ya—informa Ted, que se apresura hacia el tren que acaba de entrar en el andén.

—Tienes razón, podemos seguir hablando durante el viaje—asiente Louisa con entusiasmo.

—¡No!

—¿Por qué no?

—¡Porque eres una niña! No puedo llevarme a una niña a...

—¿Tienes algo en contra de secuestrar niños? ¿Es ahí donde trazas la línea roja?

—¡No! ¡Es decir, sí!

—Acabo de cumplir los dieciocho. Soy una adulta. Puedo ir adonde me dé la gana.

—Felicidades.

—Gracias. ¿Quiere eso decir que puedo ir contigo?

—No quiere decir eso en absoluto.

—Pero ¿¡POR QUÉ!?—grita Louisa, consiguiendo que Ted pierda los estribos y le grite también.

—¡PORQUE NO PUEDO HACERME RESPONSABLE TAMBIÉN DE TI!

En ese momento, Louisa lo ve llorar por primera vez.

DOCE

Hace veinticinco años, Ted y sus amigos se pasaban todo el día en la calle, durante cada momento de las vacaciones estivales, inseparables hasta que se ponía el sol. Hay una manera particular de echar de menos a alguien, la de extrañar a tus mejores humanos cuando tienes catorce años, cuando los caminos se separan al llegar a la puerta de casa y notas el frío en la piel cuando dan media vuelta y se alejan.

—¡Hasta mañana!—se despide siempre alguno.

—¡Hasta mañana!—promete el resto antes de desaparecer en la oscuridad.

Por la noche, los adolescentes vivían realidades diferentes, pero al salir el sol volvían a encontrar su sitio en el mundo junto a los otros, en el cruce de caminos entre sus casas. Cada mañana, Joar llegaba temprano y esperaba en la intersección, y cada mañana se encontraba a Ted sentado en el césped, esperándolo.

Joar no llegó a saber nunca por qué; nunca habían sido mejores amigos, solo tenían en común al artista. Ted rara vez hablaba, mientras que Joar no callaba casi nunca. Ted nunca se enfadaba y Joar estaba enojado todo el rato. Joar salía de casa temprano cada mañana, a la misma hora que su madre se escabullía para ir a trabajar, antes de que despertara su padre, resacoso y amenazante.

En cuanto a Ted, podría haber seguido durmiendo todo el día si hubiera querido y nadie se habría dado cuenta.

—¿Por qué narices llegas siempre tan temprano?—le preguntó Joar una mañana de junio.

Ted se limitó a encogerse de hombros, un poco cohibido, con la mirada gacha. Las vacaciones de verano no habían hecho más que empezar, Joar acababa de descubrir el concurso en el que podría participar el artista, el cuadro no estaba pintado aún. Todo lo mejor estaba todavía por llegar. Todo lo peor también.

—Si yo viviera en tu casa dormiría hasta que diera la hora de comer—masculló Joar antes de tumbarse en el césped.

En su respiración se adivinaba que se había arrepentido de decirlo en cuanto las palabras salieron de su boca. La casa de Ted era silenciosa por una razón, y Joar lo sabía. El mundo tiene una inventiva enorme, se le ocurren muchas maneras de traumatizar a los niños.

—¿Has traído algo de comer?—preguntó Joar con un tono de voz más amable.

Ted asintió y sacó unas galletas de la mochila. Joar las cogió, pero no comió ninguna.

—Bien, estas le gustan—dijo en voz baja; entonces tosió, un poco incómodo, para deshacerse de la debilidad en su voz y poder cambiar de tema—. ¿Tú cuál crees que es el mejor invento del mundo?

Ted volvió a encogerse de hombros.

—¿Sabes lo que dijo mi madre cuando le pregunté?—dijo sonriendo de pronto Joar, porque nadie le hacía reír como su madre —. Los bolsillos. ¡Los bolsillos, dice! Menuda idiota, ¿no?

Ted sonrió porque nadie podría decir «iiidiiiiota» con tanto amor incondicional en las íes como su amigo, porque ningún adolescente podría proteger a su madre como lo hacía él. La mujer era amable, aunque no siempre era lista, todo lo contrario que su hijo, que, por otro lado, no siempre era amable. En cambio, en esta ocasión en particular, Ted estaba de acuerdo con la mujer. En silencio, claro, pero lo estaba. Los bolsillos son un invento alucinante.

—¿¡Los bolsillos!?—repitió Joar con tono acusador, como si pudiera leerle la mente—. ¿No los aviones ni las medicinas ni el fuego ni nada de eso? ¿Estás de acuerdo con eso? Pues entonces sois los dos tontos de remate. ¿Tú sabes lo que dijo mi madre sobre el fuego? Que eso no fue un invento, que lo descubrieron unos hombres de las cavernas. O sea, ¿en serio? ¿Sabes qué le dije? Le dije que si el fuego fue un descubrimiento, los bolsillos también, porque los bolsillos son como la raja del culo de los pantalones, unos hombres de las cavernas se metieron la mano por entre las nalgas y dijeron: «¡Oye! ¡Aquí puedo guardar las llaves! ¡Deberíamos ponerle esto mismo a la ropa!».

Ted se rio ante la ocurrencia, porque en eso Joar era bueno; podía pelear y jugar al fútbol, pero sobre todo era gracioso. Sus mejores ideas surgían de su sentido del humor. Lo único en lo que no era muy bueno era en estar solo porque no soportaba el silencio, era entonces cuando se le ocurrían las peores ideas. Esa es la razón por la que Ted se aseguraba siempre de llegar a la intersección antes que él cada mañana.

Cuando el artista llegó por fin de su casa, Joar saludó con un «¡buenas tardes!» a pesar de que seguía siendo tan temprano que no había ningún otro crío despierto en el pueblo. Al menos ninguno que fuera feliz y estuviera a salvo, de los que no odiaban cada

minuto que tenían que pasar en el instituto. Esos no anhelaban las vacaciones de verano como Joar, no tenían ninguna prisa por lanzarse al mundo para no hacer absolutamente nada en todo el día.

—¿Has desayunado? ¡Cómete una galleta! ¡Son las que te gustan! —ordenó al artista. Y, sin pararse a tomar aire, añadió—: ¿Has empezado a pintar el cuadro del mar? Joder, ¡tienes que empezar a pintar si quieres ganar el puto concurso!

El artista tenía cara de no haber pegado ojo en toda la noche y se comía las galletas en trocitos tan pequeños que no podían considerarse ni migajas. Permaneció callado; no sabía cómo explicarles que se había arrepentido de prometer que pintaría el mar. Era evidente que no podía hacerlo. No era tan bueno. Joar solo quería que lo acabara; el problema era que él creía que hay que empezar para poder terminar, pero no era así cómo funcionaba la cosa. El arte no es cronológico. Todo lo que el artista dibujaba salía de un lugar de su mente donde solo podía entrar si no lo estaba buscando. Que le pidieran que dibujara era como despertar de un sueño e intentar soñarlo otra vez. La falta de seguridad en uno mismo es un virus devastador. No tiene cura.

Ted se sentó junto a ellos en silencio y pensó que ojalá fuera gracioso porque la risa cura todas las heridas; sin embargo, se quedó allí callado, vacío de chistes. Joar tenía la mirada gacha y se esforzaba por no decir nada más, pero la expresión definitiva del amor es la queja, no damos la lata a otras personas como se la damos a los seres que amamos. Todos los progenitores lo saben, y también los mejores amigos.

—Joder, ¿qué tiene de complicado empezar a pintar y punto?—Lo repitió al menos cinco veces de camino al mar, pero solo obtuvo silencio como respuesta.

Cuando llegaron al embarcadero siguió dándole la lata al artista para que se comiera todas las galletas antes de nadar, y el artista no rechistó, ya estaba acostumbrado. Sin embargo, cuando Joar se desvistió y dejó al descubierto todos sus moratones, Ted pudo ver en los ojos del artista cómo se le partía el corazón, porque no se acostumbraba a verlos.

Joar era buenísimo jugando al fútbol, todo el mundo quería tenerlo en su equipo en el insti porque siempre se tiraba de cabeza a entrarle al contrario. Había comprendido que de ese modo evitaba que la gente le preguntara de dónde habían salido todos aquellos moratones. A veces, muchos años después, Ted se preguntaría si había sido esa la razón por la que el artista había necesitado tanto tiempo para hacer el cuadro de ellos junto al mar: no tenía todos los colores que necesitaba para pintar el cuerpo de Joar.

Muchos niños corren hacia la puerta cuando oyen a su padre llegar, pero ninguno tan rápido como Joar. Se quedaba tumbado en la cama de noche y contaba las veces que el metal de la llave arañaba el metal de la cerradura antes de que su viejo acertara a introducirla. Cuantos más arañazos, más había bebido el hombre; las noches más peligrosas eran cuando se daba por vencido y tocaba el timbre. Entonces Joar salía corriendo hacia la puerta para que su madre no se llevara el primer golpe. Su viejo les pegaba como si no fueran personas.

A veces su padre se arrepentía al día siguiente y prometía no volver a hacerlo, como suelen hacer los hombres como él. Pero a veces ni siquiera se acordaba de lo que había pasado; se despertaba con sangre en los nudillos y se sentaba en la cocina sin saber siquiera a quién le había dado una buena tunda la noche antes.

El hecho de que Joar fuera capaz de amar a pesar de aquello era extraordinario. ¿Que fuera capaz de amar a una persona como amaba al artista? Un milagro.

Cumplían quince ese verano y es probable que cualquiera que acabara de conocer a Ted pensara que había tenido a sus humanos toda la vida, puesto que cada uno era una extensión de los otros, como el rabo para un perro. No volvemos a cumplir esa edad nunca más, esa en la que todos los amigos son amigos de la infancia y comparamos los demás enamoramientos de nuestra vida con ellos. Pero lo cierto es que Ted solo había tenido a Joar y al artista desde hacía unos pocos años, mientras que estos se habían tenido desde siempre el uno al otro. Ted se avergonzaba muchísimo de la envidia que esto le provocaba. Veinticinco años después, lo seguiría avergonzando.

Cuando salieron del agua aquel día de junio, Ted sacó con cuidado uno de los cuadernos de dibujo del artista de su mochila y escribió algo. Un momento después, tumbado bocarriba en el embarcadero con el esbelto cuerpo secándose al sol, Joar hizo una pregunta bastante predecible.

—¿Tú cuál crees que es el mejor invento del mundo?

El artista ojeó su cuaderno y leyó en voz alta.

—;¡Los bolsillos!

A Joar se le abrieron los ojos como platos. En un primer momento se puso histérico.

—¿Cómo coño has...?—Pero entonces miró a Ted y el cuaderno, luego al artista, y masculló—: ¡Idiotas! ¡Menuda panda de idiotas que estáis hechos!

Joar quizá se hubiera enfurecido con Ted si no le gustara tanto la risa del artista, pero ¡ay, cómo reía el artista! Y Ted y Joar no

necesitaban tener nada más en común. Cuando reían los tres juntos, estaban en el lugar que les correspondía en el mundo.

Ted nunca se había sentido tan gracioso.

El artista también necesitaba la risa de los otros, tal vez más de lo que nadie podía comprender; aquella primavera había reído cada vez menos y apenas si había dibujado. En cambio, ese día lo intentó, con todas sus fuerzas, porque odiaba decepcionar a Joar. A veces, cuando se ponía nervioso, al artista le picaba el cuerpo y a veces le temblaba un hombro, una especie de espasmo que lo sacudía por debajo de la camiseta; solía darle tanta vergúenza que le hacía llorar. Algo no iba bien en él, eso lo sabía. Su cerebro asimilaba la información en el orden incorrecto. Nunca quería jugar con otros niños de pequeño, solo le apetecía sentarse en una esquina a dibujar y con frecuencia a sus padres les decían que su hijo no era normal. Lamentablemente, ellos lo creyeron, y por esa razón se perdieron la increíble alegría de tener un hijo tan especial.

A menudo, los padres piensan que la seguridad en uno mismo es algo que un crío aprende y ya está, pero los niños pequeños son siempre invencibles por naturaleza, es la duda lo que se aprende. Y ¡vaya si se la enseñaron bien al artista! Porque el mundo lleva miles de años practicando cómo perforar los pulmones de los niños que son diferentes. En preescolar los adultos tardaron mucho en darse cuenta de que al artista no le gustaba que lo tocaran, pero, como es natural, los demás niños se dieron cuenta enseguida, de manera que se le acercaban a hurtadillas y le pinchaban hasta hacerle gritar. A veces el pánico le hacía ponerse a dar vueltas agitando los brazos y no había manera de calmarlo, y entonces llamaban a sus padres para hablar con los maestros esa misma tarde. Ya con cinco años, el

artista había aprendido a reconocer la vergilenza en la mirada de sus padres.

Los demás niños no tardaron en descubrir que le daban miedo los espacios cerrados, así que un día lo metieron a la fuerza en un arcón que había en el patio y se sentaron sobre la tapa. Él se quedó hecho un ovillo dentro, llorando, tanto tiempo que pensó que iba a morir. Afuera, los demás niños ni siquiera sujetaban ya la tapa, pero él no se atrevía a abrirla.

Entonces se oyó un alarido, y luego otro, y de pronto el sol cegó al artista. Era Joar, que también tenía cinco años y había abierto la tapa del arcón mientras los otros niños acudían corriendo y llorando a buscar a los maestros porque les salía sangre de la nariz y el labio. Ese fue el primer día de preescolar de Joar y el último de soledad para el niño del arcón. Después de una cosa así, uno hace todo lo que está en su mano para no decepcionar a un amigo.

Tenían doce años cuando conocieron a Ted, cuando Joar lo atropelló con la bicicleta, porque el chico era bueno en muchas cosas, pero no en frenar. Tal vez «conocieron» no es la palabra adecuada, nadie conocía a Joar porque a un desastre de la naturaleza no se le conoce, te golpea. El artista y él se aburrían, y se le ocurrió la idea de tirarse en bici por la cuesta más empinada del pueblo, colarse por un agujero que había en la valla que rodeaba el antiguo puerto abandonado, dirigirse a todo trapo hasta el embarcadero y caer en el agua. Aquel era su lugar secreto, olvidado del mundo, nadie más sabía que existía. Sin embargo, ese día en particular, había un niño desconocido de pie al final del embarcadero.

—¡CUIDADOOOOOO!—gritó Joar, pero era demasiado tarde.

La bicicleta golpeó a Ted y ambos acabaron en el agua. Joar salió enseguida a la superficie, pero el otro niño no aparecía por ningún lado. El artista se quedó de pie en el embarcadero y durante casi un minuto entero pensó que acababan de matar a alguien.

—¡AHÍ!—gritó Joar de pronto, y el artista se lanzó al mar sin pensárselo dos veces. Sacaron a Ted, que expulsó tanta agua que podría haber ahogado a un caballo no muy grande. Miró al artista aterrorizado y este le devolvió una sonrisa y le habló por primera vez.

—Muy bueno ese cuidado.

Ted sonrió. Eso se tarda en hacer un mejor amigo. Toda una vida, un solo segundo. Pero de pronto los miró horrorizado.

—;¡Tu bicicleta!—se lamentó mirando a Joar y luego al agua, donde se había hundido, como si fuera culpa suya que hubiera desaparecido.

—No te preocupes, era una bici de usar y tirar—dijo Joar encogiéndose de hombros.

Ted tardó unos minutos en darse cuenta de que quería decir que la había robado. Joar le explicó lenta y pacientemente que uno nunca debería montar su propia bici en este puto pueblo, seguro que Ted lo comprendía. ¡Te la podrían robar!

Unos días más tarde, Joar y el artista acompañaron a Ted a casa después del instituto; era la primera vez que conocían a alguien que vivía en una casa no adosada. Hay que decir que puede que fuera la casa más barata y desvencijada del pueblo, pero daba igual, porque Ted tenía una habitación para él solo en el sótano.

—¿Quién puñetas es este tío? ¿Un príncipe o algo así?—masculló Joar.

La habitación era fría y olía a humedad, pero para un crío de doce años tener una habitación propia es el sumun del lujo; una escalera que los separaba del mundo de los adultos era como un foso rodeando un castillo. Joar dio una vuelta por la habitación mientras se inclinaba ante cada mueble y decía con solemnidad:

—Su Alteza el Armario, ¡encantado de conocerle! Su Alteza el Papel Pintado, ¡un placer!

Pensaba que era propio de la clase alta tener papel pintado y, mientras paseaba por la habitación, fingió haberse perdido de lo grande que era.

—¿¡Hola!?—exclamó junto a la biblioteca, porque eso también era propio de la clase alta, tener libros en lugar de botellas en las estanterías—. ¿¡Hola!? ¿Me oís? ¡Estoy en la biblioteca!

El artista se echó a reír a mandíbula batiente. El enamoramiento fue instantáneo, el corazón de Ted salió disparado hacia ellos como una planta en busca del sol.

Esa noche se fueron cada uno a su casa porque el artista no se atrevía a cenar con la familia de otra persona y Joar no quería dejar a su madre sola con su padre. Por la noche el viejo salía y Joar se quedaba en casa; la madre y él veían en la tele programas de famosos que a ella le encantaban porque las celebridades siempre parecían felices. En cambio, el artista volvió a casa de Ted esa noche, después de cenar, y, poco tiempo después, empezó a acudir casi a diario. Siempre llamaba con delicadeza a la ventana del sótano, haciendo con los nudillos un ruido como el de las patas de una lagartija sobre el cristal. Nunca tocaba al timbre de arriba y evitaba a los padres de Ted de la misma manera que evitaba a todos los adultos, porque sabía que los incomodaba. Al artista le habían dicho toda su vida lo que sí era y lo que no: era raro, diferente del

resto, y no lo bastante chico. En cambio, en el sótano de Ted se sentaba en el suelo a dibujar todas las cosas que no se atrevía a pintar en ningún otro sitio; primero, superhéroes y monstruos terroríficos, porque a Ted le gustaban. Luego, a medida que la noche avanzaba, dibujaba cuerpos. Primero con ropa, luego sin ella. A veces, cuando estaba muy triste, pintaba alas de ángel en los hombres desnudos.

Ted se acostumbró a quedarse dormido con el sonido del lápiz contra el papel y la respiración de su amigo, y siempre despertaba en una habitación vacía con una brisa agradable que penetraba por la ventana abierta del sótano. Entonces, Ted solía escabullirse hasta el cuarto de baño de sus padres, en la planta de arriba, y contaba las pastillas del armario. El padre de Ted tenía cáncer, por eso la casa estaba tan silenciosa y el chico tenía permiso para vivir en el sótano, así nada perturbaba al enfermo. El armario del cuarto de baño estaba lleno de analgésicos y el artista solo robaba unas pocas pastillas cada vez, así que Ted lo descubrió por pura casualidad. El artista las guardaba en una caja, en la mochila, como si estuviera construyendo una bomba. Ted no le dijo nada a nadie, pero unas semanas antes de aquellas vacaciones de verano, cuando estaban a punto de cumplir los quince, el artista dejó de dibujar, luego dejó de comer, y entonces Ted se lo contó a Joar, y por eso este decidió apuntarlo en el concurso y quería que Ted trajera galletas cada mañana.

Cuesta decir «te quiero» cuando tienes catorce años. Y es del todo imposible atreverse a susurrar: «No te hagas daño, porque me haces daño a mí también».

Los padres del artista estaban divorciados. Su padre era un hombre amargado; nada violento, simplemente incapaz de transmitir

cariño. Sus expresiones de ternura parental se reducían a, como mucho, decirle a su hijo en voz baja: «Compórtate como una persona normal». El artista no entendía a qué se refería, pero sí que siempre le salía mal. Su padre trabajaba en el puerto, a veces sus compañeros venían a casa y se sentaban en la cocina. A menudo se emborrachaban y siempre estaban enfadados, con sus jefes, con los políticos y con la economía. Sin embargo, una noche, ya tarde, cuando ya se habían remojado el gaznate con unas cuantas cervezas, el padre farfulló: «A veces me pregunto qué hice mal. Si es culpa mía que el chico sea como es». Los otros hombres le dijeron que no era culpa suya. Todos coincidían en que algo le pasaba al muchacho, de eso no había duda, sencillamente no estaban de acuerdo con a quién había que culpar.

Vivían en un apartamento pequeño con paredes finas y el artista estaba sentado al otro lado, convencido de que, si no existiera, todo sería mejor.

Ted odiaba los ruidos fuertes desde siempre. Solía sentir pavor cuando oía los cubiertos chocar con los platos o doblarse el poliespán o el cartón. Pero el sonido que más odiaba de todos era el ruido que hace el papel cuando alguien hace una bola con él.

Ese día de hace veinticinco años, cuando estaban en el embarcadero y Joar había ido a hacer pis, el artista se volvió hacia Ted y le susurró con los ojos llorosos:

—No puedo hacerlo, Ted. No puedo dibujar como Joar cree. Y ni siquiera quieren un dibujo en el concurso ese, quieren un cuadro. No tengo pintura, ni siquiera tengo pinceles... No sé cómo hacerlo. No puedo, sé que no puedo...

Tenía el espasmo en el hombro y los picores por todo el cuerpo; en ese momento, arrugó una hoja de papel y Ted nunca olvidó aquel

sonido. El artista lanzó la bola al agua, el mar engulló el dibujo y Ted desearía durante los siguientes veinticinco años no haber permanecido allí sentado en silencio.

Cuando Joar volvió, el artista se puso en pie y se alejó mascullando que iba a orinar, aunque lo más probable es que no quisiera que lo vieran llorar.

Joar se dejó caer al lado de Ted y se quedó un buen rato sentado en silencio antes de decir, muy seriamente y con la mirada clavada en el horizonte:

—Tenemos que conseguir que pinte ese cuadro, Ted, lo comprendes, ¿verdad? Se va a morir si se queda en este puñetero pueblo. Pero si gana el concurso se hará famoso y rico y será feliz. Como los famosos de la tele, ¿comprendes? Tenemos que conseguirlo.

Joar jugueteaba con un mechero que había encontrado en el suelo, tenía los brazos cubiertos de moratones y cicatrices. Ted no dijo nada, se limitó a asentir, y Joar le respondió asintiendo también. Aquel fue su juramento.

Esa noche, en el camino de vuelta a casa, los adolescentes que acabarían convertidos en un cuadro caminaban uno junto al otro, aunque el artista iba más pegado a Joar. Ted hizo todo lo posible por no estar celoso, pero fracasó estrepitosamente. Cuando tienes catorce años, la amistad y el enamoramiento son el mismo sentimiento, luz que emerge de la misma estrella, por lo que tal vez habría que contar con una palabra mejor para nombrarlo. Pero ¿cómo explicar que muero de frío si tú no me ves?

Cuando los adolescentes emprendieron cada uno su camino al llegar a la intersección entre sus casas, se despidieron con un

«¡hasta mañana!» y, en respuesta, lanzaron a la noche sus respectivos «¡hasta mañana!».

Ted miró por encima del hombro, con frío en la piel. Ninguno de los jóvenes podía explicar lo que estaba pasando, se limitaban a apoyarse los unos a los otros sin decir nada. Joar había asumido la responsabilidad de lograr que el artista alcanzara la fama mundial; el artista, la de no decepcionarle. En cuanto a Ted, él había asumido la responsabilidad de impedir que las personas que amaba murieran. Es una carga terrible para una persona. Los hombros te crujen, el esqueleto te encoge y, al final, apenas puedes caminar.

TRECE

—No puedo hacerme responsable...—murmura Ted en la estación, veinticinco años después.

Lleva la maleta en una mano temblorosa y las cenizas de su mejor amigo en la otra. Cuando se aleja de ella, Louisa se da cuenta por primera vez de que cojea.

—Vale—dice en voz baja.

—¿Vale?—repite Ted sorprendido, restregándose los ojos tras las torcidas gafas, muy avergonzado por las lágrimas.

—Sí, vale. Ya no te molesto más—asegura Louisa antes de dar media vuelta.

—Vale...—Ted asiente confundido porque lo más extraño que puede sucederle a un hombre de mediana edad que está enfrascado en una discusión es ganar de pronto.

Louisa le lanza una última mirada.

—No te hagas daño.

Ted intenta con todas sus fuerzas que no se le note que, en ese momento, está oyendo al artista en ella; vaya si lo intenta. Se repone, como hacen los adultos serios, y le responde secamente.

Siento... haber levantado la voz.

Estira el cuello, trata de elevarse hasta ponerse a la altura de la joven, como si eso le hiciera parecer más adulto. A Louisa, Ted le

recuerda a una pequeña jirafa, y eso le hace pensar en ángeles. Puede parecer una conexión de lo más inverosímil, pero ella no cree en los ángeles, en cambio Pez estaba obsesionada con ellos. Cuando se conocieron, Louisa nunca dibujaba personas, solo animales, sobre todo jirafas porque tenían el cuerpo tal y como se sentía ella: alto y muy ancho, pero donde no tocaba. Pez siempre decía que, si moría, regresaría a su lado convertida en ángel, pero con forma de jirafa para que la pudiera reconocer, cosa que hacía a Louisa reír como una histérica. Una jirafa en medio de la ciudad: ni siendo un ángel lograba Pez ser discreta. Una idiota por toda la eternidad.

Louisa sonríe triste para sus adentros mientras recoge la caja que contiene el cuadro. Se vuelve en dirección al lado opuesto del andén, donde un grupo de hombres jóvenes de negro fuman cigarrillos liados de cualquier manera y beben de botellas envueltas en bolsas de papel.

—No te preocupes. Vete. Voy a pedirle a esos chicos tan majos si me pueden ayudar a vender el cuadro. Parecen bastante fiables...— dice de pronto.

Ted resopla con tanto ímpetu que no te gustaría tenerlo al lado si estuvieras construyendo un castillo de naipes.

—Pero ¡no! ¿Qué haces? No vayas...

Da dos pasos hacia ella, que se vuelve con un gesto muy teatral.

—Perdone, ¿no tenía usted mucha prisa por coger su tren?

Ted empieza a hiperventilar en un intento de mantener la frustración a raya.

—¿Estás loca? No puedes acercarte a un grupo de desconocidos con un cuadro tan valioso.

—¿Por qué no? ¿Crees que podrían secuestrarme?

A Ted no se le ocurre una respuesta inteligente ante tal comentario, así que, siguiendo su intuición, dice lo único que a cualquier hombre de mediana edad se le ocurriría decirle a una adolescente irritante:

—¿Tú no deberías estar en el instituto o algo así?

Louisa arruga la nariz.

—Es Pascua.

—Vale, vale, pero eres una niña. ¿Seguro que no hay nadie que te esté echando en falta?

—Tengo dieciocho años. Nadie me está echando en falta.

—¡Solo trato de ayudarte!—insiste Ted, que deja en el suelo la maleta y la caja de cenizas para darse un masaje en las sienes. Louisa asiente rápidamente con la cabeza.

—Muyy bien, ayúdame entonces. Has dicho que te ibas a casa y que hay una persona allí que me puede ayudar a vender el cuadro. Llévame contigo, podemos vender el cuadro y luego yo me vuelvo cuando pase la Pascua. Nadie se va a dar cuenta de que me he ido.

Ted levanta los brazos en un gesto de resignación tal que, sin querer, se da en la nuca, cosa que denota gran talento: el de ser tan torpe que eres tu causa más probable de muerte.

—¿Y qué hay de la casa de acogida? La has mencionado antes, ¿no? Puedes ir allí, ¿verdad?—Hace otro intento.

La mirada de Louisa se ensombrece.

—Ayúdame a vender el cuadro y desapareceré de tu vida, te lo prometo. Haré lo que quieras, pero no pienso volver a esa mierda de sitio.

Ted se restriega los párpados y deja escapar un pensamiento:

—Cuando hayas vendido el cuadro podrás comprar la casa entera.

Louisa responde tan rápido que sus palabras suenan a bofetada:

—La compraría para quemarla.

Ted no puede evitar pensar en Joar sentado en el embarcadero con el mechero en la mano.

—Pero debes de tener alguna especie de trabajador social a quien poder llamar, ¿no? ¿O cómo funciona eso?

Ted se esfuerza, pero Louisa se limita a encogerse de hombros.

—No creo que estén trabajando ahora mismo.

—¿Por qué no?

—¡Porque es Pascua!

—Es Pascua—repite con frustración Ted, que ahora se restriega todo el rostro.

—¿Eres lentito o algo así? No es que tenga nada de malo, solo pregunto—aclara Louisa, muy considerada.

Por desgracia, a Ted no se le ocurre ningún insulto inteligente con que contestar, porque una voz tras ellos inquiere de pronto:

—¡Eh! ¡Vosotros dos!, ¿tenéis billete?

Ted se da media vuelta y se encuentra con un hombre cabreado con corbata fina y una chapa con un nombre en el pecho que se recoloca como si fuera la estrella de un sheriff en una peli antigua del Oeste.

—¿Billete?—dice Ted confuso.

—He visto a la chica pasar el torno contigo. ¿Tiene billete?—gruñe el sheriff, que se lleva los pulgares al cinto como si estuviera a punto de desenfundar un revólver imaginario.

—¡Puede quedarse con esto como pago!—exclama de inmediato Louisa, ofreciendo al sheriff la caja que contiene el cuadro—. ¡Debe de costar unos...!

—¡NO!—protesta Ted.

Louisa se gira hacia él con cara de sorpresa fingida a la perfección.

—¿Sigues aquí? Creía que tenías que coger el tren.

Ted aprieta los puños con tal fuerza dentro de los bolsillos y grita con tal fuerza dentro de su cabeza que es probable que todos sus órganos internos hayan envejecido diez años como mínimo. El sheriff no parece saber muy bien cómo interpretar eso, por lo que decide hacerse cargo de la situación agarrando a Louisa de la muñeca.

—¡A ver! ¿Tienes o no tienes billete?

Louisa chilla tan fuerte que la mitad de las personas del andén se giran. Consigue liberarse como si el tipo abrasara, y al hacerlo se le sube la manga y Ted le ve el brazo, tan cubierto de moratones y cicatrices que hasta el aire debe de dolerle con el roce.

—¡No me toques!—vocifera Louisa retrocediendo y buscando el destornillador en la mochila.

Ted reconoce la mirada en sus ojos, ve al artista en ella y le pesa tan hondamente que es un prodigio que no deje la impronta de sus huellas clavadas en el cemento del andén. Lo único que quiere Ted ahora mismo es que lo dejen solo, pero el problema de no querer decepcionar nunca a tus amigos es que cuando ellos están en el cielo ven todo lo que haces, los muy cabrones. Así que, cuando el sheriff se acerca más a Louisa, Ted se interpone entre ellos, muy a regañadientes, con las manos levantadas y los ojos cerrados a cal y canto.

—Vale, vale, vale. Ya pago yo su billete.

El sheriff lo mira sorprendido y no sabe cómo reaccionar cuando Ted se encorva como si esperara recibir un golpe.

—Ah, vale, muy bien...—balbucea el sheriff, ligeramente decepcionado, como si hubiera estado esperado la oportunidad de

demostrar su autoridad en público.

—¿Vale?—pregunta Louisa con entusiasmo.

—¡Vale!—repite Ted, nada entusiasmado, y busca su cartera.

Una vez pagado el billete, el sheriff se aleja arrastrando los pies y Ted resopla tan fuerte que podría derribar castillos de naipes a un kilómetro de distancia. Coge la maleta y el recipiente con las cenizas y se dirige cojeando al tren, pero esta vez Louisa no lo sigue. Ted se da la vuelta en la puerta.

—¿Vienes o no?—refunfuña.

Louisa lo mira con escepticismo.

—¿Entonces puedo ir contigo? ¿Así, sin más?

—¡Es lo que querías!

Louisa pone los ojos en blanco.

—¡Ah! ¿O sea que ahora se supone que tengo que confiar en ti? ¿Así, de repente? ¿Y si me asesinas?

—No te voy a asesinar.

—Eso es exactamente lo que diría un asesino. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Ted.

—Louisa.

—Lo sé.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale, ahora ya nos conocemos. Ya puedes dejar de decir cosas raras.—Louisa sacude la cabeza irritada.

—Porque soy yo el que dice cosas raras—musita Ted.

Louisa sube la caja al tren antes de abordar el compartimento y mirar a su alrededor.

—¡Vaya! ¡Qué asientos más blanditos! Pez debería haberme enseñado a colarme en trenes en lugar de en coches—suelta Louisa como un exabrupto.

Ted se pone colorado y evita hacer contacto visual con el resto de pasajeros.

—¿Sabías que las mujeres tienen más probabilidades de morir asesinadas por un conocido, Ted? O sea que, si alguien va a asesinarme en este momento, lo más seguro es que seas tú—comenta Louisa tras reflexionar unos instantes.

Ted cierra los ojos y cuenta hasta diez al menos diez veces; a continuación, busca dos asientos desocupados. Lo sigue Louisa, cuyo avance lo sucede un ay tras otro proveniente de los desconocidos a quienes golpea con su mochila en la cabeza al pasar. Ted intenta colocar su maleta en el compartimento superior, pero está demasiado alto, por lo que Louisa le pregunta si necesita ayuda. Obtiene un no rotundo por respuesta, al fin y al cabo, Ted es un señor adulto. Se golpea tres veces con la maleta en la cabeza antes de darse por vencido y apretujarse en el asiento junto a la ventana con la maleta y el recipiente con las cenizas.

—¿Estás seguro de que no quieres poner tu maleta arriba?—Louisa pregunta con afán de ayudar, pues ella alcanza la repisa sin necesidad de estirarse.

—¡Estoy bien!—espeta Ted, que tiene la maleta sobre los muslos.

—Desde luego, se te ve la mar de cómodo.

Louisa obtiene un gruñido ofendido como respuesta, así que levanta su mochila para dejarla en la repisa y coloca la caja con el cuadro en el suelo, junto a sus pies. Están sentados uno al lado del otro y, en defensa de Louisa, hay que decir que pasan como mínimo veinte segundos hasta que se aburre.

—¿Te gustan los acertijos, Ted? ¿Tú sabes cómo hacer bajar a un hombre con un solo brazo de un árbol?

Ted cierra los ojos y pone cara de que no le importaría ser él quien se cayera de un árbol ahora mismo. Qué viaje más largo le espera, piensa.

Y el cielo se ríe. Ríe a mandíbula batiente.

Ted saca un pequeño rollo de cinta de la maleta y arregla las gafas torcidas. Louisa suelta acertijos y chistes sin parar hasta que el tren empieza a moverse, momento en que hace algo verdaderamente inesperado: quedarse callada. Desde el asiento observa maravillada su ciudad pasar a través de la ventana; es la primera vez que la deja. Parpadea y respira repetida y profundamente y, justo en el momento en que llegan al final del andén, lo ve por el rabillo del ojo. Sucede tan rápido que al principio piensa que se lo está imaginando, pero no, está ahí, tranquilamente sentado en un banco, mirándola con cara de condescendencia. Debe de haberse dado un baño desde que lo vio en el callejón porque le brilla el pelo, aunque la arrogancia no se quita restregándola con una esponja. Sus miradas se cruzan un instante y nadie creería a Louisa si lo contara, pero juraría que levanta la pata derecha para saludarla.

Clásico sentido del humor de Pez, volver transformada en gato.

CATORCE

El arte es contexto.

Porque, siendo honestos, el cuadro no es genial.

Raro hubiera sido que lo fuera, desde luego, teniendo en cuenta que el artista que se haría famoso con el nombre de C. Jat solo tenía catorce años cuando lo pintó. Es cosa de catorceañeros no ser geniales haciendo las cosas. La única expectativa que no tienen que defraudar es la de ser imbéciles, vienen a este planeta para que sus mamás y papás sostengan la industria de los analgésicos para el dolor de cabeza. Ser geniales no es para nada la función de los catorceañeros.

Así las cosas, el cuadro no tenía nada de especial. Era el artista el que lo era. Un donnadie, un pobre de una localidad portuaria venida a menos, hijo de padres divorciados y miembro de una cuadrilla de amigos que un maestro describió en una ocasión como «jauría de animales salvajes». A lo largo de su niñez, el artista había visto a los adultos destruir su entorno; unas veces con violencia y otras en silencio, unas veces con los puños apretados y siempre con botellas vacías. Los niños tienen dos mundos, el que les han dado y el que sueñan, pero ni siquiera el artista tenía la suficiente imaginación para creer que se puede pintar el camino de salida de ese sitio. Hace

falta un idiota de remate para soñar con algo tan fabuloso. Menos mal que el artista tenía uno de esos.

A Joar le decían con frecuencia que era tonto. A él le daba lo mismo, pero el artista se enfurecía muchísimo. No era tonto, sino ese tipo de persona que solo puede tener un pensamiento en la cabeza, razón por la que era tan bueno arreglando motores. El artista, en cambio, pensaba en todo a la vez, razón por la que podía dibujar, pero siempre en el orden incorrecto. Desde el borde del papel hacia el centro, y no al revés; el cielo primero, las personas al final. Así pues, el cuadro de fama mundial ni siquiera era un cuadro al inicio, sino un dibujo, porque el artista no podía permitirse comprar pintura. Y ni siquiera era un dibujo del mar cuando lo empezó, sino de nubes, porque las nubes no son nada y así se veía el artista a sí mismo. En cuanto a todo lo demás, era lo que Joar veía en él. Ya de adulto, al artista le dijeron que el arte genial tiene que encontrar su vía de salida del interior de una persona; para él, en cambio, era algo que tenía que encontrar su vía de entrada. Porque, para él, el arte era amor. Duelo. Una historia.

Un contexto.

Si una persona sin techo hubiera intentado vender el cuadro de los niños del embarcadero en la calle, la pintura no habría tenido ningún valor. Sin embargo, una vez colgada en la pared blanca de una preciosa galería, costaba una fortuna. Cuando una masa crítica de ricachones quiere algo con la suficiente intensidad, el valor de ese algo se vuelve incalculable, porque el arte deja de experimentarse a través de los ojos y pasa a hacerlo por los oídos; no se paga por un cuadro, sino por su firma y su historia. En el mundo de los ricos, no es el artista a quien hay que admirar, sino al propietario, porque solo es posible valorar algo que tiene precio. Por

eso los niños del cuadro son tan importantes como para poner vigilantes que los protejan, mientras que los niños del embarcadero del mundo real podrían morirse sin que a nadie le importaran lo más mínimo.

El cuadro que llevaba el nombre de El del mar no alcanzó la fama mundial porque fuera fantástico, no era preciado por ser obra de un genio, sino por todo lo que hizo el artista después. El arte que creó, cuando se bautizó como «C. Jat» y pintó cuadros que dejaban sin aliento a quien los contemplaba, pero también por su faceta conocida, la de un hombre tímido y traumatizado, y eso les encantaba a los compradores, cuanto más traumatizado, mejor. «Sufre un poco más—deseaban—. ¡Desmorónate delante de nuestras narices!»

Cuando C. Jat dejó de salir, se convirtió en un misterio; cuando dejó de conceder entrevistas, lo acosaron. Cuanto menos tenía para dar, más querían todos de él. Un día lo llamaron «uno de los grandes artistas de su generación», y todo el mundo siempre quiere saber qué van a hacer a continuación los grandes artistas, aunque, en el caso de algunos, es justo al revés: se vuelven tan queridos que al final todo el mundo quiere saber qué crearon al principio. Es así como El del mar alcanzó la fama mundial, porque con él empezó todo. Por eso se compró y vendió muchas veces y por eso llegó a ser tan caro que recuperarlo le costó al artista todo el dinero que tenía.

¿Para obtener qué? Nada especial. La pincelada era la de un adolescente; la narrativa era la de un niño. Aun así, muchas personas que lo habían visto una única vez no podían parar de hablar de él. Porque la gente solo veía el mar al principio, todo ese azul, había que estarse quieto contemplándolo un buen rato para percibir a los tres críos del final del embarcadero. Muchas personas

no veían nada de nada hasta que venía alguien y señalaba las figuras, siempre con aire triunfal, como si mostrara la ruta a un tesoro oculto. Por eso empezaron los diarios a llamar genio al artista, porque era como si aquel crío de catorce años hubiera planeado el misterio precisamente así: como si solamente una persona que amara el mar lo suficiente y entendiera el arte en profundidad fuera a contemplar el cuadro el tiempo requerido para ver a los jóvenes.

La verdad es que no había habido nada intencional en ello. Joar había encontrado el concurso, pero el artista ni siquiera podía permitirse comprar pinturas. Ni siquiera podía explicárselo a Joar porque este se enfadaba mucho cuando le decían palabras que no entendía y «acuarelas» es un concepto difícil de pillar. Desde luego «pintura al óleo» era más complicado todavía y cuando Joar oyó el término exclamó: «¿Qué quieres decir con óleo? Joder, acabará todo pringado, ¿no?».

Así que nada de aquello fue en absoluto intencionado; sencillamente, el artista prometió intentarlo para hacer feliz a su mejor amigo. No tenía en mente pintar el mar ni que nadie viera a tres jóvenes sentados al final del embarcadero. Si alguien le hubiera preguntado qué era el arte, habría murmurado que a lo mejor una cosa para otros críos, para los ricos, los inteligentes, los que tenían talento. Él no sabía absolutamente nada sobre arte; sus manos dibujaban por la misma razón por la que bailan algunos pies: porque no saben cómo parar.

Por eso estuvo a punto de no ocurrir el cuadro. Porque justo después del primer funeral de aquel año y justo antes del segundo sus dedos dejaron de dibujar del todo. Si Joar no le hubiera dado tanto la tabarra, probablemente no habría vuelto a hacerlo.

A decir verdad, sí que es un cuadro genial, aunque no de la manera que pensaban las personas que llamaban genio al artista.

Esa noche de junio de hace veinticinco años, cuando los adolescentes regresaban del embarcadero y se dirigían a sus casas, el artista caminaba más cerca de Joar de lo que nunca había estado de otra persona, y su amigo le dijo en voz baja.

—Siento no poder decirte que da igual.

—¿El qué?—preguntó el artista con desconsuelo, pues siempre se le partía el corazón por no ser capaz de ser todo lo que querían los demás.

Joar respiró profundamente y, a la luz de las farolas, las huellas de su padre resplandecieron en tonos azules y morados sobre su cuerpo.

—Sé que quieres que diga que el concurso no importa. Que no tienes que ganarlo. Pero no puedo. Tienes que ganar. Tienes que salir de este puto pueblo—dijo escuetamente.

El artista siguió andando con la mirada gacha.

—Siempre hablas de mí como si mereciera una vida mejor que la vuestra...—respondió con tristeza.

—¡No la mereces!—replicó rápidamente Joar.

Sorprendió de tal manera al artista que casi se echa a reír, pero Joar se limitó a sacudir la cabeza lentamente y añadir con una seriedad demoledora:

—No te mereces una vida mejor que la nuestra. Es solo que tú no serás capaz de lidiar con una vida como la nuestra. Con una vida normal. Eres demasiado blando. Eso de quedarte aquí y trabajar en el puto puerto como nuestros padres. Levantarte cada mañana y sentirte una mierda. Estar cabreado todo el tiempo. Día sí y día

también durante cincuenta años. Eso es duro. Tienes que ser un tipo duro y tú no lo eres. Tú necesitas una vida diferente.

El artista caminó en silencio mucho rato antes de atreverse a preguntar.

—¿Y tú qué?

—Yo tendré una vida normal—respondió Joar, sonriendo vagamente—. Trabajaré en el puerto. Me levantaré cada mañana y me sentiré una mierda, estaré cabreado todo el rato. Pero de vez en cuando, algún puñetero domingo, iré a un museo y al fondo habrá un cuadro de un artista de fama mundial, y será tan bonito que me ayudará a lidiar con la vida una semana más.

Aquello hizo muy feliz al artista durante un instante pasmosamente breve, ya que Joar apenas hablaba sobre su futuro. Él siempre tenía prisa por vivir el presente, por amar el principio y el meollo de las vacaciones estivales, junio y julio, porque ese era el mejor momento del año. Porque agosto implicaba que su viejo estaba de vacaciones y eso era lo peor. Lo más peligroso que le puedes dar al diablo es tiempo libre, puesto que tenerlo conlleva celos más siniestros, paranoia más profunda y más botellas vacías. Su madre no sobreviviría a otro agosto, de eso Joar estaba seguro, y sabía que su cuerpo no era aún lo bastante fuerte para protegerla. Era el más bajo de todos, pero sus amigos siempre lo recordarían como el más grande y valiente. Su padre era lo contrario, pesaba noventa kilos, pero era un hombre diminuto.

En una ocasión, un profe del instituto dijo que Joar era irresponsable, y eso al artista le pareció el mayor disparate que había oído nunca. Claro que Joar no era capaz de estarse quieto ni de callar la boca en clase, pero era solo porque tenía prisa. La mayoría de los niños no saben que tienen prisa, son afortunados.

Los profesores decían que Joar no escuchaba, pero lo que estaban diciendo en realidad era que no obedecía. Decían que era violento, pero lo cierto era, sencillamente, que peleaba mejor que los demás. Él no empezaba nunca las peleas, pero, una vez que las había ganado, no daba esa sensación. Decían que era un peligro tenerlo en clase, pero, en realidad, era el artista el peligroso, porque era a él a quien siempre estaba protegiendo Joar.

El problema era que, una vez que el cerebro de Joar se quedaba atascado en un pensamiento, todas las neuronas giraban en bandada alrededor de este como hormigas que se agolpan en torno a un bollo y, por desgracia, no siempre eran las más listas las que llegaban primero. Como resultado, se enfadaba por cosas extrañas. Si su mejor amigo se quedaba enganchado en una puerta, era la puerta la que se llevaba una paliza, porque en el mundo de Joar no había objetos inanimados, todo tenía consciencia y lo que hacían era intencionado. Se negaba a comer cilantro porque hay personas a las que les encanta y otras que piensan que sabe a jabón. A él no le sabe a jabón, sencillamente se negaba a comer algo tan rematadamente injusto. Una vez oyó por la tele a alguien hablar sobre «carne ecológica» y le preguntó al artista qué quería decir; su amigo sugirió que quizá significara que alimentaban mejor a los cerdos y les dejaban vivir al aire libre, y que tal vez así fueran más felices. «O sea, ¿solo matan a los cerdos felices? ¿No es peor eso?», preguntó Joar irritado. El artista no tenía respuesta para esa pregunta. Era difícil rebatir la lógica de su amigo, por equivocado que estuviera.

En una ocasión, cuando estaban en cuarto curso, la profesora pidió a Joar que se quedara después de clase, así que el artista tuvo que salir solo al pasillo y unos niños de sexto se acercaron

rápidamente y le quitaron de las manos el cuaderno de dibujo. Al principio se rieron, pero cuando vieron los desnudos le gritaron que era un puto asqueroso. No le dolió tanto como ellos pretendían, de manera que lo golpearon y metieron de cabeza en una taquilla, pero eso tampoco lo hirió lo suficiente, hasta que le rompieron el cuaderno. El artista nunca había experimentado un dolor semejante y empezó a chillar. Joar salió volando de la clase. Los mayores eran cinco, pero Joar era como una pandilla entera. Ellos eran más grandes y fuertes, toda una suerte, porque, de lo contrario, puede que los hubiera matado. Hizo falta un bedel y tres maestros para quitarles a Joar de encima. Lo obligaron a esperar sentado en el despacho del director mientras llamaban a sus padres. Por desgracia, era uno de esos días en los que su padre estaba demasiado borracho para ir al trabajo y fue él quien contestó el teléfono.

Camino de casa después de la bronca del director, Joar se detuvo en el pasillo, en el lugar donde había tenido lugar la pelea. Se agachó para recoger la basura que había caído del cubo donde había metido a uno de los chicos mayores. Los adultos del instituto pensaban que Joar era frío y duro, que no tenía sentimientos. Todo lo contrario, ese era el problema, por el amor de Dios. Era un chico que se preocupaba por los animales y el cilantro y que odiaba las peleas. Solo luchaba por las personas a las que amaba. Por eso el artista vivía con el temor constante de que un día Joar amara tanto a una persona como para acabar en la cárcel.

Cuando regresó a casa esa noche, su padre casi lo mata de una paliza y, si no fuera por la insoportable crueldad del acto, resultaría casi irónico darle una tunda a un niño por pegarse en el instituto. Su viejo cayó sobre él como un tsunami, y ni siquiera lo hizo para darle

una lección, sino porque, cuando había llamado el director, él había tenido que escucharlo y fingir que era un padre como Dios manda, un padre de verdad. Le había recordado al cabrón lo que era en realidad: un cero a la izquierda. Y ese es el motivo por el que le pegó el doble de fuerte.

Al volver al instituto, Joar jugó al fútbol en todos los descansos y se tiró de cabeza en todas las entradas para generar las excusas que necesitaba para justificar las marcas negras y moradas que cubrían su cuerpo. Después de ese día, el artista siempre escondió con mucha precaución su cuaderno de dibujo de los de sexto. No lo hacía para protegerse a sí mismo, ni para protegerlos a ellos, desde luego, sino para proteger a Joar. Porque su amigo era peligroso, pero el mundo lo era más. El mundo era imbatible.

¿Responsabilidad? Nadie se sentía más responsable.

Por eso, cuando caminaban a casa desde el embarcadero, aquel día de junio de hacía veinticinco años, el artista susurró lo único que se atrevía a desear:

—A lo mejor puedes venir conmigo. E irnos lejos de aquí.

—Puedo ir de visita—mintió Joar, seguro de que nunca ocurriría. Sabía que su futuro sería la nada, tan vacío como las nubes. Por eso se permitió hacer promesas—. No te preocupes por mí. Serás famoso en todo el mundo y feliz, como los famosos de la tele. Pintarás cosas que a todo el mundo le encantarán. ¿Y qué tendré yo? Lo mejor de todo: sabré que en parte fue gracias a mí.

Cuando ya atisbaban el contorno de sus casas en el horizonte, Joar clavó la mirada en la suya hasta que vio las flores que crecían en una pequeña lata que colgaba de la ventana de su habitación. Su madre cultivaba plantas que cada día eran una pequeña revolución, una resistencia armada de ternura en un apartamento asediado por

el odio y la violencia. Joar empezó a caminar más despacio y en silencio, hasta que algo le tocó las yemas de los dedos. Tardó varios segundos en darse cuenta de que el artista lo había cogido de la mano.

El artista tenía catorce años y no sabía nada sobre arte, pero un día sería adulto y lo aplaudirían en todo el mundo y se daría cuenta de que seguía sabiendo las cosas más simples solamente: el arte es un momento. El arte es ser razón de algo. El arte es lidiar con seguir vivo otra semana.

Fue Ted quien dijo «hasta mañana» en la intersección aquella noche. Y, cuando los otros contestaron «¡hasta mañana!», uno de ellos añadió un pedo como colofón a la despedida. ¡Virgen Santa, cómo se rieron! ¡Hasta que les crujió la columna como plástico de burbujas! Un pedo es el mejor quiropráctico si sabes apreciarlo.

Esa noche Joar abrió todas las ventanas de la casa de su infancia y regó las plantas de los maceteros de hojalata de su madre, la lavanda y los geranios. Ella lo besó en la cabeza.

—Esto no es responsabilidad tuya.

Joar pasó el aspirador y tendió la colada junto a los radiadores.

—Joar, cariño, esto no es responsabilidad tuya—susurró la madre.

Entonces hablaron de cuál era el mejor invento del mundo, y ella dijo que los tapones de las botellas, cosa que enfureció a Joar, así que su madre sugirió que los abridores de botellas. Tardó unos minutos en darse cuenta de que le estaba chinchando.

—Soy tonta, pero no tan tonta—dijo ella riendo. Él quiso decirle que no tenía un pelo de tonta.

—Tienes la bragueta abierta—dijo en cambio.

Al mirar, la madre se dio cuenta de que bromeaba.

—¡Si estos pantalones no tienen cremallera!—exclamó, haciendo reír a Joar de tal manera que pensó que no había madre más afortunada en el planeta.

Había comprado pizza, cosa que hacía solamente cuando había algo que celebrar, aunque a veces también cuando necesitaba ayudar a su hijo a olvidar. Se le daba bien eso. Bromeaba, él se reía, no tanto con los chistes, sino con lo mucho que se reía ella misma al contarlos. Joar tenía que ayudarla a cortar la pizza porque le dolía tanto un brazo que no podía levantarlo. A sus compañeros de trabajo les había dicho que se había resbalado en el césped mojado y todos habían reído ante sus muchas torpezas. Joar intentaba reír también, pero cuando no lo conseguía se le enturbiaba la mirada, y entonces ella le susurraba: «Amor mío, no es responsabilidad tuya».

Como si existiera alguna cosa que no lo fuera, como si esa fuera la clase de hijo que tenía. Joar soñaba con ser un superhéroe, pero ella era la que tenía los superpoderes. El brazo estaba roto, el radiador contra el que el padre la había lanzado estaba doblado, la había empujado tan fuerte que había muescas en el metal.

—Está bien, mama. Vamos a comernos la pizza antes de que se enfríe—dijo Joar asintiendo mientras colocaba la ropa lavada sobre las muescas. Ella lo abrazó con un solo brazo. Luego echaron un rato viendo la tele, a los felices famosos, y Joar hizo su trabajo: la hizo creer que se había olvidado, eso se le daba muy bien. Cuando la madre se durmió, Joar esperó despierto en su cama, con las uñas llenas de tierra de las macetas. Estaba pendiente de la llave en la cerradura, de que su padre llegara borracho. En la ventana crecían la lavanda y los geranios, debajo de ellos Joar escondía su cuchillo.

¿El arte? Es contexto.

Un rato después, el padre de Joar estaría de pie junto a la puerta. Unos días más tarde, su mejor amigo empezaría a pintar su cuadro de fama mundial. Veinticinco años después puede que alguien lo contemplara desde muy cerca y viera que el artista había pintado una cosa en el embarcadero, junto a los adolescentes.

Eran flores.

QUINCE

Hay un poema de Mary Oliver, «Día de verano», que cierra con estos versos:

Cuéntame, ¿qué planes tienes
para tu preciada y salvaje vida?

Ted oyó al artista murmurarlos sin parar para sus adentros en el funeral de ese verano. Tenían catorce años entonces. Era la primera vez que Ted perdía a un ser querido; cuando te haces mayor te das cuenta de que los catorce son, en realidad, una edad bastante tardía, que no haber perdido a nadie en todos los años precedentes es un golpe de pura suerte. Ted se acuerda de cuánto lloró después, sentado en el banco de la iglesia, desconsolada y violentamente, hasta que le empezó a escocer la garganta y a doler el pecho. Fue entonces cuando supo que el duelo es físico, un abuso de los vivos.

Veinticinco años después está sentado en un tren con un recipiente que contiene las cenizas del artista y, en una caja más grande, en el suelo, hay un cuadro con un precio absurdo; junto a él está una perfecta desconocida, una adolescente que es un incordio total. En cuanto a las malas ideas, la cosa es que Ted había crecido con Joar, un chico que en una ocasión intentó secarse los calcetines mojados en una tostadora y que, otra vez que el helado estaba demasiado congelado para sacarlo del cartón, pensó en calentar la

cuchara en el microondas. En resumen, Ted había conocido unas cuantas ideas malas, pero ninguna tanto como esta.

Tiene ganas de gritarle a las cenizas que no está preparado para este tipo de responsabilidad. Quiere recordarle al artista aquella vez que no se compró unas botas de ante porque requerían demasiados cuidados. Ni siquiera puedo cuidar unos zapatos y me dejas a cargo de una persona, piensa furioso. Está enfadado consigo mismo, con el artista y, sobre todo, con la muerte por tener tan buen gusto, que siempre se lleva primero a los mejores.

Hace tan solo unas semanas, Ted estaba en el apartamento grande y precioso del artista. Desayunaban en el balcón contemplando el cambio de estación; la primavera era lenta pero inexorable, el invierno le cedía el paso centímetro a centímetro. En la cara opuesta de las bromitas estúpidas y la risa alegre del artista, la enfermedad ganaba terreno de la misma forma. El temblor de las manos provocaba que se le derramara el té, pero al artista le daba igual. Ted lo envidiaba terriblemente, ojalá fuera él capaz de encarar la muerte con la misma actitud despreocupada.

—¿Cuánto crees que cuesta?—preguntó el artista, como si hablaran de algo tan nimio como un saco de patatas.

Habían visto el artículo en el periódico donde decía que iba a subastarse su primer cuadro. Al principio, Ted creyó que bromeaba.

—¿Hablas en serio? ¡Te costaría todo lo que tienes!—exclamó.

—Bien. Se supone que los artistas mueren pobres—replicó el artista sonriendo.

—Deja de decir eso.

—¿Que voy a morir pobre?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir.

El artista sacudía los hombros alegremente.

—He intentado darte el dinero a ti y no lo has querido.

—No puedo hacerme responsable de tanto dinero.

—Muyy bien. En ese caso, voy a comprar lo único que quiero—añadió riendo, pero empezó a toser de tal manera que Ted se incorporó para ayudarle.

—¿Estás bien? ¿Llamo al doctor?

—No, no, deja de preocuparte por si me muero cada vez que toso.

—No me preocupa que te mueras, sino que estés muerto. Me preocupa seguir vivo sin ti—contestó, dolido, Ted.

La sonrisa del artista había sido como la luz del sol que se cuela entre unas tupidas cortinas.

—Cuéntame, Ted, ¿qué planes tienes para tu preciada y salvaje vida?

—Para.

—Paaaraaaa—se burló con cariño el artista.

—¿Podrías comportarte como un adulto? ¿Aunque sea una vez?

—¡Ni hablar! ¡Bajo ningún concepto podemos ser adultos, Ted! ¡Eso mata! Todos los adultos mueren tarde o temprano, ¿no te has fijado?

—Estate quieto, deja que limpie el té...

—Dime, Ted, por favor. ¿Qué planes tienes?—El artista estaba ronco de toser—. Llevas dos años escondido en mi apartamento. Has hecho novillos de la vida.

—¡He estado cuidando de ti!

—Lo sé. Y te quiero por eso. Pero cuando yo no esté tienes que vivir.

Ted no sabía qué responder. Después de desayunar, el artista tuvo angustia y su amigo permaneció sentado a su lado mientras

vomitaba, sujetando el frágil cuerpo y acariciando los escasos cabellos que le quedaban.

—No intentes hablar...—rogó Ted en vano cuando el cabezota de su amigo trató de decir algo.

—No me digas lo que tengo que hacer, ¡que me estoy muriendo! —dijo sonriendo el artista con tono cansado y la mejilla apoyada en la fría porcelana.

Ted suspiró.

—¿Sabes qué? ¡En realidad estará bien tener un poco de paz y silencio!

Las carcajadas del artista rebotaron en todas las paredes del apartamento. No hay muchas personas que sean bendecidos con tantas risas y risotadas en sus últimas semanas, con la sensación de que le están robando más momentos a la muerte de los que esta les está robando a ellos. Los desayunos en el balcón cada mañana, las palomitas y las películas antiguas cada noche, su mejor humano cogiéndole la mano... ¿Quién tiene todo eso? Casi nadie. Esa es la razón por la que decidió volver a comprar su primer cuadro, costara lo que costase. La gente siempre decía que él era extraordinario, pero no era diferente de los demás, al final de su vida solo deseaba lo mismo que deseamos casi todos: recuperar los veranos de nuestra niñez.

—Quiero que seas feliz cuando no esté—le susurró a Ted una noche, justo antes de quedarse dormido.

Era mucho pedir, claro. Tener corazón es una carga pesada, demasiado para algunos. Aun así, Ted prometió intentarlo.

—¿Joar? Joar, ¿eres tú?—murmuraba el artista esperanzado al despertar.

—No, soy Ted. Joar no está—susurraba Ted desde su sillón mientras trataba de asimilar la decepción en la mirada de su amigo.

Es demasiado pesada, demasiado para algunos de nosotros, pero la llevamos de todas formas. Los dos juntos habían ido pasando los días en ese gran apartamento, entre desayunos y películas antiguas y palmas que aprietan las yemas de los dedos. Y risas y más risas. Chistes tontos, pamplinas entre almas gemelas; todo lo demás son huecos insignificantes de una vida. A veces el artista lograba convencer a Ted de que no fuera adulto, en una ocasión lanzó globos de agua dentro del apartamento y Ted se enfureció tanto que hasta cogió uno y se lo tiró. Por desgracia, el artista lo esquivó y el globo salió volando por el balcón, que estaba abierto, y cayó en la calle. Oyeron el estallido de agua y gritos iracundos en alguna lengua extranjera. Los tres días siguientes al incidente, desayunaron dentro del apartamento. Al menos una vez cada mañana el artista se reía con tantas ganas que el huevo que se estaba comiendo salía disparado y se estrellaba en el papel pintado de la pared, y cuando ambos hombres se miraban a los ojos, a Ted le parecía que era verano.

Muy pocas personas sabían que el artista estaba enfermo, solo Ted y el doctor conocían la gravedad de su estado. «La muerte es pública, pero morirse es privado, el último acto privado que tenemos», dijo una vez el artista, sin atisbo de miedo ni amargura en la voz. Había sido una vida larga. Preciada y salvaje.

Había pintado aquel cuadro de sus amigos en el embarcadero el verano en que cumplieron los quince, cuando el artista y Ted se conocían desde hacía dos años. Ese otoño, después de los funerales, se fueron cada uno por su lado, aunque ninguno perdió al otro jamás. Todo lo que Joar había soñado para el artista sucedió: unas

personas influyentes lo descubrieron, entró en una escuela de arte prestigiosa y se mudó a una gran ciudad, lejos del pueblo. Allí, se pasaba las noches tumbado en el suelo de una habitación pequeña, aterrorizado, llorándole por teléfono a Ted. Nadie más entendía el dolor de ellos dos. El mundo era tan abrumador, áspero y violento, los chicos eran demasiado sensibles para tener corazón. A veces el artista se sentaba acurrucado junto a su ventana a mirar la vida pasar en la calle a sus pies y le susurraba al teléfono.

—¿Cómo se las apañan los demás, Ted?

—A lo mejor aprendemos un día—respondía su amigo, tratando de sonar esperanzador.

A lo mejor lo conseguían, durante un tiempo, hasta que se les diera mejor fingir. Cuando el artista cumplió los dieciocho, sus profesores dijeron de él que era un prodigio; cuando cumplió los veinte, dijeron que su fama sería mundial; cuando llegó a los veintiocho, el artista pensaba que ojalá se hubieran equivocado.

¿Qué pasó en los años intermedios? Ahí fue cuando sucedió algo verdaderamente extraordinario: encontró su propia voz. Fue Ted quien le sugirió que viajara y viera mundo al terminar los estudios. Los padres del artista fallecieron y él volvió a casa para enterrarlos. A Ted le aterrorizaba que, si no se iba cuanto antes, se quedara atrapado allí para siempre.

—Tienes que ver cosas más importantes.

—Acompáñame—le pidió el artista, a sabiendas de que Ted le diría que no.

Ted quería una vida normal, despertarse en una cama normal, desde luego no deseaba experimentar el mundo. Él solo quería ver la mirada de su amigo cuando regresara de experimentarlo, así que el artista se fue solo. A los veintidós, recorrió un país tras otro,

persiguiendo cuadros, devorando galerías y museos. Hacía autostop, tomaba trenes lentos y cruzaba cordilleras en una vieja motocicleta desvencijada. A los veinticuatro, trabajó de friegaplatos y limpiador, se enamoraba de desconocidos en pistas de baile palpitantes y bailaba a la luz de la luna en playas interminables. Luego conoció a señoras mayores que le enseñaron a pintar retratos y a cobrar por ello; más tarde, a jóvenes con espráis que le enseñaron a pintar paredes de edificios y huir de la policía. A los veintiséis, había hecho todo esto en todos los continentes, así que llamó a Ted y le dijo que iba camino de casa. Las carcajadas de ambos retumbaban en el teléfono, pero las cosas no fueron como esperaba el artista. Envió sus cuadros primero, a sus antiguos maestros de la escuela de arte, y los boquiabiertos profesores los mandaron a su vez a hombres y mujeres importantes. Todo cambió. El artista había visto todo el arte del mundo y ahora estaba creando un arte que el mundo no había visto jamás: así se hizo famoso. No volvió a casa después de aquello. Nunca se volvió a sentar a dibujar en el embarcadero.

La fama fue instantánea e inmisericorde, no apta, desde luego, para jóvenes sensibles; el artista había conquistado el mundo, pero ahora era el mundo el que se apoderaba de él. A los veintiocho, volvió a viajar, aunque fue diferente esta vez; enormes coches negros lo llevaban hasta aeropuertos abarrotados. Todas las personas que conocía le decían que lo adoraban, y casi nadie sobrevive a eso. Lo fotografiaron para portadas de revistas y pasaba noches enteras tumbado en el suelo de suites de hotel carísimas, compartiendo por teléfono su pánico con Ted. El artista era un observador, no soportaba que lo observaran, el mundo siempre confundía esas dos cosas.

A los treinta, tomaba pastillas a diario porque no tenía cerca a un ser querido que mirara en su mochila. Durante un tiempo fue arrebatadoramente feliz e infeliz al mismo tiempo, era siempre una cosa o la otra, hasta que, al final, ambas se volvieron indistinguibles. Aparecieron muchas personas en su vida que le decían lo que tenía que pintar y cómo debía vender su arte. Al principio, trabajaban para el artista, pero no tardaba en ser él quien trabajaba para ellas. Enseguida todos se decepcionaban porque pintaba demasiado despacio, cosas demasiado raras y en poca cantidad. A los treinta y dos sufría ataques de pánico tan frecuentes que ya no recordaba cómo se sentía antes de ellos. Compró un apartamento enorme y lo llenó de cosas preciosas, aunque dormía en un colchón en la entrada, enroscado como un gato. Le estafaron media fortuna, regaló voluntariamente la otra media, buscó amor en los lugares equivocados y le rompieron el corazón de todas las formas posibles. Dejó de salir, tenía la piel demasiado fina para la fama y los pulmones demasiado pequeños para estar en la cima del mundo. Cuando algún desconocido lo reconocía por la calle, salía corriendo como un animal aterrorizado. Al cumplir los treinta y cinco, un señor rico fue a verlo a su estudio y compró un cuadro que ni siquiera estaba terminado; una semana más tarde, había una cola de hombres ricos en la puerta que esperaban poder hacer lo mismo. Se había hecho tan famoso que sus cuadros inacabados eran los que más valor tenían. No volvió al estudio después de aquello, vivía en su apartamento como un naufragio, susurrándole a Ted al teléfono: «Todo el mundo quiere que pinte más cuadros, pero solo hasta que pueden comprar uno, entonces desean que no vuelva a pintar. Ahora mi arte es solo una inversión, quien posee un pedazo de mí espera

que muera, porque no hay nada que valga más en una subasta que una vida insatisfecha».

Tocó fondo a los treinta y siete. Una noche estaba tan borracho que casi se ahoga en la bañera, solo en su apartamento, rodeado de cosas bellas y silenciosas. Fue entonces cuando Ted se fue a vivir con él, a pesar de que detestaba viajar y le aterrorizaban las grandes ciudades. Tomó el tren, pues decía que volar era demasiado caro, aunque lo primero que le susurró el artista a la oreja cuando entró en el apartamento fue «cobarde».

—¿Tú sabes lo que dicen de los abejorros? ¿Que no deberían poder volar? ¡Bueno, pues las personas tampoco!—le espetó Ted.

El artista se echó a reír. También Ted. Hacía mucho tiempo que ninguno de los dos se reía. Ted tenía planeado quedarse poco tiempo, aunque resultó ser el resto de la vida del artista. Al principio ambos fingieron que lo hacían por el bien de Ted, que necesitaba unas vacaciones. Pero, en realidad, era el artista el que necesitaba un hogar, y el hogar era Ted roncando en la oscuridad, como cuando eran críos en el sótano.

Desde ese día hasta el último, el artista no se sintió infeliz ni tampoco demasiado feliz, sino todos los estados intermedios: tranquilo, a salvo y contento. Todo lo que puede desear una persona. Reían, bailaban, cocinaban, se leían poesía en voz alta el uno al otro. Esto duró varios meses, un puñado de momentos, una eternidad. Luego el artista enfermó y Ted se quedó. De los veinticinco años que duró su amistad, solo vivieron juntos cuatro: dos en la adolescencia y dos al final. Pero si no crees que las almas de los jóvenes puedan permanecer conectadas a pesar de las grandes distancias es que no sabes nada de ellos.

Hacia el final de su enfermedad el artista dormía mucho y Ted se sentaba junto a su cama y le leía. Las estanterías del artista estaban llenas de poetas, como las de cualquiera que busque entender cómo se las apaña el resto.

Ted le leyó a Bodil Malmsten: «No hay muerte, solo muchos muertos». Luego leyó a Joan Didion, lo de su primer recuerdo tras volver a casa del hospital tras la muerte de su esposo: «Recuerdo poner su móvil a cargar en su escritorio». Luego le volvió a leer a Bodil Malmsten: «La muerte es eso, que nunca más contestas».

Luego leyó a Maya Angelou, «Cuando los grandes árboles caen»:

Nuestra memoria, afilada de pronto,
examina,
rumia las palabras amables
nunca dichas,
los paseos prometidos
nunca dados.

Luego leyó a Bodil Malmsten, una y otra vez: «El corazón siempre está expuesto». Se quedó dormido en el sillón y, al despertar, el artista le agarraba los dedos con dulzura.

Justo antes de la Pascua, esa última primavera, el doctor que trataba al artista dijo que bajo ningún concepto debía viajar. Al día siguiente, su amigo lo ayudó a vender sus pertenencias y, juntos, viajaron hasta la subasta y Ted compró el cuadro. Detrás de la iglesia, el artista conoció a Louisa.

Ahora, Ted viaja en tren junto a un recipiente con cenizas, un cuadro famoso y una adolescente loca de atar. Una idea nefasta, desde luego. Peor que la de los calcetines en la tostadora.

DIECISÉIS

Ted echa una cabezadita sin querer, de manera que, cuando despierta, se siente aturdido y no sabe cuánto rato lleva durmiendo. ¿Unos pocos segundos? ¿Minutos? ¿Qué hora es? Es entonces cuando se da cuenta de lo agotado que está y parpadea con cara de estar grogui bajo la luz del techo del vagón. Lo ha despertado un tamborileo. Mira de un lado a otro hasta que se da cuenta de qué lo produce: es Louisa, que aporrea los brazos del asiento con los dedos, infatigable como una avispa en un tarro de cristal,

—¿Cuándo vuelve a parar el tren? Necesito hacer pis—sisea.

Ted se queda mirándola, cree que bromea, pero nada más lejos de la realidad.

—Hay lavabos en el tren—dice con toda la amabilidad de que es capaz, pues no quiere hacerla sentir estúpida.

—¿En serio? ¡Yo creía que eso era solo en los trenes de las películas!—dice en voz alta, sintiéndose cero estúpida, por lo visto, y Ted no puede evitar pensar que a lo mejor está bien sentirse un pelín idiota de vez en cuando. Señala la puerta con el letrero de «Lavabos» y Louisa sale en tromba hacia ella como si alguien hubiera gritado «¡piruletas gratis!».

Cuando se queda solo, Ted se maravilla del silencio con que puede levantarse una persona a los dieciocho años, sin un quejido ni

un crujir de la columna. Al hacerte mayor te das cuenta de la naturalidad con la que se mueve un adolescente, te das cuenta de lo lógico que es que la gente de la Edad de Piedra muriera a los veintisiete, porque a partir de esa edad el cuerpo hace todo lo que está en su mano para morirse. Tú crees que vas a ser joven para siempre, pero, de pronto, llegas a una edad en la que no puedes dar por sentado levantarte de la silla, requiere planificación, y Ted ya la ha alcanzado. Hace no mucho se le quedó el cuello rígido al estornudar.

—Te estás empezando a hacer viejo—le dijo sonriendo el artista.

—¡Mira quién habla! ¡El que se está muriendo!—replicó Ted, que se había sentido muy insultado.

Se sintió tan avergonzado al instante que se tapó la boca con las dos manos. ¡Vaya si tosió el artista con aquello de lo mucho que se reía!

Ted le da un codazo al recipiente de las cenizas.

—Entiendo lo que viste en ella. Sé a quién te recordó—dice con la voz quebrada.

El tren coge velocidad, el mundo pasa parpadeando afuera, primero las casas y las carreteras, luego las granjas y los campos. Poco después, los árboles y la oscuridad. Hay un largo camino hasta el mar, increíblemente largo.

La puerta del lavabo se abre y vuelve Louisa. Ted se seca las mejillas y trata de esconderse mirando por la ventana. Ella aterriza en el asiento de al lado como si fuera el foso de arena de la competición olímpica de salto de longitud.

—¿Por qué estás triste? ¿Has llorado?

—No—murmura Ted con irritación mientras se restriega con fuerza los ojos con la muñeca.

—¿Es por tu pelo?—pregunta Louisa con cara de profunda empatía.

Al principio Ted no entiende a qué se refiere, pero entonces ella se queda mirando unos segundos que parecen eternos la parte superior de su frente.

—Ah, no. ¡No! ¿Por qué lo dices?—balbucea Ted.

Louisa se encoge de hombros con gesto despreocupado.

—Por probar, nada más. Estás sentado mirando tu reflejo en la ventana, así que he pensado que a lo mejor era por el pelo.

—No estaba mirando mi reflejo.

Ted hace un esfuerzo titánico para que no se note que se está mirando la frente reflejada en la ventana mientras se mira la frente reflejada en la ventana y comprueba cuánto le han aumentado las entradas. Piensa en lo que solía decir Joar: «Sabes que te has hecho viejo cuando tienes que usar jabón en la cabeza y champú en el culo».

Louisa lo interrumpe con bastante amabilidad y una pregunta mucho más importante:

—¿Dónde va a parar la caca?

—¿Perdona?

—La caca. La gente hace caca en el tren, ¿dónde va a parar?

Ted carraspea como lo hace el hombre más incómodo del mundo.

—Me... imagino que a algún depósito que hay bajo el tren.

—¿Y qué pasa entonces cuando se llena? ¿Vacían la caca en las vías o qué?

Ted pone cara de pasmado ante semejante ocurrencia.

—Pues no lo sé. A lo mejor.

Louisa se queda pensativa un buen rato.

—¿Qué pasa si hace mucho viento fuera?—pregunta muy seria—. Si vas caminando junto a las vías, ¿te comes un tornado de caca?

—No lo había pensado, la verdad—confiesa Ted.

—¿Cómo es posible que no lo hayas pensado alguna vez? Yo no puedo pensar en otra cosa ahora.

Ted resopla tan fuerte que es un milagro que no ondulen los campos de trigo al otro lado de la ventana.

—A lo mejor... ¿A lo mejor podemos estarnos un ratito en silencio?

Louisa se encoge de hombros.

—Vale, como quieras—masculla.

Saca un cuaderno de dibujo de su mochila, se acomoda en el asiento y coloca los pies en el respaldo del asiento de delante. Ted trata con todas sus fuerzas de no decirle que está prohibido hacer eso, pero al final todos los campos, desde el tren hasta el horizonte, se aplanan cuando rebufa.

—(¿Puedes quitar por favor los pies del asiento?

—¿Por qué?—pregunta Louisa desconcertada.

—Lo vas a ensuciar.

Louisa mira a Ted, luego al asiento y de nuevo a Ted.

—¿Y si me quito los zapatos?

—No se trata de eso.

—(¿De qué se trata entonces?

—¡De no sentarte poniendo los pies en el respaldo del asiento delantero!

—¿Por qué no?

—¡Porque solo los niños maleducados lo hacen!

—Vale, señor policía de los respaldos.

El tren frena, chirría y traquetea al entrar en una estación. Louisa se da cuenta de que Ted no deja de mirar la hora.

—¿Por qué miras el reloj todo el rato?

—Para comprobar si el tren va con retraso—responde más enfadado de lo que Louisa estima razonable.

—¿Tienes prisa?

—No.

—Entonces, ¿qué más te da si va con retraso?

—Me gusta que las cosas vayan a su hora.

Louisa lo mira como si estuviera loco, cosa que a Ted no le hace ninguna gracia. Por su parte, contempla un momento ir al baño, pero se da cuenta de lo engorroso que sería ponerse de pie y decide que no vale la pena. Louisa saca un cigarrillo de la mochila y se lo pone entre los labios mientras dibuja.

—¿Es que has perdido la cabeza? ¡No se puede fumar en el tren! —exclama Ted al instante.

—Oye, para querer un rato de silencio, haces mucho ruido.

—Sabes que aquí no puedes fumar, ¿verdad?—chista Ted.

—¡Ni siquiera lo he encendido! ¡Ni siquiera tengo mechero! ¡Ni siquiera fumo!—chista ella también.

—¿Por qué tienes cigarrillos entonces?

—¡No son míos! ¡Son de mi amiga Pez!

Se quedan mirando fijamente el uno al otro, el de treinta y nueve y la de dieciocho, con funerales en la mirada. Verte en otra persona no es fácil de manejar.

—Vale—murmura él.

—¡Vale!—murmura ella.

—No deberías fumar, eres demasiado joven—insiste Ted, que mira por la ventana y parece malhumorado.

—¿Por qué?—pregunta Louisa mirando su dibujo.

—Porque te matará.

—Si esperas hasta ser lo bastante mayor como para fumar acabarás muriendo aunque no fumes—replica Louisa, un argumento irritantemente difícil de refutar.

Con todo, Louisa baja al menos los pies del asiento y se quita el cigarro de la boca.

—Gracias—dice en voz baja Ted.

—¿Estás casado?—pregunta Louisa sin levantar la vista del dibujo.

—No.

—¿Tienes hijos?

—No.

—Qué desperdicio.

—¿Perdona?

—He dicho que qué desperdicio, con lo incordio que eres, podrías ser el padre incordio de alguien.

Ted suspira y cierra los ojos con la esperanza vana de que ella haga lo mismo. Sin embargo, Louisa se queda callada todo el tiempo de que es capaz, algo así como un minuto y medio.

—¿Qué clase de flores son?

Ted abre los ojos y arruga la nariz tan sorprendido que se le bajan las gafas.

—¿Qué flores?

Louisa sigue dibujando, deja que el pelo le caiga cubriéndole la cara, como si le avergonzara la pregunta.

—Las del cuadro. Las que están a tu lado en el embarcadero. ¿Qué flores son?

Es la primera vez que la ha oído dudar, como si le preocupara haberse equivocado y parecer estúpida. A Ted se le encorvan los

hombros, es una carga oírte a ti mismo en los demás.

—Casi nadie ve las flores—reconoce con amabilidad.

—NO las había visto antes de ver el cuadro de verdad, no se ven en la postal, tienes que acercarte mucho—dice ella en voz baja.

Ted asiente, pensativo, luego se inclina hacia delante, saca el cuadro con cuidado de la caja y mira las diminutas marcas rosas y púrpuras junto a los adolescentes del embarcadero.

—Geranios y lavandas. Fue la mamá de Joar la que...—susurra.

Louisa olvida de pronto la vergiienza y vuelve a transformarse en una cría entusiasmada.

—¿Joar? ¿El que se tiró el pedo?—exclama.

El cerebro de Ted se opone con firmeza, como se supone que hacen los cerebros adultos, pero las comisuras de los labios no pueden evitar retorcerse.

—SÍ... sí. Los pedos de Joar eran fabulosos. Podía agujerearse los vaqueros. Tal vez por eso su madre tuviera tantas flores, ahora que lo pienso, puede que fuera la única manera de sobrevivir cuando tienes un hijo que es como un arma química.

Ambos ríen.

—Parece una buena madre.

Ted asiente, aunque se ha puesto triste y los músculos ya no son capaces de sostener su risa. No tiene la cara acostumbrada. Al hacerte mayor, la gravedad tira de las comisuras de los labios para abajo y el camino que hay que recorrer para sonreír se alarga.

—Sí, era muy buena cultivando cosas, todo olía bien a su alrededor. Lograba hacer que todo... sobreviviera.

Al acabar la frase, la boca se le ahoga en arrugas.

—Os debía de caer a todos genial para incluir las flores en el cuadro—declara Louisa.

Ted se limpia las torcidas gafas para darse la posibilidad de parpadear más lentamente.

—Sí, todo el mundo la quería. No podíamos comprender cómo podía oler tan bien la casa donde vivía con Joar, que pudiera haber algo tan encantador en un lugar donde vivía una persona tan malvada. Porque el padre de Joar era... Era grande y fuerte, pero un hombre diminuto. Solía pegarles palizas a Joar y a su madre como si no fueran seres humanos. Él...

Ted se queda otra vez callado, en primer lugar porque no sabe cómo describir a un hombre así, pero luego porque se da cuenta de que probablemente Louisa ya lo sabe todo sobre ellos.

—Entiendo—susurra ella.

—Lamento que lo entiendas.

Louisa sonríe al oírlo, lo cual es bastante extraño. Es joven y aún es fácil para ella, no le pasa factura a su cuerpo.

—Geranios y lavanda—repite como en una ensoñación desde detrás de su melena, y las palabras caen sobre el cuaderno de dibujo. Entonces dice algo bastante extraordinario—: Gracias.

—¿Por?

Louisa se encoge de hombros.

—Por contarme cosas. Y dejarme ir contigo.

Ted se queda callado tanto tiempo que Louisa casi le da un golpecito en la nariz para comprobar si todavía respira. Por fin, Ted parpadea.

—En realidad Joar era el más bajo de todos, pero en el cuadro parece el más alto—balbucea.

Louisa levanta la mirada y se aparta el pelo de los ojos.

—¿Más que tú incluso? ¿En serio? ¿Qué sois? ¿Hobbits?

—Yo...—Ted se siente un poco insultado.

—Quiero decir—se apresura a explicar Louisa—, los hobbits son personajes de El señor de los anillos, ¡son muy bajos!

—Gracias, sé qué son los hobbits.

Louisa pone los ojos en blanco.

—Bueno, usted perdone por la explicación. Eres muy mayor, ¿cómo se supone que voy a saber qué películas has visto?

Acto seguido, vuelve a desaparecer detrás de su pelo y se apresura a añadir:

—A lo mejor Joar era más grande en el cuadro porque lo veíais así. A mí Pez me parecía grande, aunque yo era mucho más alta. La gente cree que es malo que alguien te haga sentir pequeño, pero no es verdad.

Ted no responde, se limita a mirar el recipiente con las cenizas y concluye a regañadientes que el artista tenía razón. Louisa es de los nuestros.

DIECISIETE

Es extraño qué recordamos de la infancia, aunque puede que lo que olvidamos sea más extraño aún. Cuando piensas en los veranos de tu niñez, parece que siempre hiciera sol; no hace aire ni llueve en la nostalgia.

Al final de la vida del artista, cuando tenía treinta y nueve años y sabía que no iba a llegar a los cuarenta, susurraba a menudo el nombre de Joar nada más despertar. Mientras dormía hablaba de pájaros y salsa de chile, de bicicletas robadas y carros de la compra bajando a todo trapo por cuestas empinadas; esas eran las cosas a las que se había aferrado su cerebro. Sin embargo, algunas veces Ted veía a su amigo nadar en la cama, como si buscara a alguien en el mar, y, de vez en cuando, el artista gritaba en la oscuridad:

—¿Dónde está Ali? ¿Dónde está Ali?

Es gracioso cómo nos engaña la memoria. Ted tenía doce años cuando conoció a Joar y al artista; era casi un adolescente, pero apenas recuerda la vida anterior a ellos. Durante más de un año no tuvieron a nadie más, pero, a pesar de ello, no es así cómo Ted recuerda esa época. En su mente, siempre fueron cuatro.

Hace veinticinco años, los tres amigos siempre exclamaban «¡AQUÍ!» cuando emergían del agua. Atravesaban corriendo el embarcadero juntos y saltaban al agua cada uno en una dirección,

se zambullían en la oscuridad. Allí abajo estaban solos y aleteaban frenéticamente luchando contra la profundidad mientras sus cuerpos delgados se volvían pesados, como si unas garras invisibles tiraran de ellos desde el abismo. Entonces, siempre de un modo igual de inexplicable, las garras los soltaban de pronto y ellos volaban hacia la superficie. «¡AQUÍ!», gritaba el primero en cuanto abría los ojos hacia el sol y el aire le entraba en los pulmones.

«¡AQUÍ!», exclamaba el segundo. «¡AQUÍ! ¡AQUÍ! ¡AQUÍ! ¡AQUÍ!», vociferaban todos. Durante el invierno, cuando el sol aún no había despuntado en el momento en que emprendían el camino al instituto, hacían lo mismo al llegar a la intersección: «¡AQUÍ!», anunciaban entre los edificios antes de poder verse en medio de la oscuridad. «¡AQUÍ! ¡AQUÍ! ¡AQUÍ! ¡AQUÍ!».

Cuatro voces. La de Joar, seguida de la del artista y Ted al final. Pero, la primera de todas era la de ella.

Aquel verano que cumplieron quince años, al día siguiente de que Joar permaneciera despierto con un cuchillo escondido en la tierra de debajo de las flores, pendiente del sonido de la llave de su padre en la cerradura de la entrada, sus amigos lo esperaron en la intersección hasta que el sol estaba bien alto. No apareció. Su padre había pasado toda la noche fuera, más borracho de lo habitual e indefenso. El muy cabrón no habría podido abrir la puerta del apartamento ni aunque la llave estuviera sin echar. Joar lo esperaba en la cama y notaba el peso del cuchillo en la mano y el odio en el corazón, una hora detrás de otra.

La mañana siguiente, sus amigos lo esperaron sentados en el césped de la intersección tanto rato como les fue posible y luego emprendieron el camino hasta su casa. Vieron la lata con las flores colgando por fuera de su habitación a lo lejos, la ventana estaba

abierta, el viento jugueteaba con los geranios y la lavanda. Los amigos se detuvieron en la calle y levantaron la vista hasta la ventana, incapaces de reunir el valor para llamarlo. La amistad es especial cuando eres adolescente: notas en la piel cuando algo no va bien.

—Aquí—susurró de pronto la voz desde la puerta.

Sus amigos recorrieron con la mirada sorprendidos el camino desde la ventana hasta la entrada. Allí estaba Joar, de pie y con los dedos manchados de tierra, ataviado con una camisa completamente arrugada. La noche anterior, su padre se había emborrachado mucho más que de costumbre; tanto que ni siquiera volvió a casa, un compañero del puerto lo dejó dormir en su sofá. Esa mañana, la madre de Joar había mirado en la habitación de este y lo había visto yacer despierto. Al decirle que el padre no había vuelto la noche antes, no vio alivio en la mirada de su hijo, sino algo mucho más terrorífico: decepción. Vio la oscuridad en sus ojos, los puños apretados y la ventana entreabierta. No vio el cuchillo, no hizo falta, porque ser madre es especial también: notas en la piel cuando algo no va bien.

—A mamá se le ha metido en la cabeza que teníamos que trasplantar todas las macetas de la casa esta mañana. Me he tenido que quedar a ayudarla—explicó Joar a sus amigos a modo de justificación.

Ellos se daban perfecta cuenta de que ocultaba algo, pero cuesta dar con las palabras correctas cuando tienes catorce años, así que dijeron la única que tenían:

—Aquí.

—Aquí—respondió Joar sonriendo.

Cuando emprendieron el camino hacia el embarcadero ese día, Joar llevaba las correas de la mochila agarradas con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, es ahí donde llevaba ahora escondido el cuchillo. Se había dado cuenta de que no podía matar a su padre si su madre estaba en casa, ella era demasiado suspicaz, así que necesitaba un nuevo plan. Ted caminaba descontento a su lado, notaba el dolor de su amigo, pero era incapaz de hacer nada al respecto, así que optó por lo más inesperado: ser gracioso. Una ardilla se les cruzó por delante y se encaramó a un árbol.

—¡Alcachofa!—gritó Ted.

Si alguien hubiera oído cómo rieron sus amigos no se le pasaría por la cabeza el motivo, pero aquellas calles no recordaban haber oído jamás un estruendo más liberador. Porque cuando Ted conoció a Joar y al artista, a los doce años, apenas se atrevía a hablar, siempre tenía miedo de decir la palabra equivocada. Era un chico inmigrante que casi ni recordaba su país de origen, lo bastante pequeño al abandonarlo como para no hablar su antigua lengua con fluidez pero lo bastante mayor para que se le notara el acento al hablar la nueva. Se había acostumbrado a que las risas burlonas de los demás niños siempre fueran dirigidas a él. En cambio, Joar y el artista habían reído de un modo diferente, sin malicia, así que fue con ellos con quienes Ted se atrevió a balbucear por primera vez. Nada podía darle más seguridad a un niño.

Un día les contó que su nueva lengua le había resultado tan difícil que no aprendió a leer hasta cumplir los diez; antes, todo era un galimatías de consonantes en su cabeza, y su hermano mayor lo había engañado y le había hecho creer que la palabra para «ardilla» era «alcachofa». Así que, durante varios años, siempre que Ted veía un animalillo peludo correteando por el parque, pensaba: «Ahí va

una alcachofa». La primera vez que fue con su madre al supermercado después de aprender a leer, vio en una lata las palabras «corazones de alcachofa» y no se atrevió a abrir la boca, pero se fue a casa pensando que en este país vivía la gente más cruel del mundo.

Sus amigos se cayeron de culo de la risa cuando les contó la anécdota con doce años, y más reían ahora que habían cumplido catorce.

—Cuando era pequeño, convencí a mi madre de que las personas alérgicas al pelo de los animales no pueden comer kiwis—dijo riendo Joar. Cuando los otros ya no podían ni respirar de tanto reír, añadió —: ¡Lo sigue creyendo!

Las carcajadas continuaron hasta llegar a su casa, a la ventana abierta y al interior. Allí de pie encontraron a su madre, con las manos llenas de tierra y una sonrisa de oreja a oreja. Ser progenitor es algo realmente extraño; el dolor de los hijos es nuestro, pero también su alegría.

Aquel día, cuando los tres amigos iban de camino al mar y el embarcadero, resultó ser una de las mejores tardes de todo el verano. Es posible que incluso la recuerden como una de las mejores de su vida. Vendrían otros días, mucho más oscuros, pero este fue diferente a todos. El artista agarraba con fuerza su mochila, que escondía todas las pastillas que había robado del armario del lavabo del padre de Ted. Joar agarraba con más fuerza si cabe su propia mochila, que escondía el cuchillo. Pero Ted sacó todas las galletas que llevaba en la suya y el artista obligó a Joar a comerse una también. Eran las galletas más secas que habían probado nunca.

—Estas galletas están tan secas que parece que son ellas las que me comen a mí—dijo Joar con dificultad, porque tenía la boca

pastosa como si se hubiera quedado sin saliva.

Se echaron a reír disparando perdigones de migajas como copos de nieve; es probable que en ese momento pareciera que todo podía salir bien. Atravesaron calles, lejos de sus casas, cruzaron el gran aparcamiento donde estaba estacionado el coche del padre de Joar. Antes de que terminara ese verano correrían en dirección contraria y verían un coche patrulla aparcado allí mismo. Un día, los hombres que trabajaban en el puerto con el padre de Joar se quedarían observando la ventana de la habitación del chico desde la calle con la mirada vacía y el corazón muerto de vergiienza. El apartamento olería a geranios y lavanda y habría un cuerpo en el suelo.

Pero no ese día, aún no, porque solo estamos en junio. El sol luce todavía sobre el mar, el embarcadero sigue oliendo a pedos y las alcachofas aún se persiguen unas a otras por los árboles.

Joar miró alrededor y luego se giró hacia Ted y el artista.

—¿Dónde está Ali?—preguntó.

Es extraño qué recordamos de nuestra infancia, es gracioso cómo de evidentes parecen las cosas en retrospectiva. Como si siempre hubieran sido cuatro amigos y no tres. O como si el cuadro de fama mundial se hubiera llamado El del mar desde el principio. Porque es evidente que no fue así, no en un primer momento. El cuadro debería haberse llamado Los chicos y ella.

—¡AQUÍ!—bramó una voz por detrás de los chicos aquel día de verano.

Y Ali apareció doblando la esquina a toda mecha.

DIECIOCHO

Todo el mundo debería poder tener catorce años durante mucho más de un año. Podríamos saltarnos muchas otras edades; los treinta y nueve, por ejemplo, es una edad de la que Ted prescindiría tan contento. Las ganas imperiosas de orinar le sobrevienen ahora con más frecuencia de la que él está preparado para soportar, y su cuerpo ha empezado a despertarlo por la noche. Sospecha que se está vengando, molesto porque su dueño lo siga manteniendo vivo. En una ocasión, el artista leyó un artículo que sugería que la gente pronto podría vivir hasta los ciento quince años, cosa que a Ted le pareció insoportable porque, al ritmo que iba, para entonces no haría nada más que mear sin parar.

El tren se mueve, traquetea y chirría, como si odiara ser un tren. Sus movimientos no son de gran ayuda para alguien que necesita hacer pis, así que Ted se da por vencido y decide ir al lavabo. No es una decisión que tome a la ligera; cuando se pone recto y se apretuja contra el asiento para pasar junto a Louisa, las diversas partes de su esqueleto suenan a pisar cubitos de hielo. El lavabo es muy estrecho y el asiento es pequeño de un modo en el que no te fijas cuando eres joven. Ted limpia todas las superficies antes de sentarse, y al hacerlo se golpea la cabeza cuatro veces en diferentes partes del mobiliario. Al terminar, cierra con cuidado la tapa antes de

tirar de la cadena. Entonces oye la risa del artista en su cabeza, porque siempre le ha hecho mucha gracia su fobia a los gérmenes. Él se negaba a creer que, si tiras de la cadena con la tapa levantada, todos los gérmenes salen desperdigados en todas direcciones, y eso a Ted lo sacaba de quicio. Otra cosa que le cabreó mucho fue cuando, tras llevar dos semanas conviviendo con el artista, se dispuso a lavar las sábanas y su amigo exclamó: «¿¡Cómo que lavarlas!?». Él llevaba años usando las mismas. Cuando se dio cuenta de que Ted ponía cara de estar a punto de vomitar solo de pensarlo, le prometió lavarlas al día siguiente, pero Ted rechazó la idea amablemente: «No hace falta. Voy a quemar las sábanas esta noche».

El cerebro es bien peculiar, hay que ver las cosas que se le quedan clavadas.

Ted sale del lavabo y se dirige de nuevo a su asiento. Louisa se pone de pie para permitir que vuelva a pasar apretujándose contra ella hasta ocupar de nuevo su lugar junto a la ventana. Él pretende fingir que se queda dormido, pero, iluso de él, ni siquiera le da tiempo a cerrar los ojos.

—¿Sueles celebrar la Pascua?—pregunta Louisa.

—No.

Ella asiente con la cabeza con actitud comprensiva.

—¿No te gusta Jesús? A algunas personas a las que no les gusta Jesús tampoco les gusta la Pascua. Pero ¿sabes a quién es muy probable que no le gustara la Pascua? A Jesús.

—No tengo nada en contra de la Pascua. Ni de Jesús.

Louisa considera un momento la respuesta.

—¿No te gustan los huevos? A algunas personas no les gustan los huevos. A ver, no es que a mí me encanten los huevos, pero

pintamos alguno que otro en el colegio cuando era pequeña y eso me gustaba. Una vez le pregunté a la maestra si podía pintar mis huevos como si fueran ninjas y, cuando me dijo que sí, yo pinté mis huevos de blanco. No pilló el chiste.

Ted no responde, cosa que Louisa interpreta como una señal de que está muy interesado en saber más.

—A Pez no le gustaba comer huevo porque pensaba que comerse el feto de un pollo era una asquerosidad. Pero ¿sabes qué sí se comía? ¡Al pollo! Y luego decía que la rara era yo porque de pequeña pensaba que Papá Noel y Jesús eran la misma persona. No entendía nada cuando oí hablar por primera vez de la crucifixión.

—Muy bien—asiente bruscamente Ted con la esperanza de que eso baste para zanjar la conversación, cosa que no sucede, por supuesto.

—¿Por qué cojeas?

—No cojeo—responde, una sutil señal de que no quiere hablar del tema.

—¡Vaya que no! ¡Me he dado cuenta antes, cuando corrías por el andén!—contesta Louisa, incapaz de reconocer una señal sutil aunque la tenga delante de las narices.

—Me vi en un incidente hace unos años—dice con resignación.

—¿Qué significa eso?

—Tuve un accidente.

—Hola, señor don Rodeos, ¿has probado alguna vez a decir exactamente lo que estás pensando? ¿Qué pasó?

Ted se masajea los párpados.

—Me caí.

Louisa espera a ver si prosigue, pero, como no sucede nada, murmura:

—¡Qué gran historia! ¡Me tiene enganchada!

Ted se muerde los labios; primero el de arriba y luego el de abajo.

—Es una larga...

—¡Ah, no! ¡Una larga historia no! Con todo lo que tienes que hacer ahora mismo—se burla Louisa recorriendo con la mirada todo el vagón de tren en un gesto teatral.

Ted mira fijamente con actitud acusatoria el recipiente de las cenizas, como si ellas tuvieran la culpa. Está agotado. Tiene el corazón roto. No sabe qué le ha entrado, pero empieza a decir la verdad sin darse cuenta.

—Me apuñalaron.

A Louisa se le ponen los ojos del tamaño de la esfera del reloj de un ricachón.

—¿Estás de coña?

En ese momento, Ted levanta la mirada y hace algo la mar de extraño: un chiste.

—Si estuviera de coña, te habría preguntado cómo se hace bajar a un hombre con un solo brazo de un árbol.

A Louisa le pilla tan desprevenida que al principio se queda callada, pero, cuando empieza a reír, rocía de saliva la chaqueta de Ted, que a su vez intenta, presa del pánico, limpiarla con la manga, y eso hace que Louisa ría aún más fuerte.

—¡Para! Así solo consigues extenderla. La estás empeorando.

—¿No sabes reír como una persona normal?—Ted pregunta sin dar señales de estar disfrutando con la situación.

Louisa pone los ojos en blanco.

—¿Siempre te quejas tanto? ¿Fue por eso por lo que te apuñalaron?

—¡No!—se apresura a decir.

Louisa se encoge de hombros en señal de disculpa.

—Vale. Entonces, ¿qué pasó?

Ted sigue restregándose la chaqueta. Se arrepiente de cada una de las palabras que salen de su boca.

—Fue... un alumno del instituto donde trabajaba. Intentaba apuñalar a otro alumno y yo intervine.

—Poco inteligente.

Louisa trata de sonar graciosa, pero tiene que reconocer que está un poquito impresionada.

—Muy poco, la verdad—coincide Ted cerrando los ojos.

Quizá sea hasta cierto punto irónico que, más de veinticinco años después de que Joar escondiera el cuchillo en el macetero, otro adolescente apuñalara a Ted. Él ya era frágil antes del incidente, pero, después de aquello, le parecía que hasta el viento tenía cuchillas afiladas. Sigue teniendo pesadillas con puñales.

—¿Estuviste a punto de morir?

—No—miente Ted.

Louisa se le queda mirando con cara de escéptica.

—¿Te apuñalaron y no estuviste a punto de morir?

—Fue... Es una larga historia... Perdí mucha sangre—refunfuña Ted.

—Pero no moriste.

—Deberías ser detective, no se te escapa un detalle.

No parece que a Louisa le ofenda el sarcasmo de Ted, que no puede evitar pensar que debería molestarle aunque sea un poquito. Es típico de los adolescentes, para ser una generación que parece ofenderse por todo, tienen la piel bastante gruesa para los insultos.

—O sea que le salvaste la vida a aquel chico, ¿no?

—Eso es difícil de responder.

—¿Por qué?

—Porque es una pregunta hipotética.

A Louisa no parece preocuparle demasiado saber qué es una pregunta hipotética.

—¿Pasaste miedo?

—Tampoco puedo responder a eso.

—¿Porque es otra pregunta hipnótica de esas?

Ted deja por fin de restregarse la chaqueta, respira con una resignación que posiblemente sea difícil de comprender si no se te ha empezado a caer el pelo.

—No. Porque la pregunta presupone que dejé de tener miedo.

Louisa no dice nada de nada durante tres minutos. Posiblemente su mejor marca individual.

—¿Cuándo pasó?

—Hace poco más de dos años.

Louisa mira el recipiente con las cenizas.

—(¿Fue entonces cuando te fuiste a vivir con él?

Ted se limpia las gafas para justificar que parpadea unas mil veces seguidas. Entonces salen a borbotones de su boca más palabras de las que tiene previsto decir:

—Sí... Él llevaba varios años pidiéndome que me fuera a vivir con él, pero siempre le decía que tenía un buen trabajo y que no quería vivir en un mundo de Peter Pan como él. Pero al salir del hospital no sabía qué hacer, me daba demasiado miedo volver al instituto... Necesitaba a toda costa un mundo de Peter Pan en ese momento. Por eso fui. Y, una vez allí, dormí toda la noche del tirón por primera vez desde hacía mucho tiempo.

Le tiemblan los dedos cuando se vuelve a poner las gafas, la cinta ha empezado a despegarse y las lleva torcidas otra vez. Cuando despertó después de la operación, el artista fue la primera persona a quien llamó, y no fue hasta mucho más tarde cuando su amigo le confesó que la noche antes se había emborrachado tanto que casi se ahoga en la bañera.

—¿Y qué pasó entonces?—pregunta Louisa tras esperar pacientemente durante nada menos que doce segundos.

—Me quedé con él unas pocas semanas que se volvieron meses, y luego se puso enfermo, así que...

Se muerde el labio superior, luego el inferior y, por último, la lengua.

—¿Entonces nunca volviste a tu hogar?

—Él era mi hogar—susurra Ted.

Louisa se queda callada una eternidad, puede que casi un minuto entero, antes de preguntar:

—(¿Eras la única persona que cuidaba de él?

—NO, no, tenía doctores en el hospital, enfermeras, un montón de...

Louisa sacude la cabeza.

—No, me refiero al único amigo. Yo... daba por hecho que si una persona es tan famosa como él debe de tener un montón de gente que lo cuide.

Ted se queda mirando por la ventana. Piensa en el precioso apartamento, amueblado por un famoso diseñador de interiores a un precio exorbitante. Se acuerda de la enorme mesa de comedor rodeada de dieciséis sillas, de las que solo una estaba ligeramente desgastada.

—La gente adoraba su arte. Lo amaban millones de personas. Pero hay una diferencia entre ser amado y recibir amor.

Tras decirlo, Ted se revisa rápidamente, como si esta vez fuera su cerebro el que empieza a dar portazos y señalar que a lo mejor ya está bien de detalles personales, ¿no?

Louisa reconoce esa mirada.

—¿Y ahora puedes dormir la noche entera?—pregunta con curiosidad.

—No.

—Yo tampoco. No como cuando Pez estaba en la misma habitación. Me acostumbré a oír su respiración.

Ted mira el recipiente de las cenizas y luego a Louisa. Sonríe débilmente.

—Él solía roncar.

—¡Pez también! ¡Una barbaridad! ¡Sonaba como si alguien estuviera estrangulando a un dinosaurio!

Ted se echa a reír a carcajadas y eso le provoca escozor en la garganta, como si su cuerpo hubiera olvidado cómo hacerlo correctamente.

—¿Por qué no sigues viviendo en su apartamento?

—Lo vendimos. Vendimos todo lo que tenía para reunir el dinero con que comprar el cuadro. Esa es toda su herencia—dice Ted con dulzura.

—Debería habérselo dado a otra persona. Yo no sé nada de arte —dice con tono contundente.

Ted mira el cuaderno de la joven, ha estado dibujando cucarachas.

—¿Desde cuándo tienes la postal del cuadro?

—Desde siempre, prácticamente.

—¿En cuántas casas de acogida has vivido?

El rostro de Louisa vuelve a desaparecer detrás de su pelo.

—No sé. En muchas. No importa.

—¿Y no se te perdió la postal?

—¡Jamás!—exclama horrorizada, como si solo concebir tal cosa fuese un disparate.

Ted asiente lentamente.

—Entonces lo sabes todo sobre arte. Más que nadie que yo conozca.

Es una suerte que Louisa esté sentada porque se habría caído de culo si no.

—Debería haberle dado el cuadro a otra persona, a algún alumno de una escuela de arte elegante de esas, a alguien que sepa pintar... —murmura.

—No quiso dárselo a alguien que supiera pintar, quiso dártelo a ti.

Louisa tarda unos segundos en darse cuenta de que bromea. Entonces rompe a reír a carcajadas y una nueva ducha de saliva aterriza en la chaqueta de Ted, que se arrepiente de haber sido gracioso.

—Perdona—se disculpa sin parar de reír.

Ted toma aire con tanta intensidad que casi acaba en el asiento de detrás.

Solía decir que solo se sentía él mismo cuando pintaba. Todo lo demás, la vida, la realidad, eran puro teatro. Solo el arte era real. Y cuando te conoció... Bueno, se vio a sí mismo. Hacía años que no lo veía dibujar calaveras, hasta que las vi en la pared del callejón. Me dijo en el hospital que le encantaban tus cucarachas. Dijo que no había visto a nadie pintar insectos con tanta belleza.

El hombre de treinta y nueve y la joven de dieciocho evitan mirarse a los ojos un buen rato después de eso. Ella acaricia el cuaderno de dibujo sobre su regazo.

—Había una señora, una de las idiotas ricas de la subasta, que gritó cuando me echaron que yo era una cucaracha. Pero las cucarachas son supervivientes. Esa mujer se morirá en su horrible casa veraniega, pero las cucarachas sobrevivirán.

Ted sonríe.

—Ahora eres uno de ellos, lo sabes, ¿verdad?

Louisa frunce el ceño.

—¿Uno de qué?

—Eres una idiota rica—sonríe Ted señalando el cuadro con la cabeza.

Louisa retuerce la cara y, de pronto, asiente, mucho más alegre.

—En ese caso, ¡ya no soy una sintecho! Porque cuando los ricos duermen al aire libre, no es indigencia, ¡es una acampada!

Le apetece decirle a Ted que le encanta su risa, pero no está muy segura de cómo hacerlo.

—Acampada—repite Ted con una carcajada.

Le gustaría decirle que el artista no le dio el cuadro porque fuera su herencia, sino porque se había dado cuenta de que ella era la herencia. Arte es lo que dejamos de nosotros mismos en otras personas. Pero no está muy seguro de cómo decirlo.

El tren avanza traqueteante y Louisa permanece en silencio puede que durante cuatro minutos y medio. Bueno, tal vez cuatro, seamos honestos.

—¿No quieres preguntarme nada?

—Ahora no, creo—responde Ted en dirección a la ventana.

—Un poco maleducado, ¿no? Yo te he preguntado un montón de cosas.

Un argumento prácticamente imposible de rebatir, por supuesto, de manera que Ted mira la hora, respira profundamente y pregunta:

—Vale. ¿Por qué se llamaba Pez tu amiga?

A Louisa se le ilumina la cara, como si acabara de descubrir que hay lavabos en los trenes.

—Porque tenía los ojos súper separados, así que algunos idiotas de la casa de acogida la llamaban «tiburón martillo», y ella lo odiaba porque los tiburones son depredadores y ella no quería serlo. Así que decidió que mejor sería un pez.

Ted trata de evitarlo por todos los medios, pero por desgracia no logra impedir que salga su siguiente comentario.

—Los tiburones son peces.

—No. Son mamíferos—corrige amablemente Louisa.

—No. Los delfines y las ballenas son mamíferos. Los tiburones son peces—corrige Ted, con bastante menos amabilidad.

—Te estás cargando la historia.

—Vaaaale.

—¡Vale!—Louisa prosigue alegremente—: Entonces ella quería ser un pez porque los peces son como los pájaros pero dentro del agua. Son libres. ¿Comprendes?

Ted asiente, un poco más amable que antes, pero no hace más preguntas, así que Louisa responde a la pregunta que ella cree que debería haber hecho él:

—¿Sabes cómo me llamaba Pez? ¡La Gigante! Porque todo el mundo me llamaba «monstruo» por ser la chica más grande de la casa y yo lo odiaba, pero cuando ella decía «gigante» sonaba poderoso.

El tren da unas sacudidas que hacen tambalear el recipiente de las cenizas. Ted se inclina para cogerlo y ya no es capaz de soltarlo. Su cerebro piensa sin duda que ya ha habido preguntas más que suficientes por un día y, pese a todo, sus labios se mueven vacilantes y al final emerge una:

—¿Qué les sucedió a tus padres?

Louisa levanta la mirada como si quisiera que se lo volviera a preguntar, de lo agradable que ha sido que a él le importe.

—Mi padre se fue antes de nacer yo. Ahora está muerto. Lo mataron en una pelea en un bar o algo así. No era una buena persona, así que a lo mejor fue una suerte que no quisiera ser mi padre.

—¿Y tu madre?

Louisa dibuja con más ímpetu en su cuaderno.

—Bueno, yo no creo que fuera mala persona. Recuerdo que solía cantar, o al menos creo que lo recuerdo. ¡Y teníamos tele! Así que no podía ser una mamá terrible, habría vendido la tele si lo fuera.

—¿Qué le pasó?—se oye preguntar Ted, puesto que es evidente que su cerebro se ha dado por vencido y ha abandonado cualquier esperanza de zanjar la conversación.

Louisa gira cada vez más rápido el lápiz entre los dedos.

—A los cinco años me dejó con unos vecinos y desapareció. No era mala persona, creo, solo estaba... rota, como si le faltaran algunos pedazos, ¿entiendes lo que quiero decir? Los vecinos eran amables, pero no querían hijos. Y entonces hubo un problema porque la policía pensó que me tenían secuestrada cuando la llamaron. Y acabaron en la cárcel. ¡Aunque no fue por mi culpa! Acabaron en la cárcel porque robaban cosas. Pero tampoco eran

malas personas, en mi opinión. Yo creo que teníamos tele porque ellos la habían robado para nosotras.

—¿Cómo sabes todo esto?—pregunta Ted suavemente, como si no quisiera asustar a un pájaro.

—Me lo dijo una mujer de Servicios Sociales. Dijo que todo el mundo merece conocer de dónde viene.

—¿Qué edad tenías?

—Puede que siete.

Louisa sigue en su asiento del tren, pero, durante un segundo, Ted la ve sentada en el embarcadero.

—Eso es muy pronto para saber todo sobre uno—observa Ted.

—Yo creo que la mujer de Servicios Sociales empinaba el codo. Como mi madre—dice Louisa encogiéndose de hombros.

—Lo siento—responde Ted con total honestidad.

El lápiz gira y gira entre los dedos de Louisa.

—No lo sientas. Mi madre bebió hasta matarse sin mí. Si hubiera estado con ella cuando lo hizo, a lo mejor no me habría encontrado nadie.

—¿Así que acabaste en el sistema de acogida?

—SÍ.

—¿Qué tal es?

—Estaba bien—contesta Louisa con el tono propio de alguien que tiene tantos moratones y cicatrices por todo el cuerpo que al final ya ni te molestas en pensar que quizá tenerlos no sea normal.

—Lo... siento—repite Ted.

Si le resultara más cómodo tocar a la gente, quizá le hubiera dado un abrazo. Si a ella le resultara más cómodo que la gente la tocara, quizá le hubiera gustado. Pero, siendo las cosas como son, se

quedaron cada uno en su sitio, con diez centímetros de aire entre ellos.

Es posible que, en esta ocasión, transcurrieran hasta siete minutos. Hay que reconocerle el mérito a Louisa. Pero en ese momento pasa el revisor, un hombre más o menos de la edad de Ted, aunque con más canas en la barba. Ted lo observa y Louisa observa a Ted y sonríe. Cuando él se da cuenta, se pone colorado.

—¿De qué clase de hombres te enamoras?

—¡Eso no es asunto tuyo!—exclama Ted tan bruscamente que los demás pasajeros del vagón se giran y el revisor mira por encima del hombro. Ted se pone tan rojo que se podrían cocinar gofres en las arrugas de su cara.

—Vale, vale, joder, usted perdone—dice sonriendo Louisa, que mira al revisor y declara con rotundidad—: No, si lo entiendo, es probable que no pudieras enamorarte de alguien como él. No es tu tipo.

Ted se ofende y la mira.

—Pues a lo mejor sí lo es. ¡Qué sabrás tú!—masculla.

Louisa sacude la cabeza pensativa.

—No, porque hay muchos hombres como él, si pudieras enamorarte de uno así ya lo habrías encontrado y no estarías solo.

Ted la mira de un modo no muy diferente a como se miraría a una araña en el bocata. Entonces mira el recipiente de las cenizas, como si la persona que hay dentro acabara de decir algo sobre ropa de cama sin lavar. Ted suspira tan hondamente que casi pela la pintura de las paredes del vagón, pero enseguida se seca los ojos y admite en voz baja:

—De los genios. Yo solo me enamoro de los genios.

A Louisa se le ilumina la cara.

—¡A Pez le pasaba lo mismo!

Ted asiente lentamente.

—Por eso te amaba a ti.

Las palabras salen con tal rapidez que al principio Louisa no pilla el significado.

—No, me refiero a que Pez se enamoraba de CHICOS que eran...

—Sé a qué te referías. Solo digo que te equivocas.

La frase establece un nuevo récord y se coloca en primera posición de los comentarios amables proferidos por un adulto sobre ella.

El revisor sale del vagón y Ted se esfuerza al máximo por no mirarlo mientras se aleja, pero no le sale del todo bien. Louisa se esfuerza al máximo por no hacer más preguntas, pero tampoco le sale del todo bien.

—¿Qué vas a poner en su lápida?—pregunta señalando con la cabeza el recipiente de las cenizas.

—No lo sé—miente Ted.

Louisa arruga la nariz.

—Era ssuperfamoso, ¡algo tendrá que poner! No sé, algo poético.

—También era superidiota, y sugirió cosas como: «Aquí yace un hombre que comió verdura y murió igualmente».

Louisa ríe.

—Tú no vas a poner eso—dice ligeramente decepcionada—. Es una pena que haya sobrevivido el más aburrido de los dos.

Ted hace todo lo posible por no sonreír.

—Te quiero y creo enti.

—¿Cómo?—pregunta Louisa, bastante sorprendida.

—Eso voy a poner en la lápida. Te quiero y creo en ti. Solíamos decírnoslo el uno al otro.

—Bonito.

A Louisa le pilla tan desprevenida que es lo único que logra decir.

—Gracias.

—¿Qué asignatura dabas?

—Historia.

—¿En serio?

—Sería raro mentir sobre eso.

—Cuéntame una entonces.

—¿Una qué?

—Una historia.

—¿Sobre qué?

Louisa se inclina hacia delante y saca con delicadeza el cuadro de la caja.

—¡Háblame de él! ¡Háblame del cuadro! Cuéntame cómo alcanzó la fama mundial, cuéntame... ¡No sé! He pensado tanto en vosotros que Pez decía que era un poquito psicópata. Decía que no era normal fantasear tanto sobre tres chicos desconocidos en un embarcadero, porque a lo mejor erais asesinos o algo así.

—O secuestradores.

Ted se apretuja contra la ventana para proteger su chaqueta de las carcajadas de Louisa.

—O sea, que este eres tú, ¿no?—pregunta señalando el embarcadero—. ¿Y este Joar? ¿Y ese es... él?

Ted, apenado, niega con la cabeza.

—No, esa es Ali—corrige.

—¿Qué?

Ted suspira con tanta intensidad que en medio del suspiro hay otro suspiro.

—Si quieres oír la historia del cuadro, oírla de verdad, tendría que empezar por decirte que estás equivocada. Todo el mundo se equivoca cuando lo mira. No son tres chicos los que están sentados en el embarcadero.

Louisa se queda mirando el cuadro, luego mira a Ted y de nuevo al cuadro. Entonces Ted hace una cosa que no creía que iba a volver a hacer jamás: cuenta la historia completa, desde el mismísimo principio.

DIECINUEVE

—No habíamos conocido nunca a nadie como ella.

Así empieza Ted su relato, con la mirada clavada en el cristal de la ventana. Es tan extraño, piensa, la manera en que elegimos contar una historia. Casi nunca lo hacemos por el principio. Porque había cuatro mejores amigos en el embarcadero el verano aquel en que el artista pintó el cuadro. Ali se unió la última a la pandilla, pero si piensas que eso la hace menos importante es que no entiendes absolutamente nada. Es que no has estado nunca enganchado a otro humano. Ted conoció a Joar y al artista cuando tenía doce años, Joar y el artista se conocían desde prácticamente siempre, pero ninguno de los tres podía recordar la niñez sin Ali. Acababan de cumplir catorce ese otoño, cuando apareció como un vendaval en sus vidas, pero pensar que pudo existir un tiempo anterior a su risa bobalicona resulta imposible.

—Tenía una risa que sonaba a enjambre de insectos—le explica Ted a Louisa.

Y así era: como un zumbido que le subía de la barriga a los labios; la chica era puro caos, desde la despeinada melena hasta el corazón indómito. Ella era una segunda vida para los chicos.

—Cuando estaba de buen humor cantaba en francés, y eso era a la vez maravilloso e insoportable porque se le daba genial el francés

pero cantaba fatal. Joar decía que sonaba a la correa de un ventilador que hay que cambiar. Quizá fuera cierto porque Joar no sabía nada sobre cantar pero muchísimo sobre correas de ventiladores...—rememora Ted.

De Louisa emerge también un enjambre de insectos.

—Obviamente, si cantaba bien o mal era irrelevante—continúa Ted—. Porque cuando estaba contenta, bailaba con tantas ganas que dejaba sus huellas marcadas en el embarcadero, y a una persona así le perdonas casi cualquier cosa.

Continúa diciendo que eso era una suerte, la verdad, porque a Ali había que perdonarla con frecuencia. Era una chiflada de la que no te podías fiar un pelo. Cuando tenía una idea, era como si alguien le hubiera prendido fuego a un tejón y lo hubiera soltado dentro de su cabeza. Joar tenía un montón de ideas nefastas, cierto, pero era un aficionado. Tras un par de meses con Ali, se convirtió en un idiota profesional. O «iiiiidiiiiiota», como decía Joar, y Ali y él se reían tanto que Ted aún oía las carcajadas retumbando en su interior, dentro del tren, veinticinco años después.

—Los pájaros de ahí—dice Ted señalando el cuadro—los pintó por Ali, porque a ella le encantaban los pájaros. Y esa neblina roja en el cielo, ¿la ves?

—Mmmmmmm—asiente Louisa, con los ojos como platos y la nariz tan pegada al cuadro que casi lo atraviesa con ella.

—Recuerdo leer a un montón de críticos de arte de periódicos serios decir que eso era una genialidad, la manera en que había capturado la luz con esos rojos. Pero no era la luz ni ninguna genialidad, sino Ali, ni más ni menos.

—¿Cómo? ¿Capturó su luz?

—No, quiero decir que fue Ali. A ella le encantaba inventar juegos tontísimos, y ese verano que cumplimos catorce se le ocurrió uno: teníamos que ponernos salsa de chile en la boca y echar la cabeza hacia atrás, y luego tratar de hacernos reír. Joar ganó y Ali roció la salsa de chile por todo el cuadro.

Louisa observa la pintura un buen rato. Parece que se esfuerza por no pasar el dedo por encima y probar el cielo.

—¿O sea que os pintó a vosotros tres y no a él?—pregunta Louisa mirando el recipiente de las cenizas.

—Así es—responde Ted casi acariciado el aire sobre la pintura—. Dijo que él era todo lo demás, lo que nos rodeaba. El agua y el aire.

—Él era la luz—susurra Louisa.

Ted coincide, una vez más, con el artista: Louisa es de los nuestros. Así que se lo explica:

—Las mejores y las peores ideas que tuvimos salían de Ali. Hizo a Joar cometer un montón de estupideces. Un día robaron juntos un coche. Otro día hizo a Joar tratar de secarse los calcetines en una tostadora y casi quema la casa de mi madre. Pero también fue idea suya que el cuadro tratara de nosotros. Esa fue su mejor idea.

Se detiene. Piensa que es extraño cómo recordamos las cosas. Lo que tratamos de recordar y lo que nos esforzamos por olvidar. Mientras el tren avanza hacia el pueblo junto al mar de su infancia, le cuenta a Louisa la historia de sus amigos, aunque no toda. Le dice hasta donde puede soportar, pero no todo cuanto sucedió en realidad. Le cuenta los mejores recuerdos sobre Ali, que fue ella quien le dio al artista la idea para el cuadro. Pero no menciona que también fue ella quien le dio el cuchillo a Joar.

—Acabábamos de cumplir catorce—dice en cambio.

Era el mes de septiembre, cuenta, acababa de empezar el curso cuando ella apareció doblando una esquina. La hora del almuerzo estaba a punto de acabar y Ted, Joar y el artista estaban escondidos al final de uno de los pasillos porque el instituto estaba lleno de depredadores y todo era un compás de espera hasta una nueva persecución. Por eso te volvías bueno en buscar escondrijos. Oyeron un grito furibundo y un golpe seco, y entonces Ali apareció corriendo, como una luz cegadora, como un infarto. No habían conocido nunca a nadie como ella, porque casi nadie tenía tanta suerte. Tenía un ojo a la funerala y sangre en los nudillos, y la puerta que había cerrado de un portazo era la del despacho del director. Sin querer, la joven entró en el campo de visión de Ted. Lo primero que le gritó en toda la cara al chico fue: «¿¡SE PUEDE SABER QUÉ ESTÁS MIRANDO!?».

¿Hubo vida antes de ella? Imposible. Ted y el artista se quedaron pasmados como si llevaran la boca llena de pegamento, por lo que obviamente tuvo que ser Joar quien reuniera el valor para abrir la suya.

—Eh, Ali. ¿Quién ha ganado?—preguntó alegremente, señalando los nudillos ensangrentados de la joven.

Los ojos de la chica se llenaron de pronto de un odio tal que Joar retrocedió unos pasos; un suceso que rozaba lo insólito, el artista no lo había visto jamás dar un paso atrás. La chica solo le sacaba media cabeza, pero daba la sensación de que medía tres metros cuando se inclinó hacia delante y bramó:

—¿¡Qué me has llamado!?

Joar levantó los brazos, pasmado, afrentado y muerto de miedo, todo junto.

—Ali, como Muhammad Ali, el boxeador. Solo he preguntado con quién coño te has peleado, ¿qué mierda te pasa?

La chica se detuvo a media zancada. Inclinó la cabeza a un lado, como un pitbull sorprendido. Entonces se le descompuso la cara y emitió una sonora carcajada.

—Ali, me gusta. Ali... Ali... Aliiiii.

Probaba a decir el nombre mientras miraba uno por uno a los chicos, que rebotaban en sus pupilas. Cómo iban a saber ellos que tenía catorce años y estaba sola en el mundo, siempre resulta incomprensible que puedan existir personas como ella. No sabían que se había plantado en un tejado y había estado a punto de saltar unos meses antes. No sabían nada de su oscuridad, de cuánto dolor albergaba, de que en el interior de su delgado cuerpo ardía un fuego salvaje. No sabían que se acababa de mudar al pueblo y había decidido esa misma mañana morirse o encontrar una nueva vida. Nuevos amigos, nuevas bromas, nuevo... todo. Quizá hasta un nuevo nombre, si alguien se lo ofrecía.

¿Ali? Serviría. ¿Los chicos? Ellos no sabían nada de eso, simplemente fueron los más afortunados del mundo.

Ali se pasó los dedos por el ojo morado y murmuró:

—Me he peleado con un chico en clase de gimnasia porque dijo que lanzaba la pelota como una niña pequeña.

Joar le miró los nudillos y señaló:

—No peleas como una niña pequeña. ¿Lo ha notado o qué?

—Lo ha notado más rápido que una diarrea—dijo sonriendo Ali.

La risa de Joar resonó por todo el pasillo y, desde ese momento, se hicieron inseparables.

Veinticinco años después, Ted se queda callado en el tren. Ese fue el otoño que acababan de cumplir los catorce, después de eso hubo

un invierno y una primavera, y luego el verano en que cumplieron quince años. El último verano de su niñez. Ali fue una verdadera segunda vida para Joar. Solo se tuvieron el uno al otro durante poco más de un año. ¿Quién tiene tiempo de conocer de verdad a alguien en ese tiempo? Si te haces esa pregunta es que no has estado en la situación, no te has enamorado tan locamente jamás, no te has enganchado al aliento de otra persona. Si el amor entre Joar y Ali hubiera durado ochenta años no habría variado en nada, todo estaba allí desde el principio: la luz cegadora y los golpes secos y los infartos.

Ted mira a Louisa y sonríe débilmente.

—Has dicho que parecía que nos estábamos riendo en el cuadro, que alguien se había tirado un pedo. Has dicho que no podías comprender cómo alguien puede pintar la risa. Es porque la risa que pintó fue la de Ali.

—¿Y la salsa de chile?—sonríe Louisa.

—Y la salsa de chile—ríe Ted.

Iban a grupos diferentes en el instituto. Joar y el artista a uno, Ted a otro y Ali a un tercero. No se buscaban al terminar las clases; simplemente, sobrevolaban juntos por entre la multitud, como si fuera inevitable que se encontraran. Nunca hablaron de que Ali los acompañara al embarcadero, ella lo hizo y punto. Estuvieron allí tumbados, con las cabezas apoyadas en las mochilas, rodeados de mar por tres lados, el último día caluroso del año. Al día siguiente, el otoño le arrebataría el mes de septiembre a las exhaustas manos del verano. Ali fumaba los cigarrillos de los chicos.

—¿De dónde los habéis robado?—preguntó impresionada.

Joar, que, siendo francos, había robado de casi todo en su vida excepto cigarrillos, lanzó unos cuantos aros de humo del tamaño de

dónuts.

—Los hemos comprado—respondió satisfecho.

—¿Sois ricos o qué?—preguntó ella, porque había conocido niños ricos antes y, si estos tres lo eran, pensaba arrojarlos al mar.

—No. Nos devolvieron el depósito de las latas de cerveza del padre de Ted—informó Joar.

Entonces Ali se volvió hacia Ted y lo miró tan fijamente a los ojos que el chico se puso rojo como un tomate. Tenían las mejillas apoyadas en las mochilas, con el mundo en un ángulo de noventa grados y las caras tan juntas que Ted podía notar su aliento en las pestañas.

—Mi padre también bebe un montón de cerveza—dijo Ali.

Ted respondió como siempre, con tanta timidez que las primeras palabras desaparecieron en el agua.

—Mi padre ya no puede beber. Se va a morir. Pero la despensa aún está llena de cervezas, así que se las bebe mi hermano mayor.

Esa fue la primera vez que Ted se lo contaba en voz alta a alguien. Lo de la cerveza y lo de la muerte.

—Eso es triste, pero también bonito—dijo Ali.

Y Ted pensó entonces que tal vez fuera bonito de alguna manera que su hermano mayor se bebiera la cerveza del padre por la noche, solo en la cocina, y que Ted recuperara en secreto el depósito de las latas. Muy lentamente, iban vaciando la despensa; un acto de duelo silencioso aunque compartido entre los dos hermanos.

—Gracias—susurró Ted, y Ali colocó los dedos tan cerca del brazo del chico como es posible acercarse a alguien sin tocarlo.

Ted aún puede notarla en su piel veinticinco años después. Está sentado en el tren y se echa a reír de repente, formando una alegre neblina en la ventana del tren.

—Recuerdo pensar que era una persona perfecta. Durante un tiempo. Pero luego la vi nadar y se me pasó. Nadaba como un pulpo con calambres.

Se ríe mientras habla de la primera vez que la vieron saltar al agua desde el embarcadero en ropa interior y Joar saltó tras ella porque pensó que se estaba ahogando. Ella se cabreó y fue la primera vez que se pelearon, aunque no la última, desde luego.

Ali se había estado mudando de un lugar a otro durante toda su niñez porque cada vez que su padre se quedaba sin trabajo se iban a una ciudad nueva, y su padre era capaz de conservar más tiempo una sandwichera que un empleo. De manera que a ningún adulto le había dado tiempo de comprobar realmente lo que Ali podía hacer y lo que no a una edad determinada, así que tenía un montón de conocimientos ridículos y lagunas incomprensibles. Podía imitar el sonido de un delfín, pero no se sabía las tablas de multiplicar. Había aprendido a hablar un francés fluido viendo programas infantiles extranjeros en la televisión, pero no sabía atarse los cordones. Se hacía sus propios nudos y había inventado su propia manera de nadar, y, de algún modo, funcionaban porque era una genia idiota. Por eso se llevaba tan bien con Joar, porque él era un genio idiota. Uno de sus primeros días juntos ella apareció con unos petardos que le había robado a su padre y le enseñó el goce de explotarlos dentro de los buzones. Fue una suerte que él le hubiera enseñado a atarse correctamente los cordones para entonces, porque tuvieron que escapar corriendo de los cabreados propietarios de los buzones.

A Joar se le iluminaban los ojos cuando la miraba encender la mecha. Los de ella hacían lo propio cuando se daban cuenta de que Joar, por muy duro que fingiera ser, les tenía un miedo ridículo a las explosiones. Resultó que uno de los muchos talentos inesperados de

Ali, además de imitar a un delfín, era poner la boca de una determinada manera para emitir el sonido de un petardo que arde. Cuando llegaron al embarcadero, ella fingió que metía algo en la mochila de Joar y, al oír el sonido, el chico saltó al agua muerto de miedo. Al salir, la persiguió como una mangosta a una serpiente y se pelearon de nuevo, y luego volvieron a ser mejores amigos. Eran como dos máquinas pequeñas con motores desproporcionadamente grandes. Incontrolables. Una vez se apartaron corriendo de un buzón a tanta velocidad que Joar se olvidó de lanzar el petardo dentro; huyó con él en la mano y hasta el último momento no se dio cuenta de lo que pasaba.

—¡lititidititiiota!—gritó Ali mientras ambos se alejaban de un salto de la explosión.

—¡Pensaba que lo llevabas TÚ!—bramó Joar.

—¿Qué te creías entonces que llevabas TÚ en la mano?—le espetó Ali.

—¡No lo sé!

—Es increíble que la evolución os diera penes a los chicos, porque no se os puede dejar a cargo de nada—masculló Ali.

Cuando llegaron al embarcadero compitieron a ver quién hacía la carrera más horrible. Ali se tambaleaba como si le hubieran disparado un dardo tranquilizante en el culo, y a Joar le dolía la mandíbula de tanto reír, de un modo que ni siquiera sabía que podía reír antes de conocerla; una risa que lo englobaba todo y que su cuerpo parecía haber estado reservando para cuando conociera a un perfecto idiota. Cada vez que Ali la oía, parecía que su cuerpo había estado guardando un par de ojos extra solo para él y que no los había estrenado hasta ese mismo día.

Y así es como sucedió de repente lo de enamorarse. Se metieron en mediados de otoño sin darse cuenta porque lo único que supieron los tres chicos sobre Ali durante aquellos primeros meses es que no quería irse a casa.

—¿Su casa era como la de Joar?—pregunta Louisa en el tren cuando Ted se queda en silencio.

—No, no, la suya era... diferente—dice con tristeza Ted. Entonces añade, como si el recuerdo acabara de asaltar su mente—: Odiaba los vestidos.

—¿Cómo?

—Odiaba los vestidos, pero le encantaba el coro—murmura Ted.

—¿El coro?—repite Louisa.

A Ted se le escapa una pequeña carcajada.

—Virgen Santa, qué mal cantaba...

—¿Puedes contar la historia como una persona normal?

Ted la mira sorprendido y se pone colorado.

—Perdona. Es que... estaba pensando en voz alta.

Así que le cuenta que cuando los cuatro se separaban en la intersección cada noche, siempre decían «¡hasta mañana!». Cuando hacía tan mal tiempo que no podían ir al embarcadero, se sentaban en el sótano de Ted, que leía cómics mientras el artista dibujaba y Joar y Ali veían películas de superhéroes. Joar siempre tenía controlada la hora porque tenía que llegar a casa a tiempo de cenar con su madre. Tuvieron que pasar varios meses hasta que los chicos se dieron cuenta de que le pasaba lo mismo a Ali, solo que al revés. A veces pasaban semanas sin que viniera a casa de Ted, a veces iba cinco noches seguidas, pero en las ocasiones en las que se quedaba hasta muy tarde era porque contaba las horas que tenían que pasar

desde que los de su casa se emborrachaban hasta que se quedaban dormidos. Los hijos de los adictos siempre saben qué hora es.

Esas noches era frecuente que el artista se sentara en el suelo a dibujar pájaros para ella. Ali los envidiaba, no porque volaran hacia el sur en invierno, sino porque volvían a casa en primavera; porque estuvieran tan seguros de dónde estaba su hogar. A veces, cuando miraba la hora, era como si contara los días hasta que su padre le dijera que se mudaban de nuevo; no había vivido en ningún lugar del planeta más de un año.

Ted a menudo se quedaba dormido con el sonido de la respiración de Ali y el artista en su habitación. Nunca había dormido tan bien. Una noche, cuando el artista salía por la ventana, Ted murmuró en sueños: «Te quiero». Fue sin querer, se le escapó, pero el artista respondió como si fuera lo más natural del mundo: «Yo también te quiero». Cuando Ali se encaramó a la ventana, Ted murmuró otra vez: «Te quiero». Ali se paró en seco, pasmada, y dudó una eternidad, porque nadie le había dicho eso antes. Así que se inclinó hacia delante y susurró: «Yo... creo en ti».

El otoño dio paso al invierno y ya se acercaban las vacaciones de Navidad. Los cuatro encontraron un lugar en el patio, detrás de un viejo cobertizo, donde podían fumar entre clase y clase. Ali y Joar se metían el uno con el otro, y se peleaban casi a diario, riñendo un segundo y haciendo las paces un segundo después. Cuando Joar quería provocarla, la llamaba «chica», cosa que ella odiaba, porque lo único que odiaba más que a las chicas era a los chicos. Cuando ella quería provocar a Joar, en cambio, lo llamaba «maloliente». Una mañana que Joar había robado una nueva loción de afeitado de la que estaba muy orgulloso, lo primero que Ali le preguntó fue: «¿Es normal que huela así? ¿A sudor?». Joar saltó como un resorte: «¡No

huele a sudor!». «Bueno, pues algo huele a sudor entonces», dijo Ali olfateando el aire. «En ese caso ¡es mi sudor el que huele a sudor! ¡No el aftershave!», bramó Joar. Ali fingió sorpresa, eso se le daba muy bien: «Entonces, ¿qué es lo que huele a mierda? ¿Es el aftershave? ¿Has robado un aftershave de mierda?». Y entonces empezaron a pelear, pero nunca tan fuerte como para hacerse daño.

Normalmente, a Ali se le daba mejor enfadar a Joar, que usaba argumentos más débiles, pero un día de invierno Ali dijo que había presentado la solicitud para unirse al coro del instituto, que actuaría al final de trimestre. Joar respondió que su canto sería como una «sierra mecánica en una orquesta sinfónica». Ali le espetó que se callara, como siempre, pero Joar no era lo bastante observador. No oyó que la voz de su amiga se había vuelto más frágil, así que, cuando anunció con mucho pesar que el director del coro había decidido que todos los chicos fueran con camisa blanca y todas las chicas con vestido, Joar se echó a reír a carcajadas. No le dio tiempo de ver las lágrimas de Ali antes de cerrar los puños y, esta vez, cuando se pelearon, fue diferente, porque ella sí que intentó hacerle daño. Le dio un codazo en la nariz y Joar cayó tambaleándose hacia atrás, sangrando. Ella se quedó mirándolo de pie sin dejar de temblar:

—¡Eres BASURA, Joar! ¿Lo sabías? ¡Eres una puta BASURA cruel!

Tenía el cuello de la camisa empapado de lágrimas. Salió corriendo y no apareció por el embarcadero ni por casa de Ted en varios días.

La mañana del último día del trimestre los chicos la vieron de pie y sola al otro lado del patio. Iba ataviada únicamente con un vestido fino y tiritaba bajo el frío invernal. Los chicos nunca habían visto a nadie odiar tanto una prenda de vestir, como si el tejido tuviera

clavos cosidos arañándole la piel. Se lo estiraba una y otra vez, muerta de vergiienza, tratando de taparse las rodillas, y, de vez en cuando, miraba la puerta de la escuela como si planeara escapar, pero, al oír la llamada de un adulto, entró en el instituto junto al resto del coro. Solo entonces se dieron cuenta los chicos de que una persona que odiaba tanto un vestido debía de amar con toda su alma cantar.

—Vamos—refunfuñó Joar.

Los chicos se deslizaron por la puerta como anguilas en aguas oscuras y se fueron corriendo a casa. Era el comienzo de las vacaciones de Navidad, eran libres y nadie los vio desaparecer. A diferencia de Ali, los chicos hacían todo lo que estaba en su mano para evitar llamar la atención en el instituto. La atención era mortífera, era lo que hacía que acabaras siendo acosado y recibiendo una paliza. Ni en sueños se les habría ocurrido subir a un escenario como ella.

Ali pasó toda la mañana practicando con el coro, sintiéndose la persona más solitaria del planeta. Cuando llegó el momento de la actuación, el coro estaba colocado de pie detrás de un telón, oyendo al público tomar sus asientos. Ali vomitó en una esquina. Justo cuando contemplaba la posibilidad de salir huyendo, se levantó el telón. Demasiado tarde, ahí estaba ella, de pie bajo el foco, ataviada con su vestido fino, los nudillos blancos y las mejillas coloradas. Aterrorizada e indefensa. Oyó al público empezar a reír. Al principio no era más que un débil rumor, como cuando todo el mundo intenta no reírse y les sale el sonido por la nariz, pero el rumor no tardó en convertirse en un estruendo de carcajadas. Ali tiraba y tiraba del vestido para cubrirse las rodillas, muerta de miedo por si se estaban riendo de ella. Entonces oyó otra cosa: a sus compañeros del coro.

Ellos también reían histéricamente. Fue entonces cuando Ali miró la primera fila, donde estaban sentados sus amigos: Joar, Ted y el artista. Los tres llevaban vestido.

Habían ido corriendo a casa y los habían cogido del armario de la madre de Joar. Obviamente, los tres les quedaban grandes, puesto que ellos eran demasiado pequeños, y tendrían que aguantar bromas al respecto cada día durante todo el tiempo que les quedaba en el instituto.

Joar se metió en tantas peleas a propósito del vestido cuando llegó la primavera que el director podría haber colocado simplemente el pupitre del chico en su despacho. Pero a él le daba igual. Cada puñetazo valía la pena si servía para que Ali se diera cuenta de que no estaba tan sola, al menos no todo el tiempo. ¿Quién tiene un amigo así? Casi nadie.

Ese día, camino de casa, Ali les contó por primera vez a los chicos que su madre había muerto. ¡Y cómo le cantaba y reía y la llamaba «corazón mío»! Tenía opiniones muy firmes sobre los programas de la tele y le encantaba el queso. Era una persona de los pies a la cabeza y, de pronto, desapareció. Iba en su bicicleta cuando la golpeó un coche; salió de casa un día y no volvió; estaba viva y, un segundo más tarde, estaba muerta.

—A mi madre le encantaba que yo fuera al coro de pequeña. Le encantaba cantar, así que cuando canto es como si ella... Como si estuviera conmigo. Sé que es una tontería. Típico de una niña pequeña que piensa...

Joar, que estaba detrás de ella, la interrumpió furioso.

—¿Tienes que andar tan RÁPIDO, joder?

Porque, ciertamente, no es fácil andar rápido cuando llevas vestido si no estás acostumbrado. Sobre todo si te queda demasiado

grande, así que Joar no paraba de tropezar y Ted no paraba de sacarse la tela del trasero, mientras que al artista se le había soltado la tira del hombro. Ali se giró y se quedó un buen rato mirando a sus chicos.

—Sois todos basura. Los tres. Lo sabéis, ¿verdad?

Ellos asintieron. Ella se secó los ojos con el revés de la mano.

—Te sienta bien ese color—le susurró el artista a Ted.

—Gracias—dijo Ted sonriendo.

—¡A ti también te sienta bien ese color!—le dijo Ali a Joar sonriendo.

—¿Quieres que te dé una patada en el culo o qué?—soltó Joar.

Y ella se echó a reír con tantas ganas que tropezó y se cayó encima de un arbusto.

Fueron caminando al embarcadero. Estaba cubierto de nieve y el sol ya se estaba poniendo, pero Joar hizo una pequeña fogata y se sentaron alrededor hasta que se hizo de noche. Se cerraron todo lo que pudieron las chaquetas sobre los vestidos, tan apretujados los unos contra los otros que compartían la misma piel. Entonces, Ted de pronto reunió el coraje suficiente para susurrarle a la noche.

—Os quiero.

El fuego crepitaba, las olas lamían la orilla y el viento se colaba por debajo de los vestidos.

—Creo en vosotros—susurró Ali.

—Os quiero y creo en vosotros—dijo sonriendo el artista.

—Basura—masculló Joar.

Se fueron felices a casa. Al día siguiente, en el puerto, le contaron al padre de Joar que su hijo había acudido a la asamblea de final de trimestre con vestido. Los otros hombres reían y le hacían chistecitos al padre, quien, al volver a casa esa noche, le dio a Joar la mayor

paliza de su vida. Lo golpeó como si fuera polvo, como si no tuviera pulso. Los primeros días de aquellas Navidades Joar los pasó tumbado en la cama del sótano de Ted. Le dolía tanto el cuerpo que ni siquiera podía bajar al embarcadero. Entonces, Ali le dio el cuchillo.

VEINTE

Ted no le menciona a Louisa este último detalle. No dice nada del cuchillo.

Joar lo tuvo escondido en el fondo de su armario ese invierno y, al llegar la primavera, lo ocultó en la tierra de las macetas de hojalata, debajo de las flores que colgaban de la ventana de su dormitorio. Al final, se lo guardó en la mochila. No lo tocó hasta el verano, cuando agosto asomaba por el horizonte y su padre estaba a punto de coger las vacaciones. El chico esperaba que se le ocurriera otra cosa, que alguien llegara y los salvara a él y a su madre, como en los cómics de superhéroes de Ted. Pero no apareció nadie, y de ninguna manera sobrevivirían a otro verano.

El tren se detiene un momento en una estación gris. El viento hace danzar una bolsa de plástico en el andén. En el cuadro a sus pies, los pájaros surcan el cielo, la salsa de chile brilla bajo la luz, los tres amigos del embarcadero se ríen de un pedo y el artista los envuelve a todos. Con cada trazo. Ted contempla el vuelo errático de la bolsa de plástico a través de la ventana y se muerde el labio. Nunca le ha contado a nadie la historia de su infancia, hay un límite para el tipo de emociones que puedes compartir con otras personas cuando ni siquiera estás cómodo compartiéndolas contigo. A fin de cuentas, Ted pertenece a esa categoría de hombres que a duras

penas soportan que el camarero les pregunte qué les parece la comida, ya que consideran la pregunta un tanto personal.

—¡Me cae bien Ali!—declara Louisa, sentada a su lado.

—Qué sorpresa.

—¿Por qué te sorprende?—pregunta la joven totalmente en serio.

Ted emite un suspiro propio de una persona de mediana edad, una clase bastante particular que requiere de un esfuerzo mayor que el suspiro adolescente.

—¿Es que tu generación no pilla la ironía?

—¿Y TU generación? ¿Entiende la ironía?—pregunta ella a su vez.

Ted no sabe dilucidar si está siendo irónica, así que presume que ha ganado ella.

—Tenéis muchas cosas en común. También las tienes con Joar. A los dos les hubieras caído bien.

—¡Gracias!

—No es del todo un cumplido, entre los dos no reunían más de cinco neuronas funcionales—aclara Ted, no sin cierta amargura, pero a las comisuras de sus labios se les da mal mentir y a Louisa le da tiempo de percibir una sonrisa.

—Gracias igualmente—responde sonriendo.

Louisa sigue dibujando tras su cortina de pelo y Ted mira el reloj un poco frustrado. El tren lleva detenido tanto rato en esta estación que ahora van con retraso. La bolsa de plástico prosigue su danza por el andén, como si se burlara de la ansiedad del hombre, como si tratara de decirle: «¡Mírame! ¡Mira qué poco me cuesta hacerme feliz a mí misma!».

No cabe la menor duda de que Joar, Ali y el artista se habrían reído si estuvieran allí (del hecho de que su amigo sea tan neurótico como para tenerle envidia a una bolsa de plástico).

Ted va de nuevo al lavabo. Parece haber alcanzado la edad en la que tiene que ir aunque no haya bebido nada desde la última vez, como si su cuerpo se inventara sus propios líquidos; a lo mejor es que cuando te acercas a la cuarentena empiezas a licuarte internamente. Louisa lo ve salir otra vez, pero, para su sorpresa, Ted gira en dirección contraria y desaparece en el siguiente vagón. Durante un momento se apodera de ella el pánico, cree que se va a bajar del tren, ¿adónde va si no? Cuando regresa poco después con un periódico y una Coca-Cola, se lo queda mirando como si el hombre acabara de sacar un conejo de una chistera.

—¿De dónde has sacado ESO?—exclama, pues no ve la chistera por ningún lado.

—Del vagón restaurante—responde él como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Yo creía que solo existían en las películas—alcanza a balbucear asombrada Louisa.

—No, existen... en los trenes.

—¡Vaya! ¡Pues sí que tendría que haber aprendido a colarme en trenes en lugar de en coches!

—No estaba seguro de si te gusta la Coca-Cola—dice dubitativo Ted, como si no hubiera conocido a un adolescente en su vida.

—¿Estás de broma?—Louisa le arrebata el refresco de la mano como haría un mapache feliz.

Pez y ella robaban de vez en cuando cocacolas de la tienda, pero solo cuando había algo que celebrar; por ejemplo, si un soberano imbécil acababa de marcharse de la casa de acogida. O, ya puestos, cualquier tío. El refresco le hiela los dientes y a Louisa le entra la risa cuando se le congela el cerebro. Ted se echa a reír también, sin

emitir ningún sonido, simplemente, su compañera de viaje ve cómo se agita su pecho en el asiento de al lado.

—¿Has oído hablar de internet?—pregunta Louisa mirando el diario que Ted lleva en la mano.

—Me gustan los periódicos.

—¿Tú crees que se debe a tu increíble juventud? ¿Te cuesta también viajar en tren? ¿Echas de menos las calesas?

—Muyy graciosa.

—Se llama sarcasmo, ¿no tenían de eso los de tu generación?

Louisa sonríe y Ted está a punto de responder con un comentario inteligente, como que los periódicos son mejores porque no puedes enrollar internet y darle en la cara a alguien con él, pero no le da tiempo porque los interrumpe el revisor, que entra en el vagón para comprobar los billetes de los nuevos pasajeros. Louisa levanta la mirada.

—¡Deberías decirle algo!—sisea, un poco demasiado fuerte.

—¿Perdona?—responde Ted, que se siente insultado.

—¡Al revisor! ¡Deberías darle tu teléfono!

—De ninguna de las maneras.

Louisa asiente frenéticamente.

—SÍ, deberías conocer a un hombre que no sea un genio. ¿Quieres que hable yo con él?

—¡No! ¡Ni hablar! Y ¿qué quieres decir con eso? No sabes nada de él. A lo mejor es un genio—susurra Ted, que se ha puesto nervioso, como cuando ves a un mono con una bomba. Louisa responde con un bufido.

—Lleva tatuajes en las manos, dudo que sea un genio...

—No hay nada de malo en llevar tatuajes—gruñe Ted, que se arrepiente del comentario en cuanto sale de su boca.

—Ah, ¿con que te has fijado en sus tatuajes?

—¡No! Y no voy a darle mi número—masculla Ted.

—¿Por qué no? ¿Y si es el amor de tu vida?

—¡Paral!

—¿No es tu tipo? ¿Te preocupa no ser el suyo? ¿Que no le gusten los empollones?

—No he dicho... ¿Qué quieres decir? ¡Para! ¡En serio! ¡Para!

Louisa mira detenidamente al revisor y luego a Ted.

—Yo creo que te preocupa que sea el tipo de persona al que solo le gustan los hombres que son un poquito peligrosos y no ser lo bastante peligroso para él.

—No hagas ninguna tontería, por fa...—alcanza a decir Ted, pero es demasiado tarde, porque, en el momento en que el revisor pasa por su lado, Louisa levanta la lata de refresco.

—¡Hola! ¡Salud!

El revisor sonríe sorprendido.

—¡Hola! Salud.

—Estamos de celebración—dice Louisa asintiendo con la cabeza con aire triunfal.

—Ah, ¿sí?—se interesa esbozando una sonrisa.

—Estamos celebrando que Ted acaba de salir de la cárcel.

El revisor levanta las cejas de tal manera que bien podrían pasar a considerarse flequillo. Carraspea tanto rato que, una vez que termina, su voz es totalmente nueva.

—Vaaale. Felicidades, entonces.

Louisa asiente con jovialidad. Ted no hace nada porque, como es natural, se ha hundido en un río de lava que lo ha abrasado. El revisor mira nervioso en todas direcciones, balbucea suplicante:

«¿Algún nuevo pasajero?» y sale del vagón apresuradamente. Ted no estaría más rojo ni aunque le faltara la piel de la cara.

—¿Se puede saber por qué has hecho eso?—sisea furioso.

—¡Ahora ya pareces peligroso!—aclara, solícita, Louisa.

—Gracias. Muchas gracias—dice con ironía Ted.

—De nada.

No hay nada de ironía en su tono y Ted intenta convencerse de que debería estar agradecido por que no haya dicho que la había secuestrado.

—Desde luego, les habrías encantado a Ali y Joar—gruñe dirigiéndose al cuadro.

—Gracias—dice con una sonrisa Louisa.

—Repito: no es un cumplido.

—Mantengo mi agradecimiento. ¿Puedo preguntarte una cosa?—pregunta enseguida la joven, que no espera la respuesta, pues cada una de las palabras que salen de su boca se precipitan rodando cuesta abajo—. ¿Habían violado a Ali?

Ted se gira y se queda mirándola fijamente, tan sorprendido que su asombro llega a desconcertar a la joven.

—¿Por qué... Por qué lo dices?—logra decir.

Louisa desaparece detrás de su melena y se encoge de hombros.

—Me lo preguntaba, nada más. Por el modo en que me has explicado la historia, había algo. El hecho de que ella dijera «creo en ti» cuando le dijiste que la querías. Cuando te han violado, creo que eso es lo máximo que puedes hacer. Creer en alguien, o sea, creer de verdad. Confiar. Sobre todo si es un chico.

El tren sigue inmóvil, así que Ted tarda una eternidad en darse cuenta de que es él quien está temblando.

—¿A ti...?—susurra, pero Louisa niega rápidamente con la cabeza.

—No, pero le pasó a Pez, en la casa de acogida donde vivió antes de conocernos. Por eso siempre dormíamos con destornilladores en la mano.

La voz de Ted no es del todo firme cuando vuelve a hablar.

—A Ali... A ella... le encantaba la lasaña de mi madre. Ella, mi madre, trabajaba por las noches y solía prepararnos comida y dejarla en el congelador antes de irse. A Ali le gustaba acompañarme a la cocina y mirarme mientras yo la calentaba en el microondas. Solía abrir los armarios y mirar todas las conservas y los paquetes de espagueti, como si fueran mágicos, porque en su casa todos los armarios estaban vacíos, salvo los que estaban llenos de botellas. Cuando le dabas a un interruptor de la pared en mi casa, se encendía la luz del techo, porque en mi casa todo funcionaba. Mi madre era igual de pobre que todos los que vivían en mi calle, pero ella... se encargaba de que todo estuviera bien. Todo funcionaba. Eso Ali no lo había conocido. Fue entonces cuando me di cuenta de que algo no iba bien. Un día, mi hermano mayor llegó a casa y abrió la puerta de la calle cuando nosotros estábamos en la cocina y, de manera instintiva, Ali se fue directa al cajón de los cubiertos. Esa fue la primera vez que vi a alguien que no era Joar hacer eso, buscar un arma. Al final me lo explicó. Le costó mucho tiempo, todo lo que decía salía muy poco a poco, podía necesitar varias semanas para una historia. Su padre no se ponía violento cuando estaba borracho, no era como el de Joar. El de Ali solo quería divertirse. Se le daba bien bailar y beber vino, pero mejor aún no abrir las facturas. No quería que Ali lo llamara «papá», quería que lo llamara «colega» porque no quería ser adulto. Los adultos como él no entienden que han de serlo para que los niños puedan ser niños. Así que en su casa había mucha diversión, y estaba siempre llena de desconocidos,

siempre se estaba acabando una fiesta o empezando otra. Había grupos de mujeres fumando en la cocina y hombres que iban tambaleándose de una habitación a otra, cantando. Era un ambiente inseguro para Ali cuando tenía siete años, amenazante a los diez y peligroso cuando llegó la pubertad. Una noche, ya a las tantas, estábamos solos y me... Me habló... de uno de los amigotes de su padre, y del refresco que sabía raro, y de que se despertó desnuda con el hombre encima. Me dijo que ni siquiera recordaba lo que había pasado, que vio los arañazos ensangrentados en las mejillas del hombre y al principio no comprendió que era ella quien se los había hecho. Entonces... Ali explotó. Como un monstruo que se despierta para defenderse. El hombre estaba borracho y lento, y según ella debieron de luchar tanto que empezó a sudar y, de repente, se quedó sin aliento. Luchó y pataleó todo lo que pudo hasta que el hombre gritó y cayó a un lado. Entonces Ali cogió una manta y saltó por la ventana, era un primer piso, se torció el tobillo al aterrizar, pero aun así corrió hasta el bosque y se escondió. Estuvo fuera casi veinticuatro horas, su padre ni se dio cuenta. Cuando volvió a casa, él se acababa de despertar, resacoso, y pensó que había estado en el colegio. Ella nunca le contó nada. Una noche se subió a la azotea de su bloque y estuvo a punto de saltar. La noche siguiente hizo lo mismo, pero se acercó un poco más al borde. Y así cada noche, siempre un poco más cerca, hasta que un día, al volver al apartamento, vio cajas de mudanza por todas partes. Su padre se había cansado de pronto de la ciudad en la que vivían, decía que ya no era divertida, que estaba llena de gente que quería que devolviera el dinero que le habían prestado. Así que, al día siguiente, solo quedaron facturas en el apartamento, Ali y su padre

se habían esfumado. Así acabaron en nuestro pueblo. Así nos encontró.

Ted se queda en silencio. Recuerda tan nítidamente la cara de Ali, sentada en su cama del sótano mientras se lo contaba todo. Los lagrimones en los pómulos, pequeños y angulosos, y cómo mostraba las palmas de las manos, como si fuera un mago triste, cuando susurró: «Y, tacháááán, aquí estoy ahora».

Recuerda que le contó que siempre dormía con un cuchillo debajo de la almohada. Él era tan inocente que le preguntó si no era peligroso, si no se cortaba por la noche durmiendo. Ali sonrió y le dijo que era el comentario más lindo que había oído nunca.

—Puede que tengas razón—Ted le dice en voz baja a Louisa en el tren—. Dijo que creía en nosotros, nunca que nos quería, porque eso para ella era más que el amor.

Sigue sin mencionar el cuchillo.

—Pez y ella se habrían caído bien—dice Louisa tras su melena mientras dibuja las cucarachas más bellas del mundo en su cuaderno.

—Sí, es probable.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Sí—accede Ted como si, con alguien como Louisa, tuviera otra opción.

Ella señala con la cabeza la caja con el cuadro.

—¿Por qué dibujaba siempre calaveras junto a su firma?

—Las robó.

—¿Las calaveras? ¿A quién?

—A un bedel.

—¿Cómo?

Ted se recoloca las gafas.

—Solía decir que el arte es coincidencia. Un cuadro bonito es la suma total de una persona, lo que le ha sucedido, con sus bendiciones y maldiciones. Coincidencias.

—¿Por eso le robó las calaveras a un bedel? ¿Cuándo?—pregunta la joven, un poco frustrada, porque empieza a pensar que el señor que tiene al lado cuenta las historias como si estuviera leyendo galletas de la suerte.

—Aquella primavera, cuando teníamos catorce años, justo antes del verano en que Joar se enteró del concurso por el periódico—rememora Ted.

—¿Qué concurso? ¿Puedes empezar por el principio?—protesta Louisa frustrada.

Ted sonríe débilmente.

—Había un concurso para jóvenes artistas. Así es cómo Joar hizo que pintara el cuadro. Pero esa es otra historia, Joar había...

—¡Espera, espera! ¡No sé si quiero oírla!—exclama Louisa de pronto.

—¿Por qué no?—pregunta Ted sorprendido.

Louisa aparta la mirada como se escurre la mantequilla en una sartén caliente y acaricia las cucarachas de su cuaderno como si estuvieran dormidas.

—A Pez le encantaban los cuentos de hadas, he oído miles, y no estoy segura de si quiero escuchar cómo acaba este. Porque ocurrió de verdad. Y sé lo que te pasó a ti, ¡sé que sobreviviste! Y ahora... Ahora sé la otra parte también.

—¿Qué otra parte?

Louisa susurra apenada, como haría alguien que no ha tenido ocasión de acostumbrarse a los finales felices:

—Ahora que me imagino que todos los demás de quienes me hablas quizá hayan muerto.

Ted no había pensado en eso porque, para él, todo lo que sucede en la historia ya ha ocurrido; en cambio, para ella, todo sucede de golpe.

—¿Quieres que...?

—No, no. Cuéntamelo—interrumpe Louisa muy seria tras respirar hondo y cerrar con fuerza los ojos—. Ahora es tarde para volver atrás.

VEINTIUNO

Así que Ted se lo cuenta.

—A Joar siempre le decían que era la clase de chico que se buscaba los problemas, pero eso casi nunca era así. A menudo se metía en peleas, pero no porque las buscase, sino porque, si empezabas una pelea con Joar, el problema lo tenías tú...

Así inicia Ted su relato. A continuación, le cuenta que todos los abusones del instituto habían ido a por Joar en un momento u otro, y todos se arrepintieron con toda su alma después. Cuenta que, cuando a Joar se le ensombrecía la mirada, a Ted le recordaba a uno de sus cómics, ese en el que un hombre acababa en la cárcel y los demás reclusos lo amenazaban. Mala idea, porque no sabían lo peligroso que era el tipo hasta que este los miró fijamente y les dijo: «No lo habéis entendido. No soy yo el que está aquí encerrado con VOSOTROS. Sois vosotros los que estáis aquí encerrados CONMIGO».

Puede que lo único que les salvara la vida a los abusones ese año fueran las palizas monumentales que Joar recibía de su viejo cada vez que el director llamaba a su casa tras una pelea, y el hecho de que sus amigos no pudieran soportarlo. Cada vez que el chico defendía a las personas que amaba, más golpes se llevaba; el amor

acabaría con su vida un día. Por eso sus amigos le rogaron que parara, y eso lo obligó a usar la imaginación.

—Si eso no hubiera ocurrido, el cuadro no habría sido lo que fue. El arte es coincidencia—dice Ted.

Louisa acaricia sus cucarachas repitiendo las palabras para sus adentros.

—El arte es coincidencia. Eso le habría gustado a Pez.

Y asiente con la cabeza para pedirle a Ted que prosiga, de manera que este le cuenta que esa primavera, justo antes del verano en que el artista pintó el cuadro, Joar descubrió que una pandilla de chicas más mayores estaba acosando a Ali. Habían escrito en su taquilla que era fea y asquerosa, como si la odiaran por eso, aunque era justo lo contrario: no soportaban cómo sus novios la miraban. Las chicas mayores hacían todo lo posible por llamar la atención de los chicos, pero Ali, que se esforzaba al máximo por evitarla, se la llevaba sin hacer nada. Eso era lo que no le perdonaban, así que, un día, la más cruel y popular de la pandilla tuvo una idea muy sencilla: fingió ser amable e hizo que todos los estudiantes que hacían cola para el almuerzo se apartaran para dejar pasar a Ali con el único propósito de poder decir a su espalda: «Dejad pasar a la pobrecita, ¡no le dan de comer en casa! Mirad qué ropa lleva, ¡el vertedero es el centro comercial de su familia!». La cafetería entera rompió a reír y, cuando Ali salió corriendo, empezaron a lanzarle monedas.

Corno es natural, la sugerencia inicial de Joar fue ir y confeccionar una chaqueta nueva con la cara de la otra chica, pero Ali no se lo permitió. Entonces su amigo hizo algo todavía mejor: cuando se volvió a encontrar a la chica en el pasillo, gritó alegremente: «¡Eh, colorada!». Ella no entendía nada, pero al día siguiente Joar volvió a

gritar: «¡Eh, colorada!». Tras una semana, las amigas de la joven lo confrontaron: «¿Por qué la llamas "colorada"?». Joar las miró sorprendido: «¿Es que no lo sabéis? Porque se pone colorada enseguida. ¿No os habéis dado cuenta de lo roja que se pone por lo más mínimo? ».

Joar no era muy fan de las palabras difíciles, por lo que es probable que no hubiera oído hablar nunca de las profecías autocumplidas, pero nadie entendía el concepto mejor que él. La chica no se había puesto colorada jamás antes de ese día, pero es imposible no sonrojarte cuando todos tus amigos te explican por qué te llaman «colorada». No tardó en empezar a ponerse como un tomate en cuanto veía a Joar, y luego al llegar al instituto, así que enseguida todos sus amigos la llamaban «colorada» por la espalda. Nunca más volvió a llamar «pobrecita» a Ali.

Una noche, poco tiempo después de aquello, Joar, Ali y el artista comían lasaña recalentada y leían cómics en el sótano de Ted. Debatían qué superpoder les gustaría tener y daban respuestas muy predecibles. Joar quería superfuerza para proteger a su mamá; Ali quería hablar con los muertos para comunicarse con la suya; el artista quería tener forma cambiante para ser como quería su madre: igual que los demás niños.

Ted permaneció en silencio con la esperanza de no tener que decir qué poder quería. Tuvo suerte, porque Joar le pidió que «dijera algo inteligente», lo cual significaba que quería oír citas de superhéroes. Así pues, con sus amigos sentados en el suelo, tan apretujados que entre cuerpo y cuerpo solo cabían sueños, Ted leyó en voz alta algunas de sus favoritas: «Un gran poder conlleva una gran responsabilidad», de Spider Man; «La vida no nos da un propósito. Somos nosotros quienes le damos un propósito a la vida»,

de Flash; «¿Qué dejarás que te domine? ¿El miedo o la curiosidad?», de Wonder Woman. Se quedó pensativo un momento, rebuscando las palabras en su memoria, antes de citar a Iron Man: «Lo que hace a los héroes es el camino que escogen».

Los jóvenes permanecieron un buen rato tumbados en el suelo en completo silencio.

—¿Puedes decir esa... La que me gusta a mí?—pidió vacilante Joar.

No era habitual percibir su vulnerabilidad de esa manera. Ted le respondió gustosamente, porque sabía exactamente la cita a la que se refería su amigo, la de Bill Rayos Beta: «Hermanos, si no hay nada más que lo que hacemos en este mundo, hagamos el bien».

Joar cerró los ojos como si se esforzara por memorizarla. No le temía a la muerte porque no esperaba tener una vida larga. Sabía que existía la felicidad, pero no para él. Creía en el Cielo, en que las personas buenas vivían para siempre, solo que él no era una de ellas. Lo único que él quería era que su madre estuviera a salvo y que el artista tuviera una gran vida.

Más tarde, Ted trató de explicar qué era un antihéroe y Joar se enfadó mucho de pronto, porque «anti» significa «lo contrario», por el amor de Dios. Eso quiere decir que «antihéroe» significa «villano». Ted dijo que un antihéroe era una buena persona que a veces hacía cosas malas, pero Joar pensaba que era lo opuesto, y que un villano que hace cosas buenas sigue siendo un villano.

—Mi padre me enseñó a pescar. Me enseñó a reparar motores. Y en una ocasión hizo que mi madre se enamorara de él. Al principio no le pegaba. Pero el mal es el mal, no lo compensas con unas pocas buenas acciones. Joder, es que no es un puto partido de fútbol—gruñó.

Entonces Ted le dijo la cosa más amable que nadie le había dicho nunca:

—Tú no te pareces en nada a tu padre.

Joar sacudió la cabeza.

—Tú no sabes cómo es. Cuando le pego a alguien, no siento nada. Ni siquiera me arrepiento—susurró.

—Tú nunca empiezas las peleas ni pegas a nadie más débil que tú...—trató de explicar Ted, a sabiendas de que era mentira, porque casi todo el mundo era más débil que Joar.

—Tengo que irme—murmuró este rápidamente mirando la hora.

—¡Hasta mañana!—exclamó Ted mientras su amigo se adentraba en la noche, pero Joar no respondió.

Veinticinco años después, Ted se queda callado en el tren. Se da cuenta de que a lo mejor ha contado demasiado, más de lo que está preparado para compartir. Señala con la cabeza el recipiente de las cenizas.

—Joar intentaba salvar a todos sus seres queridos. Es como si supiera que tenía un reloj dentro que marcaba la cuenta atrás hasta su destrucción, así que se daba prisa por solucionarlo todo... por nosotros.

—¿Lo dices por su papá?—dice asintiendo, apesadumbrada, Louisa, aunque suena más a afirmación que a pregunta.

Ted asiente también y respira hondo.

—Sí, aunque él nunca lo llamaba «papá». Decía que era «su viejo». Necesitaba describirlo con unas palabras diferentes a las que usábamos nosotros para hablar de los nuestros.

A continuación, explica que las personas que nunca han visto la violencia de cerca, que no han vivido la tiranía, quizá se pregunten por qué no llamó a la policía para denunciarlo. Como si no hubieran

estado una decena de veces en su apartamento después de que los vecinos se quejaran por el ruido. Pero nadie se atrevía a testificar contra ese hombre, la madre de Joar no se atrevía a abandonarlo y Joar no se atrevía a abandonar a su madre. ¿Qué iba a hacer la policía? ¿Encerrar al hombre de por vida? Porque, si no era para siempre, Joar y su madre no tendrían mundo suficiente donde esconderse una vez quedara en libertad. No se puede vencer a los tiranos, la única opción es destruirlos, y nadie acudía a ofrecer su ayuda.

—La vida no es como los cómics—dice Ted en el tren, casi como si se avergonzara.

—No—coincide Louisa, que mira su cuaderno y entiende de sobra lo que quiere decir.

Ted la mira, incapaz de contarle lo otro que había decidido Joar, aparte de hacer famoso al artista: en agosto, su viejo estaría de vacaciones y, antes de que llegara ese momento, el chico pensaba matarlo o morir en el intento, así que para entonces estaría en prisión o bajo tierra. Esa es la razón por la que tenía tanta prisa ese verano, de ahí la obsesión con que el artista se hiciera famoso. Sabía que se le estaba acabando el tiempo para protegerlo.

Sin embargo, Ted no tiene el coraje de contarle todo eso a Louisa, al menos no todavía, probablemente por el bien de su corazón más que por el de ella, así que le dice otra cosa.

—Al día siguiente, cuando fuimos al instituto, Ali se dio cuenta de que yo no había llegado a decir qué superpoder quería y me preguntó. Yo mentí y dije que quería ser superveloz.

—¿Por qué mentiste?

—Porque me daba miedo echarme a llorar si decía la verdad.

—¿Qué te hubiera gustado decir?

—Quería poder parar el tiempo. Para que mi madre no perdiera a mi padre, para que Joar no recibiera palizas de su padre, para... Para no quedarme nunca sin gente.

Veinticinco años después sigue deseando lo mismo: tener catorce años y que el mundo esté lleno de relojes estropeados. Parpadea rápidamente y se quita las gafas, que están húmedas. Siente cómo la vergiienza le sube por la espalda cuando se le nubla la vista. No debería haber dicho eso último.

—¿Estás bien?—pregunta con cautela Louisa.

—SÍ.

A Ted le tiembla la barbilla al decirlo.

Nadie te dice cuando eres joven que, cuando alcanzas la mediana edad, ya no puedes llorar y que resulte atractivo, la más mínima emoción consigue que parezca que acabas de atravesar una capa de hielo.

—No te está dando un ictus, ¿no? Tienes la cara bastante caótica.

Ted se pasa las manos por las mejillas y quiere decirle que el amor es caos.

—Lo siento, hacía mucho que no pensaba en esa época y me he puesto... nostálgico—murmura en cambio.

Ella parece preocuparse, como solemos hacer con las personas muy muy muy viejas, pero entonces sonríe.

—Me han gustado las citas de los superhéroes.

Ted trata de recuperar la compostura respirando por la nariz. Acto seguido, señala con la cabeza el recipiente con las cenizas y le devuelve una débil sonrisa a Louisa.

—Su favorita era la de Batman: «Llevo una máscara. Y esa máscara no es para ocultar quién soy, sino para crear lo que soy».

Al oírlo, la joven vuelve a cubrirse la cara con la melena.

—A Pez y a mí nos gustaba Batman. También era huérfano.

Ted mira el cuaderno de la chica.

—¿Son mariposas? ¿Eso que hay encima de las cucarachas?—pregunta sin pensar señalando el cuaderno.

Louisa lo aparta rápidamente, como si la mano del hombre fuera un zozobrante vaso de leche. Él aparta la mirada, avergonzado.

—Lo siento, no era mi intención...

—¡No están acabadas!—dice inclinando el cuaderno para impedir que lo vea.

Ted permanece en silencio, dándole vueltas a su torpeza durante un buen rato. Mira de nuevo el recipiente de cenizas.

—Lo siento. Me han recordado a las suyas. Antes de pintar calaveras solía dibujar mariposas. Le gustaba cualquier cosa que tuviera alas. Pájaros, dragones, ángeles...—dice en voz baja.

Ella oculta el cuaderno.

—Cuéntame más cosas. Pero no mires mientras dibujo.

Entonces, Ted mira por la ventana y le habla de la primavera.

Aún tenían catorce años. Joar todavía no había encontrado el concurso y el artista no había empezado el cuadro, pero, en muchos sentidos, la obra de arte ya estaba iniciada. Un día, cuando la nieve acababa de empezar a derretirse, Ted se metió en líos. En su clase había un chico que, por razones de lo más evidentes, tenía el mote de «bulldog». Una tarde metió a Ted a la fuerza en una taquilla y lo dejó allí toda la hora de clase. Cuando lo liberaron por fin medio instituto estaba presente y todos rieron porque era evidente que había estado llorando.

Cuando Joar se enteró, se le ensombrecieron tanto los ojos que parecían huecos, pero Ted le susurró desesperadamente que matar al chico no lo convertía en un héroe, sino en un arma.

—¿Quién dice eso?—preguntó furioso Joar.

—Superman—respondió Ted secándose las mejillas.

Joar no respetaba a muchas figuras de autoridad, pero ni siquiera él podía llevarle la contraria a Superman, de manera que, en lugar de pelearse, buscó muy calmado a Bulldog en el patio.

—He oído que vas presumiendo por ahí de haber metido a un tío en una taquilla. ¡Yo creo que mientes!

Bulldog inclinó la cabeza hacia un lado, como si la considerara demasiado pesada para su cerebro, antes de responder.

—¿Qué narices quieres decir con que miento? ¿Quieres que te lo demuestre?

Entonces llevó a Joar hasta una taquilla, pero este se limitó a sonreír.

—¿Me vas a meter a mí ahí? ¡Claro, soy la persona más baja de todo octavo! Ni soñando meterías ahí a alguien igual de alto que tú. ¿Estás mintiendo o qué?

Bulldog perdió la paciencia e introdujo la cabeza y una pierna en la taquilla para demostrar lo espaciosa que era. Dos segundos después, quedó meridianamente claro que tal vez no había mentido, pero seguro que era un idiota. Golpeaba la puerta desde dentro mientras Joar cerraba la taquilla con candado; el bedel tardó más de media hora en cortarlo. Cuando Bulldog salió de nuevo al pasillo, una voz al fondo de la algarabía de carcajadas que profería la multitud de adolescentes congregados exclamó: «¡Mirad! ¡Se ha meado en los pantalones! ¡Bulldog no está adiestrado!».

En el tren, Ted se vuelve a limpiar las gafas, por ambos lados, pese a que solo uno está húmedo.

—Pez era igual que Joar—dice de pronto Louisa, sentada a su lado.

—¿En qué sentido?

El lápiz de Louisa emite un quejido lastimero al rozar el papel, como las afiladas cuchillas de unos patines en el hielo. No dibuja, baila.

—Pez tampoco se consideraba una heroína. Siempre decía que yo era la protagonista en nuestra historia.

—A lo mejor tenía razón—la animó Ted.

La mandíbula de Louisa se mueve con tristeza de un lado a otro.

—No, ella no...—murmura, pero alguien abre en ese momento la puerta del vagón y sus palabras se pierden en el ruido.

—¿Cómo?—inquiere Ted.

—Nada, olvídalo—susurra rápidamente Louisa y vuelve a bajar la mirada, a su cuaderno, antes de cambiar de tema—. ¿Qué le pasó a Bulldog? ¿Se vengó?

—¿Qué te hace pensar eso?

—Los abusones siempre tienen mal corazón y buena memoria.

El tren sigue sin moverse. Ted mira el reloj; por primera vez en su vida desea que el tiempo se acelere, solo una persona que sigue teniendo a su gente quiere detenerlo. Responde lentamente, porque los recuerdos le llegan a trompicones, como el agua que sale de una cañería congelada.

—Le pedí a Joar que no volviera a protegerme. Se lo pedí de verdad. Sabía que Bulldog intentaría devolvérsela por lo de la taquilla. Si Joar iba a llevarse una paliza de su padre por proteger a alguien, le dije que no fuera por mí. ¿Sabes qué me contestó?

Ese día de primavera volvieron a casa del instituto caminando lentamente. Ted iba al lado de Joar, algo bastante inusual, y este señaló con la cabeza al artista, que iba justo por delante de Ali, aunque ninguno de los dos caminaba en realidad, sino que trataban

de ver quién podía correr de un modo más horrendo. Ganó el artista, que declaró que estaba imitando a una alcachofa sobre hielo.

—¡Mira al tontaina feliz!—dijo Joar sonriendo—. Cuando está contento, el mundo entero es... bueno. Cuando dibuja, todo es... la leche, ¡todo es bueno! Por eso tengo que protegerte, Ted. Porque lo único que yo puedo hacer es pelear y cuando él sea mayor ya no me necesitará, pero te necesitará a ti.

Ted nunca había oído nada tan ridículo en su vida.

—¿Por qué me iba a necesitar a mí?

Joar se volvió hacia él.

—Porque la lealtad es un superpoder.

En un tren que permanece quieto, las gafas aún se mueven.

—¿Es una cita de otro superhéroe?

—En cierto modo, sí.

Louisa permanece en silencio un buen rato.

—Se le ocurrió a Joar, ¿a que sí?—pregunta por fin.

Ted asiente de nuevo.

—Entonces tienes razón. Cuenta como cita de superhéroe. ¿Qué le pasó a Bulldog?

—Bulldog y él se pelearon al día siguiente en el patio y los dos acabaron sangrando.

Bulldog empezó la pelea y Joar la terminó. El primero peleaba como un maniaco, pero el segundo era como una pandilla en una sola persona.

Cuando Joar llegó a casa su viejo rompió el radiador con él. El chico ni siquiera pudo jugar al fútbol la siguiente semana, cojeaba muchísimo, pero no se arrepentía ni un poquito.

Porque ese día en que encerró a Bulldog en la taquilla y el bedel tuvo que cortar el candado, se remangó las mangas para hacerlo,

revelando sus tatuajes de calaveras. Esa fue la primera vez que Joar las veía y no las olvidaría jamás. Porque, sin el bedel, las cosas nunca habrían salido como salieron. Cuando tienes catorce años, una sola persona puede ser como el viento bajo las alas de una mariposa.

—El arte es coincidencia. El amor es caos.

Louisa piensa que a Pez eso le habría gustado también.

VEINTIDÓS

Un estornudo interrumpe la historia de Ted. Es suyo. Como es natural, el pánico se apodera de él en cuanto siente los primeros picores en la nariz, como les suele suceder a los hombres que rozan la cuarentena y están en público, porque los hombres de esa edad no pueden estornudar solo una vez.

—¿Qué te está pasando?—pregunta Louisa horrorizada después de que haya estornudado seis veces seguidas.

—No lo sé—responde estornudando, antes de lanzar otro estornudo.

—Nunca he oído a nadie estornudar más de tres veces seguidas—dice Louisa, impresionada.

—De joven no solía hacerlo más de dos veces—declara Ted, colorado como un tomate.

—¿Es posible que te empezara a pasar cuando te apuñalaron? A lo mejor eres alérgico al níquel o algo.

Es imposible dilucidar si está siendo sarcástica. La gente joven es lo peor, sin duda. Ted vuelve a estornudar.

—¡Salud!—dice el revisor de los tatuajes, porque, como es natural, el hombre tiene que pasar por allí justo en ese momento, dado que el universo también es lo peor.

Louisa se gira muy seria.

—Ted pilló un resfriado en la cárcel una noche, ¿sabes? ¡Se colaba un viento terrible por los barrotes!

El revisor sonríe con el gesto de incertidumbre que se apodera de ti cuando hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que la persona con quien hablas esté bromeando y otro cincuenta de que sea un psicópata. Cuando el hombre ha desaparecido en el siguiente vagón, Ted empieza a renegar.

—¡Deja de decir que he estado en la cárcel!

—Ya te he dicho que te hace parecer peligroso y atractivo—explica Louisa amablemente.

—Si quieres que piense que soy peligroso, a lo mejor deberías decirle que me apuñalaron, ¿no te parece?—sisea.

Louisa sacude la cabeza con mucha paciencia, como si le estuviera hablando a alguien que lleva el casco de la bicicleta puesto dentro de un supermercado.

—Que te apuñalaran no te hace parecer peligroso, solo hace que parezca peligroso ser amigo tuyo.

Ted vuelve a estornudar, pero falla y, en lugar de la cara interior del codo, rocía toda la parte trasera del asiento de delante.

—Ni se te ocurra decirlo—ruega, muerto de la vergiienza.

Demasiado tarde, Louisa hace como que su mano es un teléfono y le habla gesticulando muy teatralmente.

—¿Sí? ¿Hola? ¿Es la policía de los respaldos? Me gustaría informar de un incidente. Sí, exacto, el hombre que decía que no debo poner los PIES en el respaldo de...

—Aparta, tengo que salir a sonarme la nariz—gruñe Ted un tanto desesperado y tapándose la cara con el periódico.

Sale con dificultad de su asiento.

—Tú sabes que es así cómo atrapan siempre a los asesinos en serie, ¿no? Dejan el ADN por todos lados. ¿Te has parado a pensarlo alguna vez? ¿Que a las mujeres asesinas en serie nunca las pillan? Estarás pensando: «Un momento, no hay muchas mujeres asesinas en serie, ¿verdad?». ¡Que sepamos! ¡Porque nunca las...!

Otro estornudo de Ted antes de llegar al lavabo ahoga su voz; es más fuerte que los anteriores y todos los pasajeros se giran. Cuando el hombre cierra la puerta del baño siente tal bochorno que casi no puede respirar y se suena la nariz con tanta fuerza que parece que el cerebro está tratando de escaparse por ella. Se mira en el espejo sin querer, una mala idea en todas las ocasiones, el hombre que le devuelve la mirada en el reflejo lleva la chaqueta toda arrugada y tiene la cara tan roja como un sacerdote en un burdel. Siente vergúenza, no solo por los estornudos, sino porque ha hablado demasiado. No debería haberle contado esa historia a Louisa. Oye la voz de su madre diciéndole de niño: «No cotorrees como una vieja, estás haciendo el ridículo».

Para la mamá de Ted siempre fue un asunto importante que ni él ni su hermano se comportaran como viejas. Tenían que ser hombres. No podían llorar, ponerse histéricos ni parecer débiles. Su madre tenía un concepto tan claro de la masculinidad de sus hijos que él no puede sino dar por hecho que se debía a que ella sabía lo que este mundo les hace a las chicas. Cuando su marido enfermó de cáncer, a ella le tocó ser la madre y el padre, y sin duda lo hizo lo mejor que pudo; eso es lo peor de ser progenitor, que casi todo el mundo lo hace lo mejor que puede, pero casi todos fallan. La mamá de Ted consideraba tarea suya endurecerlo, consideraba la suavidad un lujo, algo que solo pueden permitirse los príncipes y las princesas.

Sigue llevando el periódico en la mano, ni siquiera lo ha abierto aún, porque sabe que habrá algún artículo sobre el artista. Lo ha comprado por costumbre, como compraba siempre los periódicos cuando hablaban de su amigo, a pesar de que el artista lo odiaba. Ted estaba tan orgulloso que recortaba todas las críticas y los artículos en secreto. En cambio, hoy no es capaz de leer una sola palabra, puesto que, ante la muerte, los hombres maduros son como niños, pensamos que, si cerramos los ojos, nos hacemos invisibles. Imaginamos que, si no abrimos el periódico, nada terrible habrá sucedido aún.

Lo tira a la basura, echa una mirada al espejo; le devuelve la mirada un hombre ansioso y abrumado con la piel tan fofa como un queso a temperatura ambiente. Nunca se ha gustado demasiado, pero hoy menos que nunca. Se arrepiente de haber sido tan parlanchín con Louisa como se arrepiente alguien de lo que ha dicho estando ebrio, aunque, en este caso, era el dolor lo que le había nublado el juicio. No debería haberse llevado a la joven con él. Lo aterroriza la responsabilidad porque sabe que es un fracaso de hombre. Todas las personas a quienes ama mueren. Se le pasa por la cabeza abandonar a Louisa, no costaría nada, solo tendría que salir a hurtadillas del baño y escaparse por el andén. Ella estará bien sola, sin duda. Seguro que mejor que con él, que no trae más que mala suerte, a la vista está.

Por desgracia, no tiene la oportunidad ni de intentarlo, porque, al abrir la puerta del lavabo, golpea con ella en la cabeza a Louisa, que está justo al otro lado.

—¡Au!—exclama como corresponde a quien carece de una comprensión elemental del funcionamiento de una puerta.

—¿Qué haces aquí de pie?—pregunta sensatamente Ted.

—¡Te estaba esperando!—replica la joven sin atisbo de sensatez.

Ted mira el interior del lavabo y luego a Louisa. Frunce el ceño.

—¿Adónde te creías que me iba a ir? ¿Pensabas que iba a escaparme por el inodoro tirando de la cadena?

—(¿De qué hablas?

Él se da cuenta en ese mismo momento de que a ella ni se le ha pasado por la cabeza que pueda abandonarla y no puede evitar sentirse ligeramente insultado por que no haya considerado la posibilidad.

—¿Por qué no se mueve el tren?—pregunta como lo haría alguien que quiere recuperar autoridad.

—Problemas técnicos—Louisa responde con la seguridad de alguien a quien le ha dado tiempo de hacer un examen de ingeniería mientras Ted se sonaba la nariz.

—¿Eso qué quiere decir?

—¿Tengo cara de maquinista?

Ted frunce el ceño, descontento, pero ella cree que es otro estornudo en ciernes y se aparta de una zancada.

—¿Quién ha dicho que hay problemas técnicos?—refunfuña.

—El revisor. Ha dicho que podemos salir a estirar las piernas si queremos. Le he dicho que tienes unas piernas tan cortas que las llevas estiradas cuando estás sentado. Pero a lo mejor te apetece tomar el aire un poco, ¿no? A la gente mayor le suele gustar mucho tomar el aire.

Ted mira por la ventana. Hay un hombre con un perro negro caminando por el andén.

—Voy a esperar un poco. Ve tú—sugiere con firmeza.

Louisa mira al perro, luego a Ted. Inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Les tienes miedo a los perros?

—No. Sencillamente prefiero ir donde no estén ellos.

—A ver, ¿cuántas fobias tienes, Ted?

—¡¡Las justas!

Louisa sonríe, pero no lo juzga, lo comprende, la fobia de ella es hacia las personas. Ted tiene miedo de tocarlas, pero Louisa tiene miedo de que la toquen, así que ambos esperan hasta que perros y personas han desaparecido.

—Pez y yo queríamos mascotas, pero no puedes tenerlas en las casas de acogida. Aunque una vez tuvimos un pez. Vivía en un cuenco enorme, debajo de nuestra cama—relata Louisa emocionada.

Ted intenta refrenar su interés, pero fracasa.

—O sea que... ¿Pez tenía un pez?

—SÍ.

—¿Cómo se llamaba?

—Buster.

—Buen nombre para un pez—admite Ted a regañadientes.

—¿A que sí? ¡Se me ocurrió a mí!—sonríe con aire triunfal.

El perro desaparece. Louisa mira afuera con una actitud más teatral de lo que Ted estima necesario, luego le hace una señal con la mano como si fueran agentes secretos y baja sigilosa al andén moviéndose como si esquivara rayos láser.

—Niñata—refunfuña él.

—Viejo amargado—replica sonriendo ella.

El andén está repleto de pasajeros que deambulan sin rumbo para estirar las piernas. Ted mira a su alrededor como si aún tratara de dar con un plan para escapar, por si pese a todo decide dejar a la cría y marcharse. Hay una carretera al otro lado de la vía, también una parada de autobús, pero no tiene techado y está empezando a anochecer y a hacer frío. ¿Quién sabe cuánto tiempo tiene que

esperar ahí un desgraciado hasta que llegue un autobús? Imagina lo mucho que hubiera reído el artista, porque una de las últimas cosas que le había dicho Ted fue lo bien que estaría tener un poco de paz y tranquilidad.

—¿Vas a estornudar otra vez?—pregunta Louisa.

—¡No!

—Tienes una cara muy rara.

Ted no responde. Camina en paralelo al tren con las manos entrecruzadas en la espalda, como un saltador de esquí, y Louisa va dando brincos a su lado como una persona a la que no le ha dolido el cuello en la vida.

—¿Te duele? ¿El sitio donde te dieron la puñalada?—pregunta mirando la pierna que cojea.

—No.

—Yo me rompí el brazo una vez, me dolió muchísimo. Pero podías dibujar en la escayola. ¿Te escayolaron cuando te dieron la puñalada?

—No.

—Ay, pobrecito.

Siguen caminando en silencio. Al final, la curiosidad de Ted le gana al malhumor.

—¿Cómo te rompiste el brazo?

—Un tipo de la casa de acogida me tiró por la ventana.

Lo dice como si alguien le hubiera lanzado un lápiz.

—¿Cómo? ¿Qué pasó?—exclama pasmado Ted.

—Me tuve que mudar. Decían que debería haber pagado la ventana.

—¿La ventana por la que te tiraron? Eso es lo más ridículo que he...—protesta. Pero entonces ve que Louisa sonríe ligeramente.

—No, la otra. La ventana por la que lancé yo al tipo después.

Se le ha subido la manga y él ve la telaraña de cicatrices.

—Lo siento.

—No lo sientas. No me hizo tanto daño.

—NO, me refiero a que siento que hables de ello como si fuera normal. Siento que no tuvieras una infancia mejor. No es culpa tuya.

Ella se muerde los mofletes y se concentra en darle patadas a una piedrecita que tiene delante.

—¿Vas a volver a trabajar de profe cuando estés en casa?

La pregunta golpea a Ted como si se la hubiera lanzado con catapulta.

—No creo—responde con una vocecilla que, de pronto, se ha vuelto más frágil.

—Lástima.

—¿Por qué?

—Seguramente se te daba bien.

—¿En qué te basas?—masculla con un tono más desagradable del que pretendía.

—No era a ti a quien quería apuñalar el alumno ese. Te hirieron cuando tratabas de proteger a otra persona. Todos los profesores que conozco habrían salido corriendo.

Ted se agarra con fuerza las manos que lleva tras la espalda para que la joven no perciba que le tiemblan.

—¿Es que no es el deber de un profesor proteger a sus alumnos?—murmura, no porque lo crea, sino porque se lo oyó decir a un colega en una ocasión.

—Sí que lo es—responde ella calmadamente.

Hay gente sentada en todos los bancos junto a los que caminan, de manera que, cuando por fin llegan a uno que está vacío, Ted se

sienta instintivamente. Tras sacar un pañuelo del bolsillo y limpiarlo, claro. Louisa toma asiento a su lado, sin pañuelo.

—O sea que, en lugar de quedarte sentado en el tren, ¿prefieres salir a... sentarte?

—Has sido tú la que quería salir.

—Usted perdone por pensar que a lo mejor te iría bien tomar el aire. Mira, toma, un periódico gratis.

Ted coge el diario boquiabierto.

—¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en el banco.

Ted suelta el periódico como si tuviera dientes.

—¿Has cogido uno que estaba tirado en el banco?

—Oye, que eres tú al que le gustan los periódicos.

—¡No los que están en un banco! ¡A saber quién lo habrá tocado!

—Dice el señor mayor que le estornuda a la gente.

Ted se sonroja.

—He estornudado al asiento, no encima de nadie. Yo...

—La gente se sienta en ese asiento.

Ted inhala por la nariz y trata de dar con un comentario inteligente, pero se detiene cuando repara en el cuaderno sobre el regazo de Louisa. Lo lleva encima a todos lados. Igual que el artista. En lugar de decir algo inteligente, Ted dice algo sincero:

—Siento... Siento haber mirado tu cuaderno antes, cuando estabas dibujando, no ha estado bien por mi parte.

—No te preocupes—musita ella rápidamente, pero su voz es más débil ahora y agarra con más fuerza el cuaderno.

—Ha sido poco inteligente—añade, a sabiendas de que debería de haber estado más agudo.

Cuando eran adolescentes, el artista no quería enseñarle a nadie nada que no estuviera terminado. El arte es desnudez, tienes que decidir libremente cuándo te sientes cómodo con la obra y con quién. Louisa sopesa las palabras con la lengua mucho más tiempo del habitual antes de responder.

—Es solo que hasta que le enseño el dibujo a alguien es solo mío, ¿comprendes? No es demasiado tarde para arreglarlo. No soy buena dibujante, soy lenta, la gente a la que se le da bien es buena... siempre. Incluso sus peores dibujos son geniales. Si vieras mis peores dibujos te darías cuenta de que soy un fraude. Pero... antes de acabar el dibujo sigue habiendo tiempo, no es demasiado tarde. Es el único momento en que... me gusto a mí misma.

Ted levanta la mirada al cielo, le tiemblan ligeramente las comisuras de los labios y los hoyuelos de las mejillas se le hacen más profundos y se le vuelven a rellenar una y otra vez.

—No sé nada de arte—confiesa.

—Yo tampoco—susurra ella.

—Pero no creo que lo más importante para un artista sea saber dibujar, sino tener algo que decir.

Le habla más al cielo que a ella.

—¡Acabas de decir que no sabes nada de arte!—señala Louisa amargamente.

En ese momento Ted establece un nuevo récord de amabilidad con ella.

—Creo que tú eres como el dibujo, que no estás preparada aún. Pero un día harás algo importante. Un día pintarás la postal de otra persona.

Louisa se limpia rápidamente la cara con el dorso de la mano y, ante el gesto horrorizado de Ted, se agacha y recoge el periódico del

suelo. Lo hojea, a pesar de todos los esfuerzos del viento que sopla en el andén por impedírselo. Está a punto de decirle a Ted que, si a los viejos les gustan los periódicos, deben de odiar leer con todas sus fuerzas, pero entonces vuelve la página y ve al artista, y se queda sin aire. «Fallecido», reza el titular. «Sin parientes conocidos», dice más abajo. Junto a la fotografía del artista hay otra de la entrada de su casa, en una preciosa calle bordeada de árboles en la zona más cara de una gran ciudad. Hay velitas y cientos de rosas en la acera; las han dejado los admiradores de su obra. Louisa nota que Ted está mirando por encima de su hombro, pero se ignoran el uno al otro y se limitan a permanecer sentados compartiendo su dolor.

«SE RUEGA A LOS PASAJEROS QUE VUELVAN AL TREN. LA SALIDA TENDRÁ LUGAR DENTRO DE TRES MINUTOS. PASAJEROS AL TREN», exclama de pronto una voz.

Es el revisor, echando a perder el momento, como consigue hacer siempre la realidad.

—Vamos—dice suavemente Ted. Se pone de pie con esfuerzo.

Louisa mira la foto de las rosas en la entrada de la casa del artista antes de envolver con cuidado su cuaderno con el periódico.

—¿Es ahí donde viviste con él al final?

—SÍ,

—Parece bonita.

—Lo era.

—¿Te gustaría haberte podido quedar?

—No.

—¿Por qué no?

Caminan despacio junto al tren; él con las manos a la espalda y ella envolviéndose el cuerpo con los brazos. Ted le explica entonces qué se siente cuando se está de duelo.

—No podría vivir allí sin él. Me pasaría las noches despierto esperando a que volviera a casa. Tendría que tirar todos los huevos, porque solo se los comía él, pero a mí se me olvidaría no comprarlos. Se me olvidaría que él no existe, continuamente. Me enfadaría porque la luz del baño está apagada, porque me cabreaba mucho con él por dejársela encendida. Guardaría todos sus zapatos, las camisas, y me enfadaría con la primavera y odiaría las flores que brotan porque se impondrían haciendo desaparecer cualquier olor que quedara de él. Pondría siempre la mesa para dos en el balcón. Me tendría que comer todas las palomitas. Nunca he sido capaz de escoger una película.

Ocupa la entrada del tren una lenta fila de pasajeros frustrados; el hombre y la adolescente permanecen de pie en la plataforma y esperan hasta entrar los últimos, ansiosos por si tocan o les toca algún desconocido entre la muchedumbre.

—¿Puedo preguntarte algo?—inquiere Louisa, que lleva agarrada la fotografía del artista del periódico.

—¿Acaso ha podido impedírtelo alguien alguna vez?—responde Ted, medio resoplando y medio sonriendo.

Louisa piensa que tiene razón, que Ted habría sido un buen padre.

—¿Erais... pareja?—pregunta dubitativa.

—No.

—¿Porque estaba enamorado de otra persona?

Ted asiente suavemente, la pérdida se acumula en su barbilla, pero no hay amargura.

—Éramos lo más parecido a una pareja que existe, tal vez. Puede que sea difícil de entender.

Louisa niega lentamente con la cabeza.

—No es difícil, para nada. Os queríais tanto que os daba miedo haceros daño sin querer.

La joven se acaricia el antebrazo, donde saluda el hombre encaramado al árbol. Ella también ha conocido esa clase de amor. Una vez que los demás pasajeros han subido, Louisa y Ted siguen al revisor hasta el vagón y se apretujan en sus asientos. Cuando el tren empieza a moverse lentamente por las vías, Ted acerca la frente a la ventana. Al hablar se le llena la cara de surcos que se transforman en arrugas.

—No podría vivir allí solo. Me moriría de frío en ese apartamento sin su mirada sobre mí.

Louisa se cierra más la chaqueta y susurra:

—Eso es lo que se siente exactamente.

En ese momento él está contento de no haberla abandonado.

VEINTITRÉS

Ahora que el tren vuelve a estar en marcha, Ted envidia a todas las personas que viven en los hogares que deja atrás, porque ellas ya están en casa. Le molesta un poco la gente que dice que el mundo pasa veloz por delante de la ventanilla de un tren, porque es el tren el que avanza raudo mientras el mundo permanece inmóvil. A Ted le molestan bastantes cosas, y eso siempre divertía al artista, que solía burlarse acusándolo de «odiar las aventuras», pero eso no es en absoluto cierto. A Ted le encantan las aventuras, simplemente no quiere participar en ellas. Él quiere ser uno de los que viven en las casas y leen las aventuras en un libro, como una persona normal. Él quiere oír la respiración del artista mientras duerme en la otra punta de la habitación. Quiere estar en su hogar.

Se queda dormido durante un par de minutos, nada más.

—¿Quieres una?—dice Louisa cuando despierta, aunque quizá haya sido su voz la que lo ha despertado. Ted abre los ojos y arrastra a regañadientes al cerebro de vuelta a la realidad. Fuera es de noche, ya no se ven las casas, solo hay árboles. Louisa aterriza en el asiento junto a él como si la ley de la gravedad la acabara de descubrir, con dos latas de Coca-Cola en la mano. De pronto a Ted se le pasa por la cabeza que debe de haber estado en silencio mucho rato para que él haya podido quedarse dormido, lo cual es

todo un cumplido hacia él, porque ella habla como una cotorra cuando está nerviosa. O sea que él ya no la pone nerviosa.

—¿Cómo... las has pagado?—pregunta Ted mirando las latas. No encuentra otra manera más diplomática de decirlo.

—¿Estás preguntando si las he robado?—responde Louisa, ofendida.

—No—miente.

—¡No soy una ladrona!—sisea.

—Vale—concede, un poco avergonzado.

—He cogido el dinero de tu bolsa cuando has ido al lavabo antes —prosigue, como si esperara una disculpa de Ted.

—O sea... que me has robado a mí.

—Entre amigos no es robar—exclama ella, como si la sugerencia le resultara de lo más chocante.

Ted no está muy seguro de cómo responder a eso, dado que también es un cumplido. Louisa le ofrece una de las latas, porque los amigos de verdad te ofrecen la mitad de lo que han comprado con tu dinero, pero Ted la rechaza. Bastante orina ya sin necesidad de beber.

—¿Estamos cerca?

—No. Estamos muy lejos.

—Cuéntame más, entonces.

—¿Más sobre qué?

—Sobre el bedel y las calaveras. Y el cuadro. Sobre... todo.

Ted cierra ligeramente los ojos y los vuelve a abrir. Piensa en su amigo y suspira.

—Era igual que tú. Él tampoco creía que supiera pintar.

Entonces le cuenta la historia completa del bedel y las calaveras, igual que se la contó en su día el artista a él. No es una historia

honesta del todo porque empieza con una mentira: que las personas no pueden volar. A la mayoría nos toman el pelo, pero el artista tuvo suerte, porque aquella primavera, a los catorce años, conoció al bedel, a quien su mamá le había revelado la verdad cuando era pequeño: «Todos los niños nacen con alas. Es solo que el mundo está lleno de personas que intentan arrancárselas. Por desgracia, tarde o temprano lo consiguen con casi todos. Solo unos pocos niños escapan. Pero esos niños, ¡se elevan hasta llegar al cielo!».

El bedel había crecido sintiéndose perdido y diferente; lo habían rechazado en la escuela, nunca era normal como los demás niños. Pero su madre siempre se lo recordaba: «Te sientes extraño porque sigues teniendo las alas, que te rozan por debajo de la piel. Crees que estás solo, pero hay otros como tú, personas que se plantan delante de una pared blanca o un papel en blanco y solo ven cosas mágicas. Un día, uno de ellos te reconocerá y te dirá: "¡Eres uno de los nuestros!". Y ya no te volverás a sentir solo. Te darás cuenta de que siempre has podido hablar una lengua secreta que no tiene límites, porque no tienes nacionalidad. El arte es tu patria».

Su madre siempre creyó que su hijo acabaría siendo artista, pero se equivocaba, lo que hizo fue cambiar el mundo. Porque un día se hizo bedel y le repitió sus palabras a un chico de catorce años que acabaría siendo C. Jat, y nada dentro de ese chico volvería a ser igual.

—Pero no empezó así, en realidad—dice de pronto Ted, corrigiendo su propio relato—. ¡En realidad todo empezó con un perro! Bueno, no, empezó con un pie roto. Espera, no, eso tampoco es verdad. El pie no estaba roto, es decir...

Inspira profundamente y se recompone ordenando los recuerdos como si los hubiera tenido colocados en el marco de una ventana

por donde pasa la corriente.

—Empezó un día de la primavera en que teníamos catorce años.

Ali había encontrado una botella de friegasuelos en el armario de su padre en el vestíbulo, porque a un progenitor al que le gusta divertirse también le gustan las fiestas, y si las celebrabas muy a menudo, te toca fregar el suelo después de que alguien se haya divertido de más. Ali apareció en el instituto con el jabón en la mochila, Joar cortó un agujero en una valla, usó el alambre para hacer un aro y se pasó la tarde haciendo pompas con Ali y los demás en un rincón vacío de las escaleras del instituto. Resbalaban, se reían y se perseguían unos a otros por el pasillo, hasta que Ali patinó y chocó con un grupo de chicos y chicas mayores.

—¿Se puede saber qué haces, idiota?—le recriminaron irritados.

Apartaron a Ali como si fuera un montón de hojas. Cuando pasaron al lado de Joar, Ted y el artista, una de las chicas miró asqueada la ropa manchada de los tres amigos.

—Apestan a indigente—siseó a sus amigos cuando doblaban la esquina.

Joar se tomó fatal el comentario porque iba cubierto de jabón, por el amor de Dios, ¡nunca había llevado la ropa tan limpia!

—¿Has visto el pelo de esa chica? Lo llevaba perfecto. ¿Cómo consigue tener esa pinta? ¿Duerme de pie o qué? ¿Se cuelan unos duendecillos por su ventana cada mañana para coserle las prendas al cuerpo?—comentó Ali.

—Los duendes no vuelan, idiota—respondió Joar muy seguro de sí mismo.

Entonces Ali y él empezaron a discutir sobre si los duendes tenían alas. Ali estaba convencida de que sí. Joar estaba seguro de que vivían en el bosque y tenían arcos y flechas. Ali murmuró algo que

probablemente incluía las palabras «burro tontolaba» y acabaron pelándose. Como siempre. Los interrumpió un alarido, pero no era de ninguno de los dos, sino que venía de las escaleras. La chica del pelo perfecto había resbalado y se había caído porque algún idiota había derramado jabón en los escalones.

Y así comenzó. Coincidencia.

Al día siguiente, la chica del pelo perfecto fue al instituto con muletas. «Tengo el pie roto», les dijo muy seriamente a los profesores, porque se había dado cuenta enseguida de que le serviría de excusa para librarse de la clase de Educación Física. Porque a la chica con el pelo perfecto no le gustaba esa clase ya que la obligaba a compartir vestuario con chicas que no eran perfectas y eso era contagioso. De manera que la chica tuvo el pie roto durante dos días enteros, hasta que, lamentablemente, sufrió una pérdida repentina de memoria a causa de un perro muy mono que pasó por delante de la ventana de la cafetería. La chica con el pelo perfecto salió corriendo a acariciarlo, pero se olvidó de coger las muletas.

En su defensa hay que decir que el perro era rematadamente mono. Hasta Ted, cuya opinión sobre los perros era equivalente a la que tenía la chica sobre la clase de Educación Física, tuvo que reconocerlo. Parecía un osito de peluche hecho de carne; que quizá no suene mono, pero lo era. En cualquier caso, estamos en un instituto y si algo sabemos sobre los institutos es que unas muletas desatendidas en una habitación acaban, tarde o temprano, en un tejado, de lo cual se encargaron algunos de los compañeros de la chica con el pelo perfecto y el pie no tan roto.

Esa es la razón por la que un señor muy mayor que trabajaba de bedel del instituto tuvo que subirse a recuperar las muletas. Era primavera, pero nadie se lo había dicho al invierno, así que las

temperaturas seguían bajo cero por la noche y aún había hielo en el tejado. El anciano bedel acabó en el hospital tras caer y romperse el pie de verdad.

Y de esta manera un joven que cambiaría el mundo consiguió un empleo de bedel sustituto.

VEINTICUATRO

Se llamaba Christian. Tenía veinte años, un corazón tierno y una sonrisa amplia. La única razón por la que había conseguido el empleo era que su madre conocía al director, y este solo había accedido a dárselo con la condición de que Christian prometiera llevar camisetas de manga larga que ocultaran todos sus tatuajes. El primer día de trabajo, Christian tuvo que pintar de blanco la pared de detrás del gimnasio, una tarea imposible, por desgracia, debido a que el chico odiaba las paredes blancas. El caso es que doblaba la esquina con los brazos llenos de pintura de colores cuando un alocado joven de catorce años que venía corriendo en dirección contraria se precipitó contra su pecho. Chocaron como solo pasa en los dibujos, los botes de pintura quedaron suspendidos una eternidad en el aire hasta que el chico de catorce años se levantó del suelo con tanta pintura en la cara que ya no se le veían las lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Al ponerse de pie, al bedel se le subieron las mangas dejando al descubierto los tatuajes de las calaveras.

El chico no había visto nada tan precioso en su vida. Se echaron a reír y fue como estar en la proa de un barco viendo la silueta de tu patria en el horizonte.

—Lo siento, vas lleno de pintura—dijo el bedel al ver las manchas de la camisa del chico.

—No te preocupes, ya estaba sucia—dijo tímidamente el joven mientras recogía del suelo su mochila, de la que cayó accidentalmente el cuaderno de dibujo.

El bedel sonrió, como una persona que saluda a través de la niebla.

—Ah, ¿dibujas?

El chico asintió aterrorizado.

—Acompáñame—añadió.

El chico dobló la esquina de detrás del gimnasio detrás del bedel, apretujándose entre la pared y una valla, hasta llegar a un lugar tan oculto que ni siquiera los fumadores del instituto habían dado con él. El bedel hablaba tan rápido que los ojos se movían en todas direcciones y la mandíbula seguía moviéndose cuando terminaba de decir lo que estuviera diciendo, como si fuera un actor doblado.

—Mi madre me ha conseguido este trabajo. Le prometí que me comportaría, pero el director me ha pedido que pinte esta pared de blanco. ¿Qué clase de monstruo hace eso? ¿Hay algo peor que las paredes blancas?

—¡No!—respondió inmediatamente el chico.

Sonrió tímidamente, sobrecogido por el olor a pintura y el aliento de un desconocido, y se apoyó en la pared como si pudiera atravesarla y caer. ¿Blanca? La pared era de todo menos blanca. El bedel había pintado ángeles, pájaros, mariposas y dragones. Entonces le contó al chico que un día sería un artista de fama mundial y lo que su madre le había dicho de las alas, que todos los niños nacen con ellas.

—Si te sientes raro, que no encajas en ningún sitio, es porque aún tienes las alas. Te rozan por debajo de la piel.—El bedel sonrió. Dio unas palmaditas a uno de los dragones de la pared y añadió—: Voy a pintar encima, el director se va a poner hecho una furia si no...

—¡NO!—gritó el chico—. No lo hagas. Nunca he visto a nadie pintar así.

—¡Bah! Seguro que tú pintas mejor—dijo sonriendo el bedel.

—Soy malísimo—murmuró el chico, con cara de estar a punto de salir corriendo.

El bedel le dio un pincel, sin llegar a tocarlo.

—¿Sabes lo que dice mi madre siempre? Puedes ser lo que quieras en la vida, ¡cualquier cosa menos crítico! Ni de otras personas ni de ti mismo. Es muy fácil ser crítico, cualquier cobarde puede. Pero el arte no necesita críticos, bastantes enemigos tiene ya. El arte necesita amigos.

El chico no respondió, pero pintó un dragón.

—NO he visto... nunca nada igual—dijo asombrado el bedel al verlo.

El chico lo malinterpretó, claro.

—Lo siento, es infantil—susurró, y trató de pintar encima.

—¡No, no! ¡Ni te atrevas! ¡Eres fabuloso!

—No hace falta que mientas—el chico lo dijo tan molesto que el bedel se echó a reír.

—Picasso decía que había tardado cuatro años en pintar como Rafael, pero toda una vida en pintar como un niño.

—No sé quiénes son esos.

El bedel sonrió y dijo que no importaba. Sacó unos espráis y señaló una zona blanca de la pared. El chico la llenó de hombres

desnudos con alas. El bedel los observó y pensó en su madre, porque cuando veía una pintura preciosa solía decir que le había dado un vuelco el corazón y le había descolocado la blusa. El arte genial es un pequeño descanso de la desesperación humana, le explicaba ella a su hijo, que tardó veinte años en comprender a qué se refería.

—Uno de los pintores favoritos de mi madre era un hombre llamado Ragnar Sandberg—anunció amablemente sin apartar la mirada de la pared—. Él dijo en una ocasión que el arte debería ser carente de propósito e irresistible. Tienes que pintar igual que cantan los pájaros.

Esa sensación le transmitía aquella pared, trató de decirle Christian. Luego el chico le pidió que volviera a pintar calaveras y, mientras lo hacía, el bedel citó a Georgia O'Keefe: «No se me pasa nunca por la cabeza que las calaveras tengan algo que ver con la muerte».

Se echó a reír y dijo que su madre se había enfadado mucho cuando se hizo los primeros tatuajes. Él le sugirió que se hiciera alguno ella también, a lo que le respondió enfadada, citando a Marina Abramovic: «Yo no tengo tatuajes, tengo cicatrices».

Se rascó los brazos.

—Es dura, mi madre, pero vaya si ama las cosas, joder. Las ama con todo el cuerpo. Solía llevarme a rastras a las galerías de arte cuando era pequeño. Lo odiaba, odiaba tener que hacer cola, no poder correr y jugar. Pero ahora mis mejores recuerdos son de esos sitios.

—¿Fue tu madre la que te enseñó a pintar así?—preguntó el chico con una envidia que solo puedes entender si has crecido en una casa llena de paredes blancas.

—No. Nadie puede enseñar a otra persona a pintar, lo único que aprendemos son reglas y limitaciones, lo que se supone que no debemos hacer. Fui a la escuela de arte, pero tuve suerte, me echaron antes de que pudieran enseñarme nada.

—¿Por qué te echaron?

—No les gustaba lo que tomaba para pintar.

—¿Y qué tomabas?

—Drogas.

Las sonrisas de ambos se vuelven más frágiles. El bedel se arrepiente al instante de haber sido tan honesto y el chico, de no saber qué responder. Seguía con la mochila puesta, así que cada vez que se movía las pastillas que había robado del armario del lavabo del padre de Ted hacían un ruido parecido al de unas piedras que caen por un acantilado. Puede que el bedel las oyera, puede que simplemente viera algo en los ojos del chico o las marcas rojas de los antebrazos.

—No te hagas daño a ti mismo—susurró de pronto.

Fue un comentario tan bonito que, dentro de aquel chico que algún día alcanzaría la fama mundial, casi no cabían todas esas palabras, por lo que se vio obligado a crecer unos cuantos centímetros más. Siguieron pintando en silencio, enamorándose del talento del otro como si cayeran por un agujero en la realidad. Ambos sentían dolor, pero en ese momento la Tierra no los tenía prisioneros. Para el bedel fue una bendición, para el chico que se haría famoso en todo el mundo fue un milagro. Porque durante aquella primavera el chico había deseado morir.

VEINTICINCO

Nadie es capaz de explicar por qué algunos chicos de catorce años desean morir. La naturaleza no obtiene nada de los niños infelices y, sin embargo, pululan por todos los rincones sin palabras que describan su ansiedad. ¿Cómo le puedes explicar ese sentimiento a alguien que se ha sentido feliz y seguro toda su vida? ¿Le dirías que es como un monstruo que duerme agazapado en los pulmones, de manera que parece que te ahogas con cada respiración? ¿Que es una voz que grita en tu cabeza que eres un error descomunal?

«¡Olvídalo! ¡Nadie lo va a entender!», susurra la voz de nuestra cabeza. Y nos repite las mismas mentiras que todos los niños frágiles tienen que oír: «Hay algo que no va bien dentro de ti. Nadie siente lo que sientes tú. Las personas no pueden volar».

Ali, Joar y Ted también eran frágiles, pero el artista era como un barquito de papel que va derecho a unas cataratas. A veces Joar se metía con él y le decía que solo tenía una expresión facial: la de encontrar un pelo en un pastel de crema. Era un chiste desesperado por parte de Joar, que en realidad quería decirle: «No nos estás dando el suficiente oxígeno, nos estamos ahogando sin tu risa».

El artista intentaba de verdad ser feliz, pero había estado asustado toda su infancia.

—Lo ha heredado de su madre—decía a veces su padre cuando estaba borracho en la cocina, con sus compañeros del puerto, y pensaba que su hijo dormía. Sus padres se divorciaron cuando él era pequeño, no llegó a saber si la depresión de su madre había empezado antes o después, si era causa o efecto. A veces era casi como las demás madres, pero otras veces se pasaba la noche limpiando como una maniaca, susurrando a cosas que no existían. El chico amaba a su madre, pero la había conocido siempre como si fuera la sombra de una persona. El mundo está lleno de personas así, a las que les late el corazón y que tienen los ojos abiertos, pero que viven como si estuvieran encerradas en burbujas de cristal. El chico nunca consideró que su madre fuera emocionalmente fría, sino, sencillamente, hermética, inalcanzable. En el hogar de su infancia, había comida en la mesa y un techo sobre su cabeza, pero nada de contacto visual y muy pocas palabras. Nada de «buenas noches, pequeño mío» ni «buenos días, cariño», nada de «pero ¡qué listo eres!» ni «¡qué bien dibujas!». Lo único que ella le imploraba desesperada cuando a él le pegaban o se metían con él en la escuela era: «Intenta ser como los demás niños. Trata de hacer lo que hacen los demás». Puede que así hubiera sobrevivido ella, sin sobresalir nunca de la multitud, yendo a trabajar y volviendo a casa, viendo la tele y metiéndose en la cama. A veces se le olvidaban las cosas, a veces se perdía volviendo del supermercado, a veces hablaba a personas que nadie más veía. Tenía demonios en la cabeza, eso aprenden a reconocerlo los niños a una edad muy temprana. Un doctor le recetó una medicación fuerte y ella se tomaba las pastillas con alcohol, se pasaba casi todo el día durmiendo. Pero si se despertaba cuando el artista entraba a hurtadillas tras una de las veladas en casa de Ted, a veces le

preguntaba: «¿Te lo has pasado bien?», porque había oído a otras madres preguntar eso. El artista siempre contestaba que sí, y ella murmuraba: «Tú solo intenta ser como los demás. Intenta ser normal». Luego se volvía a quedar dormida y su hijo la arropaba. A veces desayunaban juntos, a menudo agua y alguna tostada sin mantequilla, porque su madre siempre tenía náuseas. Como su hijo, respondía cuando le hablaban, pero, como ninguno de los dos empezaba las conversaciones, rara vez las mantenían. Así fue pasando su infancia. Luego se fue a vivir con su padre. En esa casa tampoco se hablaba mucho, salvo cuando se juntaban a beber los compañeros del trabajo, entonces el artista podía sentarse al otro lado de la pared de la cocina y oír la verdad. «El chico no es normal —decía el padre cuando el alcohol ya le había puesto los ojos como canicas—. Fue un accidente. Ella no quería ser madre». Eso es lo más amable que recuerda oírle decir de él, porque al menos nunca decía que él no quisiera ser padre.

A la mañana siguiente el artista recogía las botellas de la cocina, primero en casa de su padre, luego en casa de su madre. No le habría permitido a nadie decir que eran malos padres, comprendía que era prácticamente imposible ser bueno en eso; los niños son tan frágiles que, si tú también eres un poco delicado, la cosa está sentenciada desde el principio. Uno de los dos como mínimo acabará deshecho.

Los demás niños le pegaban en la escuela cuando veían sus dibujos de hombres desnudos con alas. Le decían cosas terribles, porque la crueldad de los niños es ilimitada en lo que a inventiva se refiere. El chico deseaba a menudo ser lo que sus padres querían, un niño normal, como los demás, pero ¿cómo? Él no era como nadie. Sus padres no lo veían inclinado sobre su cuaderno,

dibujando a toda velocidad con el lápiz en el papel. ¡Qué gran tesoro se perdieron! Ellos no entendieron jamás lo especial que es ser anormal.

Con cada año que pasaba, el instituto se volvía más terrible. Ahora tenía un tic en el hombro que se manifestaba cuando se ponía nervioso, de manera que empezó a llevar los suéteres más grandes que encontraba y siempre se cubría la cabeza con la capucha. Dejó de comer, como si pudiera volverse invisible si adelgazaba lo suficiente.

Nunca supo lo evidente que era para sus amigos que se estaba haciendo añicos y cuánto les atormentaba no poder detenerlo. De noche, cuando estaban solos en su habitación, Ali se desesperaba, Joar se enfurecía y Ted se arrodillaba junto a la cama y rezaba. Otros niños se dirigen a Dios, pero Ted rezaba a los demonios, porque a lo mejor es Dios quien decide quién muere, pero son los demonios de las cabezas de los niños los que deciden quiénes tienen fuerzas para vivir. Así que Ted rezaba en voz alta a la oscuridad y pedía misericordia a los demonios para que liberaran a su amigo.

Los demonios no escuchaban. Se reían.

El artista pasaba miedo en todas las clases porque, en cualquier momento, algún profesor podía obligarlo a hablar, pero era en las clases de arte en las que estaba más asustado. Los adultos no comprenden que, para un niño que usa el dibujo para escapar de la realidad, tener que hacerlo cuando te lo ordenan es insoportable. En octavo llegó un profesor nuevo, un hombrecillo odioso que siseaba que «¡el arte no consiste en dibujar!». A partir de ese momento, la teoría y la práctica eran igual de importantes y se esperaba que todos los alumnos «entregaran un informe escrito» después de cada ejercicio. Al terminar la primera clase, el profesor lanzó una mirada

fulminante al trabajo del artista y masculló que el chico «no escucha las instrucciones». El artista no se atrevió a responder ni a mirar al profesor a los ojos. Algunos hombres consideran esa actitud una declaración de guerra.

Tenían que dibujar una flor, pero el artista no podía explicar por qué no podía hacerlo sin dibujar primero todo lo que la rodeaba y por lo tanto no había tenido tiempo de dibujar la flor aún. El profesor se tomó su silencio como una provocación. Joar estaba sentado a su lado e intentó proteger a su amigo del único modo que sabía: llamando la atención.

—¿Puedes TÚ dibujar una mierda de flor, lechuza?—le gritó al profesor.

Sucedió tan rápido que debió de ser fruto de la genialidad. Joar podía identificar en menos de un segundo qué avergonzaba más a una persona de su aspecto y lanzaba el dardo acompañándolo de un comentario afilado. Tal vez fueran los grandes ojos del profesor, la forma de su cabeza, o que tenía los labios o la nariz pequeños, nadie lo había pensado antes, pero solo hizo falta oír la palabra «lechuza» una vez para que todo el mundo lo viera.

El profesor dudó un momento, eso es todo lo que necesitaba Joar, como sangre en el mar.

—¡Venga, lechuza! Dibuja una flor para que veamos quién la hace mejor—gritó.

Diez segundos después, la clase entera gritaba: «¡DIBUJA! ¡DIBUJA! ¡DIBUJA!», y a Lechuza le cambiaba la cara de color, primero por la humillación, pero después por la rabia.

—No, no, te has pintado la cara de rojo como si fuera un tulipán, lechucita, pero se supone que tienes que pintar en el papel—añadió Joar sonriendo.

La clase entera se echó a reír a carcajadas y Lechuza perdió cualquier oportunidad de volver a hacerse con el control. Obviamente Joar sabía que el hombre al frente de la clase se vengaría, los profesores siempre lo hacen. El problema era que Joar no sabía a quién iría dirigida su venganza.

El acoso escolar sucede tan rápidamente que asusta. Enseguida el instituto entero llamaba «lechuza» al profesor y empezó a ser tan común oír ulular en los pasillos cada vez que él pasaba, siempre seguido de estallidos de risa, que ya nadie recordaba quién había inventado el mote. El profesor, en cambio, no lo olvidó. Entre alumnos más mayores se volvió un juego dejarle ratones muertos en el escritorio; puede parecer inofensivo, pero, si se prolonga durante el tiempo suficiente, puede acabar haciendo mella en un hombre. Quizá Joar fuera difícil de herir, pero el artista era fácil y acabaría siendo el blanco de su venganza.

Para el artista, dibujar era la libertad, así que Lechuza lo convirtió en una cárcel. Se le ocurrieron mil reglas y diez mil maneras de fracasar. Así de rápido reconquistó el hombre su autoridad. El artista no debía ser creativo, sino obediente, desempeñar tareas precisas y demostrar resultados exactos. Obviamente, no podía hacerlo. Si le decías que dibujara una casa, él dibujaba lo que sentía la casa. Lechuza era inteligente, no hace falta serlo para ser cruel, pero ayuda. Así que, en una clase, cuando el artista ya había ejecutado mal una tarea, el profesor le hizo ponerse de pie delante de todos. Lechuza lo ocultó muy bien, se inclinó sobre el dibujo del muchacho y fingió estar impresionado, y eso despertó la curiosidad de los demás alumnos. Pidieron que mostrara lo que había hecho el artista coreando su nombre y Lechuza le arrebató el dibujo con una sonrisa malévola y lo levantó fingiendo admiración. La clase se quedó en

completo silencio. Entonces alguien dijo riendo: «Parece que lo ha hecho un crío de tres años...».

Todos se echaron a reír excepto Joar, que empezó a pegarles a los dos chicos que soltaban las carcajadas más sonoras. El artista se puso tan colorado que alguien gritó: «¡Trae el extintor!» y todos volvieron a reír. Así de fácil demostró el profesor que Joar se equivocaba: el chico es mediocre.

Es tan fácil destrozar un corazón. El artista no tardó en convertirse en la sombra de una persona. Lechuza pudo haberlo dejado ahí y retirarse cuando ya había ganado, pero la sensación de poder debió de ser muy placentera. Las clases no hicieron más que empeorar. Las críticas del profesor se volvieron un tormento, prohibieron al artista cubrirse la cabeza con la capucha, no le dejaban utilizar sus propios lápices. Lechuza se defendía diciendo que las normas eran las mismas para todos, que el chico no debía creerse especial. Como si el artista se lo hubiera creído alguna vez.

Un día, Lechuza pidió a la clase que pintara una caja. No era una tarea complicada, les dieron reglas, pero cuando la clase terminó, el papel del artista seguía en blanco y él se sentía tan mareado que casi tenía angustia. De haber sido más avispado, el profesor se habría dado cuenta, porque el cabrón seguro que había amado algo, aunque fuera una sola vez en toda su vida. Debería haber visto en los ojos del chico que no podía dibujar una caja sin sentir primero que él estaba dentro de ella. Debería haberle pedido que dibujara el mundo de fuera de la caja, todo lo que había sentido la vez que lo sacaron del arcón de almacenaje en preescolar: la luz del sol y el oxígeno. Debería haberle pedido que dibujara la risa de Joar y el sentimiento de tener un mejor amigo por primera vez.

En lugar de eso, Lechuza escogió ser cruel. Se burló. No requiere mucha fuerza destrozar la seguridad de una persona en sí misma si sabes dónde pisar. El artista hizo lo que hacía siempre, se subió la capucha, se levantó y salió pitando hacia la puerta. Pero Lechuza se interpuso, cogió al chico del brazo y rugió: «¡NO TE VAS A NINGÚN SITIO!».

El artista se liberó con un ímpetu tan sorprendente que el profesor perdió el equilibrio y se golpeó la cabeza contra un pupitre. Se podía interpretar como agresión fácilmente, ya que nadie vio que el chico estaba llorando. Para el profesor hubiera sido muy fácil decirle después al director que lo habían atacado, asegurar que el artista formaba parte de «un grupo de hooligans como una manada de animales salvajes», sobre todo teniendo en cuenta que Joar había cogido una silla y golpeado con ella a media clase cuando salía detrás de su amigo. Pero el profesor no le dijo nunca al director que Joar también tenía lágrimas en los ojos ni lo que le había dicho al salir: «¿Te crees que necesita tu puta ayuda? ¿Crees que le hace falta ayuda para odiarse? No eres una lechuza, eres un cerdo».

Otros dos profesores acudieron corriendo, Joar tuvo que pelear con uñas y dientes para salir, pero cuando llegó al patio el artista ya se había ido, como agua que se escurre por unas grietas en el suelo. Estaba perdido, eso Joar lo sabía. Llevaba la mochila llena de pastillas y la cabeza llena de demonios, casi ningún niño sobrevive a eso. El lugar más peligroso del planeta está en nuestro interior.

En cuanto al artista, solo recordaría que echó a correr. Ni siquiera se daba cuenta de hacia dónde hasta que chocó con algo y cayó al suelo. Ted había rezado por que los demonios tuvieran misericordia y se habían reído de él, pero quizá el Cielo había escuchado sus plegarias. Porque ese día le salieron las alas.

Joar, Ali y Ted se pasaron toda la tarde buscando a su amigo. De pura casualidad lo vieron en el momento en que el bedel y él iban al almacén a por más pintura. Los amigos apenas pudieron reconocer la cara del artista en ese momento, en ella se empezaba a dibujar una sonrisa. Cuando él los llevó tímidamente detrás del gimnasio para enseñarles lo que había pintado en la pared, los tres se quedaron tan sobrecogidos que tuvieron que sentarse en el césped.

—Ahora lo sabes—dijo feliz Joar.

—¿El qué sé?—preguntó el artista.

Joar se acercó tanto a la pared que se manchó las pestañas de pintura.

—Ahora sabes que no quieres morir.

VEINTISÉIS

Un estornudo interrumpe a Ted. Esta vez no es suyo, sino de un bebé. El tren se ha detenido en una pequeña estación y una joven madre ha abordado el tren con el mocoso.

—¡Salud!—exclama Louisa.

—Gracias—contesta sonriendo la madre con la clase de agotamiento que solo puede verse en una madre primeriza o en una persona que ha sobrevivido en la jungla tres meses tras un horrible accidente de avión.

—¡Qué bebé más lindo!—dice la joven cuando los recién llegados toman asiento al otro lado del pasillo. Se vuelve hacia Ted—: ¿A que sí?

—Muyy lindo—contesta Ted con el mismo tono con el que uno hablaría de un tiburón.

Louisa se queda mirándolo.

—¿No te gustan los bebés? ¡Venga ya! Le gustan a todo el mundo, Ted.

Él está tentado de decirle que esa es la mayor tontería que ha oído desde que una colega del instituto donde trabajaba le dijo que le encantaba ir al gimnasio.

—No tengo nada en contra de los bebés—dice en cambio.

Virgen Santa, a duras penas le gustan las personas, y los bebés son la versión de persona con el peor funcionamiento. ¿Qué quiere Louisa de él exactamente?

—¡A todo el mundo le gustan los bebés, Ted!—repite ella, como si eso fuera a hacerlo más cierto.

Ted se cruza de brazos ante el temor de que, si no lo hace, ella le haga tocar al bebé. Louisa, por otro lado, se inclina hacia el otro lado del pasillo y le hace carantoñas para que se ría.

Es evidente que, de haber estado aquí, el artista hubiera hecho lo mismo porque al muy lunático también le gustaban los niños. En una ocasión le dijo a Ted que incluso los animales salvajes eran cuidadosos con los recién nacidos, que es un instinto biológico, porque los bebés son los que nos recuerdan que la vida sigue. «Los bebés nos enseñan a no tenerle miedo a la muerte. Así nos damos cuenta de que no podemos desear vivir eternamente. Porque si nadie muriera, tendríamos que prohibir nacer a personas nuevas. Y cuando los columpios estén vacíos y las últimas botas de agua se hayan quedado pequeñas, cuando se haya chapoteado en el último charco... ¿Para qué querremos entonces la eternidad, Ted?».

Había bebido una cantidad de vino considerable la noche que dijo eso, rememora Ted, pero tiene que reconocer que, aun así, al artista probablemente no le faltaba razón.

—¿No cree?—dice de pronto la madre en dirección a Ted, como si él estuviera participando en la conversación.

Levanta la vista y se da cuenta horrorizado de que todo el mundo lo está mirando: la madre, el bebé, Louisa, el revisor, que ha aparecido para revisar los billetes y siente una manifiesta simpatía por los humanos de todos los tamaños.

—¿Perdón?—farfulla Ted.

Los ojos de la madre brillan de tal modo que apenas se le ven las ojeras. Hace un gesto con la cabeza en dirección al revisor, luego a Ted.

—Me ha preguntado si viajar con un bebé es difícil, y le he contestado que mi madre me decía que todos los padres sienten lo mismo: los días pasan lentamente, pero los años vuelan. ¿No cree?

Ted la mira embobado como si no comprendiera qué está insinuando.

—¿Me pregunta a mí?

La madre lo mira sorprendido. Luego mira a Louisa.

—Ay, perdone, he pensado que... usted era... ¿No sois padre e hija?

Si había alguien dormido en el tren en ese momento, aunque estuviera a siete vagones, se despertó sin duda con las carcajadas de la joven. Le salen de un modo tan abrupto que el bebé se echa a reír también al oírlas.

—No, no, somos amigos, nada más—aclara Louisa.

—Ah—dice la mujer, más incómoda ahora, con cara de quien intenta descifrar la diferencia de edad.

—A ver, no amigos amigos—aclara al instante Louisa—. Solo amigos normales y corrientes. A Ted ni siquiera le gustan las chicas, le gustan los revisores.

—Louisa—chista Ted tratando de hacerla callar; en vano, claro, ya que la distancia de frenada de su lengua es más larga que la del tren.

—E incluso si parece sospechoso, debería saber que no me ha secuestrado. ¿O sí?—prosigue guiñando el ojo alegremente al revisor y la joven madre.

—¡LOUISA!—exclama Ted, que rápidamente añade, desesperado —: ¡Está bromeando! De verdad. Diles que bromeas, Louisa.

Louisa se gira hacia él con un repentino ataque de bromitis que a él no le hace ninguna gracia.

—¿Bromeo? ¿Qué eres? ¿Un experto en humor, así de repente? ¡Cuéntanos un chiste, va!

—Yo... Eh, para...

Inesperadamente, el revisor intercede para rescatarlo.

—¡Yo me sé un chiste! Me lo contó ayer mi sobrino. ¿Queréis oírlo? Vale: no deberíais enfadaros con los vagos, ¡no han hecho nada!

Louisa ríe, la madre ríe, el bebé ríe. Ted sonríe.

—O sea... Los vagos... no hacen...—explica Louisa inmediatamente, muy considerada.

—Lo he pillado—dice Ted.

—No lo parece.

—;¡Lo he pillado!—insiste.

—Cuéntanos un chiste, entonces.

Ted se siente tan abrumado por las miradas de todos, sobre todo la del bebé, que hace lo que le piden. Carraspea y piensa un momento antes de hablar.

—Vale, vale. La policía para un coche en un control rutinario. Dentro del vehículo hay un hombre y cuatro pingúinos. El policía pregunta: «¿Por qué narices lleva pingitinos en el coche?». Y el hombre responde: «No les gusta quedarse solos en casa». El poli dice: «Pero no puede hacerles esto a los pingiiinos, como comprenderá. Debe llevarlos a un zoo». El hombre lo mira sorprendido, pero promete hacerlo. Al día siguiente, el policía está en el mismo lugar cuando el hombre vuelve a pasar con su coche.

Lo para y ve que los pingilinos siguen allí, aunque ahora llevan gafas de sol. El policía, irritado, dice: «¿No le dije que llevara los pingilinos al zoo?». El hombre asiente muy contento y responde: «Eso hice, y hoy me los llevo a la playa».

Ted se queda callado y vuelve a carraspear. Louisa, la madre y el bebé no se ríen. Sin embargo, el revisor se ríe tanto que se le cae la maquinita que usa para comprobar los billetes.

—¿En serio?—dice Louisa, lanzándole una mirada acusatoria.

—¡Es muy gracioso!—exclama el revisor.

La joven se vuelve hacia Ted y lo ve reírse de su propio chiste.

—Dios, sí que hacéis buena pareja vosotros dos—dice, aunque no es en absoluto un cumplido.

Ted se ruboriza y el revisor baja la mirada.

—¿Nuevos pasajeros?—musita en dirección al final del vagón y prosigue su camino.

La madre se inclina dubitativa hacia el otro lado del pasillo.

—Perdona, un poco atrevido por mi parte, pero ¿puedo pedirte un gran favor? ¿Te importaría tomarla en brazos mientras voy al baño?

La cara de Louisa pierde todo su color en un instante.

—¿Yo?

—Sí—dice la madre ofreciéndole al bebé.

—¿Me dejas cogerla?

—Si no es mucha molestia.

—No, no... No es molestia—intenta decir, pero se le quiebra la voz, que ahora es igual de fina que una pompa de jabón.

Se sienta con el bebé en los brazos, casi sin atreverse a respirar, como sucede cuando alguien te ha dicho lo más bonito que una persona puede decirle a otra: «Confío en ti. Confío tanto en ti que te confío el principio de la vida». Louisa mira a Ted con tal cara de

orgullo que incluso él tiene que admitir que «para ser un bebé, es linda».

—¿Puedes contarme ahora el resto de la historia con el bedel? Pero ¡date prisa!—urge Louisa, con la frente junto a la sonrisa del bebé.

—¿A qué vienen las prisas?

—Porque suena a que es una historia que no va a terminar bien para todos y es más fácil lidiar con un final triste si tienes un bebé en brazos.

VEINTISIETE

El chico de catorce años y el bedel de veinte se pasaron tres días pintando el muro de detrás del gimnasio. Dibujaron mariposas y dragones, ángeles que se acercaban a tocar a Joar y a Ted cuando estos venían a mirar a última hora de la tarde, pájaros que alzaban el vuelo para que la corriente agitara los cabellos de Ali. Pero, sobre todo, pintaron calaveras, por todos lados, preciosas y llenas de vida.

De adulto, el artista consideraba el muro la mejor obra de toda su carrera. Le alegraba que sus amigos pudieran verla, ya que fueron prácticamente los únicos.

—Me recuerda a Basquiat—dijo el bedel el tercer día mientras señalaba el muro cubierto con la imaginación del chico.

Estaban solos cuando lo dijo, el chico y él, encaramados a sendas escaleras plegables en un mundo sin relojes. De vez en cuando, al bedel se le agitaba la mirada, las manos le temblaban y, en un par de ocasiones, le empezó a sangrar la nariz. Él decía que era por sus alergias.

—No sé quién es Basquiat—confesó el chico.

—No importa—dijo sonriendo el bedel, entornando los ojos por el sol como si la luz le hiciera daño. A continuación, contó todo lo que sabía del artista, que era un montón.

—¿Te enseñó tu mamá todo eso?

—Sí. Mi madre es profesora, no se calla ni dormida, si le taparas la boca con cinta encontraría una forma de hablar de arte por las orejas—dijo el bedel poniendo los ojos en blanco.

—Genial—susurró el chico con tono sincero.

El bedel puso cara de avergonzarse un poco, a veces no apreciamos nuestras bendiciones hasta que vemos que otros las envidian.

—A ver... Sí que es genial mi madre. Lo que pasa es que yo daba mucha tarea de niño. Odiaba cuando señalaba los cuadros y preguntaba: «¿Qué te dice?». Parecía un examen. Pero ahora me doy cuenta de que es casi lo más bonito que se le puede decir a una persona. Un día le pregunté por qué le obsesionaba tanto lo que yo pensara y ella se enfadó y me gritó: «¡Porque quiero saber qué sucede en tu interior! ¡Porque tú me has sucedido a mí! ¡Tú me estás sucediendo cada segundo de mi vida!».

El chico de catorce años, que venía de un hogar en el que nadie le sucedía a otra persona, sujetaba un pincel sobre un cuerpo desnudo que había pintado en una esquina del muro. Como si se arrepintiera y estuviera a punto de pintarlo todo de blanco.

—A mis padres no les gusta que dibuje. Se avergilenzan. Dicen que debería intentar ser normal.

—Se equivocan—respondió el bedel como si dijera la cosa más evidente del mundo—. Tú eres artista.

A veces no hace falta nada más.

—No soy artista, soy...

El bedel le interrumpió con tanta vehemencia que su escalera dio una sacudida.

—Eres artista si creas algo. Eres artista si no ves el mundo como es, si odias las paredes blancas. Nadie más decide lo que es el arte,

nadie puede evitar que ames lo que tú quieras; los cínicos y los críticos pueden controlar el resto de mierdas del planeta... pero no pueden decidir lo fuerte que late tu corazón. Conviértete en lo que quieras, pero no en uno de ellos. El arte es una luz bastante frágil de por sí. Un solo suspiro puede apagarla. El arte necesita amigos, con los cuerpos con el viento de cara y las manos protegiendo la llama, hasta que sea lo bastante fuerte como para brillar con toda su potencia. Hasta que sea una hoguera. Imparable.

El chico dudó un buen rato antes de hablar.

—No puedo pintar como quiere el profesor de arte. No puedo pintar cosas. Algo no va bien en mi cabeza.

—Eso es porque tú no pintas la apariencia de las cosas, tú pintas cómo sienten las cosas.

El bedel citó entonces a Frida Kahlo, quien pintaba flores, decía ella, para evitar que murieran. Y a Leonardo da Vinci, que decía que una obra de arte nunca se acaba, simplemente se abandona. Tanto cambió dentro del muchacho que el sonido de los cerrojos de sus puertas interiores abriéndose deberían haberse oído en todo el mundo y el suelo debería haber temblado. Siguieron pintando el muro hasta que el sol los abandonó.

Muchos años después, una mujer escribió un día en un periódico que lo más bonito de los cuadros del artista era que parecen inevitables. «Cuando has contemplado su arte ya no puedes imaginar el mundo sin él», escribió. En cambio, al artista nunca se le antojó inevitable, sino solamente improbable. Su primer cuadro tuvo amigos antes de existir. ¿Quién tiene tanta suerte?

—¿Podemos pintar otra vez mañana?—preguntó mientras caía la noche.

—¡Podemos pintar cada día!—prometió el bedel. Porque eso hacemos; esas promesas no son mentiras, sino actos de rebeldía contra la muerte. Luego citó el poema favorito de su madre, de Mary Oliver: «Cuéntame, ¿qué planes tienes para tu preciada y salvaje vida?».

El chico no respondió, pero pintó una ventana en el muro y, dentro de ella, a un niño con un pincel en la mano; parecía que estaba pintando desde el otro lado del muro. Como si el bedel y el chico estuvieran dentro del mural del niño, como si ellos fueran la obra de arte. Entonces el bedel lo miró a los ojos y el chico nunca olvidó cómo puede hacer sentir una mirada.

—Toma—dijo el bedel ofreciéndole un trozo de papel donde había escrito «Christian» con calaveras sobre las íes seguido de un número de teléfono.

El bedel levantó la mirada hasta una farola que se acababa de encender. Le sangraba otra vez la nariz.

—¿Estás bien?—preguntó con tono angustiado el chico.

—SÍ, sí, me sangra la nariz, nada más. Es el teléfono de mi madre, yo no tengo ahora mismo. Pero si alguna vez necesitas ayuda, llámala. Es la mejor. Le voy a hablar de ti.

El chico apretó el trozo de papel contra su pecho.

—¿Nos vemos mañana?—preguntó al despedirse.

—¡Síl Nos vemos mañana para seguir pintando—contestó con una sonrisa el bedel y, justo antes de desaparecer en la oscuridad se dio media vuelta y añadió—: ¡No te hagas daño a ti mismo!

La primera vez que el artista vio a la madre del bedel ella estaba de pie a la entrada de la iglesia. El artista le deseó entonces todo el arte del mundo, porque nunca había visto a una persona tan desolada.

—Asegúrate de no perder ese empleo, Christian, por favor. El director solo te lo ha dado porque somos amigos desde hace mucho —le había dicho su madre cuando le consiguió el puesto de bedel.

Luego había suspirado y musitado algo sobre a quién quería engañar, su chico nunca podría pintar una pared de blanco.

Christian no le había dado las gracias ni dicho que la quería porque él era demasiado listo para eso, claro. «Tú me sucediste a mí, mamá. Tú eres mi arte», fue lo que dijo, esbozando una sonrisa.

¿Cómo iba a enfadarse con él? Estaba embarazada de Christian cuando huyó de una guerra, él ya había sido improbable desde el principio. Cuando era pequeño, los otros niños se metían con él en el colegio, lo llamaban «refugiado», pero cuando no supo cuál era su lugar en el mundo, ella le dijo la verdad: el arte era su patria. También la de ella. Así es cómo sobrevivían a la realidad.

Cada vez que discutían, su madre pensaba en Frances Harper, quien dijo que «todas las madres deberían ser verdaderas artistas». Cuando Christian se plantaba delante de un cuadro, ella siempre quería saber qué estaba pensando y, ante el enfado de su hijo, citaba a Marcel Duchamp: «El espectador completa la obra de arte». Cuando él sentía vergiienza ajena por su verborrea y su risa escandalosa, ella le lanzaba una cita de Émile Zola: «¡Prefiero morir de pasión que de aburrimiento!».

En fin, pensaba su madre a menudo, quizá fuera culpa suya que luego Christian buscara pasión en todas partes. El arte no significa nada para las personas con coraza, hace falta una piel fina, pero alguien así no es solo sensible ante la belleza, sino ante todo. Buscar la euforia implica una vida desequilibrada. Así que su chico creció, a pesar de que ella se lo prohibiera, y perdió el control sobre él.

Cuando Christian nació, la madre tomó en brazos su cuerpecito de recién nacido y sintió un único latido, primero el de él y luego el de ella, que eran el mismo corazón. Desde entonces, se multiplicó por dos el miedo que ella sentía de la oscuridad. Cuando era adolescente y desaparecía por las noches, ella siempre dormía con la luz encendida y la mano en el teléfono. Cuando sonaba, siempre contestaba al primer tono.

Christian empezó a tomar drogas. Ella tenía la esperanza de que las dejara al entrar en la escuela de arte, pero la cosa empeoró. Y ¿cómo podía ella protegerlo del mundo, cuando ni siquiera podía conservar sus propias gafas? Cuando era pequeño, Christian solía llevar encima unas gafas extras para cuando ella estuviera buscando las primeras. Una vez, en una galería llena de esculturas, la madre se las dejó sobre un taburete. Cuando volvieron a por ellas, un grupo de turistas les estaban haciendo fotos porque pensaban que eran una obra de arte. Las carcajadas de su hijo rebotaron en el techo y ese sonido nunca abandonaría los sueños de la madre.

—Es mentira que la gente no pueda volar, Christian, que no se te olvide—le dijo ella volviendo a casa ese día.

—Ya, ya, mamá. Lo sé.

El chico la cogió de la mano entonces y la piel de la madre aún trata de recordar la sensación, todo el tiempo. No puedes curarle la adicción a alguien a base de amor, los océanos son las lágrimas de quienes lo han intentado. No podemos morir por nuestros hijos, el universo no nos lo permite, porque, si lo hiciera, no quedarían madres.

Ella lo ayudó a entrar en un programa de rehabilitación, él le hizo toda clase de promesas y las rompió una a una. Iba detrás de una fiesta como el humo busca el cielo; le encantaba la música, su vida

era bailar. A veces volvía a casa en bici, otras en coche patrulla y algunas en ambulancia. Ella sabía que estaba viviendo demasiado deprisa, que se quedaba sin tiempo, pero era como tratar de detener los rayos del sol. Otro centro de rehabilitación, nuevas promesas, pero nunca funcionaba.

En cambio, al final, consiguió apañarle un empleo como bedel en un instituto, donde el chico fracasó a la hora de pintar de blanco una pared, aunque logró algo mucho más importante: iniciar una historia.

Cuando el teléfono sonó una noche a las tantas, la madre respondió tras el primer tono, siempre a punto para oír a la policía diciendo que algo terrible había sucedido.

—¿Es por mi hijo?—le gritó al auricular, medio dormida aún.

Christian, borracho, se echó a reír al otro lado.

—¿Sí? Perdona... ¿Qué hora es? ¿Estabas durmiendo?

¿Durmiendo? No ha dormido desde que nació él, mocoso mimado, quiso decirle.

—No, no, ¿ha pasado algo?—susurró en cambio.

Christian respiraba dulce y suavemente en su oído.

—He encontrado uno, mamá.

—¿Un qué?

—Uno de los nuestros.

Y le explicó que había encontrado a un chico que veía cosas en un muro blanco que Christian no habría podido imaginar jamás. Le había pedido prestado el teléfono a un desconocido en una fiesta para poder llamar a su madre y contárselo, balbuceaba. A su madre le latía el corazón con tanta fuerza que era un milagro que no le salieran disparados los botones del pijama.

—¡No he visto nunca a nadie pintar así, mamá! Ya lo verás, ¡te va a encantar!—gritaba Christian loco de felicidad al auricular.

Entonces citó a Ragnar Sandberg, cuyas palabras le había repetido su madre durante su niñez: «Pinta como cantan los pájaros».

Su madre asentía con las mejillas húmedas, no cabe duda de que notaba que su hijo iba puesto de algo, así que solo le dijo: «Te quiero».

Su hijo se echó a reír, su único hijo, preciado y salvaje. Justo antes de colgar, él le dijo: «Te quiero, mamá. Eres la mejor».

Cuando el teléfono sonó la noche siguiente, la madre dormía tan profundamente que no contestó hasta pasado el segundo tono. Esta vez era la policía.

El artista de catorce años esperó sentado apoyado en el muro de detrás del gimnasio todo el día siguiente. Cuando oscureció sus amigos vinieron a buscarlo y él se pasó toda la noche sentado en silencio en el suelo del sótano de Ted, dibujando. Sus amigos se sentaron a su alrededor como si protegieran una llama del viento con sus cuerpos. A la mañana siguiente se enteraron de lo sucedido.

—Le ha dado un infarto—explicó Joar, destrozado.

Estaban sentados en una ventana del pasillo del instituto, cerca de las escaleras que habían llenado de jabón en lo que parecía el milenio pasado.

—¿Qué quieres decir?—susurró el artista.

—He oído a dos profesores que hablaban del tema. Decían que era... yonqui. Estaba en una fiesta, bailando, y se le ha parado el corazón...—Joar trató de decirlo con tanta suavidad como le fue posible.

—¿¡QUÉ QUIERES DECIR!?—gritó el artista.

No quería que le explicaran cómo había muerto Christian. Quería que le explicaran cómo era posible que estuviera muerto. Porque era imposible. Nadie puede estar tan vivo y luego no estarlo.

—Espera...—rogó Ali, pero ya era tarde.

El artista había echado a correr escaleras abajo, había cruzado el patio y doblado la esquina de detrás del gimnasio. Como si pudiera ser mentira y Christian fuera a estar allí. El artista se detuvo en seco, en estado de shock, porque a quienes encontró fue a dos señores mayores con mono de trabajo, escaleras y botes de pintura que cubrían el muro de color blanco.

Cuando el artista empezó a mirar hacia todas partes, desesperado, se topó con la mirada de Lechuza. El hombre estaba de pie junto a la ventana de su aula, el único lugar de toda la escuela desde donde se veía bien el muro. Lechuza lo había denunciado a la policía tildándolo de «grafiti» y de «vandalismo»; él personalmente había llamado a los hombres del mono, porque las reglas eran las reglas, y todo el mundo debía obedecerlas. Es posible que en otros tiempos fuera otra clase de hombre, pero ahora no era nada más que cenizas.

Todas las cosas que habían llenado el muro en el transcurso de unos pocos días fantásticos—los ángeles, los dragones, los pájaros y las calaveras—desaparecían poco a poco. Antes de que acabara el día, todo sería blanco.

La madre de Christian recordaba haberle gritado al teléfono cuando la policía llamó, pero no recordaba el sonido, era como si una sordera le hubiera tapado los oídos. Apenas recordaba el funeral, solo se acordaba del ataúd porque lo único en lo que pensaba era en cómo podía Christian caber en él, con lo grande que era, su mundo entero.

Ella no los vio al salir de la iglesia, pero cuatro jóvenes de catorce años estaban de pie detrás de unos árboles.

Cuando la madre llegó a casa, sonó el teléfono, solo una vez. Ella contestó inmediatamente, pero al otro lado no se oían nada más que sollozos, hasta que colgaron. A la mañana siguiente había un dibujo encima de la tumba; en él estaba Christian subido a una escalera, con una sonrisa tan enorme que era un milagro que cupiera en el papel. Ella no había visto nunca nada igual. Debajo, escrito tan débilmente con lápiz que apenas podía leerse, decía: «Como cantan los pájaros». Ella durmió con el dibujo en la mesita de noche, al lado del teléfono, intentando con todas sus fuerzas que sonara una vez más. No lo hizo, hasta unos meses después.

Joar, Ali y Ted fueron al embarcadero con el artista cada día. Intentaban que volviera a dibujar, lo que fuera, pero ya no podía. Al acabar el trimestre de primavera le suspendieron la asignatura de Arte. Nadie repara en ello cuando empiezan las vacaciones de verano, pero hay alas rasgadas tiradas por los patios de todas las escuelas en ese momento. El artista no hablaba, apenas comía y sus amigos pensaban lo mismo: que no sobreviviría a aquello.

Pero tuvieron suerte, se equivocaban. El primer día de las vacaciones, Joar encontró un puñetero anuncio de un puñetero concurso de arte en un puñetero periódico. Así volvió a empezar todo.

VEINTIOCHO

El bebé agarra con fuerza el dedo de Louisa. Es la primera vez que la abrazan desde que Pez se fue.

—¿Crees en Dios?—pregunta en voz baja.

—A veces—responde Ted.

—Yo también a veces—dice con la nariz apoyada en la nuca del bebé.

La madre vuelve del lavabo agradecida como solo puede estarlo un progenitor que ha podido ir al baño sin que lo molesten. Recoge al bebé dormido con cuidado de los brazos de Louisa, que parece congelarse cuando su cuerpo se queda solo otra vez.

—¿En qué consistía el concurso? El que Joar encontró en el periódico.

—Era para jóvenes artistas, podías pintar lo que quisieras y el primer premio era exponer el cuadro en un museo.

—¿Nada más?

Ted sonríe al recipiente con las cenizas.

—Eso es exactamente lo que dijo Ali. No paraba de repetir que era una birria. Pensaba que se debería ganar dinero, un coche o algo, como en los concursos de la tele. Pero en general se quejaba porque era divertido enfadar a Joar. En el fondo ella sabía que no importaba. No estábamos intentando que ganara, sino que pintara.

Louisa frunce el ceño.

—Aun así es un premio bastante cutre.

Ted niega lentamente con la cabeza.

—No, era un premio fantástico. Porque pensamos que si él veía su cuadro expuesto en una gran pared blanca al lado de los de otros artistas, solo una vez... se daría cuenta de que ese era su lugar.

Louisa se queda callada tanto tiempo que su compañero de viaje casi se preocupa.

—Bueno, vale. No es del todo cutre—concede con aire taciturno.

Ted mira a través de la ventana y ve una vida entera. Los recuerdos hacen cosas extrañas en nosotros, editan los sentimientos.

—Me pasé todo el verano intentando hacerle reír—rememora.

—(¿Le contaste el de los pingijinos?—se queja Louisa.

—No—niega, dejando escapar una sonrisa.

Está recordando que así lograron devolver a rastras al artista a la vida después del funeral de Christian: de carcajada en carcajada. Ted le cuenta a Louisa que un día, a principios de las vacaciones de verano, el artista masculló que intentaría pintar el mar, aunque solo fuera para contentar a Joar. Aunque no empezó hasta finales de junio.

Eso fue después de que Ali se tumbara a su lado en el embarcadero y le dijera: «Sé qué deberías pintar. ¡A nosotros!». Joar señaló al instante que Ali era tan egocéntrica que en realidad había querido decir «píntame a mí». La joven se limitó a encogerse de hombros con indiferencia y decir: «Puedes salir tú también, eres tan bajo que casi ni se te verá de todas formas». Joar la persiguió hasta el agua y Ali reía tan fuerte que la oías hasta cuando tenía la cabeza metida. Así decidió pintarlos el artista, no en función de su

apariencia, sino de cómo lo hacían sentirse. Decidió titular el cuadro El del mar solo para molestar a Ali, que pensaba que debía llamarse El de Ali.

El último día de junio, el artista fue a la tumba de Christian, se sentó solo unas cuantas horas y dibujó el primer boceto a lápiz del que un día llegaría a ser una obra de arte famosa. Luego fue al embarcadero con sus amigos, sacó de la mochila todas las pastillas que había robado del armario del baño del padre de Ted y las tiró una por una al mar. En ese momento, todos sus amigos sintieron durante un breve instante que quizá todo estuviera bien.

—Creía en Dios cuando lo veía pintar—dice Ted en el tren.

Se da cuenta de que tiene muchos recuerdos del artista, aunque su cerebro casi siempre escoge aquellos en los que está sonriendo como un niño que acaba de encontrar una moneda. Esa última temporada que pasaron en el apartamento grande, el artista se tumbaba a menudo en el sofá junto a Ted y le enseñaba fotos de todos los lugares que había visitado entre la escuela de arte y la fama. En ellas aparecía en barcos y playas, junto a muros cubiertos de imaginación, con la ropa siempre manchada de pintura, espráis en la mano y eternidad en la mirada. Se había abierto camino danzando y pintando por todo el mundo y, tumbado en el sofá, sonreía y aseguraba que no le importaba lo que dijeran de él cuando hubiera muerto, siempre y cuando no fuera que había muerto joven. Porque él había vivido mil años.

—Nunca le he rezado a Dios—dice Louisa de pronto.

—¿Cómo?

Louisa está dibujando en el cuaderno con los ojos escondidos otra vez detrás de la melena.

—Digo que nunca le he rezado a Dios. Pero sí a los demonios, como tú. Pero se llevaron a Pez igualmente.

El lápiz danza entre las explosiones causadas por dos lágrimas que aterrizan en el papel.

—Lo siento—dice Ted.

—Joder, a veces no puedo soportar que ya no esté—susurra.

Ted asiente en dirección a la caja que contiene el cuadro.

—Él siguió pintando esas calaveras porque así sentía que Christian seguía vivo en la yema de sus dedos. Tal vez sea así para ti también. El arte es lo que dejamos de nosotros mismos en otras personas.

Louisa dibuja copos diminutos cayendo.

—¿Nevaba mucho en invierno en tu pueblo?—pregunta.

—SÍ,

—Casi nunca helaba lo suficiente donde estábamos nosotras. Pero hubo un invierno que pareció que la naturaleza sufría un cortocircuito. Así que una noche hubo una cantidad descomunal de nieve. Pez y yo salimos sin hacer ruido esa noche y nos enzarzamos en una pelea de bolas. En ese momento no me gustaba nada tener el cuerpo tan grande porque era un blanco fácil, aunque daba igual, claro, porque a Pez se le daba de pena lanzar. En serio, era incapaz de darle a una caja aunque estuviera encerrada dentro, una serpiente tendría más puntería lanzando bolas de nieve. Luego hizo un muñeco y era tan feo que te daba migraña solo de mirarlo. Le pregunté y todo si había visto alguna vez un muñeco de nieve de verdad. ¿Había visto aunque fuera un muñeco? Y ella me dijo que era moderno y que yo no entendía el arte. Me reí tanto que me quedé afónica. Luego hicimos ángeles de nieve en todos lados, por toda la ciudad. Cada vez que pienso en esa noche me da la

sensación de que duró un invierno entero. Fue como si hubiéramos juntado cien días de recuerdos todos a la vez. Si los coloco todos delante de mí, yo creo que tengo suficientes para hacer una infancia feliz...

El tren desaparece dentro de un túnel y el mundo se detiene. Ted se limpia las gafas durante un buen rato y coloca un poco de cinta nueva en la montura.

—Quizá baste—dice cuando el túnel los escupe por el otro lado—. A veces creo que toda mi infancia duró dos años, entre los trece y los quince.

—¿Cambiarías esos dos años por una infancia entera? Quiero decir, una infancia feliz, ¿solo que con amigos diferentes?

—NO hubiera cambiado a esos idiotas ni por mil infancias.

Louisa asiente y dibuja un millón de copos de nieve.

—Pez decía que había leído en un libro que en el Cielo puedes escoger un momento de tu vida en el que te sintieras superbién y experimentar eso mismo durante toda la eternidad. Decía que no importaba si llegabas a cumplir ochenta, porque eso no es más que mil millones de ahoras diferentes, y que un solo ahora bueno de verdad es suficiente.

—¿Y esa noche en la nieve es tu ahora?

Louisa asiente.

—¿Cuál es el tuyo?

—Cualquier día en el embarcadero.

—¿Han muerto muchas personas que amabas?—pregunta Louisa de pronto.

—SÍ.

—En realidad yo he tenido suerte.

—¿Qué quieres decir?

—No he amado a muchas personas.

Ted mira a la madre y al bebé, en el otro lado del pasillo. Piensa en lo que ha dicho antes, lo de que los días pasan despacio y los años deprisa.

—Lo que más odio no es que la gente muera. Lo que más odio es que estén muertos. Que yo esté vivo sin ellos.

—A lo mejor deberías empezar a fumar—sugiere Louisa con ánimo de ayudar.

—Les habrías caído bien—dice Ted riendo.

—¿A quién?

—A toda mi gente.

En el asiento contiguo, un bebé duerme en los brazos de su madre, que se está quedando traspuesta con la respiración de la criatura. Quizá fuera un tipo diferente de persona en otra época, pero ahora es una de las que siempre contestará al teléfono al primer tono.

Louisa también los mira.

—Has dicho que la madre del bedel era profesora, ¿no?

—Sí. Enseñaba Historia del Arte en la universidad. Pero yo creo que le gustaba más la ficción que la historia, a decir verdad. Hablaba mucho más de mitos que de hechos.

Louisa levanta las cejas.

—¿Qué quieres decir con mitos? ¿Como cuentos de hadas?

—SÍ,

—¿Por qué no dices cuentos de hadas entonces?

—Porque no son exactamente lo mismo.

Louisa frunce el ceño.

—Cuéntame un mito, entonces.

Ted suspira.

—Bueno... Vale. A ver este: había dos artistas en la Antigua Grecia: Zeuxis y Parrasio, que se desafiaron el uno al otro para ver quién era el mejor. Zeuxis pintó un cuadro de unas uvas, y eran tan realistas que los pájaros bajaban del cielo e intentaban comérselas. Así que se volvió hacia Parrasio, convencido de ser el vencedor, y le dijo: «¿Admites ahora que soy el más grande? ». Pero Parrasio se limitó a sonreír y decir: «Aparta esa cortina. Detrás está mi cuadro». Así que Zeuxis se acercó y agarró la cortina, pero no pudo porque la cortina era el cuadro. Tuvo que reconocer que había perdido porque él solo había engañado a los pájaros, mientras que Parrasio había engañado a Zeuxis.

Ted se queda en silencio. Louisa parece desconcertada.

—¿Ese es todo el mito?

—SÍ,

—O sea que un mito es una historia un poco caca, ¿no?

—Bueno, no...—empieza a decir Ted, que quiere explicarle la moraleja de la historia, pero no le da tiempo.

—La gente hace eso ahora con tartas. Hay programas en la tele. Te crees que es un zapato, pero resulta que es una tarta. Te piensas que es un coche, pero es una tarta. Te piensas que...

—Vale, vale. Lo he pillado—resopla Ted.

Solo lo digo porque parece que a ti te ha impresionado mucho cuando solo eran uvas—aclara con un ligero desdén.

—Tenerte de alumna tuvo que ser la bomba.

—¿Les contabas ese mito a tus alumnos cuando eras profe? ¿Has pensado alguna vez que a lo mejor te apuñalaron por eso?—le pregunta, sin ánimo de herir.

—Cuando me apuñalaron les acababa de explicar la muerte de Julio César—responde inmediatamente Ted.

Louisa se ríe y él se siente un poco orgulloso de ella por pillar que era un chiste.

—¿Crees de verdad que no volverás a ser profe?

Ted piensa entonces en el techo del instituto y en él tumbado en el suelo de la clase, mirándolo mientras todos gritaban. El chico que lo había apuñalado había salido corriendo y dejado a Ted allí tumbado; oía las sirenas a lo lejos pero no se daba cuenta de que venían a por él. Cuando llegó la ambulancia, trató de ponerse de pie porque no quería causar ninguna molestia. Al llegar al hospital, lo tumbaron de lado para que los doctores pudieran palparle y apretarle todo el cuerpo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que había tanta sangre por todos lados que ni siquiera sabían cuántas veces lo habían apuñalado. Cuando se despertó después de la operación, lloró, por el shock, principalmente, pero luego por la culpa. Las mejores personas de este planeta mueren todo el rato, mueren por lo más mínimo; en cambio, él no muere ni cuando lo apuñalan.

—No—susurra—. No volveré a enseñar.

—¿Qué vas a hacer entonces? ¿Te vas a hacer cómico?

—Me voy a hacer político y a aprobar una ley que prohíba a los adolescentes molestos viajar en tren.

—¿¡HOLA!?

—¿Lo ves? Sí que soy gracioso—dice Ted bostezando.

Louisa pone los ojos en blanco tan exageradamente que casi se cae del asiento.

—¿Cómo sabes todo eso de la madre del bedel? ¿Que era profesora y le gustaban los mitos y eso?

Ted bosteza de nuevo a un volumen equivalente al de sus estornudos.

—La conocí. Todos la conocimos al final de ese verano. En realidad me hice profesor gracias a ella. Pero es una larga historia...

—¡Ah, entonces no! Que estoy ocupadísima.

Señala con un ademán el vagón silencioso.

Ted mira la hora.

—Deberíamos intentar dormir un poco. Tenemos que hacer trasbordo después.

Cierra los ojos. Louisa se lo permite durante unos diez segundos.

—Vale. Pero no mientas.

—¿Sobre qué?—pregunta Ted, medio dormido.

—No te hiciste profesor por la madre del bedel. Fue por Lechuza. Porque eres una de esas personas que quiere hacer que el mundo sea mejor—aclara, casi enfadada porque él no se haya dado cuenta de eso.

—Gracias—responde en voz baja.

—¿Es a ella a quien vamos a ver? ¿A la mamá de Christian? Dijiste cuando nos conocimos que había alguien en el pueblo donde te criaste que nos puede ayudar a vender el cuadro. ¿Es ella?

—SÍ. Si está en casa.

—¿No la has llamado para decirle que vamos?

—No.

Nunca le haría eso. Cada vez que suena el teléfono, ella piensa que ha muerto alguien.

—¿Y qué vas a hacer si no está en casa? ¿O si no puede vender el cuadro?

—No lo sé. Pero seguro que se te ocurre algo.

—¿A mí?—dice Louisa espantada.

—Sí. Yo creo en ti—responde bostezando Ted.

Y establece un nuevo récord de comentarios amables salidos de su boca.

El tren avanza traqueteando a través de la noche; el mundo permanece silencioso, aunque, justo en el momento en que los sueños se están apoderando de él, Ted susurra para sus adentros: «Buenas noches, fantasmas». Louisa quiere preguntarle qué quiere decir, pero él ya se ha dormido, agotado y echo un ovillo en su asiento, así que se queda sentada a su lado durante un buen rato, dibujando en silencio, esperando hasta que la respiración de Ted es más lenta y apacible.

—Lo siento—susurra entonces.

Ted duerme profunda y reparadoramente por primera vez desde que el artista se fue. Sueña sus mejores recuerdos, de cuando tenía catorce años y estaba tumbado al sol en un embarcadero junto al mar, con sonrisas y yemas de dedos buscando a los otros. Ni siquiera se da cuenta de que el tren se detiene. Cuando despierta, hay un dibujo en el asiento de al lado y Louisa no está.

VEINTINUEVE

Pez decía siempre que las personas amables eran las peores, porque al menos con las crueles sabías a qué te atenías. El peligro al que te expones con alguien que parece amable no conoce límites.

Louisa se escabulle del tren hasta llegar al andén. Es fácil ser invisible cuando sabes que no importas, y su silueta se diluye en la oscuridad como el azúcar en agua caliente. Se gira y mira la cara dormida de Ted al otro lado de la ventanilla del tren por última vez. Levanta la mano y saluda, lo cual puede parecer tonto, pero ella siente que tiene que aprovechar al máximo la oportunidad. No sabe cuándo volverá a tener a alguien a quien saludar.

Ha dejado el cuadro en el tren con él, en ningún momento se le ha pasado por la cabeza quedárselo, pero sabía que él no iba a aceptarlo voluntariamente. Ahora, en cambio, no tiene más opción. No es un plan perfecto, Louisa no tiene un cerebro perfecto; de hecho, estuvo pensando si abandonarlo unas cuantas estaciones antes. Sinceramente, solo se ha quedado porque quería oír el resto de la historia de Ted y sus amigos. En realidad, le habría gustado quedarse algunas estaciones más, pero no se atreve porque, ahora mismo, Joar sigue vivo y ella sabe cómo acaban las historias sobre las personas como él.

«No corras. Cuando quieras desaparecer, camina, como si estuvieras yendo al lavabo», susurra Pez en su cabeza. Pez era la mejor desapareciendo; después de colarse en algunos sitios la perseguían vigilantes y policías, pero ella siempre se escapaba. «El truco es relajarse y dejar la musculatura blanda, eso te hace resbaladiza. ¡Finge que eres una pastilla de jabón!», le había explicado Pez, y cuando Louisa apostilló que una pastilla de jabón no es precisamente blanda, su amiga le espetó: «¡Pues jabón líquido! ¡Deja de estropearme la historia!».

Le gustaban las historias, habría disfrutado en el tren con ellos, por eso Louisa sabe que el momento de huir es ahora. Era demasiado agradable estar sentada al lado de Ted. Nada así de agradable le sucede a una persona como ella a menos que sea una trampa.

Se aleja de las vías sin saber siquiera en qué estación está; no importa, no tiene nada a lo que regresar. Si va a desaparecer, tan bueno es este sitio como cualquier otro.

¡Sé jabón! Le ordena riendo Pez en su cabeza. Louisa quiere gritarle que no es el momento más oportuno para hacer chistecitos. En lugar de eso, le susurra «te echo de menos, imbécil» a la noche. Cruza el torno vacío y gira una esquina muy despreocupadamente, baja por unos escalones sin percatarse del eco ni ver a los dos hombres hasta que es demasiado tarde.

TREINTA

«Que los hombres noten tu presencia es lo más peligroso», le dijo Pez, a pesar de que ella era malísima en eso porque todo el mundo reparaba en la suya, claro. A veces, cuando iba un poco borracha o colocada, se tumbaba en la cama con el destornillador en la mano y le balbuceaba a Louisa: «No puedes confiar en ellos, ¿has visto alguna vez el suelo del lavabo de un hombre? ¿Y a esas criaturas las dejan tomar decisiones políticas? ¿Y conducir coches? ¿De verdad queremos poner a personas que ni siquiera son capaces de mear recto a cargo de todos los caballos de potencia del mundo? ¡Si no deberíamos ni dejarlos a cargo de un solo caballo!». Pero cuando estaba adormilada y triste, susurraba en la oscuridad: «No te puedes fiar de los hombres, Louisa, son demasiado fáciles de amar».

Pez siempre estaba colada por alguien, sus enamoramientos eran como las drogas que tomaba, felicidad a crédito. Su corazón pagaba la deuda con intereses. El mundo era demasiado espinoso para ella y no paraba de llevarse arañazos. Intentaba hacerse la cínica y le repetía insistentemente a Louisa que no se fiara de nadie, pero en el fondo el gran problema de Pez era que creía en los finales felices. Por eso era tan fácil herirla. Se pillaba por hombres geniales, pero también por otros muchos que no lo eran, y los amables eran los peores. Iban a recogerla en coche y a veces le hacían regalos.

Louisa pensaba que ojalá se limitaran a las joyas o los relojes, pero a menudo le hacían regalos mucho más crueles: promesas. Le decían que iban a dejar a sus esposas o a sus novias, que tendrían una vida juntos, pero, claro, nunca sucedía. De noche, mientras Pez dormía a su lado, Louisa no podía comprender de ninguna de las maneras que todas las esposas del mundo no fueran abandonadas por esta persona. Que nadie se diera cuenta de que ella era la mejor. O, casi, en cualquier caso. Bueno, a lo mejor no por la mañana.

Lo único malo de Pez era que por las mañanas era terrible, porque siempre se despertaba feliz y eso es malinterpretar la mañana por completo. Louisa, que era una persona normal, se despertaba y se encontraba a Pez saltando en la cama como si fuera a ser el mejor día de la historia. Luego se iba poniendo más y más triste a medida que pasaban las horas, hasta que llegaba la noche y estaba como una flor mustia, tenías que hacer maravillas con la luz para verla florecer.

Cuando cumplió los dieciocho, a principios de esa primavera, el sol brilló todo el día y Pez se subió al sillín trasero de una zozobrante bicicleta vieja y rio como una loca mientras Louisa la paseaba por toda la ciudad, persiguiendo la luz como si las sombras tuvieran colmillos. Al ver a su amiga marchitarse cuando el sol empezaba a caer, Louisa hizo la cosa más mágica que se le ocurrió: se coló en una biblioteca, porque allí estaban todos los cuentos de hadas.

Como es natural, Louisa no era tan buena colándose en los sitios como su amiga, así que, en términos puramente técnicos, podría decirse que lo suyo no fue colarse, sino dejarlas a las dos encerradas dentro a propósito, cosa que, en términos puramente técnicos, quizá sí fuera colarse. En cualquier caso, no fue la acción ejecutada sino el

plan lo que hizo que Pez se diera cuenta del tiempo que Louisa le había dedicado a planear los pormenores. «No sabía que yo ocupaba tanto espacio en tu cerebro», le dijo. «Estás por todo mi cerebro todo el rato», respondió Louisa. «¡Ah! ¿Es ahí donde me dejé los guantes? Los he buscado por todos sitios», bromeó Pez. «¡Sssssh!», chistó su amiga, pues acababan de oír a los vigilantes.

El plan era simple a la par que estúpido: cuando llegó la hora de cierre de la biblioteca, se escondieron en uno de los baños, en el retrete del fondo. Ni que decir tiene que los vigilantes pasaron y se dieron cuenta de que uno de los retretes tenía echado el cerrojo, y las chicas se apretujaron encima del váter, aguantando la respiración.

Al principio, el vigilante gritó y dio porrazos en la puerta del retrete cerrado con tanta fuerza que Louisa quiso escaparse de su propio cuerpo. Al no obtener respuesta, el hombre fue a buscar algunas herramientas. Se pasó unos minutos sacando tornillos y, cuando el pasador del cerrojo se abrió, Louisa se sobresaltó tanto que estuvo a punto de chillar. El vigilante abrió la puerta con aire triunfal y los puños apretados; Pez le tapó la boca a su amiga con la mano, les latía el corazón tan fuerte que es incomprensible que los vigilantes no lo oyeran.

—¡Te lo he dicho! ¡El cerrojo debe de haberse echado solo!—se quejó el otro vigilante.

Su compañero se quedó mirando atónito el retrete vacío.

—Juraría que he oído...—musitó.

—Venga, va. Que quiero irme a casa. Va a empezar el partido—interrumpió su colega.

Y se fueron. No es por presumir, pero el plan era tan estúpido que era genial. Louisa había pensado que si todas las puertas tenían el

cerrojo sin echar, los vigilantes revisarían todos los retretes; en cambio, si solamente una de las puertas estaba cerrada con pestillo, no se molestarían en abrir las demás. Porque ¿qué clase de idiota intenta esconderse detrás de una puerta abierta?

—Eres la mejor, Gigante. ¿Te lo he dicho alguna vez?—dijo Pez sonriendo un par de minutos después, cuando salieron del lavabo y empezaron a deambular por la biblioteca oscura y vacía. Se encendió un cigarrillo y Louisa parecía más orgullosa que un gato que acaba de dejar un ratón en el tazón de los cereales de su dueño.

—Quería darte algo que ningún hombre te ha dado—dijo sonriendo. Pez le cogió la mano.

Vagabundearon por el mar de estantes entre olas de libros. Louisa nunca había estado en un lugar más silencioso. En realidad era una locura que a Pez le encantaran los sitios tranquilos y aun así fuera amiga de Louisa, que siempre necesitaba ruido. Que siempre era ruido, a decir verdad. Si no estaba hablando, estaba canturreando, puesto que le daba miedo la muerte y la muerte es silenciosa. Sin embargo, durante un breve instante, hasta ella abrazó la quietud.

Luego jugaron a algunos juegos. Fingieron que estaban en una película de zombis en que la humanidad ha sido destruida y luego pasaron al escondite, lo cual fue una idea de lo más ridícula porque Pez era tan buena que Louisa empezó a sentir pánico. «¡Me rindo! ¡Sal ya!», le siseó desesperada a la oscuridad. En respuesta recibió un «¿¡QUÉ HAS DICHO!?» y Pez salió de un salto, dándole un susto de muerte. Ella soltó un alarido aterrorizado y su amiga le chistó: «¡SSSSSH!». Luego se tumbaron en el suelo y Pez le leyó en voz alta porque lo que más le gustaba de la biblioteca eran los cuentos de hadas, pero lo que más le gustaba a Louisa era la voz de su amiga.

—No te preocupes, es la protagonista, así que no se va a morir. La protagonista nunca muere en los cuentos de hadas—explicaba Pez cuando leía alguno que le gustaba especialmente.

Se equivocaba. Porque en su cuento de hadas fue Pez la que murió.

Cuando les entró hambre, esa noche de la biblioteca, bebieron Coca- Cola y comieron magdalenas en la cafetería desierta. Pez señaló que, en términos puramente técnicos, no era robar: «Estamos en una biblioteca, ¿no? Es un préstamo». Podrían haberse quedado allí toda la noche si a Pez no le hubiera picado la curiosidad y hubiera abierto una puerta que decía «Salida de emergencia». La alarma saltó. Louisa estaba en el lavabo y salió corriendo con los pantalones por los tobillos para indicarle que no había sido un movimiento muy agudo. Su amiga musitó: «Sólo quería saber adónde daba». Cuando Louisa señaló efusivamente el letrero de «Salida de emergencia», añadió: «Vale, sí, pero salida ¿adónde?».

Teniendo en cuenta que ambas eran unas genias, había veces que no lo eran, así que fue una suerte que se les diera bien correr, al menos una vez que Louisa se subió los pantalones.

Volviendo a casa caminaron con las manos entrelazadas, y cuando las primeras luces del alba la encandilaron, Pez dijo: «Si vivo hasta los ochenta me es indiferente, porque este es mi ahora para siempre». Eso es lo que más echa de menos Louisa, porque cada día quizá no sea el mejor día, pero con Pez al menos sabías que ese día tenía una oportunidad.

—No debes temerle a la muerte, Gigante—dijo Pez cuando estaban a punto de llegar a la casa de acogida. Luego señaló el cielo y añadió—: Mira el sol, ¿entiendes lo loco que es que salga cada mañana? ¿Lo comprendes, Gigante? ¿Lo loco que es estar aquí?

Luego empezó a gruñir y a aullar y a hacerle muecas a Louisa para demostrarle lo demencial que era que un ser humano pudiera hacer todo eso, lo imposible que es un cuerpo.

—¿No te parece que existir es la cosa más increíble del mundo? Pues entonces no será una tragedia cuando ya no existamos. Es una pasada, una pasada total, que hayamos ocurrido.

Casi todas las noches desde que ella murió, Louisa se despierta gritando a la oscuridad: «¡Me rindo! ¡Sal ya!».

Para cualquiera que haya amado a alguien que muriera a causa de una sobredosis, la maldición es la misma: creemos que, si hubiéramos estado con nuestro humano cada instante del día, no habría sucedido. Nunca deja de ser culpa nuestra.

Louisa y Pez tenían una vida juntas, pero al final también tuvieron dos vidas separadas. Louisa intentó ser como las chicas del instituto, se maquillaba y vestía como ellas, pero, cómo no, se rieron de ella. La ropa que llevaban ni siquiera existía en su talla. Sobre todo, ella envidiaba la seguridad de las otras en sí mismas. Sabían quiénes eran porque tenían familia, habían heredado la creencia de que cualquier habitación en la que entrasen era su sitio. En cambio, ella se sentía como una rata nacida en un laboratorio. Las chicas volvían de las vacaciones hablando de viajes y restaurantes y de ir al mar. Todas sabían nadar y podían patinar y comer con palillos. Una de ellas le preguntó si le gustaba el sashimi y ella pensó que sería alguna banda nueva y brutal, así que respondió: «¡Pues claro! Los escucho a todas horas». Las carcajadas de las chicas sonaban a escopetas de pellets.

Un día la invitaron, por error, claro, a una fiesta de cumpleaños; la mamá de alguna había incluido a todas las chicas de la clase sin comprobar si eran iguales. En cualquier caso, fue genial durante

unas horas. Bebieron Coca-Cola, vieron películas y cotillearon sobre chicos; Louisa no abrió la boca, pero, aun así, se sintió casi normal. Luego desapareció la cartera de alguien y todo el mundo la miró a ella. La billetera apareció, se había caído por detrás de una cama, pero Louisa había visto lo que era ella a ojos de las demás, desde luego no una igual. Dejó de intentar serlo después de ese día. La soledad es mejor que la decepción.

Pez intentó encontrar su sitio en otros lugares. Dejó de ir al instituto, desapareció en callejones oscuros y se cayó en agujeros negros, donde se encontraba con viejos amigos en una neblina de botellas y pastillas. A veces Louisa se sentía dolida porque no la dejaba acompañarla, pero Pez bromeaba diciendo: «¿Quién va a cuidar de mí mañana si las dos tenemos resaca?». Cuando volvía a la casa de acogida por la noche, se desvestía solo si la luz de la habitación estaba apagada. Dormía con camisetas de manga larga. En una ocasión, dijo: «No quiero que veas mi peor cara, Gigante. En tu cerebro, quiero ser solo mi mejor versión».

Pez odiaba la realidad demasiado como para soportarla, tratar de salvarla era como atrapar humo con una red. Las chicas compartían cama, pero, aun así, se alejaron la una de la otra. Poco después del decimoctavo cumpleaños de Pez, los adultos de la casa encontraron todas las joyas de oro y los relojes en su mochila. Ni que decir tiene que Pez se negó a decir de dónde los había sacado, así que llamaron a la policía. Uno de los collares era de uno de los hombres amables, pero en realidad le pertenecía a la esposa del hombre y, tras dárselo a Pez, el tipo había puesto una denuncia por robo para cobrar el seguro. La policía había abierto una investigación. Pez no podía quedarse en la casa de acogida, los adultos no querían hacerse responsables de ella. Así que la engulló la ciudad y la noche. Louisa

quería escapar con ella, pero su amiga se lo prohibió, porque tenía solamente diecisiete años y la policía la buscaría. ¡Cómo se odia Louisa por haber sido obediente! Lo último que hizo Pez fue darle un beso en la mejilla y decirle: «No te preocupes. Todo saldrá bien. Nuestro cuento de hadas acaba de comenzar».

Unas cuantas noches después, una limpiadora llegó a la biblioteca justo a la salida del sol. Encontró a Pez hecha un ovillo en el suelo entre los cuentos de hadas. El policía que llamó a la casa de acogida informó de que el doctor había dicho que una sobredosis le había causado la muerte, pero que la joven había fallecido pacíficamente mientras dormía. Tenía el cuerpo lleno de felicidad a crédito.

TREINTA Y UNO

Louisa frena en seco en los escalones. Ve a los dos hombres junto al coche al final de la calle, huele sus cigarrillos; no oye lo que dicen, pero por la aspereza de sus risas sabe que no es nada bueno. Una mala casa de acogida le enseña muchas cosas a un niño, sobre todo a identificar el peligro. Nota el sabor a sangre en la boca antes de darse cuenta de la fuerza con la que se muerde el labio. Se gira y mira los escalones, pero se da cuenta de que no tiene sentido intentar volver corriendo, en cualquier momento el tren abandonará como un trueno el andén y no logrará alcanzarlo. Aquí fuera no hay nadie a la vista, las casas más próximas están a mucha distancia, el mundo encoge hasta consistir en nada más que ella y los hombres. No hay nada más peligroso.

—¡Espera un momento! ¡Silencio!—exclama de pronto uno de los hombres al final de la calle.

—¿Qué?—gruñe el otro. Louisa le nota en la voz que el hombre está borracho.

—Creo que he oído algo. Bueno, a lo mejor no es nada.

El cerebro hace muchas tonterías cuando está estresado. No coopera para nada. De pronto empieza a recordarle a Louisa el truco del lavabo de la biblioteca, lo de arrastrarse por el suelo y pasar por el hueco entre este y la pared lateral para colarse en el siguiente

retrete, y en el asco que habría sentido Ted de haberse enterado. Tiene que taparse ella misma la boca con la mano para evitar reírse a carcajadas. ¡Vaya un cerebro más tonto! Por pura chiripa las sombras de las escaleras son amables y la envuelven con sus largos brazos. Ella baja cautelosamente los escalones de dos en dos, pegada a la pared, hasta llegar a la calle y se aleja a toda prisa del coche. No sabe si la han visto, pero en cuanto sale del cobijo de las farolas, la noche se cierra como un agujero negro.

Ya no puede ver el tren detrás de ella, no lo oye dejar el andén, pero alberga la esperanza de que Ted no la odie por abandonarlos a él y al cuadro. Lo peor de Ted no es que parezca amable pero quizá sea mezquino, sino que podría ser amable de verdad. Ojalá no le hubiera dicho eso de que cree en ella. Es demasiada responsabilidad. Solo podría decepcionarlo.

Aún quedan muchas horas para el amanecer; más allá de las luces de la estación, la carretera es negra como el tizón y completamente silenciosa, así que Louisa se agarra con fuerza a las correas de la mochila. Tiene dieciocho años y está sola; no desaparecida, se ha ido, nada más.

En ese momento oye a un hombre gritar, luego a otro, y echa a correr.

TREINTA Y DOS

Ted está teniendo un sueño muy agradable sobre un día sin nombre, porque unas vacaciones de verano buenas de verdad deberían tener dos días solamente: el primero y el último. Los intermedios no deberían tener nombre, no tendría que importar si son martes o domingo. En un verano bueno, todo son bicicletas, cómics y agua salada, tiempo malgastado con el sol dándote en la cara. Uno o dos pedetes y una o dos risillas.

—¿No vas a colorearlo?—preguntó Joar una mañana temprano en el embarcadero cuando vio los primeros bocetos de lo que acabaría siendo el cuadro.

—No tengo pintura—confesó bastante descontento el artista.

En el sueño, todos los demás tienen catorce años, pero Ted es adulto, quizá porque él ya se sintiera así entonces.

—¿Cuánto cuesta la pintura?—preguntó él.

—Demasiado—contestó el artista.

—Joder, ¿cuánto puede costar un poco de pintura?—rezongó Joar y, acto seguido, empezó a palparse los bolsillos de las bermudas con un optimismo verdaderamente admirable, ya que había canguros que llevaban dinero en su bolsa más frecuentemente que él,

El artista respiró profundamente y les dijo cuánto costaba. Había una tienda que vendía material de arte en el pueblo y él había

memorizado todos los precios del escaparate. Sus tres amigos pusieron cara de haber sufrido seis infartos simultáneos.

—¿Por unos frascos de pintura?—exclamó Ali.

—¿Qué pasa, joder? ¿Que todos los putos artistas son millonarios o qué?—se preguntó Joar maravillado.

—Olvidadlo, de verdad—susurró muy descontento el artista. Así de cerca estuvo el cuadro de no suceder.

—Y necesitarás también una tela de esas, ¿no? ¿Eso donde se pinta? ¿Cuánto vale eso?—preguntó Joar.

—¿Hablas del lienzo?—se burló Ali.

—¿Hiblis dil linciiiii?—la imitó con un cierto resquemor.

—¿Para qué preguntas cuánto cuesta? Si no sabes contar—replicó sonriendo ella.

Joar le hizo una peineta y le dijo que contara los dedos que le estaba enseñando. Ali contestó que había visto cerillas más grandes que ese dedito tan chiquitito. Ni el propio Joar sabía por qué ese comentario le mosqueaba tanto.

—Olvidadlo—repitió el artista en voz baja, aunque nadie lo oyó porque Ali le tiró una piedra pequeña a Joar.

Ni siquiera se la lanzó fuerte, pero le dio en una oreja y Joar las tenía sensibles, así que la persiguió hasta el agua. Cuando, diez minutos después, los dos estaban de nuevo tumbados en el embarcadero uno junto al otro, agotados y chorreando, Ali sugirió:

—A lo mejor podríamos intentar conseguir un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? ¿Robando pozos de los deseos?—sugirió Joar.

Por asombroso que parezca, fue Ted quien tuvo una idea en ese momento. Y, por asombroso que parezca, no era en absoluto una mala idea.

En el sueño están de pronto allí, en el aparcamiento grande que hay fuera del supermercado. Pero, en la vida real, debieron de ir caminando hasta allí. ¿O fueron en bicicleta? En ese caso, ¿fue Joar quien robó las bicis? La memoria de Ted falla, pero eso a los sueños les da igual. En la vida real estaban llenos de temores y pesares, y pronto habría otro funeral, pero ese verano siguen siendo felices.

—¡Mira! ¡Pregúntale a esa anciana!—dijo Joar empujando a Ali.

—¡Vale, vale!—exclama ella antes de pedirles a Ted y al artista que se escondan y a Joar que se quede exactamente ahí.

Este obedeció, lo cual es un pequeño milagro hasta para un sueño. El supermercado tenía todos los carros encadenados como un ciempiés de hierro, y para liberar uno había que introducir una moneda, que es de donde Ted había sacado su idea. Ali se acercó a la señora, le dedicó su sonrisa más infantil y dijo:

—Disculpe, solo llevo billetes encima, ¿podría dejarme una moneda para el carro?

La mujer la miró con cara de escepticismo, así que Ali rápidamente señaló con la cabeza a Joar y añadió:

—Mi madre nos envía a mi hermano pequeño y a mí a comprar. Pero ha olvidado darnos una moneda. Le cuesta recordar las cosas desde que tuvo el accidente...

Hay que reconocerle el mérito a quien lo tiene, Ali era muy buena actriz, tanto en el sueño como en la vida real, le salían lágrimas de verdad y todo. La mujer le dio una moneda y, cuando volvió con ella, Joar se quedó mirando el efectivo fijamente como si fuera un excremento de unicornio.

—¿Qué leches es esto? ¿Dinero gratis? ¿Por qué no se te ha ocurrido esto antes, Ted?

Le da unas palmaditas amables en la espalda a su amigo, que se queda oscilando desconcertado entre el cumplido y la acusación.

—¡Mira! ¡Pídele a ella!

Dicho y hecho, Joar se dirigió a la siguiente mujer y la cosa salió a pedir de boca. De hecho, un poco demasiado bien. La mujer creyó que Joar era tan mono que le pellizcó la mejilla y se ofreció a acompañarlo a la tienda a hacerle la compra, pero Joar tuvo la clara impresión de que lo que deseaba en realidad era llevárselo a casa y encerrarlo en el sótano. Luego vino un señor mayor, de manera que fue Ali quien se le acercó y, si la esposa del hombre no hubiera aparecido, es probable que la joven hubiera conseguido la billetera entera. Lo que sucedió, en cambio, fue que el señor se llevó un buen rapapolvo. Ted no triunfaba ni entre hombres ni entre mujeres. El artista solo le preguntó a un hombre, que estaba solo en su coche, y este había sonreído y rebuscado en la guantera. Entonces le dijo que tenía efectivo en casa y le preguntó si quería acompañarlo a por él. Sacó la mano por la ventanilla del coche y le acarició la mejilla, y el artista se quedó petrificado como una estatua. Ali estaba a veinte metros, pero reconocía a ese tipo de hombres a un kilómetro de distancia, así que gritó: «¡CUIDADO!».

No importa dónde estés, son palabras mágicas que detienen el tiempo un momento. Todas las personas del aparcamiento frenaron y miraron en todas direcciones, y el hombre apartó la mano horrorizado, oportunidad que el artista aprovechó para salir pitando.

Después de eso, los jóvenes se tomaron un descanso. Un vigilante salió al aparcamiento con aire suspicaz, así que decidieron que lo menos sospechoso que podían hacer era entrar en el supermercado. Fue Ted quien señaló que lo más prudente sería

coger un carro, teniendo en cuenta que todas las ancianas a quienes habían pedido monedas estarían allí.

—A veces eres listo que te cagas—dijo Ali sonriendo.

De puro milagro no se dio Ted con la cabeza en el marco de la puerta de lo crecido que iba después de oír eso.

Joar se sentó en el carro, el artista lo empujaba, Ali señalaba las cosas de los estantes y Ted iba a por ellas. Se gastaron algunas monedas para que el vigilante no pensara que había gato encerrado, pusieron un paquete pequeño de pastelitos daneses y algunas latas de refresco en el carro, aunque más se guardaron en las mochilas. Giraron por un pasillo y el artista preguntó vacilante si podían comprar algunos dulces; era la primera vez en meses que le oían decir que tenía hambre. A Ted le encantarían los pasteles daneses el resto de su vida.

Joar se detuvo en uno de los estantes a oler todos los desodorantes que le gustaban y luego pasaron a una estantería totalmente diferente.

—Oye, Ali, ¿cómo funcionan?—preguntó de pronto.

Ali se quedó mirando los pequeños paquetes de tampones que señalaba su amigo.

—¿Estás de broma? ¿Que cómo funcionan?

Joar se puso colorado, pero su curiosidad se impuso a la vergijenza.

—¡Sí! ¿Tan tonta es la pregunta o qué? O sea... ¿Te los metes dentro...? Es decir, ¿hasta arriba del todo?

Por un instante, es posible que Ali sintiera una especie de simpatía ante la estupidez casi admirable del muchacho, así que le dijo, sin ser condescendiente del todo:

—¿Cómo si no iban a funcionar? ¿Tragándotelos y esperando a que lleguen abajo?

—Pero... ¿no se salen? Es decir, ¿al andar? Estaba pensando que a lo mejor tenían unos ganchitos o algo—murmuró.

Ali parpadeó con tal lentitud que parecía que las pestañas le iban a rascar los calcetines.

—¿Qué clase de... ganchitos? ¿Eres tonto de remate o qué? ¿Y a qué narices se iban a enganchar los ganchitos? ¿Por qué se va a caer el tampón?

En ese momento Ted y el artista habían alcanzado a Ali. Pese a que era evidente que ellos no habían oído la conversación, Joar no consideró que semejante falta de contexto fuera un impedimento a la hora de expresar una opinión firme sobre el tema, así que preguntó:

—¡Ted! ¿Tú cómo crees que se mantienen los tampones en su sitio?

Ted parecía tan incómodo que por poco no se derrite y se cuela por un desagie.

—¿A lo mejor... apretando?—murmura.

Ali parecía tan decepcionada que Ted se agachó instintivamente.

—¿Tú te crees que las chicas van por ahí apretando TODO EL TIEMPO cuando tienen la regla? ¿Acabáis de caeros de un árbol o qué? ¡Seguro que tenéis los huevos más grandes que el cerebro!

Los tres se sintieron muy confusos tras este último comentario, con la típica cara de no saber a ciencia cierta si te han insultado. Ali musitó que esperaba que ninguno tuviera hijos, porque serían los críos más tontainas de la historia del mundo. Joar la miraba como si tratara de dilucidar si bromeaba o no.

—(¿Eres tonta o qué? Los chicos no pueden tener hijos—dijo al fin adoptando el tono de un profesor muy paciente.

Ted asintió solícitamente.

Sí, solo las chicas pueden tener niños. Yo creo que por eso tenéis la regla—apuntó.

Ali resopló con tanta fuerza que las estanterías se tambalearon.

—I-diiii-ooooo-taaaaaaas.

Y le tiró con bastante fuerza un paquete de tampones a la cabeza a Joar. Él se enfadó y le lanzó un desodorante a ella. Y se pelearon.

—Es típico de una niña ser tan sensible—dijo Joar cuando se dirigieron finalmente a la caja.

Ted tenía cara de estar a punto de decir «Ya te digo», pero el artista lo agarró del brazo disuasoriamente y negó con la cabeza. Ted no dijo nada y Ali lo dejó vivir.

Cuando llegaron a la caja, el vigilante estaba de pie junto a la salida, mirando suspicazmente en dirección a sus mochilas. La cajera, en cambio, le echó una ojeada alegre al carro.

—¡Ay! Ya me gustaría a mí poder comer pastelitos daneses para desayunar. ¿Cómo conseguís estar tan delgados?—dijo con voz cantarina.

Mientras tanto, el vigilante hablaba con una de las mujeres que les había dado una moneda y que ahora los señalaba furiosa. Los adolescentes no esperaron a que el vigilante los llamara.

—¿Que cómo conseguimos estar delgados? ¡Corremos un montón!—dijo Joar tranquilamente.

Y echaron a correr, carro incluido, en dirección al aparcamiento. Para confundir al vigilante, Joar salió pitando en una dirección y Ali en otra. Cuando el hombre estaba a punto de pillarla, ella gritó: «¡CUIDADOOO!», y eso le dio un segundo extra para girar y salir

disparada en otra dirección y, al tratar de agarrarla, el vigilante perdió su punto de apoyo y cayó al suelo. Cuando por fin logró incorporarse, ella ya había alcanzado alos otros chicos al final del aparcamiento; el artista empujaba el carro y Joar iba colgado de la parte delantera como un capitán pirata. Le lanzó un pastelito danés al vigilante como si fuera un frisbee y gritó: «¡Se te ve muy pálido! ¡Deberías comer algo!».

Corrieron directos a una carretera con mucho tráfico y casi los atropella un camión. No repararon en la cuesta hasta que se vieron bajando por ella. Ali y Ted trataron de frenar el carrito metiéndose de un salto en él, una solución que no habría ocupado una posición muy alta en el ranking de posibilidades inteligentes, y enseguida el carro bajaba a tal velocidad que lo único que el artista podía hacer era soltarlo o ir con ellos. Así fue cómo cuatro idiotas acabaron precipitándose en un carrito de la compra por la cuesta más empinada de la ciudad.

Ted sueña con el terror extremo y el traqueteo metálico en los costados, los coches tocando el claxon, el viento ululando en una oreja y Ali gritando de felicidad en la otra. Al llegar al final de la cuesta, el carro volcó y el asfalto les arañó los codos y las mejillas, pero daba igual, se quedaron en el suelo, formando una alegre pila, riendo, hasta que Joar bramó:

—¡Me cago en la leche! ¡Se me ha ensuciado el pastel!

Al llegar el otoño, el supermercado reemplazó los carros por otros que no aceptaban monedas, sino una ficha que había que pedir en la caja. Unos años más tarde, los adultos rara vez llevarían efectivo encima. Una evidencia más de que la sociedad odia a los adolescentes.

Se llevaron el carro al embarcadero empujándolo entre todos, y luego se encaramaron a él mientras se precipitaba a toda velocidad hacia el final y derecho al agua. Ted sueña que tal vez ese sea su momento, su «ahora» del que hablaba Louisa. El instante en que estaban en el aire. Es probable que nunca se haya sentido mejor en su vida.

El carro golpeó el agua con tal fuerza y se hundió tan rápidamente que todo se volvió negro para los cuatro. Hay un momento determinado cuando estás abajo, sumido en la oscuridad, en que el pánico se asienta, el agua deja de ser transparente y de pronto sientes todo su peso. Intentas dar la vuelta y subir, pero te arrastra hacia abajo, el pulso late en los oídos, los ojos duelen como a punto de explotar. Cuando por fin recuperas el control y parece que estás subiendo, crees que no vas a llegar nunca a la luz. Cuando alcanzas la superficie, la primera respiración es puro dolor. Pasaron unos cuantos segundos hasta que Ali pudo gritar un ahogado: «¡Aquí!».

—¡Aquí!—respondió jadeando Ted.

—¡Aquí!—gritó el artista.

Luego: nada. Solo silencio.

—¡AQUÍ!—volvió a gritar Ali.

—¡Aquí! ¡Aquí!—respondieron Ted y el artista.

Silencio.

—¡Aquí!

—¡Aquí!

—¡Aquí!

—¡AYUDA!

Los otros tres ya habían comenzado a subir al embarcadero cuando vieron a Joar en el agua.

—¡AYUDA!—volvió a gritar.

Apenas le sobresalía la nariz, daba dos brazadas hacia fuera y retrocedía otra, como si algo tirara de él hacia abajo. La primera vez que desapareció bajo la superficie, sus amigos se echaron a reír como si les estuviera gastando una broma, pero, cuando volvió a hundirse una segunda, saltaron inmediatamente para rescatarlo.

Ted no llegó nunca a entender cómo lograron coger a su amigo, pero no se dieron cuenta de qué había sucedido hasta que empezaron a tirar de él en el agua. Se le había enganchado el pie en la cadena del carro, donde se inserta la moneda, que se le había enredado en el tobillo y, dentro del agua, el carro pesaba como un elefante. Cuanto mayores eran el pánico y los esfuerzos de Joar por soltarse, más atrapado quedaba. Solo lograron arrastrarlo a medias hasta los escalones que subían al embarcadero mientras el carro acechaba bajo la superficie como un mortífero monstruo marino.

—¡QUÍTAMELO DE ENCIMA!—gritaba Joar desesperadamente.

Ali chapoteaba al lado, miraba detenidamente la cadena y luego a Joar.

—¿Cómo has conseguido engancharte ahí el pie? ¿Tan pequeño lo tienes?

Ted estaba sentado en los escalones sosteniendo a Joar.

—¿Has metido el pie pero no lo puedes sacar? ¡Eres como un tampón!—exclamó jadeante.

Joar lo agarró de la camiseta e intentó estrangularlo.

—¡QUÍTAMELO DE ENCIMA!

Ali flotaba a su lado y lo miraba con toda la empatía que era capaz de reunir.

—Claro, ¿tienes una moneda?—dijo finalmente, muy seria.

¿Las risas que siguieron? Un tsunami.

Finalmente lograron liberar a su amigo. Joar estaba tan aliviado que ni siquiera se enfadó. Fue un día perfecto. Nadie necesita más momentos que esos. Se tumbaron en el embarcadero a secarse al sol y, de regreso a sus casas, por la noche, con migajas de pastel alrededor de la boca y el estómago lleno de risas, todo seguía siendo posible. Todos seguían vivos.

—¡Hasta mañana!—se despidieron al tomar caminos separados en la intersección.

Lo que mejor recuerda Ted es el sonido al llegar a casa y abrir la puerta. Un pequeño chirrido, un sollozo reprimido. Al principio no entendió qué era, entonces volvió la mirada al aire plomizo del comedor y vio la silueta de su hermano mayor, sentado en el taburete junto al viejo piano. Ted no recordaba haber visto a nadie de la familia sentado ahí desde hacía años. Su hermano no estaba tocando nada, se limitaba a observar las teclas con la mirada gacha. Sobre el piano había latas de cerveza vacías. No dijo nada, pero no hizo falta. Ted entendió inmediatamente que su padre había muerto.

TREINTA Y TRES

—¿Estás bien?

Ted despierta pero no puede ver, parpadea en dirección a las luces del techo del tren. Tiene las mejillas frías. Lo más terrorífico de la muerte de su padre ese verano en que él tenía catorce años no fue el dolor, sino la ira. Siendo adulto ha pensado muchas veces que es mentira que a la gente le asuste estar sola, lo que tememos es el abandono. Puedes escoger estar solo, pero nadie escoge que lo dejen. A veces imagina que la humanidad inventó a Dios solamente para tener con quien enfadarse, porque no puedes cabrearte con un padre muerto, ni siquiera un poco. Ted estaba enfadado sobre todo con Dios porque no le había dado muchos recuerdos. Lo único que recordaba de la voz de su padre era su «buenas noches, fantasmas». A un hombre caminando sigilosamente por la casa de noche, cuando Ted era aún muy pequeño, apagando luces y susurrando sonriente cuando se asomaba a cada habitación: «Buenas noches, buenas noches, buenas noches». Eso acabó cuando se puso enfermo. Ted no conserva ninguna imagen posterior de su padre como persona, de cuando el hombre estaba vivo. Solo recuerda a alguien yaciendo en una cama, muriéndose. El cáncer se prolongó durante toda la infancia de Ted. Con todo, lo más extraordinario de perder a un progenitor es que no hace falta

echarlo de menos para sentir su ausencia. La función elemental de un progenitor es existir. Tienes que estar presente, como el lastre de un barco, de lo contrario, el hijo vuelca.

—¿Estás bien?—repite amablemente la voz.

Es el revisor, que se inclina sobre el asiento. Avergonzado, Ted se restriega los ojos y la cara con las palmas, ocultándose tras ellas un buen rato, como si estuviera jugando a esconderse de un bebé.

—SÍ... Sí... Perdón...

El revisor sonríe nervioso.

—Soy yo quien debería disculparse. Le prometí que te dejaría dormir, pero... parecía que estabas llorando.

—Son las alergias—miente Ted sin apartar las manos de la cara.

—Vaya. ¿Quieres que pregunte por si alguien tiene algún medicamento?

—NO, no, por favor. Está todo bien, de verdad.

El revisor sonríe de nuevo y roza durante un brevísimo instante el hombro de Ted, a quien no le disgusta nada el contacto, y eso es mucho.

—Avísame si puedo hacer algo por ti. Volvemos a tener problemas técnicos y vamos a estar aquí un rato.

Ted asiente en silencio y piensa que el revisor tiene unas manos preciosas debajo de los tatuajes antiguos y las primeras arrugas de la mediana edad, los pequeños mapas de una vida. El bebé estornuda al otro lado del pasillo y, acto seguido, se echa a reír, asombrado ante sus propias funciones corporales. El revisor se gira y ríe también. Es entonces cuando Ted mira a ambos lados y repara en la ausencia de Louisa. Hay un dibujo en su asiento; es del artista, pero de cuando era joven y no estaba enfermo aún. Es extraordinario que haya sido capaz de imaginárselo así. En la

esquina inferior ha dibujado algunas calaveras junto al mensaje: «Para Ted. Espero que los pájaros canten para ti». El papel cruje cuando le empiezan a temblar las manos, se pone de pie, pero el compartimento del equipaje está vacío. La caja con el cuadro, el recipiente de las cenizas y la maleta de Ted siguen en el suelo, pero la mochila de Louisa ya no está.

—¿Dónde...? ¿Dónde...?—atina a decir, aún confuso y adormilado. De pronto, le pregunta al revisor—: ¡Espera! ¿Qué has querido decir con que le prometiste que me dejarías dormir?

El revisor gira la cabeza y lo mira animado.

—¿Tu amiga? Se bajaba en esta estación. Le he preguntado si se iba a despedir de ti, pero ha dicho que era mejor que durmieras un poco.

—¿De qué hablas? ¿Cómo que se bajaba? ¿Del tren? ¿Por qué iba a bajarse del tren?—balbucea Ted, abrumado por un súbito ataque de pánico que le golpea el pecho, como latas de cerveza sobre un piano.

El revisor lo mira un poco como si Ted le hubiera preguntado cómo funciona la gravedad.

—A ver... Hay que bajarse del tren para... bajarse del tren. ¿A qué te refieres?

—¿Por qué se iba a bajar AQUÍ?

El revisor pone todo su empeño en entender la pregunta.

—No lo sé. Le pregunté, porque no es una zona muy segura a estas horas de la noche, pero me dijo que tenía que ponerse en marcha. Lo siento, ¿hay algún problema?

Ted mira por la ventanilla. El andén está silencioso y oscuro, tiene todos sus secretos escondidos.

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Unos diez minutos, quizá.

—¿Diez MINUTOS?

—Sí. Deberíamos haber continuado, pero, como decía, estamos teniendo problemas técnicos otra vez—dice como disculpándose, como si se tratara principalmente de una cuestión de horarios—. ¡Espera! ¿Dónde vas? ¡No tardaremos en salir!

Pero Ted ya se ha bajado del tren y recorre el andén adentrándose en la oscuridad. Solo ha cogido el dibujo que ella le ha hecho. La llama por su nombre: primero con tono exhortador; la segunda vez, como si negociara; y la tercera, con tono suplicante. Como le gritaría un padre al mar.

No obtiene respuesta, la oscuridad es un muro. Lo único que oye dentro de su cabeza son las carcajadas del artista: «Es un milagro que consigas cerrar la puerta del lavabo cuando haces pis, Ted. ¡Qué mal se te da estar solo! Eres introvertido, pero se te da fatal».

El último año que pasaron en el gran apartamento, al artista le parecía muy gracioso que Ted se sentara en una esquina a leer sin decir nada, pero, si entonces él se iba a otra habitación, al rato se daba la vuelta y se encontraba a su amigo leyendo allí. Ted no quería necesariamente estar con su gente, tan solo tenerlos cerca. Cada día a la misma hora exactamente miraba su precioso reloj de oro, cerraba el libro y decía: «Es la hora de tus pastillas». El artista, que siempre estaba ocupado con algo más interesante, como construir un castillo de naipes o comer queso, solía rezongar: «Debería haberte regalado otra cosa en tu cumpleaños en lugar de ese maldito reloj...».

Con todo, ese reloj fue lo único que no le dejó vender a Ted cuando estaban reuniendo el dinero para comprar el cuadro. Había

grabado sus iniciales por detrás: las de Joar, Ali, Ted y las suyas. Así siempre estarían con él.

—¡LOUISA!—Ted grita mientras corre por el andén vacío y atraviesa el torno. No hay respuesta. Baja volando los escalones que conducen a la carretera a oscuras y casi se choca con un desconocido.

—Eeeh, ¿todo bien?—dice el hombre amablemente.

Es joven y habla en un dialecto rítmico que le recuerda a Ted lo lejos que está de casa.

—Perdone... Estoy buscando a mi amiga. Es una mujer joven, de dieciocho años, muy alta... Habla sin parar. ¿La ha visto?—explica, recogiendo con cuidado el dibujo, que se le ha caído al suelo.

El joven niega con la cabeza.

—Lo siento.

—Gracias de todas maneras—agradece Ted asintiendo rápidamente con la cabeza y mirando el reloj, como si tratara de dilucidar lo lejos que puede haber llegado Louisa.

—¿Quiere que le ayude a buscarla?—dice el hombre, ahora a su espalda.

—Vaya... Es mucho pedir, yo...—balbucea Ted, dándose cuenta de pronto de que no sabe ni por dónde empezar.

—¡No es molestia! Venga conmigo, mi amigo tiene el coche aparcado aquí al lado.

Coge a Ted suavemente por el codo y lo conduce hacia un coche. Hay un hombre fumando de pie junto al automóvil. Ted no podrá explicar por qué, pero de manera instintiva dobla el dibujo de Louisa y se lo guarda en el bolsillo.

—Está buscando a una chica, podemos ayudarle, ¿a que sí?—exclama el joven.

—Claro, faltaría más—dice asintiendo el hombre junto al coche antes de chafar el cigarrillo de un pisotón.

Ted intenta aminorar el paso, pero la mano del joven está ahora sobre su zona lumbar, guiándolo hacia la puerta abierta del vehículo.

—Está bien, de verdad, no necesito ayuda. Seguro que ha vuelto al tren...

El otro hombre ya tiene a Ted agarrado de los brazos. Cuando este se resiste, recibe el primer puñetazo y deja ir un alarido iracundo. El segundo sale como una negociación. El tercero es una súplica.

No logran meterlo en el coche, pero sí le quitan el reloj. Rebuscan en los bolsillos para quitarle la cartera, pero sigue dentro de la maleta, en el tren. Es posible que haya gritado otra vez. Es posible que sea por eso por lo que se enfadan tanto y le dan una patada en la cabeza, o eso cree él, Incluso entonces, su cerebro trata de dilucidar por qué es culpa suya lo que le está sucediendo, pero todo se vuelve oscuro. Lo último que oye es un pitido en el oído, como el tono de los teléfonos, y Ted se da cuenta de que mañana será por él por quien sonarán.

TREINTA Y CUATRO

¿Qué es lo que había dicho Louisa en el tren? ¿Que a veces no quieres oír el final de una historia porque cuando descubres quién sobrevive sabes que el resto de los personajes a lo mejor mueren?

Ted ha temido a los hombres toda su vida. Cuando era pequeño, su hermano mayor, que tenía seis años más, solía pegarle por diversión. Incluso el hecho de que Ted se hiciera un ovillo en lugar de devolverle los golpes era una provocación. «Pelea, cobarde. ¡PELEA!», bramaba su hermano. Cuando Ted no hacía nada, le golpeaba más fuerte. En una ocasión, lo tiró por las escaleras que conducían al sótano y él se golpeó la cabeza y se quedó inconsciente. En el hospital, la madre tuvo que mentir y decir que se había resbalado, pero el doctor pareció sospechar de los moratones del hermano pequeño. Sin embargo, Ted mintió tan bien que hasta empezó a creer que decía la verdad. Desde ese día, siempre se quitaba los calcetines para subir y bajar las escaleras del sótano, no fuera a resbalar otra vez.

Hay niños afortunados al nacer. Los niños que preguntan cosas como: «¿Cuál es el animal más peligroso del mundo?». En cambio, Ted nunca hizo esas preguntas, él siempre supo la respuesta. Una vez, a los ocho o nueve años, su madre estaba en el hospital con el padre, así que el hermano mayor había robado la cerveza de este y

estaba sentado en la cocina bebiendo con algunos compañeros del instituto. Una vez borrachos, llamaron a Ted y lo obligaron a entrar en la cocina. Al principio, se limitaron a señalar objetos y pedirle que dijera cómo se llamaban para reírse y meterse con su acento. El hermano mayor, que tenía el mismo acento, no los animaba, pero tampoco los detuvo. Ted intentó escaparse a su habitación, pero el más borracho de todos, apodado «Buey» por razones evidentes, impidió que saliera.

—¿Te gustan las chicas?—le preguntó sonriendo. Ted fue lo bastante espabilado como para asentir. Buey borró su sonrisa y añadió berreando—: ¿De verdad? ¿Te gustan los chochos? ¿O eres un mariconcete?

—¡Calla! ¡Mi hermano no es un puto maricón!—bramó su hermano mayor sentado al otro lado de la mesa. Sonaba amable, a que estaba defendiendo a Ted, aunque en realidad solo se defendiera a sí mismo. Ser eso de lo que acusaba a Ted era un crimen tan grave en el lugar donde se habían criado que amenazaba el honor de toda la familia.

—A lo mejor tú también eres maricón. Los hermanos maricas—añadió riendo Buey mientras se ponía de pie y estiraba los brazos de un modo que le daba a su cuerpo un aspecto que hacía pensar que, si lo atropellaba un camión, sería el vehículo el que saldría peor parado.

Pero el hermano mayor de Ted respondió con firmeza:

—Parece que hablas mucho de maricas. ¿También piensas en ellos cuando te la cascas?

Se sucedió una explosión de violencia. Buey voló por encima de la mesa en un segundo para agarrar la cara del hermano mayor, pero no le dio tiempo porque a Ted se le encendió algo antes en la

mente. Agarró una lata llena de cerveza de la mesa y se la tiró con todas sus fuerzas.

—¡NO TOQUES A MI HERMANO!

La lata le dio a Buey en la ceja y el mastodonte de quince años lanzó tal alarido que debió de oírse en todo el edificio. Ted ya estaba temblando a causa de los sollozos reprimidos antes de que lo sacudiera el golpe. Podría haber corrido, pero habría sido en vano, el puño de Buey le cayó como un mazo en el pecho. Ted se quedó tumbado en el suelo, incapaz de respirar, mientras Buey derramaba sobre su espalda una lluvia de puñetazos, como si el chico fuera un saco de carne. Las personas que nunca han recibido una paliza no comprenden cuánta temeridad requiere de la persona que da los golpes, la pieza que debe de faltarle, ni tampoco lo que ocurre en el interior de quien los encaja.

Los niños afortunados suelen preguntar cuál es el animal más peligroso del mundo, pero el resto ya sabe la respuesta. No es el león ni el hipopótamo ni la serpiente ni la araña ni el tiburón. La criatura más peligrosa del planeta es, y siempre ha sido, un hombre joven. ¿Y qué es lo peor de un hombre joven? Que poco antes era un niño. Los demás no reciben un aviso cuando deja de serlo.

Ted ni siquiera recuerda cómo logró escapar de Buey ni cómo llegó arrastrándose a su habitación. Se quedó tumbado, temblando bajo los moratones, como si tuviera fiebre. Más tarde, esa misma noche, antes de que sus padres regresaran a casa, se abrió la puerta de su cuarto y entró su hermano con sándwiches de queso fundido. Ted comió en silencio y el hermano le preguntó, nervioso: «No vas a decir nada, ¿verdad? De que he cogido la cerveza». No le preocupaba en absoluto que Ted contara el resto de lo sucedido.

Poco después de aquello, Ted oyó a su madre hablar por teléfono con una amiga. Había entrado en la habitación de su hijo mayor sin llamar a la puerta y lo había pillado viendo porno. Suspiró al auricular y dijo: «En fin, supongo que es lo natural. Es lo que se supone que hacen los chicos de su edad, ¿no? Pelearse y mirar porno, es lo que hacen los hombres. Si no fuera así supongo que me preocuparía que fuera... Ya sabes...».

Ted ha estado asustado toda su vida.

Oye las patadas que se está llevando su cuerpo sobre el asfalto, al lado del coche junto a la estación de tren, pero ya no las siente. Tal vez su cerebro le esté protegiendo mediante el bloqueo de la señal del dolor, como cuando Buey le dio aquella paliza en la cocina o cuando lo apuñalaron en un aula, muchos años después. La suficiente adrenalina se vuelve un aislante, el mundo se detiene, como cuando dejas de luchar con el agua y te permites ahogarte.

Pero entonces oye un grito, mucho más allá del pitido en el oído. Al principio cree que sale de él, pero suena diferente. Su cuerpo se desploma cuando cesan las patadas y cae de espaldas. Parpadea bajo la única farola que hay, a unos pocos metros. Vuelve a oír el grito, es uno de los hombres, suena a un animal que ha caído en una trampa. Ted se da cuenta de pronto de que se equivoca, ni siquiera es un grito de dolor. Es un grito de sorpresa, como el de un animal que se encuentra con otro animal más peligroso.

Puede que Louisa esté sola cuando emerge corriendo de la oscuridad, pero es como Joar, pelea como si fuera una pandilla en una sola persona. Lleva una tubería de metal en la mano, más tarde no recordará de dónde la había sacado, solo que la había agarrado por puro instinto.

Con el tiempo se odiará por eso y por lo natural que es para ella este tipo de violencia. ¿Qué pieza faltará en su interior? La mayoría de las personas nunca descubren de qué son verdaderamente capaces, pero ella no lo olvidará jamás. Blande la tubería y oye cómo le rompe el brazo al hombre, entonces golpea al segundo hombre con todas sus fuerzas en las pantorrillas y lo deja chillando en el suelo. Después de eso, Ted solo oye el estruendo metálico de la tubería al golpear el suelo y a Louisa gritar:

—¡CORRE!

De modo que echan a correr. Ted renqueante y Louisa tirando de él. Suben los escalones, pasan por el torno, salen al andén. Llegan justo a tiempo de ver las luces de cola del tren deslizándose estrepitosamente por las vías y desapareciendo en la noche.

TREINTA Y CINCO

No eres consciente de lo fuerte que suena un corazón hasta que has recorrido a todo trapo un andén y te has quedado en medio de la nube de silencio que el tren te escupe al abandonarte.

—¡ESPERA!—le berrea Ted desesperadamente a las luces, pero es igual de eficaz que tirarle golosinas a una ballena para desviarla.

Nadie a bordo lo oye, al tren le da lo mismo, así es como todo se va a la mierda. Ahí va un cuadro de fama mundial con las cenizas del hombre que lo pintó.

Ted hace una pirueta, muerto de rabia.

—¿Por qué te has bajado del tren?—explota, con el labio partido y sangre goteando de la nariz.

—¿Por qué te has bajado TÚ del tren?—replica inmediatamente Louisa. Cuando agarra con fuerza las correas de la mochila, Ted ve lo amoratados que tiene los nudillos.

—Estaba preocupado por ti—confiesa.

—Claro, guau. Porque es por MÍ por quien había que preocuparse —le espeta a la cara gesticulando como una fiera.

El pecho de Ted retumba de pura extenuación; requiere una energía enorme gritarle a otra persona cuando estás enfadado contigo mismo.

—¿Por... Por qué te has bajado del tren?—repite.

Louisa empieza a dar saltos de rabia al oír la pregunta.

—Porque yo... ¡Yo no puedo hacerme responsable de un cuadro tan valioso! ¿Por qué no lo entiendes? ¿Por qué no te lo has quedado y ya está?

Ted resopla y eso hace que le salga más sangre de la nariz, como si fuera un aspersor. Todo el cuerpo le duele al hablar.

—¡Porque él te lo ha dado a ti!

—¿Por qué coño eres tan CABEZOTA?—exige saber.

—¿Que yo soy cabezota? Tú has sido la que...—grita, pero se queda en silencio cuando ve que a Louisa se le descompone la cara.

—Estas cosas... no le pasan a gente como yo, ¿lo entiendes o qué?—dice sollozando iracunda—. Es demasiado bueno para ser verdad y eso siempre es peligroso. Yo solo... Solo intento sobrevivir en esta mierda de mundo...

Entonces es Ted el que empieza a dar brincos de la rabia, cosa que le hace un daño tremendo, a pesar de que no salta muy alto que se diga.

—¡Yo también estoy intentando sobrevivir!—grita. Y añade en voz baja—: Ay...

Louisa tiene las mejillas húmedas.

—No lo entiendes.

Las de él también lo están.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—¡QUE NO SE PUEDE CONFIAR EN LOS HOMBRES!—grita.

—¿TE CREES QUE NO LO SÉ?—grita también.

Se quedan mirándose con una desesperación furibunda. Es Louisa quien mira las vías y parpadea, muy arrepentida.

—No era mi intención que perdieras el cuadro—susurra.

—Lo sé—susurra también.

Así pues, ambos se quedan, como dos muñecos rotos, de pie en el andén, con el rostro surcado de lágrimas. Y, sí, es evidente que la idea quizá no fuera del todo genial, eso Louisa lo reconoce. Pero en realidad todo estaba saliendo muy bien hasta que se dio cuenta de que el tren no dejaba la estación. Ella se había apeado, cruzado el torno y bajado las escaleras, pasado a hurtadillas junto a los hombres y proseguido por la carretera en la oscuridad. Pero allí se había detenido, unos minutos nada más, a oír el tren desaparecer. Una estupidez, pero ser estúpido es humano y, ese día, ella era el doble de humana. Así que se había parado a escuchar porque necesitaba perder la esperanza. Necesitaba oír el tren abandonar la estación para saber que era demasiado tarde para cambiar de idea y volver corriendo. Porque ella nunca había abandonado a nadie, así que no sabía si era capaz. ¿Ser abandonada? Eso se le da de maravilla.

Pero no oyó el tren, sino a Ted gritar su nombre primero y pedir ayuda después, y ahora están de pie al final del andén y la distancia entre ellos y el cuadro aumenta a más de ciento sesenta kilómetros por hora. Así que, no, el plan no era para nada perfecto.

—Si hubiera sabido que no se te puede dejar solo cinco minutos sin que te den una paliza de muerte, te habría encerrado en el lavabo antes de irme—musita Louisa.

—Diez—responde malhumorado Ted.

—¿Cómo?

—Estuviste diez minutos fuera.

Ella se echa a reír con el comentario, a regañadientes, tan silenciosa como una puerta que chirría. Entonces, le ofrece algo.

—Toma.

Son las gafas de Ted. En medio de la locura y el violento alboroto de la carretera había visto un destello en el suelo y había soltado la tubería y recogido las gafas.

—Gracias.

—No hay de qué, es probable que estén rayadas y rotas, yo...—Se detiene al ver que Ted sacude la cabeza.

—No, quiero decir que... Gracias por volver. Yo... creía que iba a morir.

Louisa mira el andén y esconde un sentimiento tras un insulto, como de costumbre:

—Bueno, las gafas te sientan bien. Se te ve menos la cara cuando las llevas puestas.

Él empieza a recolocar la cinta que mantiene las gafas unidas.

—Te sienta bien; la risa, digo. Me alegro de que no lograran arrebatártela.

—¿Quién?

—Todos los que lo han intentado.

Louisa lo mira a los ojos durante un brevísimo instante, puede que esté pensando algo inteligente que decir, o quizá algo sincero. Sin embargo, oyen voces procedentes del otro extremo del andén y, de pronto, aparecen los rostros de los dos hombres jóvenes en el último escalón. El brazo de uno de ellos cuelga inútil a un costado, roto, pero el otro lleva agarrada la tubería de hierro. Sus ojos ya no son los de un ser humano, él y su amigo ya no son atracadores, son cazadores.

—¡Corre!—exclama Louisa.

—¿Adónde?

—¡ALLÍ!—grita y salta a las vías.

Antes de que Ted tenga tiempo de pensárselo, la sigue, cojeando.

TREINTA Y SEIS

Ted ha leído muchísimos libros que explican qué le hace el miedo al cuerpo humano, pero siempre se enfada ante la suposición más elemental: describen el miedo como algo anormal. Como si no debiéramos tenerlo todo el rato.

Cuando alguien te persigue, el cerebro canaliza de inmediato la potencia para enviarla donde más importa, como un generador auxiliar durante un apagón, de manera que las partes que rigen el pensamiento lógico y la planificación estratégica se apagan. Un millón de pensamientos se reducen a uno solo: sobrevivir. Cuando Ted se pone nervioso, deja de sentir la nariz, por eso se pone y quita las gafas tan a menudo, por eso finge que las limpia, porque el miedo cambia la presión sanguínea y el corazón suministra primero a los músculos más grandes. Cuando alguien te persigue, las manos se quedan frías y el sistema digestivo se detiene para ahorrar energía. Quizá suene asombroso, que el cuerpo esté tan preparado desde el punto de vista biológico para algo tan poco habitual como que alguien te persiga, pero en realidad es lo contrario, por supuesto. Eso es exactamente para lo que estamos diseñados. A lo largo de toda nuestra existencia hemos estado huyendo: primero, de animales salvajes; después, los unos de los otros.

—¡CORRE!—le grita Louisa a Ted, que cruza cojeando las vías.

Ella salta por encima de una pequeña valla que hay al otro lado como si no costara. Ted, por el contrario, tiene que hacer grandes esfuerzos para pasar por encima y se hace un agujero en los pantalones con el alambre de espino. Aterriza dándose un batacazo a su lado justo cuando aparece otro tren. Durante un maravilloso momento forma un muro entre ellos y los hombres del andén, pero cuando pasa estrepitosamente a unos pocos metros y la tierra se sacude, Ted se hace un ovillo como si estuvieran a punto de patearlo de nuevo. Al final llega un momento en que un cuerpo no puede soportar más miedo, ni más huida, y cierra los ojos y solo quiere dormir. Louisa no se lo permite.

—¡VENGA!—le ordena, tirando de la americana manchada—. Vana ira por el coche y nos seguirán por el otro lado. Hay que esconderse.

Se deslizan por una ladera herbosa hasta llegar a una pequeña plaza y un aparcamiento desierto. Louisa busca desesperadamente algún sitio en el que ocultarse. Se va derecha hacia un denso bosquecillo de arbustos tirando de Ted. Un minuto después, aparecen los faros de un coche que se acerca lentamente. A lo lejos, un perro ladra.

Ted no recuerda ningún momento de su vida en el que no pensara en la muerte. El cerebro es una cosa muy extraña. Agachado entre los arbustos, con el olor a tierra en las fosas nasales y los ladridos caninos en el oído, se acuerda del funeral de su padre, hace veinticinco años. El párroco de la iglesia ofició una ceremonia breve, hay quien diría incluso que desprovista de sentimentalismos, pero puede que fuera todo lo contrario. Hubiera bastado una brevísima nota de órgano, un único sollozo, una ligerísima mutación en el ambiente para que toda la concurrencia aposentada en los bancos se hiciera añicos ese día. La parquedad del sermón del

párroco fue un acto de misericordia, su audiencia no habría soportado sentir más de lo que ya sentía de por sí. El dolor es un lujo reservado a las personas cuyas vidas son más sencillas.

El funeral tuvo lugar a principios de julio. La noche anterior una tormenta había pasado por la ciudad y la lluvia seguía cayendo como un telón helado. Tras el funeral, los adultos se apresuraron encorvados hasta sus coches. La única persona que permaneció en la iglesia fue Ted. Nadie se percató de su ausencia porque nadie reparaba en su presencia. Era como una pelusa en la ropa, solía decirle, en broma, Joar: podías llevarla todo el día encima y, de pronto, verla y pensar: «Anda, ¿hace cuánto llevo esto aquí?».

La mamá de Ted no había dicho nada al llegar a casa del hospital la noche que falleció su padre. Su hermano mayor se sentó cada mañana delante de las latas de cerveza vacías sobre el piano, sin tocar una nota. Solo le dijo a Ted una cosa antes del funeral: «No debemos llorar. Hay que ser fuertes. Por mamá». Ted se lo prometió. Ambos hermanos se sentaron en el primer banco y fueron lo que creían que debía ser un hombre: fuerte y silencioso.

Después, cuando Ted se quedó solo y el elevado techo de la iglesia lo envolvió en un eco sin contenido, lo único que el chico podía oír era silencio sobre silencio. Recuerda que pensó que, si se quedaba allí, su padre no habría muerto realmente; no mientras no saliera a la lluvia y la realidad. Trató de recordar su voz, o su risa, pero en su interior no halló más que vacío allí donde deberían estar esos sonidos. Cayó entonces en la razón por la que su hermano mayor y su madre estaban siempre enfadados y lo odiaban tanto. Él tenía catorce años nada más y solo recordaba al padre enfermo. No había perdido al padre feliz, al que existía antes, al que tocaba el piano. Eso debe de ser mucho peor, pensó.

—Buenas noches, fantasmas—le susurró al vacío.

Fue entonces cuando lloró por primera vez.

No oyó abrirse la puerta de la iglesia. No sabía en qué momento habían entrado ni cuánto tiempo llevaban allí hasta que se percató de su presencia, pero, de pronto, lo estaban rodeando Joar, Ali y el artista. Como una pelusa en la ropa. No sabían qué decir, así que lo dejaron llorar, pero a su lado.

—¡Sssssh!—chista Louisa entre los arbustos.

Ted se da cuenta, avergonzado, de que estaba sollozando en voz alta. Su cerebro es tan estúpido que no distingue entre amenaza y realidad, siente un miedo constante por todo. El coche se acerca lentamente por la carretera, los jóvenes observan la valla junto a las vías en la que Ted se ha rasgado los pantalones. Uno de ellos se asoma por fuera de la ventanilla y mira en dirección a los arbustos donde están escondidos, pero no tiene suerte, ya que, en ese momento, viene un taxi en dirección contraria y se detiene justo delante de Ted y Louisa. Los faros del vehículo ciegan a los hombres, que maldicen de viva voz.

El taxista, un anciano con un cuerpo que parece un edredón extragrande apretujado dentro de una funda demasiado pequeña, se apea como un alce saliendo de una zanja. Se queda de pie junto a los arbustos, con las piernas separadas, justo delante de Louisa y Ted, y empieza a desabrocharse el cinturón.

—No... No, no, no. Dime que no va a mear...

Vaya que no. Louisa retrocede reptando, adentrándose en el macizo de arbustos y arrastrando a Ted con ella. Pero justo cuando el taxista se ha desabrochado los pantalones, uno de los jóvenes del coche grita.

—¡Eh, viejo! ¿Has visto a un señor mayor y una chica joven?

El taxista se gira sorprendido.

—¿Aquí? ¡No hay nadie, no! ¿Por qué piensas que meo aquí?

Los hombres parecen considerar sus palabras un momento. Desde luego no dan la impresión de ser los lápices más afilados del estuche, pero finalmente se oye a uno de ellos soltar improperios de nuevo. El motor se revoluciona y el vehículo derrapa y desaparece.

El taxista trajina un buen rato con el cinturón hasta que, por fin, mira por encima del hombro y murmura:

—Ya sois a salvo. Seguro salir, creo.

Cuando ve que Ted y Louisa no se mueven, el hombre se inclina hacia los arbustos.

—Amigos míos, tengo muchos muchos hijos. Soy hacha jugando a escondite.

Louisa se rinde y asoma la cabeza con cautela, pero con un palo en la mano.

—;¡Atrás!—ordena.

El taxista obedece con las manos levantadas.

—Vale, vale, atrás. Pero, si te escondes, digo yo, mejor busca un amigo más ágil que colega aquí presente, ¿eh? Veía cojear desde las vías, a dos kilómetros. Tu amigo ágil como frigorífico.

Louisa sale arrastrándose de los arbustos con el palo en la mano. Solo entonces se da cuenta de que el taxista no es en realidad un viejo, sino una vieja.

—O sea que... ¿no ibas a mear? ¿Estabas fingiendo?—deduce.

—¿Mear? ¿En arbusto? ¿Qué soy? ¿Animal, eh?

Louisa se incorpora, mira de arriba abajo a la taxista y, finalmente, deja caer el palo. Ted sale arrastrándose a gatas.

—¿Estás bien?

—Genial. Estupendo. Mejor que nunca—gruñe mientras se pone de pie con la gracia de un poni con tacones.

La taxista hace un gesto compasivo al ver su rostro magullado.

—¡Oooooi! Habéis tenido suerte, ¿eh? No es área segura de noche, no.

—Gracias, nos hemos dado cuenta—apunta Louisa.

—Bajado en estación equivocada, ¿eh?—pregunta la taxista señalando las vías del tren.

—Podría decirse que sí—reconoce Louisa. Señala a Ted con un gesto—: Se ha dejado algo en el tren. Algo... importante. ¿Tú nos podrías ayudar a alcanzarlo?

La taxista exhibe una sonrisa en la que apenas hay un diente de cada cuatro en el lugar que le corresponde.

—¿Alcanzar tren?

Louisa suspira al darse cuenta de lo estúpida que es la sugerencia. Pero no es tan fácil de saber, no ha estado en un coche muchas más veces de las que ha estado en un tren. Ted vuelve a sacar el rollo de cinta del bolsillo y, muy nervioso, se dedica a reparar las gafas.

—Tenemos que...—empieza a decir sin la menor idea de cómo terminar la frase, pero la taxista la interrumpe.

—¡Alcanzar el TREN!

—¿Perdone?

Los ojos de la taxista adquieren el brillo salvaje de un tejón que se acaba de tomar un espresso doble.

—¡Sí! ¡Alcanzar el tren! ¡Vamos!

Louisa se ilumina como si alguien le hubiera dado helado y petardos.

—¿En serio? ¡Bien! ¡Vamos a alcanzar el tren! ¡VENGA, TED, VAMOS!

Ted se pone las gafas.

—No sé si es muy buena idea...—susurra.

Louisa malinterpreta inmediatamente y se muerde los mofletes.

—Usted perdone. No quiere venir. Lo comprendo. Es...

—No, o sea, sí. Claro que quiero. ¿De qué estás hablando?

A Louisa le tiemblan las manos. Piensa que ojalá fuera igual de buena abandonando que siendo abandonada, pero ahora ya es tarde.

—Entiendo que estés enfadado, pero solo quiero ayudarte a encontrar el cuadro y las cenizas, no quiero que por mi culpa...

—Ya lo sé, por Dios, lo sé, no me refería a eso...

—¿A qué te referías entonces, si se puede saber?—responde, con su talento sin igual para pasar de abogado defensor a fiscal en un segundo.

—Me refiero a que a lo mejor no es tan buena idea meternos en el coche de una desconocida—susurra Ted intentando que la susodicha no lo oiga.

—¿Quieres recuperar el cuadro o no? ¿Te preocupa que nos robe una anciana o algo así?—susurra Louisa con tanta pericia que la taxista solo consigue oírlo absolutamente todo. La mujer se ríe mirando a Ted.

—¿Miedo? ¿Miedo de mí? Soy vieja, mucho. Peligrosa como croqueta, ¿eh?

—A Ted le da miedo todo—la informa Louisa muy solícita.

—¡No es cierto!—protesta ofendido, aunque, en ese momento tiene la mala suerte de que ladre otra vez un perro a lo lejos y él salta como si le hubieran puesto chinchetas en los calzoncillos.

—¿Miedo a perro?—pregunta la taxista.

—Muuuuuucho miedo a perro—asiente Louisa.

Ted se vuelve hacia ellas con las piernas muy separadas y se lleva las manos a la cadera en la pose de un Superman muy cabreado y bajito.

—¡En absoluto me dan miedo los perros!

TREINTA Y SIETE

Desde luego que le dan miedo los perros. Lo aterrorizan. Pero no ha sido siempre así, solo desde el funeral de su padre.

Hace veinticinco años estaba sentado en la iglesia con sus amigos. Oyeron pasos por detrás y Joar se giró como siempre, con los puños listos para la guerra. El párroco que venía por el pasillo brincó sobresaltado.

—Lo siento, no me lo esperaba—dijo sonriendo.

—¡No te acerques por la espalda a la gente dentro de una iglesia, psicópata!—le espetó Joar.

—Yo... trabajo aquí—se defendió el hombre.

—Como si me importara, psicópata.

El cura puso cara de no saber muy bien qué hacer con esa información, así que optó por volverse con gesto compasivo hacia Ted.

—Lamento mucho la pérdida de tu padre.

—¿Por qué? ¿Lo has matado tú?—soltó Joar tan de inmediato que hasta a Ali la pilló desprevenida. Se volvió hacia ella malhumorado primero y sorprendido después, y añadió—: Bueno, ¿fue él o no?

Ted se echó a reír a carcajadas y enseguida el resto se sumó. ¡Cómo necesitaba eso el chico, por Dios!

El párroco se lo tomó con una tranquilidad admirable, eso los adolescentes tuvieron que reconocerlo, salvo por un ligero temblor en la comisura de los labios y un efímero brillo en el rabillo del ojo. Asintió con la cabeza mirando a Ted y prosiguió su camino sin precipitarse, recogiendo los libros de himnos y los paraguas olvidados en los bancos. En cambio, Joar, que tenía fuerzas de sobra para controlar cualquier cosa excepto su lengua, no pudo refrenarse.

—Entonces, ¿lo ha matado Dios?

—¿Cómo?—respondió el cura.

Joar levantó las manos como si lo atracaran.

—No se enfade, ¿vale? Pero cuando alguien se pone enfermo y se recupera siempre decís que ha sido Dios, así que es muy cobarde escabullirse de la responsabilidad cuando alguien muere.

No sería acertado decir que al cura pareció divertirle la cuestión, pero lo cierto es que aparentaba no estarlo pasando mal.

—Yo creo que el plan de Dios a veces incluye un significado que no vemos—dijo dubitativo.

—O sea que Dios lo asesinó a propósito, ¿no? Como parte de su plan—persistió el joven.

Puede que en ese momento el cura sí pusiera un poco cara de desear haberse ido a casa a comer, pero respondió con toda la paciencia que su formación le permitía reunir.

—Me temo que no tengo todas las respuestas. Por eso se llama «fe».

Joar, que no había asistido a ninguna clase de Ciencias en todo el trimestre, replicó con una seguridad bastante impresionante dadas las circunstancias.

—Vale. Si quiere respuestas, tenemos una cosa llamada ciencia.

Si el pastor se sintió insultado, lo ocultó bastante bien.

—Tal vez una cosa no invalide la otra—sugirió.

—¿Te has reunido con Dios?

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Joar encogió los escuálidos hombros.

—Quiero decir, que Dios habla contigo, ¿no? ¿Es como ver la tele o más como hablar por teléfono?

Las comisuras de los labios del cura bailaron un poco con el comentario, aunque a regañadientes.

—Es probable que sea yo el que más hable de los dos, he de reconocer.

Joar no habría puesto mayor cara de decepción si le hubieran dicho que Papá Noel es en realidad dentista.

—O sea que no dices más que mentiras, ¿no?

—¿Perdona?

Joar levantó los brazos en cruz a tal velocidad que casi les da a sus amigos.

—¿Qué? Todo esto, con una iglesia grande y elegante y pidiéndole a la gente un montón de dinero, ¿y resulta que ni siquiera has hablado con Dios? Yo pensaba que podías pedir favores y eso. ¿Qué mierda de religión es esta?

El párroco respiró profundamente y sonrió brevemente antes de responder:

—A lo mejor deberías pedir a Dios tú mismo.

Joar lo miró verdaderamente sorprendido, como si esperara que el cura sacara una lata con un hilo atado y Dios en el otro extremo.

—¿Y cómo narices voy a hacer eso?

El pastor le señaló amablemente el techo.

—Dios te pertenece a ti tanto como a mí. Puedes preguntar lo que quieras.

Joar se quedó un buen rato pensativo, frunciendo los labios. Luego levantó la mirada hasta el techo, carraspeó a conciencia y dijo:

—Myy bien. ¿Puedes dejar de repartirle cáncer a la gente, cabrón?

Cómo rio Ted con la ocurrencia, en un día así, precisamente. Es posible que le salvara la vida. Y la cara de Joar cuando oyó la risa, puede que nunca se sintiera más orgulloso. Si el cura lo oyó, hizo como si nada, y si el Cielo existía, es probable que Dios también estuviera dispuesto a dejarlo pasar.

—Venga, vamos a comprar pasteles—le susurró Ali a Ted, y se pusieron de pie. Solo en ese momento dio la sensación de que el padre de Ted estaba muerto de verdad. Esa es la razón por la que él siempre se ve a sí mismo como un adulto cuando rememora ese verano, porque, después de ese día, no volvió a ser niño.

Al salir de la iglesia, al artista se le cayó una página del cuaderno. La hoja voló por el pasillo y aterrizó delante de los pies del cura. El hombre se agachó a recogerlo. Lo agarró con firmeza y se quedó sin aliento.

—¿Es esto...?—murmuró asombrado mientras miraba los altos muros de la iglesia.

—¡Lo siento!—dijo instintivamente el artista, como si hubiera cometido un delito.

—No... No, no, no te disculpes—tartamudeó el hombre—. No he visto nunca nada igual. ¿Lo acabas de dibujar? ¿Mientras estabas aquí? ¡Es increíble!

Era un dibujo de las ventanas de la iglesia, de Jesús en la cruz y su cuerpo desnudo y sangrante. El párroco lo volvió a mirar por

última vez, como si quisiera memorizarlo de verdad, y se lo ofreció con amabilidad.

—Algún día tu obra se venderá por millones—dijo sonriendo.

—Te lo puedes quedar, si quieres—respondió él mirando al suelo y encogiéndose de lo incómodo que se sentía.

Era la primera vez que alguien aparte de sus amigos le decía que su arte tenía valor. La primera vez que un adulto aparte de un bedel que se llamaba Christian le decía que sus dibujos no eran bochornosos y una vergiienza. El cura se quedó sosteniendo agradecido el dibujo mientras el muchacho salía de la iglesia y desaparecía bajo la lluvia con sus amigos.

—¿Qué te ha dicho el cura?—preguntó fuera Joar. El artista le contó la verdad.

Un minuto después, la puerta de la iglesia se abría de nuevo y Joar entraba a toda velocidad y le arrebataba el dibujo al pastor. El chico lo miró con cara de lamentarlo, pero de su boca salió un «¡si vale millones, ni hablar!».

Y se fue por donde había venido. El párroco se rio a mandíbula batiente. Quizá Dios también.

Los cuatro adolescentes cruzaron el jardín de la iglesia y saltaron por encima de un murete que había en un lateral. Pasaron junto al salón parroquial, donde una familia feliz acababa de celebrar una fiesta. Esa mañana, antes del funeral del papá de Ted, el pastor había oficiado un bautizo. Muchos años más tarde, Louisa dirá en un tren que lo mejor de los bebés es que nos recuerdan que la vida sigue, pero ese día Ted no pudo pensar demasiado, estaba ocupado con la escandalera que formaba Joar. Pasaron por delante de la puerta de la cocina, donde el personal de limpieza había dejado algunas bolsas de basura negras. Joar les dio patadas a todas, ya

que él era uno de esos críos, todos conocemos a uno: un pateador. La primera sonó a estar llena de papel; la segunda, a estar llena de plástico; pero la tercera sonó... diferente. Joar y sus amigos frenaron en seco y se quedaron mirándola.

—¿Ha sido eso...?—susurró Ali.

—Ha sonado a...—coincidió Joar.

Con cautela, le dio otra patada a la bolsa. El sonido era tan fácil de identificar para un niño como el de la furgoneta de los helados doblando la esquina: la bolsa estaba llena de latas de refresco y botellas de plástico.

—¡A cobrar el depósito!—siseó Ali.

Al segundo, Joar se había echado la bolsa por encima del hombro y los cuatro amigos salían corriendo tanto como les daban las piernas con los cuerpos rebosantes de risas. Oyeron el grito iracundo de alguno de los limpiadores, pero nadie se molestó en perseguirlos.

—¿Cuántas pinturas y lienzos y mierdas de esas crees tú que podemos comprar con esto?—preguntó sonriente Joar al artista.

Fue un buen día. Un día extraordinario. O al menos lo fue hasta que pasaron por delante de una casa con un jardín descomunal y Ted vio otra bolsa de basura negra exactamente igual que la que llevaba Joar a la espalda. Eso solo podía significar una cosa: más dinero del depósito.

—¡Ted! ¡Espera!—gritó Ali, pero era tarde.

No es que el chico estuviera particularmente desesperado por el dinero; solo quería triunfar en algo. Hacer algo, aunque solo fuera una vez, que valiera la pena. Quería ser el héroe, y que no siempre lo fuera Joar. Así que trepó por la valla y salió corriendo en dirección a la casa para coger la bolsa de basura. En su defensa, salió bastante bien, ni una sola persona de dentro de la casa lo vio. El

único problema fue que la gran bolsa negra no era tal cosa, sino un gran perro negro. Fue entonces cuando los cuatro amigos descubrieron que Ted necesitaba desesperadamente unas gafas.

Nunca en su vida, ni antes ni después, ha corrido tanto como en ese momento. Corrió como un hurón en llamas al que le pisa los talones un animal salvaje que ladra y aúlla. Después de ese día, no era a los perros a los que les tenía miedo, sino a la muerte. Por el rabillo del ojo veía la lengua colgando entre colmillos afilados como cuchillas y se imaginaba el sonido que producirían si se hundieran en su carne y le trituraran los huesos. Soñaría con ello mil veces. Si Joar no hubiera correteado junto a la valla para distraer al perro un momento, Ted no habría logrado escapar. Por desgracia, lo único que se le ocurrió a su amigo fue lanzar al jardín la bolsa entera de latas y botellas. El ruido confundió a la gran bestia negra y, cuando Ted saltó la valla, Ali se encaramó a ella de un salto y gritó con todas sus fuerzas.

—¡AAAAAAAAAARRRRGGGGGHHHHHH!

El perro vaciló un momento y siguió ladrando como un lunático, aunque retrocedió dos pasos. Ted siempre lo recordaría como el momento en que Ali asustó a la muerte y la hizo batirse en retirada. Ni siquiera la muerte tenía energías suficientes para discutir con ella.

Con el chico ya en el lado bueno de la valla, doblado y jadeante, y con sus tres amigos mirando anhelantes el tesoro que había quedado desparramado por el césped alrededor del furioso perro, Joar musitó:

—Joder, casi todas las botellas son de agua burbujeante de esa. ¿¡Qué clase de imbécil paga por agua!?

—Se llama agua mineral—le corrigió Ali.

—Tú sí que eres un cagarro mineral—informó Joar.

Y se pelearon. Entonces, un adulto que había oído al perro ladrar gritó algo desde el interior de la casa y los jóvenes echaron a correr otra vez.

—Lo siento, lo siento—repetía sin parar Ted, pero sus amigos se partían de la risa.

—Ya conseguiremos el dinero para pinturas de otra forma—prometió Ali.

—Menos mal que el perro te perseguía a ti, Ted, porque tienes un culo diminuto. Si hubiera perseguido a Ali, la habría mordido enseguida—afirmó Joar exultante.

Ali miró a Joar e hizo lo más amable que los chicos le habían visto hacer nunca: no decir nada y dejarle ganar. Solo esa vez. Es imposible amar más a nadie cuando tienes catorce años.

Veinticinco años después, Ted está en un aparcamiento junto a una estación de tren y mira un taxi. Tiene la americana arrugada, los zapatos llenos de tierra, la cara magullada y la muñeca desnuda cuando la levanta para mirar la hora. En algún rincón, en mitad de la noche, un perro ladra, pero no son los perros los que asustan a Ted. Nunca lo han sido.

TREINTA Y OCHO

Los seres humanos son capaces de la estupidez más supina. Decimos que el nacimiento de un bebé es un milagro, cuando lo verdaderamente milagroso es todo lo que viene después. El artista solía sentarse en un ventanal de su apartamento a mirar a la gente de la calle y murmurar: «Los dinosaurios se extinguieron, pero ¿tú y yo y todos estos idiotas logramos sobrevivir? No hacemos más que buscar maneras de destruir todo lo que nos mantiene vivos, y ¿seguimos aquí?».

Entonces Ted solía acercarse al equipo de música del comedor y poner Ópera para recordarles que los humanos también son capaces de... eso.

—¿Cómo puede haber espacio dentro de una persona para algo tan bonito?—susurró una vez el artista mientras escuchaban a Maria Callas.

Entonces Ted pensó en el mito de Zeuxis y Parrasio y en la cortina que no era una cortina, y en que la voz de Maria Callas sonaba como la sensación que suscitaban los cuadros del artista: como si fueran más reales que la realidad.

—Pero no hay espacio suficiente. El arte es lo que no cabe dentro de una persona. Lo que rebosa—dijo Ted.

—A veces eres muy inteligente.

Por desgracia, no era cierto. Todo lo que ha hecho Ted en su vida desde entonces sugiere lo contrario.

—¿¡TED!?—repite Louisa, sobresaltando a su amigo.

—¿Por qué gritas?—pregunta mirando aterrorizado todos los rincones del aparcamiento.

—No estás prestando atención.

—La estoy prestando... ahora.

Louisa señala el taxi.

—He dicho que, si te preocupa que te roben en el taxi, no hay necesidad. No te queda nada que te puedan quitar.

—¿De verdad? ¿Eso crees?—responde ofendido Ted enseñándole el brazo en el que solía llevar el reloj.

Louisa mira a la taxista y pone los ojos en blanco.

—La generación de Ted es muy irónica, ¿sabes?

—Ah—responde la taxista con actitud comprensiva.

Ted inhala por la nariz muy irritado, un gesto mucho más complicado ahora que tiene tanta sangre en las fosas. En el fondo, le gustaría matizar que, en este caso, está siendo más sarcástico que irónico, pero se limita a resoplar un «bien».

—¿Bien?—Louisa parece suspicaz.

—Bien.

—O sea... ¿bien? ¿O muy bien? ¿O muy muy bien?

El hombre frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú qué quieres decir?

Ted gruñe.

—He dicho que bien. Vamos al taxi y a intentar alcanzar el tren. A lo mejor morimos, pero qué más da, este día no puede empeorar...

—¡Voy delante!—exclama rápidamente Louisa y, sin pensárselo dos veces, se quita la mochila y se abalanza hacia el coche.

—Entonces tú tendrás que sentarte con Albert—le dice la taxista a Ted.

—¿Perdona?—pregunta, pero ya es tarde.

Albert está sentado en el asiento trasero. Es una planta. Una planta muy muy muy grande. La taxista les explica que su casa es muy oscura en esta época del año y que Albert necesita mucha luz, así que se la lleva al trabajo. Ted mira por la ventanilla: está oscuro como una noche sin luna.

—Buena idea—dice mientras trata de evitar que una de las hojas de Albert se le meta en un ojo cuando el coche da la vuelta en el aparcamiento.

—¿Irónico?—susurra la taxista a Louisa pisando el acelerador como si este tratara de robarle el desayuno.

—Ni idea, Ted es muy complicado—responde la joven antes de acurrucarse encantada mientras el taxi circula a toda velocidad en paralelo a las vías del tren.

—Vamos muy rápido—señala Ted aterrorizado en el asiento trasero.

—¡GRACIAS!—responde la conductora.

—Es probable que no lo diga como un cumplido—aclara Louisa.

—Tienes razón, muy complicado. Los jóvenes de hoy—rezonga la taxista como si dijera una palabrota.

—¿Lo has oído? Te ha llamado joven—dice la muchacha sonriendo en dirección al asiento trasero, pero el destinatario está muy ocupado arrepintiéndose de todas y cada una de sus elecciones vitales.

Louisa mira con curiosidad el vehículo y aprieta todos los botones. A la conductora no le molesta lo más mínimo, simplemente sonríe.

—Como mis hijos. Tocar todo, ¿eh?

La expresión de la joven pasa de la vergijenza al entusiasmo.

—Nunca había estado en un taxi. O sea, he estado en coches patrulla unas cuantas veces, y son un poco como los taxis, ¿no? Solo que ahí las puertas tienen echado el cerrojo.

Sigue apretando botones y, sin querer, enciende la radio. Asustada, intenta apagarla, pero la taxista sacude la cabeza tranquilamente y sube el volumen. Tararea la música que suena.

—¿Qué es eso?—pregunta la joven.

—¡Ópera! ¡En italiano!—grita la conductora.

—¿Sobre qué cantan?

—¡Amor!

—Debe de ser bonito hablar italiano—dice Louisa con tono ensoñador.

—¿Italiano? ¡No hablo palabra!

—¿Cómo sabes que hablan de amor entonces?

La taxista se echa a reír y sube el volumen hasta que los altavoces vibran.

—Amiga, ¡todas las óperas siempre de amor!

En el asiento trasero, Albert duerme apoyado en el hombro de Ted, que a su vez aprieta los ojos cerrados e intenta pensar en cosas felices sin mucho éxito. La gente dice que la ansiedad es sentir miedo sin motivo, pero su cerebro es muy útil a la hora de sugerirle razones. Una vez leyó un libro que decía que las personas con trastornos neuropsiquiátricos necesitaban «hacerse amigos de su cerebro», pero Ted y el suyo no lo son, su relación es de

compañeros de clase obligados a hacer un trabajo grupal llamado «convivir». Y no les está saliendo demasiado bien.

Tú no deberías estar aquí, le dice su cerebro. No deberías ser el único que queda. ¿Qué clase de Dios egoísta priva a la humanidad de un artista de fama mundial y deja a un profesor de instituto neurótico? Ted no puede cuidar a Louisa, ni siquiera puede dormirse sin perderse. No puede hacerse responsable, ni del arte ni de las personas; ni siquiera puede bajarse de un tren sin que le peguen una paliza. Cualquier persona es capaz de llegar a hacer muchas estupideces, pero arreglárselas para perder la misma noche el reloj de su mejor amigo, el cuadro de su mejor amigo y las cenizas de su mejor amigo debe de contar sin duda como un récord de algo.

Maria Callas canta en la radio. Albert es bueno guardando secretos, nadie se enterará de que Ted está llorando encima suyo.

—¿Es su marido?—pregunta Louisa en el asiento de delante mientras señala una fotografía que hay en el salpicadero.

—Sí, mi hombre, sí, sí—asiente sonriendo la taxista enseñándole un dedo arrugado y un anillo desgastado.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados?

—Cuarenta años.

—Guau—se asombra ella. Es una cantidad de tiempo incomprensible para cualquier joven de dieciocho años. ¿Cómo se puede llevar con otra persona más del doble de años de los que ha estado ella consigo misma?

—¿Secreto? Tú sabes todos preguntan: ¿cuál es secreto? ¿Tú sabes? Dar mano—explica asintiendo la conductora.

—¿Darse la mano?

—Todos dicen: ¡No vayas a cama enfadada! Pero ¿tú sabes? Si das mano, muy difícil estar enfadado mucho tiempo, ¿eh? Así que tú

das mano, cuando vayas a dar paseo, cuando veas televisión. Tú das mano, y así sabes: tú y yo. Siempre.

—Suena sencillo—dice sonriendo Louisa.

—¡Otra cosa importante! En restaurante, él pide comida que me gusta, siempre. A mitad de comida, cambiamos platos. ¿Comprendes? Vivís uno con otro, no solo al lado del otro.

Louisa asiente. Nunca ha estado en un restaurante, pero cuando Pez y ella robaban helado, también solían intercambiárselos cuando iban por la mitad.

—¿Son tus hijos?—pregunta señalando otra foto enganchada al salpicadero.

—SÍ, sí. Siete hijos.

—¿SIETE? ¿Habéis intentado tu marido y tú ir al cine y nada más alguna noche?—exclama Louisa. Ted se asoma por entre los asientos delanteros y la regaña:

—¡Louisa! ¡Eso no se dice!

—¿Qué pasa? Solo pregunto. Es decir, me gustan los bebés y eso, pero... ¿siete?

La taxista se limita a sonreír.

—Siete hijos. Todos mayores. Dos, muertos. Pero ahora ¡nietos! ¡Y Albert! Las personas necesitan mantener algo vivo, ¿comprendes? Si no, no personas.

Louisa asiente muy seria.

—Ted odia a los niños. Le dan miedo los bebés.

—¡No me dan miedo los bebés!—protesta el aludido, tan enfadado que golpea a Albert sin querer.

—No, no, eres muy valiente—dice riendo Louisa. La taxista ríe también y Ted las mira a las dos.

—Bueno, pues el revisor del tren se ha creído que estuve en la cárcel.

Se dicen muchas estupideces cuando nos sentimos estúpidos.

—Seguro. Pero por algún delito financiero o algo así. O por ir en bici por la acera.

—Pues podría haber estado en la cárcel, que lo sepas. Y no me dan miedo los bebés—refunfuña, e incluso a él le cuesta dilucidar cuál de las dos mentiras es más gorda.

Albert zozobra cuando giran en una curva y acaba en el regazo de Ted.

—¡Ni perro! ¿Tampoco da miedo perro?—asiente la taxista para darle ánimos.

—Simplemente no soy muy fan...—refunfuña él, colocando de nuevo con cuidado a Albert en su sitio y ajustándole el cinturón de seguridad.

La taxista pisa a fondo y agarra fuerte el volante. Todas las piezas de metal del automóvil chirrían.

—;¡MIRA! ¡AHÍ!

Se oye el tren a lo lejos. La taxista derrapa hasta detenerse junto a los escalones de la estación y Louisa, que ya se había quitado el cinturón, salta del coche aún en movimiento arañando los zapatos de manera que trocitos de goma revolotean como nieve alrededor de sus pies.

—¡Esto seguro que no es una buena idea!—le dice Ted a Albert, que es el único que le escucha últimamente, antes de saltar también del coche y correr todo lo que puede. O cojear, en cualquier caso.

Ve muy por delante de él a Louisa, que sube de un salto un tramo de escalera y se precipita al andén moviendo los brazos y gritando

como una posesa. El tren entra con gran estruendo en la estación y pasa por delante de ella.

—¡ESPERA!—brama la joven, pero el tren ni se inmuta. Ya se ha abalanzado sobre la oscuridad y la noche lo ha engullido.

Así de rápido acaba todo.

Ted se detiene con las manos en las rodillas, tan jadeante que hasta le duele pensar. Oye a Louisa gritarles furiosa a Dios y al universo y a todo, pero ¿qué más da?

Cuando finalmente bajan de nuevo los escalones, Albert y la taxista aún esperan. Parecen apesadumbrados, al menos la taxista. Albert parece simplemente Albert.

—¡Venga! ¡Siguiente estación! ¡Vámonos!—exclama optimista la conductora.

—No llegaremos a tiempo—suspira Ted.

La taxista ríe.

—No, no, claro, no llegamos. ¿Qué crees que soy? ¿Cohete?

—¿Para qué intentarlo entonces?

La taxista se encoge de hombros.

—Próxima estación: objetos perdidos. ¿Puede alguien ha dejado lo que perdiste ahí?

—Lo dudo, es muy valioso—dice Ted desconsolado.

La mujer se vuelve a encoger de hombros.

—A lo mejor gente te sorprende. ¿Qué hacemos sin esperanza, eh? Venga, os llevo.

Vuelven a meterse en el taxi, que ahora circula a una velocidad más civilizada, siguiendo las vías hasta una pequeña ciudad cuya calle mayor es un empedrado que hace saltar a Ted y Albert en el asiento de atrás como si fueran bolitas del pinball. La mayoría de las tiendas parecen cerradas con paneles de madera, aunque hay una

pequeña peluquería y un café y, al fondo, una pequeña tienda de deportes con bañadores en el escaparate. Un tanto optimista para esta época del año, piensa Ted.

—¡Ahora Pascua nada más! Pero en verano, ¡vienen todos turistas!—les informa la taxista.

Louisa echa un vistazo fuera, a la oscuridad, con la esperanza de entender qué es lo que atrae al turismo, pero no ve nada más que edificios. Podrían estar en cualquier sitio.

—¡Guau! ¿Qué ha pasado ahí?—pregunta cuando pasan junto a un coche aparcado con la luna cubierta de manchurrones blancos.

—Mierda de pájaro. Pájaros muy grandes aquí. Lo peor de vivir al lado de mar.

Louisa farfulla como si se acabara de atragantar con el aire.

—¿Estamos... cerca del mar?—acierta a decir, boquiabierta.

—¿Cerca de mar? Si giro derecha aquí, estamos dentro de mar—contesta sonriendo la conductora.

En cambio, gira a la izquierda, hacia la siguiente estación de tren.

—Pájaros son como turistas. Graznan y ensucian, pero no les puedes disparar...

Cuando el vehículo se detiene, Louisa abre la puerta y toma unas bocanadas generosas y asombradas de oscuridad exterior. Saben a sal.

—El mar.

Ted no la oye, está ocupado rebuscando en sus bolsillos con pánico creciente.

—¡Ay, Dios mío! No tengo la cartera. Está en mi maleta, en el tren —aúlla desesperado.

—Tengo dinero—dice tranquilamente Louisa mientras se saca del bolsillo algunos billetes arrugados—. Los he sacado de tu maleta del

tren.

La taxista toma el dinero, pasa a Albert al asiento delantero y se vuelve hacia ellos.

—Vosotros dos, cuidaos, ¿eh? No olvidar: ¡hay que dar mano!

No parece ni por asomo que Ted y Louisa tengan planes de hacer eso, aunque ella sí se abraza a sí misma y se despide muy contenta.

—¡Gracias por rescatarnos! ¡Y por traernos! ¡Y gracias por la historia de amor entre tu marido y tú!

Ted es más comedido:

—Gracias por... todo—dice intentando con todas sus fuerzas parecer alguien a quien no le dan miedo los perros.

La taxista lo mira una vez más de arriba abajo.

—¿Cómo se dice? ¿Primer día de resto de tu vida? Pues eso: ¡vívela!

Ted ya tiene bastante faena con intentar sobrevivir a esta noche, pero la taxista se lo queda mirando fijamente hasta que él no se atreve a hacer otra cosa que no sea asentir. Entonces, Albert y la anciana giran en su coche y se adentran por una larga carretera hacia el amanecer. Ted los observa mientras se alejan y, exhausto, piensa que da igual si la vida es larga o corta, el problema no es el tiempo, sino la velocidad. Pasan muchísimas cosas cuando estás vivo, todo va rematadamente rápido, ¿cómo se supone que tiene uno tiempo de ser humano?

Louisa, detrás de él, carraspea un par de veces.

—¿No me vas a dar las gracias? ¿Por pagar el taxi?

Ted levanta las cejas.

—¿Con mi dinero?

—Puedes dar las gracias igualmente, ¿no?—señala la joven ofendida, y empieza a caminar hacia el letrero de «Objetos

perdidos» de la estación.

Ted la sigue, lanzando un suspiro que podría derribar árboles. Es la primera noche del resto de su vida y comienza con un «chof».

—¡Cuidado con la caca de perro!—exclama Louisa, un segundo demasiado tarde.

TREINTA Y NUEVE

Tiene gracia lo que recuerda el cuerpo mucho después de que el cerebro haya olvidado. El olor del mar, un «chof>».

—¡CUIDADO!—grita Ali un segundo después de que Joar pise una caca de perro.

—¡Aaaaaajjjjjjj!

—Hay una caca de perro ahí—informa diligente Ali.

Joar respondió saltando a la pata coja e intentando limpiarse en ella, y luego en Ted y el artista mientras ellos chillaban muertos de miedo y de risa. Era mediados de julio, esa época de cada año en la que te preguntas de repente adónde han ido a parar todas las demás, como si te hubieran atracado. El ecuador de las vacaciones de verano es un tipo de tristeza muy específica.

—¿Qué es eso?—preguntó de pronto el artista, y todos dejaron de reír.

Ese fue el día que se encontraron el pájaro muerto. Fue el principio del fin del verano.

Había estado lloviendo varios días, aunque ese en concreto les estaba dando una tregua. Habían ido corriendo al embarcadero por la mañana, compitiendo a ver quién se podía quitar más rápido la ropa interior y lanzarse al cielo. Luego se habían secado al sol

mientras se comían las galletas que Ted había traído de su casa y se bebían la Coca-Cola que Joar había robado.

—Qué bien huele siempre después de una noche de lluvia—observó Ali.

—Petricor—respondió Ted.

—¿Qué?—respondieron al unísono tres bocas sorprendidas.

Él evitaba sus miradas porque siempre le cohibía tener que explicar algo y le preocupaba parecer condescendiente.

—Petricor. Se llama así. El olor de la lluvia. La gente suele decir que es la tierra lo que huele, pero de hecho se nota más cerca del asfalto y la piedra.

—¿Y en un embarcadero, a lo mejor?—dijo Ali pateando su superficie como si fuera un buen amigo viviente.

—¿Cómo narices sabes estas cosas?—preguntó Joar.

—Lo leí en un cómic. Decía que la gente puede oler la lluvia con más intensidad que los tiburones el olor de la sangre.

—Deberías hacerte profesor—sugirió su amiga.

—Sí, deberías—coincidió el artista.

Tal vez eso bastó para que sucediera.

—¿Por qué iban a necesitar los tiburones oler la lluvia?—masculló Joar.

Y todos se echaron a reír. Primero de él, pero después con él.

—¿Viste la tele anoche? ¿El programa sobre la millonaria que perdió todo su dinero?—preguntó Ali.

—Sí, le está bien empleado—refunfuñó Joar.

—No digas eso, me sentí mal por ella.

—¿Por qué? ¿Por qué te vas a sentir mal por ella? ¡Casi todo el mundo es pobre, joder!

—Sí, pero hemos sido pobres toda la vida. Ella acaba de empezar.

Como es habitual, estuvieron discutiendo el tema un buen rato. Así sabías lo inabarcable que eran las imaginaciones de Joar y Ali, porque, de no ser así, dos personas que se querían tanto no encontrarían tantos temas por los que pelearse.

—Entonces, ¿cómo vamos a conseguir dinero suficiente para pinturas, pinceles y lienzos y todo lo del cuadro?—preguntó Ted.

—No hace falta...—murmuró rápidamente el artista—. Podemos olvidarnos del concurso.

Pero de eso ni hablar, faltaría más.

—¿A lo mejor podemos ofrecer a Ali como cantante? La gente la podría contratar para enviársela a alguien que odie—sugirió Joar.

—A lo mejor podemos vender una de tus dos neuronas—replicó a voz en cuello Ali, que se puso de pie para recoger algunas piedras que lanzar al agua, uno de sus pasatiempos favoritos aparte de tirárselas a Joar.

—A lo mejor le podríamos vender tu cara a alguien que quiera disfrazarse de pánfila.

Ali suspiró decepcionada.

—¿De qué hablas? ¿Ese es tu mejor insulto?

Joar se puso colorado.

—A lo mejor te cuesta un poquito entender un insulto porque eres una pánfila.

Llevaban así todo el día. Los puede haber peores cuando tienes catorce años, mucho peores. El artista se había tumbado bocarriba con el mar en las fosas nasales y las voces de sus amigos en el oído, un sentimiento con el que pintaría el cielo con el tiempo. El paraíso es el verano.

Luego, camino de casa, oyeron un «chof». Ahí fue cuando Joar pisó una caca de perro. Cuando intentó limpiarse en Ted, Ali

bromeó:

—A Ted no le da miedo porque sea caca, sino porque es de perro.

—No es verdad—protestó él.

Había pasado poco más de una semana desde el funeral de su padre, cuando había descubierto que necesitaba gafas tras ser perseguido por una bolsa de basura. Todas las noches al volver a casa se encontraba con un hogar oscuro y caminaba sin hacer ruido por habitaciones con eco, recogiendo latas de cerveza vacías. Cada mañana sus amigos se metían con él sin parar para evitar que se ahogara en el silencio porque no sabían qué otra cosa hacer.

Ali fingió ponerse muy seria.

—A lo mejor es caca humana, Ted. ¿Te sientes mejor si es así?

—¡No!

—Uuuuuj, ¿y si es caca humana?—exclamó Joar.

Se quitó el zapato y lo restregó contra el borde de la acera. Un poco de caca fue a parar a su dedo, así que puso cara de querer restregar toda la mano. Ali se echó a reír, pero por desgracia llevaba la boca llena de galletas, así que las migas salieron disparadas como perdigones y le dieron en la cara a Ted, que puso tal expresión de asco que hasta el artista se echó a reír.

—¡Oh, no! Migas en la cara, Ted preferiría seguramente tener caca de perro en los pantalones.

Se rieron tanto que Ali empujó sin querer a Joar contra un arbusto. El chico desapareció, pero volvió a salir de un salto como una estríper de una tarta de cumpleaños. Fue en ese momento cuando el artista vio algo.

—¿Qué es eso?—preguntó.

Más adentro, en el arbusto, había un pájaro enredado en una red.

—¿Respira? Ponlo de lado. ¿Hay que hacerle el boca a boca?—Las preguntas salieron de Ali como un torrente confuso, una detrás de otra, porque se le daban bien un montón de cosas, pero casi ninguna cuando se estresaba.

—No deberías hacerle el boca a boca con tu aliento...—replicó Joar alejando su cabeza de la de ella.

—Son las galletas...—masculló Ali tapándose la boca con la mano.

Ted se inclinó para coger el pájaro, pero Joar le apartó rápidamente la mano de un manotazo.

—¡No hay que tocar a los pájaros! Su madre no lo aceptará otra vez si lo haces.

Ted se acercó al pájaro.

—Este pájaro parece lo bastante mayor para estar jubilado. Seguramente no necesita una madre—dijo vacilante.

El artista también se inclinó hacia delante.

—Además, está muerto—añadió en voz baja.

Joar metió la cabeza en medio del arbusto.

—Vale. Sí que parece un poquito gris alrededor de las plumas—concedió.

—Y muerto—señaló Ali.

Joar lo liberó con cuidado de la red. El artista cavó un pequeño agujero en el suelo y lo enterraron allí. Como Ted era el responsable de las palabras, todos lo miraron a él cuando Joar consideró que debían decir algo, así que su amigo repitió lo mejor que pudo las palabras que el párroco había dicho en el funeral de su padre.

—Hay un tiempo para cada cosa. Un tiempo para nacer y otro para morir. Un tiempo para plantar y otro para arrancar de raíz. Un tiempo para llorar y otro para reír. Un tiempo para extrañar a los fallecidos. Un tiempo para bailar.

Cuando se quedó en silencio, Joar se secó los ojos y Ali hizo unos pocos pasos de baile tristes. El artista cubrió la tumba con tierra. Fue entonces cuando oyeron un piar que venía del arbusto y encontraron un segundo pájaro que seguía vivo.

Estaba atrapado en la red, raquítico y abandonado. Los amigos dudaron un momento.

—Hazlo tú...—le susurró Ali al artista al ver que él era el único que podía levantar al pájaro y sacarlo de la red sin que se resistiera.

Hay personas que tienen esa clase de manos, como si todos los seres vivientes supieran de forma instintiva que les está tocando una persona que nunca les haría daño. Con cuidado, lo sostuvo en el aire, pero el pájaro no salió volando, como si no se diera cuenta de que era libre.

—A lo mejor está herido por dentro—dijo con tristeza Ted.

—Puede que solo esté asustado—apuntó Joar.

—Es lo mismo—añadió suavemente Ted.

—¿Tenemos algo donde lo podamos meter?—preguntó Ali.

—Yo sí—dijo el artista y, con su mano libre, sacó cuidadosamente una caja de su mochila.

Los otros tres se quedaron mirando el recipiente, un poco preocupados, incluso el pájaro, pero Ali fue la única que se atrevió a preguntar.

—¿Es ahí donde guardabas todas las pastillas?

—Ajá—asintió el artista.

—¿Qué más da? Si queda alguna, es un analgésico. Somos mejores que el veterinario—declaró Joar, y ayudó al artista a tumbar al pájaro en la caja como un veterinario nunca haría.

Joar cargó con el animalito todo el camino. Cuando empezó a llover, protegió con su cuerpo la cajita y, al aparecer a lo lejos sus

casas, dijo con determinación:

—Yo me lo llevo a mi casa, mi madre sabrá cómo salvarlo.

Ninguno de sus amigos se atrevió a llevarle la contraria, pero, incluso Ali, que era la reina de las malas ideas, sabía que esta lo era.

Detrás de ellos, la lluvia y el viento agarraron sus infancias y desaparecieron.

CUARENTA

Ted es idiota. La oficina de objetos perdidos está cerrada. Cómo no iba a estarlo de madrugada, ¿en qué estaba pensando? Lo único positivo que tiene la oscuridad es que nadie puede verlo sonrojarse ante su propia estupidez.

—Me puedo colar—asegura con entusiasmo Louisa.

—Ni hablar, no nos vamos a colar.

Vuelve a probar a abrir la puerta cerrada con llave, como si pudiera cambiar de idea de pronto, y suelta una palabrota muy muy gorda dentro de su cabeza. Está tan cansado de viajar, y de sí mismo. Piensa en lo raro que era el artista: cada vez que hablaba de los viajes que había hecho a los veinte, su voz sonaba chispeante de alegría. Una locura, piensa Ted.

—No tardaré nada. Ni siquiera es una cerradura complicada—insiste Louisa.

—No vamos a colarnos.

—¿Y qué vamos a hacer entonces?

—Pues no lo sé, porque no dejas de hablar y no puedo pensar.

—Vale. ¿Has acabado de pensar?—dice tras unos nueve segundos.

—No.

Trascurren quince segundos.

—¿Y ahora?

—¡No!

—A ver, ¿hola? ¿No puedo colarme mientras tú piensas?

Ya ha sacado los destornilladores de la mochila y está preparada.

—¿Podrías intentar no... no ser tú misma durante dos minutos?—suplica.

—¿No sería más fácil que tú no fueras tú?—sugiere ella de camino a la puerta.

—¡No! ¡Espera!

Solo voy a...

—¡Para he dicho!

—¡Pero si será un segundo! Solo voy a...—insiste, pero él pierde los estribos.

—¿Se puede saber qué te pasa? Si está cerrada, ¿cómo puede nadie haber dejado algo desde que nos bajamos del tren?—espeta mucho más enfadado de lo que pretendía.

—Oh—dice Louisa mientras baja a regañadientes los destornilladores.

—Estate quieta. ¡Esto es CULPA TUYA desde el principio!—brama de un modo tan inesperado que Louisa se sobresalta, como si le hubiera lanzado un objeto.

Ted nunca se ha arrepentido de nada tan rápidamente en toda su vida. Louisa retrocede tan rápido que tropieza consigo misma.

—(¿Crees que no lo sé?—dice en voz baja, mordiéndose el labio inferior para que él no vea que le tiembla.

—Lo siento, no ha sido mi intención...—dice Ted, pero ya es tarde.

Ella levanta los brazos y parpadea frenéticamente.

—No, no, tienes razón. ¡Es culpa mía! Por eso desde el principio no quería el cuadro. Sabía que te decepcionaría tarde o temprano,

por eso era mejor si yo...

Trata de dar con las palabras intentando no llorar. Su lengua busca un lugar donde esconderse mientras le castañetean los dientes. Ted se siente más culpable que nunca, porque en ese momento se está viendo a sí mismo cada vez que su madre levantaba la voz. Cuando un adulto le grita a un niño es un acto de violencia, eso lo saben en el fondo todos los adultos porque fueron niños en su día. Y, sin embargo, todos lo hacemos. Una y otra vez, fracasamos como seres humanos.

Así que, cuando Louisa es incapaz de dar con las palabras que explican cómo se siente, Ted las dice por ella tan afectado que su voz vibra en cada consonante.

—¿Quizá sería mejor que... me dejes ahora mismo? ¿Es eso lo que ibas a decir? ¿Que es demasiado terrorífico tratar de gustarle a alguien? ¿Que es más fácil rendirse?

—Sí—susurra ella.

Ted respira tan profundamente que las costillas le repiquetean debajo de la americana.

—Pensé en abandonarte mucho antes de que lo hicieras tú. Pensé en bajarme del tren cuando fui al lavabo—confiesa dando pie a un nuevo récord de silencio entre ellos.

—Somos malísimos abandonando a la gente—musita ella finalmente.

—Deberíamos practicar—dice Ted sonriendo.

Ella también sonríe. Probablemente tengan más cosas que decirse, pero no les da tiempo porque les interrumpe una voz detrás de ellos, en la oscuridad.

—¡Ah, estáis aquí los dos!

Lamentablemente, la voz no sabe la clase de noche que han tenido ni el efecto que una voz en la oscuridad, en el andén desierto de una estación, puede tener en ellos ahora mismo. Ted se gira aterrorizado, con la cara roja como solo puede tenerla un hombre de mediana edad que no puede llorar y resultar atractivo. Louisa se vuelve con un destornillador en cada mano y los ojos desorbitados por la furia, preparada para la guerra. La mujer ante ellos casi se cae a la vía.

—Yo... yo—tartamudea.

Es la madre del tren. Un poco más allá hay un hombre de pie con un carrito de bebé y cara adormilada y aterrorizada, dos emociones nada fáciles de combinar. Louisa carraspea como corresponde a quien ha estado a punto de atacar por error a la madre de alguien con destornilladores, que esconde rápidamente detrás de la espalda. Ted se seca la cara con la manga de la americana.

—Eh... hola—logra decir Louisa.

—¿Qué... qué haces aquí? ¿A estas horas de la noche?—pregunta Ted.

—¡Os estaba esperando!—dice la madre sonriendo con entusiasmo cuando recupera el equilibrio. Entonces ve la cara de Ted y exclama—: ¡Ay, madre! ¿Qué te ha pasado?

Al principio Ted no entiende a qué se refiere, hasta que se mira a sí mismo como si le hubiera tomado el cuerpo prestado a otra persona. Tiene los pantalones rotos tras saltar una valla, la americana está como si se la hubiera encontrado en el bosque, las gafas llenas de cinta a duras penas se mantienen sobre la nariz y su rostro no solo tiene marcas de lágrimas, sino también de chichones y moratones.

—Es una historia muy larga...—empieza a explicar con resignación.

—¿Estás bien? ¿Llamo a un médico?—pregunta la madre, típico en ellas.

—No te preocupes.

—¿Tienes hambre? Llevo galletas en el carrito. Tienes que comer —dice y, sin esperar la respuesta, exclama—: ¡Cariño! ¿Me traes las galletas?

El hombre con el carrito se acerca con muchísima desconfianza, como si acabara de leer un letrero que dice: «Prohibido dar de comer a los animales».

—No, gracias, no tengo ham...—intenta decir.

—¡COME!—ordena la mujer con ternura, aunque con mayúsculas.

El hombre le dirige a Ted una mirada que indica de manera clara y concisa que le recomienda encarecidamente que coma. Así que Ted obedece y Louisa también.

—Vas a ser una buena mamá...

—¿Qué has dicho?—la mujer dice sonriendo con severidad, con un gesto de que desaprueba claramente que Louisa le hable con la boca llena.

—Nada...—masculla antes de engullir otra galleta.

El hombre le dirige un discreto carraspeo a su mujer.

—Amor, ¿quizá podrías...?

Al principio, la mujer mira horrorizada, luego dice con voz aguda y cantarina:

—¡Ay, sí! ¡Perdón! El revisor os vio a los dos bajar sin vuestras cosas. Y mi marido venía a recogerme a esta estación de todas formas, así que me las iba a llevar y dejarlas en la oficina de objetos

perdidos. Pero está cerrada, claro. Soy tan olvidadiza. Supongo que es un despiste de mamá.

Sonríe como si ellos tuvieran que saber a qué se refiere, de manera que Louisa y Ted se limitan a asentir educadamente y seguir comiendo galletas. Están agotados, no puede decirse que les funcione el cerebro con una agudeza brillante ahora mismo, así que tardan unos segundos en entender lo que les está diciendo. Es entonces cuando se percatan de lo que tiene consigo: la maleta de Ted y la caja con el cuadro.

—¡SÍ! ¡sí! ¡SÍ! ¡SÍI—exclama Louisa, desperdigando migajas por todo el carrito. Su voz retumba por toda la estación.

Siente tal alivio que se marea, luego empieza a reír como una histérica y hasta habría abrazado a la mujer si hacerlo no requiriera contacto físico.

—Perdone—se disculpa Ted en voz tan baja que nadie lo oye.

—¡Espero que no se haya roto nada!—exclama encantada la mujer—. La caja parece que lleva algo frágil.

—;¡Es genial! Es perfecto, de verdad—asegura Louisa mirando la caja.

—Perdone...—repite en vano Ted.

—¡Y aquí está tu maleta, Ted!—dice Louisa mirando en el bolsillo como si estuviera pensando en señalar que alguien le ha robado el dinero antes de darse cuenta de que ha sido ella.

Ted se recoloca las gafas y se apoya sobre el pie contrario.

—Perdone...—logra decir al final—, había un recipiente pequeño también. Estaba al lado de mi maleta, de este tama...

La mujer se vuelve hacia él, despreocupada.

—SÍ, pero estaba vacío, ¿verdad?

Ted zozobra como si el mundo se estuviera moviendo.

—¿Cómo... dice?

La mujer inclina la cabeza hacia un lado.

—Ah, ¿no estaba vacío? Era tan ligero. Pensaba que era... basura.

Ted abre la boca, pero su grito es sordo. Louisa mira a Ted, luego a la mujer y después el cuadro, entonces se derrumba como un castillo inflable pinchado.

—¿Qué... qué ha pasado con él?—pregunta sin atreverse a oír la respuesta.

La mujer se rasca la cabeza nerviosa.

—Creo que el revisor lo tiró. ¿Era importante? Ay, no, ahora me siento estúpida... Vaya, es este despiste de mamá...

Ted se recompone, pero la voz se le quiebra cuando trata de susurrar:

—NO, no, por favor. No piense eso. Ha hecho más que suficiente, de verdad. Esta caja grande es la más importante. Lo otro era... Ay, no se preocupe. Gracias, de verdad. Ojalá pudiera recompensarla de alguna forma, pero...

La mujer sacude la cabeza.

—¡De ninguna de las maneras! Me alegro de haber sido de ayuda. Vosotros me ayudasteis a ir tranquila al lavabo en el tren, una madre nunca olvida una cosa así—le dice con una sonrisa a Louisa, que a su vez coge en brazos la caja que contiene el cuadro, paralizada en silencio ante la comprensión de que las cenizas del artista han desaparecido.

—Gracias. Muchas gracias—repite Ted con voz marcada.

Pone la mano con delicadeza sobre la caja, tocando casi la de Louisa en un intento de consolarla.

La mujer sonríe feliz y escribe su dirección y su teléfono en un trozo de papel que le ofrece a Ted.

—Si alguna vez volvéis a pasar por aquí, llamad, por favor. Tenemos una habitación de invitados y seréis bienvenidos.

Ted no sabe muy bien qué responder, así que escribe su nombre y su número de teléfono en un fragmento de papel y se lo da a la mujer. ¿Para qué iba a quererlo nadie? Piensa él, avergonzado.

La mujer y el hombre se despiden con la mano, dan media vuelta y desaparecen en la noche con el carrito. Ted se queda de pie con el trozo de papel en la mano. Louisa mira aquello como si fuera un tesoro increíble. Una habitación de invitados, ¿dónde vive esta gente?, ¿en un palacio?

—Vamos—murmulla, agarrando con más fuerza la caja del cuadro y emprendiendo el camino.

—¿Adónde vas?

—Tenemos que encontrar un taxi y seguir al tren. Tenemos que recuperar las cenizas.

Pero Ted no la sigue. Se queda donde está y juraría que oye el aleteo de una bandada de aves que alza el vuelo a cierta distancia.

—No, no, espera...

Louisa se vuelve y lo malinterpreta de nuevo. No es por presumir, pero no se le da mal malinterpretar.

—¿No quieres que vaya contigo? Sé que todo es culpa mía. Déjame solo ayudarte a...

Ted mueve lentamente las manos como si intentara dar indicaciones de aterrizaje a un avión, lo cual debe de ser más o menos igual de complicado que conseguir que Louisa deje de hablar. Muy nervioso, se quita las gafas y se las vuelve a poner, varias veces. Cuando todo esto acabe va a necesitar cantidades ingentes de cinta.

—No, Louisa, no es culpa tuya. No debería haber dicho eso antes. Siento que esto no haya salido como imaginabas. Toda tu vida has soñado con el cuadro y los niños del cuadro y al único al que has podido conocer es... a mí. Y yo solo he sido... yo, todo el rato. Ojalá hubieras conocido a los otros. Te habrían gustado.

—Tú me gustas—susurra, como si estuviera a punto de ser abandonada.

Ted se rasca las pronunciadas entradas.

—Lo último que me pidió mi mejor amigo que hiciera antes de morir fue que cuidara del cuadro y de ti. He fracasado en ambas cosas. Siento que esto no haya resultado ser un cuento de hadas. ¿Qué es lo que dijiste que sentías al ver la postal del cuadro cuando eras pequeña? ¿Que soñabas con poder dormirte y despertar en el embarcadero? ¿Y que... aprenderías a nadar?

Louisa se seca las lágrimas en la caja que lleva en brazos.

—Siento que hayas tenido que hacerte responsable de mí, Ted. Siento ser... yo, ¿vale? Lo siento por todo. Pero vámonos, va. Tenemos que encontrar un taxi y seguir al tren y...

Pero Ted no se mueve. Simplemente se mete las manos en los bolsillos y mira al cielo nocturno, respirando profundamente y percibiendo los olores a mar y caca de perro. Piensa en todo lo que ha muerto, pero aún más en todas las cosas que siguen vivas.

—¿De verdad puedes abrir puertas cerradas con llave?—pregunta después de un buen rato.

—Pues claro que sí—resuella, como si cualquier persona normal pudiera hacerlo.

—Entonces vamos. Tengo una idea mejor—dice Ted, que empieza a caminar en dirección contraria.

—No, tenemos que seguir al tren. Tenemos que encontrar las cenizas.

Ted responde y su voz suena chispeante.

—No pasa nada. Él no paraba de repetir lo mucho que le gustaba viajar.

Así que no siguen al tren. Se dirigen a la callecita de las tiendas y buscan la de deportes. Louisa se cuela, dejan el dinero en el mostrador y Ted escribe una nota de disculpa. Cogen toallas y bañadores del escaparate.

Pronto amanecerá. Se dirigen caminando al mar. Y él la enseña a nadar.

CUARENTA Y UNO

Tras encontrar y enterrar a un pájaro y salvar la vida de otro, los cuatro amigos se separaron en el cruce de caminos con sus respectivos «hasta mañana». Ted se giró para mirar por encima del hombro y retuvo el cuerpo de Joar en la retina tanto como le fue posible. No lo sabían entonces, pero solo volverían a nadar juntos en el mar una vez.

Al cabo de un rato, Joar estaba sentado con su madre en el suelo de su cuarto.

—¿Le vomitamos encima?—preguntó nervioso.

Joar estaba absolutamente convencido de que su madre sabría exactamente qué hacer con un pájaro herido, pero la mujer estaba de pie asu lado y ponía cara de no tener la más mínima idea.

—¿Cómo?

—¿No es eso lo que hacen las mamás pájaro con sus crías? ¿No comen y luego van volando al nido y le vomitan la comida en la boca?

—Ni idea—contestó sonriendo la madre, con cara de estar la mar de contenta, como cada vez que su hijo sabía algún dato que ella ignoraba.

—Ted ha dicho que a lo mejor ni siquiera es pequeño, pero ¿cómo narices se sabe eso?—dijo Joar mirando al animal con la suspicacia

de un portero de discoteca que intenta averiguar si el pájaro le ha enseñado un carnet falso.

—Ay, amor mío, ¿me preguntas a mí, con lo idiota que soy?—dijo su madre echándose a reír.

—Tú eres quien mantiene todo con vida—contestó él muy serio.

Y era verdad: las plantas, a Joar y a sí misma, contra todo pronóstico, en un hogar donde lo más normal sería que todo pereciera.

—Qué afortunada soy—susurró abrazando con todas sus fuerzas a su hijo.

—Mamá...—se quejó él poniendo los ojos en blanco.

Pero la madre tenía razón, por supuesto, porque la mayoría de los adolescentes no les devuelven el abrazo a sus madres, así que ella tenía mucha suerte de ser la de este chico en particular.

—¿No tendrá hambre? ¡Hay tarta! En el trabajo han celebrado un cumpleaños y ha sobrado un poco...—sugirió la madre.

Joar se echó a reír.

—¿A lo mejor deberíamos probar primero con agua?

La madre resopló y se dio una palmadita en una mano y luego en la otra, a modo de regañina.

Sí, sí, claro, qué tonta soy. Me pongo tan nerviosa, amor, que digo unas tonterías...

Ella siempre estaba nerviosa y siempre se sentía estúpida. Desde la cocina, le preguntó a Joar si quería tarta, dado que el pájaro no se la iba a comer.

—¿Cagan los osos en el bosque?—fue la respuesta del chico.

Ella se echó a reír a carcajadas y añadió:

—¿Está mojada el agua? ¿Nadan en círculo los patos de una pata?

Llevaban con la misma ocurrencia tonta desde que Joar era pequeño. De algún modo, era como el «hasta mañana» del hijo y sus amigos. Un cariñoso recordatorio de que se tenían los unos a los otros a pesar de todo.

—Tú no eres tonta, mamá, solo tienes mal criterio—dijo dulcemente Joar cuando ella volvió con la tarta y el agua.

—No sé qué significa eso—reconoció ella sonriendo avergonzada, pero enseguida añadió orgullosa—: Pero tonta del todo no seré porque no habría tenido un hijo tan listo. Y yo no te he vomitado encima ni una sola vez, al contrario que alguna mamá pájaro que hay por ahí...

—Yo tampoco sé lo que significa. Se lo oí decir un día a Ted refiriéndose a su hermano mayor...

Ríen, y sus risas eran un sonido tan milagroso en esta casa que las paredes debieron de quedarse pasmadas cada vez que las oyeron. A fin de dar de beber al pájaro gota a gota, la madre tapó con un dedo uno de los extremos de una pajita, un recurso tan inteligente en opinión de Joar que el joven deseó en ese momento que todas las personas que consideraban tonta a su madre pudieran verla.

Porque de la madre de Joar podrían decirse muchas cosas y, por desgracia, la mayoría de la gente las decía a todas horas. Nunca a la cara, faltaría más. Era sin duda un hecho notable que una mujer tan diminuta tuviera tanta envergadura de espalda como para que medio pueblo dijera lo que decía por detrás. Sin embargo, Joar, como solía decirle Ali, tenía «unas orejas descomunales para una cabeza tan pequeña», por lo que, lamentablemente, él ya lo había oído todo desde pequeño. Los vecinos del barrio, las madres del fútbol y los profesores del instituto soltaban con una risilla maliciosa

exactamente los mismos comentarios que escupía la abuela paterna del chico antes de morir: que la madre llevaba tacones demasiado altos y blusas demasiado cortas, que hablaba demasiado y tenía muy poca vergúenza. Ya no tenía edad para esa ropa ni para reír de esa manera ni para ir tan pintarrajeada, menos aún siendo la mamá de alguien. «Pobre criatura», oía Joar que susurraban las señoras en el supermercado, porque ese es el peor cotilleo que existe: el que se disfraza de compasión. La abuela no tenía rival en eso y, a menudo, Joar se ponía triste pensando en su muerte, porque falleció muy vieja y a él le preocupaba que su padre fuera igual de longevo.

No se equivocaban las señoras del supermercado, Joar era una pobre criatura, pero no por su madre, que era lo mejor del mundo entero. Y además no tenía un pelo de tonta; ni uno.

Eso sí, en cuanto al mal criterio... ¿Cagan los osos en el bosque?

Cuando Joar era pequeño, su madre no tenía asiento para niños en la bicicleta, así que lo colocaba en la cesta delantera, como si fuese un perrito. Nunca le ordenaba que se fuera a la cama, no era raro que sugiriera comer helado para desayunar y, cuando Joar la obligaba a comer sano, ella lo llamaba aburrido. A veces, su hijo se metía con ella por una ocasión en que le había prendido fuego sin querer cuando él tenía siete años; una exageración de lo más burda, puesto que le había quemado un trocito del pantalón solamente. Intentaba remendarle un desgarrón; no se apañaba demasiado con la cocina, pero cosiendo era un hacha. Por desgracia, se daba la circunstancia de que les habían cortado la luz esa semana y tenía que hacerlo a oscuras y, sin querer, tiró una vela. En retrospectiva, es evidente que habría sido mejor pedirle a Joar que se quitara los pantalones antes, pero no se puede estar en todo. Cuando era pequeño, su madre lo llevaba al cine y lo colaba en secreto en

películas para mayores. Bueno, quizá «en secreto» no sea del todo preciso; puede que el tipo de la taquilla estuviera colado por ella y fingiera no verlo. Todos los hombres se enamoraban un poquito de su madre. Ni siquiera Joar podía culparlos. Algunos días veían varias películas seguidas y otros, una malísima diez veces seguidas, todo valía con tal de quedarse allí a oscuras donde el mundo olía a palomitas y siempre tenía final feliz. Ni que decir tiene que la mayoría de los niños se cansan de ser el mejor amigo de sus madres, así que ella lo hacía todo con su hijo como si fuera la última vez. Pero nunca lo era, ¡qué afortunada! Las noches de invierno que el padre no estaba en casa, se iban los dos a la pista de patinaje, saltaban la verja y se deslizaban sobre el hielo a la luz de las farolas. Su madre había sido patinadora artística de joven y Joar se quedaba boquiabierto cada vez que ella se deslizaba de espaldas. Él sabía que la pista de hielo era el único lugar en el que ella no tenía miedo. Joar acabó siendo un buen patinador también, tan bueno que tuvo que fingir ser malísimo en una competición de hockey sobre hielo organizada por su colegio cuando él tenía nueve años. No quería que nadie fuera a decirle a su madre que lo apuntara a un equipo porque no podían permitirse pagarlo. Los niños del pueblo que jugaban al hockey no tenían que preocuparse por que les cortaran la luz ni usar periódicos para limpiarse el culo a fin de mes. En cualquier caso, daba lo mismo, porque Joar no quería estar en ningún equipo de hockey. Los dirigían un puñado de padres cabreados que gritaban a sus hijos y él no tenía ninguna necesidad de relacionarse con un imbécil iracundo, ya tenía uno de esos en casa.

Algunas noches se tumbaba bocarriba con su madre sobre el hielo y ella le señalaba las constelaciones. Se las sabía todas porque no

tenía un pelo de tonta. A Joar podría haberle tocado una madre idiota, pero la tuvo a ella. ¡Qué afortunado!

Nada más cumplir doce años, la madre le enseñó a conducir. Dejando de lado el detalle de que el chico apenas llegaba a los pedales, la lección fue la mar de bien, al menos al principio, hasta que Joar preguntó el significado de una señal en particular.

—Ni idea, amor mío—respondió la madre.

—¿No tuviste que aprender eso cuando te sacaste el carnet?

—Yo no tengo carnet, amor mío—anunció ella como si tal cosa—. Gira a la izquierda.

—¿¡Que no tienes CARNET!?—exclamó Joar.

—No, pero qué bonito por tu parte pensar que sí lo tengo—añadió, visiblemente conmovida por la opinión que su hijo guardaba de ella.

—Pero... Joder, mamá. ¿Cómo aprendiste a conducir entonces?

—Me enseñó mi madre.

Joar se quedó mirándola y, para su sorpresa, se oyó a sí mismo preguntar:

—¿Qué haces si te para la policía?

Su madre lo miró llena de orgullo, puesto que era el comentario más respetuoso con la ley que ella le había oído decir nunca.

—Solo me han parado una vez y yo señalé el asiento de atrás, donde estabas tú, y les dije que tenías apendicitis y que íbamos camino del hospital.

—¡Me ACUERDO! ¡Creía que estabas de BROMA!—exclamó Joar.

—Oh, qué dulce eres, amor mío—respondió la madre.

Esa noche dieron vueltas por el pueblo a oscuras y, si ella se lo hubiera permitido, Joar habría seguido conduciendo hasta llevarlos

tan lejos como fuera posible. Pero ella no se atrevía a dejar a su marido y él no podía dejar a su madre. Su cárcel era invisible.

Ahora Joar estaba a punto de cumplir quince y su madre y él estaban salvándole la vida a un pájaro. Ella le daba de beber con suma paciencia, gota a gota, mientras que Joar reunía ramitas y hojas de la calle para construir una mullida cama dentro de la caja. ¡Qué afortunado el pájaro!

—¿Sabías que los pájaros no tienen nido? Es decir, no para sí mismos. Solo los construyen para sus crías—explicó el chico.

—¿Te lo ha dicho Ted?—preguntó sonriendo la madre.

—Tiene un cerebro que es como la caca. ¡Todo se le queda enganchado!

A su madre se le escapaban los pedos cuando reía a carcajadas. Joar era el único que lo sabía, porque ninguna otra persona la hacía reír así.

—¡Abre la ventana! ¡Corre! ¡Vas a matar al pájaro!—suplicaba él tosiendo y con lágrimas en los ojos mientras ella reía sin parar.

Dejó de reír de golpe y porrazo cuando se dio la vuelta. No habían oído la llave en la cerradura. El viejo de Joar estaba de pie en la puerta del cuarto, mirándolos: al principio desconcertado, pero después con odio. Llevaba seis o siete cervezas encima, respiraba a trompicones por la nariz y era incapaz de fijar la vista en nada. Pero vio el pájaro, vio lo contenta que estaba la madre, y Joar supo de inmediato que aquello no iba a tener un final feliz.

CUARENTA Y DOS

Sentados sobre las rocas y envueltos cada uno en una toalla, Louisa y Ted tiritan al amanecer.

—¿Siempre hace este frío en el mar?—pregunta Louisa.

—No, a veces hace mucho más—responde Ted sonriendo.

—Nunca había sentido nada igual, la piel parece diferente...

—No hay nada comparable al mar. Ahora tu piel lo sabe y siempre lo echará de menos.

Louisa oscila de lado a lado, entre la euforia y la melancolía.

—Me habría gustado contárselo a Pez. A veces estoy tan... enfadada. No llegó a ver el mar.

Ted dedica un buen rato a limpiarse las gafas.

—Lo vio cada noche contigo, en la postal. Y lo está viendo ahora.

—Gracias.

—Soy yo quien debería estarte agradecido.

—No, quiero decir: gracias por enseñarme a nadar.

—No, de verdad. Llevaba veinticinco años sin nadar en el mar. Soy yo quien debería darte las gracias. Además, ha sido mucho más fácil enseñarte a ti que a Ali...

Louisa sonríe; también Ted.

—Siento que hayamos perdido las cenizas—se disculpa apenada ella.

—Soy yo quien las ha perdido—puntualiza Ted.

—Vale. Siento que las hayas perdido—añade por lo bajo.

—Bueno, bueno. Un poquito culpa tuya ha sido también—rezonga él.

A Louisa le da tiempo de ofenderse muchísimo antes de darse cuenta de que le está gastando una broma.

—¡Qué gracioso!—musita con sarcasmo.

—Eso creo yo—dice él sonriendo.

Louisa se queda mirando la caja con el cuadro, que han colocado en medio de los dos, sobre las rocas.

—¿Tú crees que se habría enfadado? ¿Por haberlo perdido?

—No, yo creo que se habría reído. Le gustaba el escondite.

A Louisa se le ilumina la cara.

—A lo mejor no es mala idea que tiren tus cenizas en un tren. Así siempre estarás viajando a algún lugar.

Ted pone cara de absoluto terror.

—¡Uf! No digas eso. ¿Es que ni estando muertos podemos dejar de viajar?

Louisa ríe.

—¿Dónde te gustaría a ti que tiren tus cenizas?

Ted lo piensa un instante antes de elegir.

—En una biblioteca. Ahí no hay que enfrentarse a la realidad. Es como si miles de desconocidos se hubieran desprendido de sus amigos imaginarios, que aguardan sentados en las estanterías y te llaman cuando pasas por delante. Hay una autora que se llama Donna Tartt que explica por qué las personas se enamoran del arte: «Es un susurro secreto en un pasillo. Chissst. Eh, tú, joven. Sí, sí, tú». Eso me provocan a mí las bibliotecas.

Al oírlo, Louisa tiene que fingir que se le ha metido agua de mar en el ojo.

—Joder, ¿cuántos libros has leído tú?

—No los suficientes.

Louisa disimula un sollozo con una tos.

—A Pez también le gustaban las bibliotecas.

Saca los cigarrillos de su amiga de la mochila, porque Pez siempre decía que había oído que el de después de nadar es el mejor de todos. Louisa huele el tabaco sin encender ninguno y, para su sorpresa, Ted alarga con delicadeza la mano hacia los cigarrillos.

—¿Puedo coger uno?

Louisa se sorprende tanto que arruga toda la cara.

—¿En serio?

—No me lo voy a fumar, solo quiero... olerlo. Mi madre fumaba esa marca.

Louisa le da un pitillo y ambos permanecen junto al cuadro frente al mar, olisqueando el tabaco con la suave brisa removiendo sus cabellos y la primera luz de la mañana en las mejillas.

—¿Te pareces a ella? ¿A tu madre?—pregunta Louisa con cautela.

—SÍ, creo que sí.

—¿Era una madre superamable?

La risa de Ted retumba entre las rocas. Niega con la cabeza.

—No... No... No creo que «amable» sea la palabra que usara la gente para referirse a ella. Cuando yo era pequeño, era una mujer dura, muy dura. Joar dijo en una ocasión que mi madre podría darle un cabezazo a un diamante y romperlo.

—¿Dura en qué sentido?

Ted contempla apenado su cigarrillo.

—Mamá tenía unas ideas muy firmes sobre... cualquier cosa. Ella quería que mi hermano y yo no mostrásemos nuestros sentimientos ni nos quejásemos, que nunca llorásemos. Para ella era importante que siempre nos comportáramos como... hombres.

—O sea, que no os parecéis en nada—exclama mosqueada Louisa.

Ted hace girar el cigarrillo hacia delante y hacia atrás entre los dedos mientras inhala profundamente el olor del tabaco, la sal y el verano en ciernes.

—Ser madre es una tarea muy difícil, Louisa. Ser persona lo es. Yo creo que mi madre se parecía mucho a mí al principio, de joven era una romántica. No hay persona más dura en el mundo que una romántica con el corazón roto.

—¿Te pegaba?

—No.

—Y en general, ¿te pegaron?

—Virgen Santísima, ya lo creo. Mi hermano mayor me pegaba todos los días cuando éramos pequeños. Un día me tiró por las escaleras y perdí la consciencia. Tardé mucho tiempo en acordarme, creía que me había resbalado...

—¿Te daba miedo tu hermano?

—SÍ, Ser niño es difícil.

—Es difícil ser cualquier cosa.

—Cierto. Es difícil ser cualquier cosa.

Tiritando, Louisa se ciñe la toalla alrededor de los hombros.

—¿Cuál es el mejor recuerdo que tienes de tu madre?

Ted huele el cigarrillo. Los recuerdos son resbaladizos, a su cerebro le cuesta atraparlos.

—¿De mi madre? Cuando... jugábamos a las cartas.

—¿A las cartas?

—Sí. Trabajaba de noche para cuidar a mi padre de día. Yo iba mal en el colegio. Tenía problemas con el idioma, con la lectura y la escritura. Un maestro le dijo a mi madre que otros niños se estaban metiendo conmigo. Ojalá no le hubiera dicho nada, porque yo notaba que ella se culpaba por ello. Esa noche la oí hablar por teléfono con una amiga. Decía que no soportaba estar en casa con la muerte como única compañía. La mañana siguiente me despertó poniéndome la mano en la frente y susurrando: «A lo mejor tienes fiebre». No recuerdo que me hubiera tocado antes. Fue como... el sol. Como si la hubiera poseído un demonio supersimpático. Nos pasamos todo ese día jugando a las cartas en la mesa de la cocina. Suena estúpido, pero es mi recuerdo más preciado, porque ahí sentí que era mi madre. Ese primer día que fingió que yo estaba enfermo. Al día siguiente fui yo quien aparentó estarlo. Seguí haciéndolo varios meses. Nos escondimos de la realidad, los dos juntos; fue... maravilloso. Pero, pasado un tiempo, mi padre empeoró y tuvo que permanecer más tiempo en el hospital. Mi madre iba y venía continuamente y tenerme en casa le daba demasiada faena. Al final llamaron del colegio y dijeron que tendría que repetir curso si no volvía, así que, un día, al despertar, vi que mi madre ya me tenía preparada la mochila. Volver al colegio fue como si a un animal que ha crecido en un zoo lo sueltan de pronto en la naturaleza. Se metían conmigo más que antes, me pegaban sin parar y volvía a casa lleno de golpes y moratones... Recuerdo lo decepcionada que parecía mi madre entonces. Me avergonzaba causar problemas todo el rato, así que decía que me había caído. Ella sabía que estaba mintiendo, pero se limitaba a preguntarme si tenía hambre. Esa noche la oí hablar por teléfono, lloraba al decirle a su amiga que

quizá mi debilidad fuera culpa suya. Que no me parecía en nada a mi hermano, él sí sabía pelear y defenderse. Mamá decía que seguramente me había mimado, me había hecho blando. Decía que estaba... preocupada. Que nunca sería un... hombre de verdad.

Se queda en silencio. Louisa aparta la mirada para poder secarse las lágrimas en paz.

—¿Cuándo se le rompió a tu madre el corazón?, ¿cuando enfermó tu padre?

Ted reflexiona un buen rato.

—Sí. Aunque a lo mejor no se le rompió. A lo mejor se le desgastó. No teníamos mucho dinero cuando papá enfermó, lo suficiente para mantener la casa, nada más. Quizá ella sintiera que no estaba a la altura. Trabajaba en una fábrica y siempre andaba cansada. El sonido que más recuerdo de mi infancia es que me chistaran para no hacer ruido porque mamá, o papá, o los dos estaban durmiendo. Por eso me pusieron el cuarto en el sótano, para que no estorbara.

—¿Estás seguro?

Ted levanta las cejas, a caballo entre la sorpresa y la ofensa.

—¿Qué quieres decir?

Louisa se encoge de hombros.

—Me refiero a que... ¿a lo mejor te dieron la habitación del sótano para que no vieras lo enfermo que estaba tu padre todo el rato? ¿Y lo triste que estaba tu madre? ¿Y que a lo mejor tu madre estaba intentando protegerte de tu hermano mayor?

Ted se queda mirando el mar, encandilado por el sol, mientras un sentimiento de vergiienza se apodera poco a poco de él. Tantos años transcurridos y nunca se le había pasado por la cabeza. Es difícil ser niño, adulto y cualquier cosa intermedia. Se vuelve hacia Louisa.

—No todo fue malo. Al principio, el matrimonio de mis padres fue una historia de amor...

A Louisa se le abren los ojos de par en par por la expectación. Le encantan las historias de amor, así que Ted procede a contársela usando las mismas palabras con las que se la relataron a él en su día.

CUARENTA Y TRES

Ted le dice a Louisa que los niños apenas saben nada sobre sus padres, pese a vivir con ellos toda la vida. Se debe a que los conocemos únicamente en su faceta de madre y padre e ignoramos por completo quiénes eran antes. No los vimos de jóvenes, cuando todavía fantaseaban con lo que depararía el futuro y no se arrepentían de lo que no fue.

Le dice que, el día que sus amigos y él encontraron los pájaros, llegó a casa y todas las luces estaban apagadas. Empezaba a anochecer y en su calle había un coche herrumbroso cuyos faros lo cegaban y le impedían ver quién había dentro. Pasó de puntillas junto al vehículo, lanzando miradas furtivas con el cuerpo tan tenso que, cuando el conductor pisó de pronto el acelerador y el motor emitió un rugido, el corazón le dio tal vuelco que pegó un brinco.

Entonces oyó una risa burlona. Al pasar por delante de los faros entornó los ojos y vio en el asiento del conductor a un hombre de espalda ancha y unos veintitantos años que tenía dos puños como dos palas. Era Buey.

—¿Te he asustado, mariconcete?—gritó por la ventanilla bajada. Detrás de él se formó una nube de humo denso.

La puerta del copiloto se abrió y cerró con el portazo pesado al que te acabas acostumbrando si vives en una calle donde todo el

mundo tiene coches de veinte años. El hermano mayor de Ted se apeó y cruzó haciendo eses el haz de luz de los faros en dirección a su casa, demasiado ebrio para caminar recto. Ted lo siguió a toda prisa y encorvado, pero volvió a dar un brinco, asustado, cuando de pronto sonó el claxon del coche. La risa burlona de Buey se perdió en la oscuridad, ahogada por el runrún del motor.

—Cabrón—susurró Ted con los puños apretados, furioso consigo mismo por sobresaltarse con tanta facilidad.

El hermano mayor se las vio y se las deseó para abrir la puerta de la casa, entró dando tumbos en el vestíbulo y la cocina, y consiguió, eso sí, por pura memoria muscular, sacarse los zapatos por el camino sacudiendo los pies. Entrar con calzado a la cocina de la madre era prácticamente un intento de suicidio, eso lo sabían desde pequeños. Abrió el frigorífico, pero, al no encontrar cerveza fría, optó por coger dos latas calientes de la despensa. Tropezó con Ted cuando volvía al comedor, y el hermano pequeño se encogió instintivamente como si estuviera a punto de recibir un golpe. Pura memoria muscular eso también.

El hermano mayor tenía el cuerpo durísimo, entraba dando zancadas en las habitaciones con tanta seguridad en sí mismo que era como un cuchillo afilado cortando el aire. Ted, en cambio, se movía siempre como si llevara el viento de cara bajo una lluvia torrencial.

—Buey a veces es un subnormal de mierda—balbuceó el hermano mayor; un comentario tan repentino que Ted tardó un buen rato en percatarse de que había oído bien. Fue lo más parecido a una disculpa que recibió nunca de su hermano. Entonces respondió algo que le sorprendió a sí mismo:

—¿Y por qué eres su amigo entonces?

Esperaba recibir un golpe, pero no pasó nada, su hermano mayor parecía asombrado, nada más.

—Nos conocemos desde que éramos pequeños.

Vaya una respuesta, pensó resignado Ted, aunque, en ese pueblo, lo era. Los amigos son algo que los hombres como su hermano adquirían un día en el patio del colegio, así, sin más, sin entender muy bien cómo había sucedido; y luego se aferraban a ellos porque, en este pueblo, los chicos no sobrevivían mucho tiempo si se quedaban solos. Sobre todo si eras un inmigrante de la edad de su hermano cuando llegaron. A los chicos los definía su entorno, quién eras al entrar en el instituto era, por lo general, quien serías a partir de entonces: el que reparte los golpes o el que se encoge atemorizado. Casi nadie podía permitirse mudarse a otro lugar, y nadie que tuviera dos dedos de frente se trasladaba aquí por voluntad propia, o sea que, por estos lares, los hombres jóvenes no tenían la sensación de haber escogido una vida; les tocaba, sencillamente. Vivir era un periodo de tiempo asignado, como una condena a prisión. Tras acabar el instituto, Buey consiguió un trabajo en el puerto y logró colocar también al hermano de Ted, a quien recomendó dando fe de su valía y con la promesa de que era «un tío como Dios manda». Eso quería decir que era un tipo firme, que no se amilanaba ante nada y que sabía mantener la boca cerrada si se presentaba la policía.

Ted observaba los nudillos rojos e inflamados de su hermano en la cocina y se daba cuenta de que había pasado otra larga noche siendo un tío como Dios manda. Por lo general, no se atrevía a abrir la boca en presencia del hermano mayor, pero, en esta ocasión, se oyó a sí mismo hablándole:

—Tú no eres mala persona.

El hermano lo miró con suspicacia entornando los ojos.

—¿Qué cojones acabas de decir?

Ted se encorvó y agachó la mirada sin saber muy bien cómo responder.

—Digo que no eres mala persona. Escoges malos amigos, nada más. Escoges a personas que son peores que tú porque crees que te lo mereces. Deberías elegir a personas que sean mejores que tú.

El hermano se balanceó sorprendido.

—No todo el mundo tiene tu suerte con los amigos.

A Ted la respuesta lo pilló tan desprevenido que, inconscientemente, miró a su hermano a los ojos, un gesto que siempre había sido recompensado con agresividad. Esta vez, en cambio, no pasó nada.

—No... No era consciente de que supieras que tengo amigos—dijo en voz baja.

Su hermano sonrió.

—¿Te crees que no me doy cuenta de que las tres hienas y tú subís un día sí y otro no a por la comida de mamá y dejáis el frigo pelado?

Ted volvió a bajar la mirada.

—Tienes razón. Tengo suerte.

Su hermano negó con la cabeza y balbuceó:

—No. Son tus amigos los que tienen suerte.

Acto seguido, dio media vuelta y se dirigió al comedor, se sentó al piano y empezó a beber cerveza. Ted permaneció un momento inmóvil, abrumado. Entonces se apoyó en el frigorífico y tiró sin querer una nota que estaba enganchada en la puerta y que, de otro modo, tal vez no hubiera visto. Era un breve mensaje escrito a mano por su madre. Decía que había salido a ver a una amiga y que tenían

comida en el congelador. De a qué hora iba a volver, si es que volvía, no decía nada.

La madre no había hablado una palabra con Ted después del funeral, la casa entera había sido un ataúd.

El chico se quedó pensativo un momento, luego abrió el congelador y sacó todos los cubitos de hielo que encontró. Llenó dos cuencos: uno para cerveza y otro para la mano de su hermano. Fue al comedor y los colocó sobre el piano. El hermano mayor levantó la vista y lo miró, como si no lo reconociera al principio, como si fueran dos niños que habían estado fingiendo ser adultos y lo hubieran logrado de pronto con desmesurada perfección. Ted se giró con intención de bajar al sótano, como hacía siempre, así que se quedó de piedra cuando oyó tras de sí al hermano que le hablaba débilmente:

—¿Quieres una cerveza?

Lo cierto era que no, pero asintió de todos modos. Al cogerla, su hermano mantuvo la mano un segundo más de lo necesario. Ese momento en que los dos tuvieron agarrada la cerveza a la vez quizá fuera lo más parecido a abrazarse que habían hecho nunca.

Ted se sentó cerca de su hermano, junto al piano, aunque no demasiado.

—¿Te gusta tu trabajo?—preguntó con cierta incomodidad, pues deseaba con todas sus fuerzas saber algo de su hermano, pero no sabía por dónde empezar.

—A nadie le gusta una mierda trabajar en el puerto—contestó sonriendo, pero, al ver que su hermano lo miraba apenado, añadió —: Es un trabajo, Ted. Todos los que hay para la gente como nosotros son una mierda. Pero con mi sueldo y el de mamá quizá podamos conservar la casa...

Así de claro tenía que ese también era su deber, no solo de su madre. Ted permaneció sentado inmóvil mirando el piano unos minutos hasta que reunió el coraje para volver a hablar:

—¿Podrías... tocar algo?

Su hermano tocó las teclas.

—Mamá duerme. No hay que despertarla.

—No está, ha dejado una nota en el frigorífico.

El hermano intentó ocultar su sorpresa, o quizá su decepción, no tanto porque lo dejara tan fácilmente a él, sino porque dejara a Ted. Tal es la inmisericorde inmensidad de la responsabilidad del progenitor: se da por sentada. Como la comida en el congelador. Como el lastre de un barco.

—¿Qué... Qué quieres escuchar?

—Algo de lo que tocara papá.

Ted trató de ocultar su envidia cuando el hermano mayor empezó a tocar. A él también le hubiera gustado aprender, pero ¿quién iba a enseñarle? Cuando tuvo edad suficiente para sentarse ante el instrumento, su padre ya estaba enfermo.

—Esta se la tocaba a mamá cuando se enfadaba con él—farfulló el hermano, con los labios resbaladizos por el alcohol y los dedos sorprendentemente firmes.

Era una canción triste que cantó con voz ronca: «Cada día es una pequeña eternidad. Si hubiera sabido cuántas cosas ofrecía el mundo, no habría pedido tanto».

—Mamá siempre lo perdonaba cuando la tocaba—dijo con ternura al terminar—. Venía y se sentaba en su regazo. Nunca se decían «te quiero». Solo decían «pero, pero, pero».

—¿Qué?—preguntó Ted esbozando una sonrisa, aunque precavido, como si temiera perturbar la incomprensible magia de

que su hermano le estuviera contando estas cosas.

—No sé si lo has notado, pero a mamá no se le da muy bien expresar sus sentimientos—dijo sonriendo.

—No, qué va—respondió con sarcasmo Ted.

El comentario hizo reír al hermano, lo cual a Ted le pareció maravilloso.

—Una vez iban en el coche y mamá se enfadó porque papá se quejaba de cómo conducía. Ella le dijo que se callara y encendió un cigarrillo; por poco no se salió de la carretera, y él tuvo que estirar el brazo para agarrar el volante. Eso a ella la cabreó aún más y papá estaba tan frustrado que le soltó: «Por el amor de Dios. TE QUIERO, pero...».

Se quedó callado.

—Y tú... todo esto... ¿cómo lo sabes?—susurró asombrado Ted.

—Me lo contó papá antes de ponerse enfermo. Hablábamos mucho. Es una pena que no te acuerdes. Bueno, en realidad es mejor. Joder, a lo mejor me da un poco de envidia que no lo recuerdes.

Ted le dio un trago a su cerveza y rozó una tecla sin atreverse a apretar.

—(¿Fue esa la primera vez que papá le dijo a mamá que la quería?

Su hermano tosió antes de responder:

—Me dijo que a lo mejor esa había sido la primera vez que alguien se lo había dicho. Mamá ni siquiera respondió. Era demasiado para ella. Pero, por la noche, cuando se fueron a la cama, le susurró: «Pero, pero, pero». Y después de eso nunca se dijeron «te quiero».

—Pero, pero, pero—le susurró lentamente Ted a su cerveza.

—Pero, pero, pero—le repitió el hermano a la suya.

Conservaba el acento de su país natal, se le notaba más cuando iba borracho. Ted, en cambio, había perdido el suyo casi por completo. Lentamente, la herencia de ambos se estaba borrando.

—¿Duele?—preguntó Ted mirando los magullados nudillos del hermano sumergidos en el cuenco de hielo.

—No hemos empezado nosotros. Unos imbéciles de mierda estaban discutiendo con Buey. Solo nos defendíamos. Yo... ya no empiezo peleas—contestó negando con la cabeza.

Lo dijo como si fuera importante para él que su hermano lo supiera.

—Toca la canción otra vez.

Y eso hizo.

—¿Te has dado cuenta de que uno de los escalones del sótano es más alto que los otros?—preguntó al terminar la canción—. Papá se tropezaba con él cada vez que subía o bajaba. Mamá se ponía como una moto porque nunca miraba por dónde pisaba. A veces ella dejaba cosas por el suelo, cajas, tenedores o baldes pequeños con agua, lo que fuera, para ver si él tropezaba con ellos. ¡Y él se daba de lleno TODAS las veces! Mamá decía siempre que papá podría atravesar un campo de minas sin que le pasara nada porque no levantaba los pies. Lo llamaba «el Gusano». Así que, cuando volvía tarde de trabajar, papá pisaba a propósito todas las tablas que crujían del suelo de la entrada para avisarla de que había llegado.

Y se quedó callado. Tal vez porque recordó que, en una ocasión, había tirado a Ted por las escaleras del sótano que acababa de mencionar, pero el hermano pequeño se echó a reír.

—¡El Gusano!—repitió Ted.

El hermano mayor sonrió agradecido y siguió su relato:

—Esta casa era la más barata del pueblo cuando la compraron. Se estaba cayendo a pedazos, peor que ahora incluso... Había un vecino que decía que era tan barata porque estaba encantada. A papá eso le hacía muchísima gracia, así que iba por toda la casa llamando a los fantasmas y mamá decía: «¿Tú sabes que eres tan pesado que ni los fantasmas te aguantan?». Así que papá empezó a hacer un juego. Esperaba a que ella estuviera desprevenida, a que se estuviera lavando los dientes o cocinando, y se ponía a su lado y daba un brinco como si estuviera aterrorizado o algo. Y entonces ella se sobresaltaba también. «Me parece que he visto un fantasma», decía él. Ella caía siempre y él nunca se cansaba de jugar.

—No sabía que papá fuera tan divertido—murmuró avergonzado Ted.

—Era superdivertido.

—Nunca he oído a mamá reír.

Puede que su hermano mayor no supiera qué responder a eso, así que le dio otro trago a la cerveza antes de contestar.

—Está cansada, Ted, nada más. Todo el mundo ha tenido el típico día en que estás tan agotado que no puedes ni pensar, pero ella ha tenido ese día los putos diez últimos años. Eso es duro. Lo ha hecho lo mejor que ha podido. Ha intentado hacernos duros porque en este pueblo la gente blanda no sobrevive. Hubo una vez... Joder... Un día me metí en una pelea en el colegio y, cuando fue a ver al director, el tipo le dijo que a lo mejor yo necesitaba un modelo masculino. ¿Te lo puedes creer? ¡Menudo psicópata! Papá estaba enfermo entonces, no había muerto aún. ¿Sabes qué dijo mamá?

—¿Qué?

—Le dijo: «¿Un modelo masculino? ¿Cómo le parece a usted que le ha funcionado eso a los hombres hasta ahora, históricamente

hablando?».

—¿Y qué dijo el director?

—Lo pilló tan a contrapié que la siguiente vez que me metí en una pelea ni siquiera la llamó.

Ted se echó a reír, aunque no debería reírse. Su hermano nunca había sabido manejar el dolor más que con la ira; ¿quién le enseñaría?

—Entonces, ¿mamá también era graciosa?

—Myy graciosa, ¡cuando quería! Una vez metió pescado podrido en el buzón de un vecino que siempre se estaba quejando de que tú y yo hacíamos mucho ruido. Y no siempre fue tan... dura. Cuando era pequeño tenía pesadillas muy a menudo y me despertaba gritando tanto que me quedaba afónico. Ella venía entonces con una manta y una almohada y se tumbaba en el suelo justo delante de mi puerta. Decía que lo hacía para que las pesadillas no pudieran entrar.

Ted, sentado al lado de su hermano mayor, se secaba los ojos con una manga.

—Cuéntame más cosas.

El hermano le dio un buen tiento a la cerveza antes de proseguir: —Papá me contó una vez que el momento que más le gustaba por la noche era ir por toda la casa apagando luces. Decía que eso es lo que hacen los padres. Al final iba de habitación en habitación susurrando: «Buenas noches, fantasmas».

Ted le dio un sorbo a la cerveza y, de pronto, se le iluminó la cara.

—Me... Me acuerdo de eso. Me acuerdo de que me quedaba despierto en la cama esperando oírlo antes de dormirme. Es lo único que recuerdo de su voz. A veces creo que a lo mejor lo soñé.

Los dedos enrojecidos y magullados del hermano, unidos por nudillos deformes, se deslizaron por el piano arrancándole algunas notas desperdigadas al instrumento. Ted estaba maravillado por que esas manos fueran capaces de ambas cosas: brutalidad y belleza.

—Cantaba bastante bien, papá.

—¿Por qué no se hizo músico?—preguntó Ted, aunque se arrepintió de inmediato al darse cuenta de lo inocente que sonaba la pregunta.

—Eso no es un trabajo—respondió con calma el hermano.

Quería decir «para nosotros», que no es un trabajo para gente como nosotros, entendió Ted. Su padre había trabajado en la fábrica, como su madre, para darles a sus hijos una vida mejor. Tratar de ser músico, perseguir una pasión y esas cosas eran para padres que solo querían mejorar su propia vida.

La mirada de Ted deambuló por el trozo de pared de encima del piano. Vio fotos suyas de cuando era pequeño. Posó la mirada en otra: la de la boda de sus padres. Nada de ropa elegante, tan solo una ceremonia sencilla en el ayuntamiento. Su madre estaba embarazada y sonreía en la foto. Estaba preciosa, parecía tener aún grandes sueños.

—¿Tú crees que fue romántico? ¿Cuándo se enamoraron?—preguntó tímidamente.

Una pregunta estúpida, sin duda.

—¿Qué mierda de pregunta es esa?—refunfuñó instintivamente el hermano.

—Perdón, perdón, perdón...—susurró de inmediato Ted, odiándose a sí mismo por echar a perder la magia. Debería haber sabido que los hombres de verdad no preguntan esas cosas.

Se hizo un ovillo en el borde del taburete, preparado para recibir el golpe, pero sucedió algo mucho más inusitado: una ligera brisa. Es lo que sopla cuando un tipo duro trata de sofocar un sollozo. El hermano mayor no derramó ninguna lágrima, solo dejó escapar una larga y entrecortada exhalación. Luego habló con severidad pero con palabras suaves:

—No es como en las películas, Ted. La vida real es diferente. Pero papá me dijo un día, borracho como una cuba, que mamá y él no eran como dos imanes, sino como dos colores. Una vez mezclados, no había forma de separarlos.

Es lo más romántico que Ted oiría en toda su vida. Se quedó mirando fijamente la fotografía de la boda, tratando de enfocar la vista, aún tendrían que pasar unos cuantos meses antes de que les reconociera a su madre y su hermano que necesitaba gafas desesperadamente.

—Cuéntame otra cosa—pidió Ted, no sin ciertas reservas.

El hermano suspiró, le dio un golpecito a la parte superior del piano con la lata de cerveza y sonrió ligeramente.

—Papá siempre bebía la misma cerveza. Decía que a mamá le gustaba eso porque los hombres que no cambian de marca no son muy aventureros, así que tampoco cambian de mujer. Cuando se puso enfermo, mamá siguió comprando cerveza cada semana. Como si él fuera a levantarse de repente e ir a por una.

Ted pensó que esa era una de las crueldades adicionales del cáncer, que siempre estás esperando a que todo vuelva a la normalidad hasta que un día te das cuenta de que la enfermedad se ha convertido en la nueva normalidad.

—(¿Le gustaba a papá cómo cocinaba mamá?—preguntó Ted sin saber muy bien por qué; puede que porque las comidas congeladas

eran lo más parecido a la ternura que le había visto a su madre en los últimos años.

—¿Lo preguntas en serio? ¡Le encantaba! Yo creo que la única razón por la que mamá aprendió a cocinar fue porque le gustaba verlo comer—contestó sonriendo. Miró a su hermano pequeño y añadió—: Yo creo que ella siente que es una buena madre cuando nos deja comida en el congelador, Ted. Cuando se asegura de que comemos. Puede que sea el único momento en que se siente... suficiente.

Ted se inclinó sobre su cerveza como si fuera un abismo.

—¿Tú crees que papá tuvo miedo al morir?

En lugar de mentirle, su hermano permaneció tanto tiempo en silencio que fue una respuesta en sí misma. Su respiración sonaba entrecortada de nuevo.

—La noche que papá murió, una de las enfermeras llamó a casa. Supongo que quería que nos enteráramos enseguida... Y que comprendía que a mamá no se le daban bien las palabras.

Su respiración sonaba más entrecortada aún.

—¿Qué dijo?

—Que mamá se había acurrucado con mucha delicadeza en la cama de papá—respondió con una sonrisa—. Y que él había muerto en sus brazos.

Los hermanos no dijeron nada más. Permanecieron sentados junto al piano, en la casa vacía, bebiendo la cerveza de su padre y mirándose el uno al otro con los ojos de la madre. Cuando vaciaron las latas, Ted las llevó a la cocina y las enjuagó. Luego sacó comida del congelador, cenó pese a no tener hambre y dejó el plato sucio sobre la encimera.

Esa noche, tumbado en su cama del sótano, oyó al hermano mayor pasar tambaleándose por todas las habitaciones de arriba, detenerse en cada puerta y susurrarles «buenas noches» a los fantasmas.

La noche era cálida, la ventana del sótano estaba abierta. Ted olió los cigarrillos de su madre al llegar a casa. Ella se bajó del coche de su amiga y, sentada en los escalones, fumó dando largas caladas, reuniendo las fuerzas para volver a una vida cargada de responsabilidades. Era probable que nunca supiera cómo decirles a sus hijos que los amaba, ellos tampoco disponían de las palabras para hacerlo porque, ¿quién se las iba a enseñar? Pero, al entrar en casa, la madre pisó intencionadamente todas las tablas que sabía que crujían para que ellos supieran que había llegado. Luego entró en la cocina y vio el plato sucio que Ted había dejado en la encimera para que ella supiera que había quedado satisfecho y que era una buena madre. Lo lavó y sintió que lo era, aunque fuera por un momento.

Al tumbarse en la cama esa noche, la madre oyó que alguien arrastraba los pies junto a la entrada de su dormitorio, seguido de un ligero golpe. Era el hermano mayor, que se había echado a dormir en el suelo junto a la puerta para impedir que entraran las pesadillas.

Ted también yacía en su cama del sótano, a punto de quedarse dormido, cuando oyó en la ventana un ruido diferente. Apenas podría decirse que eran unos nudillos que llamaban, más bien se trataba de unos dedos arañando el cristal. Al levantar la vista, Ted vio pequeñas marcas rojas. Joar estaba sentado fuera con las manos cubiertas de sangre.

CUARENTA Y CUATRO

Siempre cuesta contar una historia, la que sea, pero la tarea se vuelve casi imposible cuando es la tuya propia. Constantemente empiezas por el sitio equivocado, cuentas demasiado o demasiado poco y te olvidas de las partes más importantes.

Esa última, la de Joar y la sangre, se le escapa a Ted sin querer. Enseguida repara en que ha sido un error, sin duda; en que Louisa está sentada en la roca a su lado y pone cara de no poder saber a ciencia cierta si está conmovida, asustada o enfadada. Sobre todo lo último, por cómo suena cuando abre la boca:

—¡Has dicho que era una historia de amor! ¿¡Y acaba ASÍ!? ¿¡Qué PASÓ!?—vocifera.

Las historias son complicadas, los recuerdos son inmisericordes y el cerebro solo almacena unos pocos instantes de los mejores días de nuestra vida, junto a cada segundo de los peores.

—Pasó hace... Hace veinticinco años—empieza a decir Ted, como si tratara de convencerse de que no es para tanto.

Louisa solloza hecha una furia.

—¡Para mí no! ¡Yo no estaba! ¡Para mí está pasando AHORA!

—Lo siento—susurra Ted, y de pronto es como si todo también le estuviera ocurriendo a él otra vez.

Ha salido el sol, el mundo se despereza y empieza un nuevo día. Ted se ciñe más la toalla alrededor de los hombros y le cuenta la historia completa a Louisa. Le habla del cuchillo, le dice que Ali se lo había dado a Joar ese invierno, porque ella había sido la primera en comprender cómo iba a terminar todo y no podía imaginar otra historia en la que el padre de Joar no matara al chico o viceversa. Al llegar el verano, tampoco los demás eran capaces de concebir otras versiones.

Ted le cuenta que Joar había escondido el cuchillo enterrándolo en las macetas de hojalata de su ventana, debajo de las flores, y que había tenido que cambiarlo de lugar cuando su madre empezó a sospechar. Lo guardó entonces en su mochila, que estaba en el suelo de su cuarto el día que su padre entró y vio al pájaro.

—Un hombre violento es una enfermedad para quienes lo rodean. La violencia es una plaga que se contagia a todo aquel que tiene contacto con ella...—dice Ted, como si tratara de contrarrestar sus sentimientos usando un tono formal, como un profesor, pero no funciona. Cuando prosigue, su voz vuelve a tener catorce años—. Joar pensaba que acabaría siendo igual que su padre, que la violencia se hereda. Pero no es así. No se trata de una enfermedad genética, la violencia se propaga por contagio, pasa de piel a piel. El corazón se infecta. Es agotador estar siempre enfadado cuando eres pequeño, tener que tensar constantemente el cuerpo para no llorar porque sabes que, si empiezas, no podrás parar. Al final, Joar no podía soportarlo y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para dejar de sentirlo todo continuamente. Recuerdo que pensé que, cuando ocurriera, nadie podría hacerse el sorprendido, porque todo el mundo sabía que acabaría matándolo.

Louisa se queda sin respiración y Ted esboza una mueca, una leve sonrisa rota y vacilante que le desenfoca la mirada al darse cuenta de pronto de cuánto se habría enfadado Joar si lo estuviera escuchando.

—No le habría gustado que hablaran de él—susurra.

Porque, claro, solo hay una historia que habría deseado oír Joar: la del artista y el cuadro, la de una vida feliz y unos sueños que se hacen realidad, ya que él solo tenía sueños para otra persona.

—Si deseas comprender el cuadro, debes comprender a Joar. Y si quieres entenderlo a él, debes entender a su madre. Porque la historia de ella es la de él. En cuanto al padre, tengo la intención de hablar lo menos posible de ese cabrón.

Se acuerda de toda la sangre que cubría las manos de Joar, como si las hubiera sumergido en un barreño. Se acuerda de la mirada de su amigo: desesperada, aterrorizada. Estaba hecho un ovillo al otro lado de la ventana del cuarto en el sótano de Ted y llevaba la cajita destrozada en las manos. Apenas podía levantar uno de los brazos, tenía media cara tan roja y destrozada que no podía abrir un ojo. Temblaba, así que Ted tuvo que sacar medio cuerpo por la ventana para acercar la oreja a los labios de Joar.

Su amigo le susurró que el pájaro yacía indefenso en la cajita que ahora llevaba en los brazos cuando su viejo entró en su cuarto la primera vez. La madre había intentado interponerse entre él y su hijo, como hacía siempre, pero era demasiado tarde. El padre ya los había oído reírse. No dijo nada, sencillamente le dio un par de tragos a una botella de whiskey y volvió a desaparecer en la cocina. A partir de ese momento, solo esperaron.

—Quien nunca ha presenciado violencia de verdad quizá no lo entienda, pero los minutos entre paliza y paliza son los peores—dice

Ted, sentado en las rocas.

—Porque nunca sabes cuántos puñetazos vas a recibir—remata Louisa, ciñéndose la toalla alrededor de los hombros.

Ted se avergiienza al oírla, es probable que Louisa sepa más acerca de la violencia que él, pero ella le indica con un gesto que continúe y Ted dice que lo más malévolo de un hombre como el padre de Joar es que no siempre era malvado. Había ocasiones en que permanecía sereno varias semanas y salía a dar largos paseos con Joar y la madre y hablaba de comprar un perro. Un día trajo una tienda de campaña para ir de pesca con su hijo. A veces dejaba que Joar le pasara las herramientas mientras arreglaba el coche; así aprendió de motores el muchacho. Algunas noches cenaban los tres juntos como cualquier familia normal y su viejo se mostraba atento y encantador, incluso divertido. Para Joar, saber todo eso era lo peor, porque escuchaba alguno de los chistes de su viejo y comprendía de dónde le venía a él la agudeza mental y temía haber heredado también lo demás.

Los días buenos nunca eran realmente buenos, sino una mentira, y no duraban, pero bastaban para hacer creer a la madre que, de algún modo, los días malos eran culpa suya. Cuando Joar era pequeño, solía sentarse en el váter para contemplarla mientras ella se maquillaba. Olía su perfume y le preguntaba una y otra vez cómo olía él, muerto de miedo por si lo hacía como el padre y no como ella, que era lo que deseaba Joar.

—Hueles como lo mejor del mundo, y lo mejor del mundo huele como tú—le respondía la madre, aunque eso al chico no le ayudaba demasiado.

Su madre siempre se arreglaba, hasta para ir al supermercado.

—Si llevas ropa bonita, la gente se olvida de cómo está tu cara—solía decirle frente al espejo del baño.

—Tu cara es preciosa—le aseguraba él a la madre.

—Tu cara también es preciosa.

—Mamá—protestaba él—, una vez dijiste que yo cantaba bien, o sea que no tienes ninguna credibilidad.

Ella reía entonces con tantas ganas que Joar tenía que salir corriendo porque el baño no tenía ventanas.

Al llegar su cumpleaños, Joar pidió de regalo una loción para después del afeitado, y eso debió de romperle el corazón a la madre, que probablemente pensaría que un niño de su edad debería pedir una bicicleta. Había mañanas que le dolían tanto los brazos que Joar la ayudaba a maquillarse para tapar los últimos moratones. Lo hacía con tanto mimo y delicadeza que, con el tiempo, acabó siendo igual de bueno maquillando que con el patinaje, y eso a ella quizá le costara perdonárselo a sí misma. Toda la violencia que había presenciado su pequeño.

Ni que decir tiene que el padre de Joar siempre prometía no volver a hacerlo, pero eso solo significaba que, cada vez que pegaba a su mujer, lo hacía como si fuera su última oportunidad. A veces lloraba y le aseguraba que, si lo dejaba, se quitaría la vida, pero lo más habitual era que le prometiera a voz en cuello que antes los mataría a ella y al crío. La mayoría de las mañanas ni siquiera recordaba a quién había golpeado.

Joar creció y empezó a ponerse en medio de los dos; tenía la esperanza de que, en virtud de las matemáticas de la crueldad, su madre recibiera menos golpes, pero la situación no hizo más que empeorar. Madre e hijo hicieron todo lo posible por protegerse el uno al otro, pero fue en vano.

No tenían adónde ir; ellos eran demasiado pequeños y el planeta no era lo bastante grande para huir de ese hombre. Las mañanas que sucedían a los peores días, la madre de Joar se levantaba y se ataviaba con sus mejores galas, y el chico jugaba al fútbol en todos los recreos para evitar preguntas sobre el origen de sus heridas. Pese a todo, eran peores los días buenos, porque siempre se daban en cantidades suficientes como para borrar que aquello era una cuenta atrás.

Joar se quedó sentado en el suelo de su cuarto junto a su madre y el pájaro, oyendo las carcajadas beodas que el padre le dirigía a lo que estuviera viendo por la televisión. Qué le nubló la mente y lo hizo regresar hecho una furia al dormitorio del hijo no es relevante; podría haber sido cualquier cosa. Al hombre le faltaba un tornillo, no tenía ni pies ni cabeza. Ninguna lógica. El único objetivo de una crueldad como la suya es causar todo el daño posible. ¿Por qué? Nadie lo sabe. A veces era suficiente que otra persona pareciera feliz, aunque fuera un instante.

Sentado al otro lado de la ventana de Ted, con las manos ensangrentadas y explicando lo sucedido, Joar era incapaz de contener las lágrimas que caían rodando por sus mejillas, y eso le hacía temblar de ira, puesto que era precisamente lo que había querido su padre esa noche: confirmar el poder que tenía sobre el chico. Ni siquiera miró la cajita cuando se la arrebató de las manos al hijo. El alarido de la madre debió de oírse por todo el vecindario, pero ¿acaso sirvió de algo? ¿Cuántos gritos habrían aprendido a ignorar los vecinos a lo largo de los años?

El viejo de Joar sencillamente clavó la mirada en su hijo mientras aplastaba con el pie la caja, los restos de ramitas, las hojas y la vida

que albergaba dentro, sin apartar ni por un segundo la vista de él. La crueldad es así.

Ted no supo qué había ocurrido exactamente en ese cuarto después de ese momento, y tampoco quería contarle a Louisa lo poco que sabía, porque, de semejante cabronazo, lo mejor es hablar lo menos posible. Pero lo cierto era que había un cuchillo en una mochila, un muchacho en el suelo y una madre con los brazos alrededor del cuello de un hombre que no paraba de golpear.

Ted también acabó con las manos llenas de sangre esa noche que Joar acudió a su ventana con una caja.

—Escóndela—musitó Joar.

—Entra—rogó Ted, pero su amigo negó con la cabeza y se miró las manos, asombrado, como si se preguntara a quién le pertenecían.

—Tengo que volver a casa antes de que se dé cuenta de que no estoy.

Dio media vuelta a toda velocidad y desapareció en la oscuridad.

—;¡Te quiero!—exclamó Ted en un arrebato.

Joar se detuvo durante un instante, pero no respondió ni se giró. Entonces, echó a correr.

La voz de Ted en las rocas es casi imperceptible; Louisa tiene que acercarse a él para escuchar la historia de cuando Joar entró de nuevo a hurtadillas en su casa. El padre roncaba en el sofá del comedor, sumido en un estupor etílico y con la camisa manchada con la sangre de su hijo. En el cuarto del muchacho, la madre limpiaba el suelo arrodillada. Olía tan bien que Joar se mareó. Había estado guardando en la estantería dos pastillitas de jabón, regalo de Navidad de Ali, que las había robado en una tienda para él. Obviamente, olían demasiado bien como para lavarse con ellas, así

que Joar se limitaba a sentarse en la cama y olfatearlas cuando se sentía desdichado. Pesaban muy poco, prácticamente lo mismo que un pájaro.

Cuando esa noche el padre entró y salió del cuarto la primera vez, Joar y la madre envolvieron a toda prisa los jabones en un calcetín y los colocaron entre las ramitas y las hojas de la caja. Cuando la borrachera lo llevó a ponerse hecho una furia y entrar como un energúmeno por segunda vez, colmado de whiskey y amargura, le arrebató la caja de las manos a Joar, que comenzó a gritar con la madre. Pero él se echó a reír, así de predecible era su odio. Ni siquiera miró la caja antes de tirarla al suelo y pisotearla; estaba demasiado ensimismado observando a Joar, demasiado ansioso por verlo destrozado por la muerte del pájaro. Y es cierto que lloró el chico, tal y como deseaba el padre, pero no por el ave, sino por la crueldad. El hombre era incapaz de reconocer la diferencia en las lágrimas y le faltaba inteligencia para saber siquiera que podía haberla.

Cuando terminó de pisotear la caja la emprendió a golpes con el hijo y la mujer por todo el dormitorio. Exhausto, volvió dando tumbos al sofá, y fue entonces cuando Joar fue a rastras a abrir la ventana. Los bordes de hojalata de los maceteros eran afilados como cuchillas y el chico temblaba tanto que se cortó en las manos. Al recoger al pájaro, que había escondido en la tierra suelta de debajo de las flores, manchó de sangre sus alas y, al volver a colocar al animal entre los restos destrozados, pringó también la caja. Pero el ave respiraba. Entonces se lo llevó a Ted y volvió corriendo a casa. Así fue cómo se salvó una vida.

Ayudó a la madre a limpiar el suelo. Tenían las caras amoratadas y los corazones rotos, pero sonreían; un pajarillo era una victoria

nada desdeñable sobre un eterno tirano. Joar inhaló profundamente el olor del jabón y susurró «te quiero» con los labios pegados a los cabellos de la madre. «¡Qué afortunada soy!», susurró ella.

Esa noche, durmieron uno al lado del otro en la cama de Joar; la madre con el muchacho en sus brazos y este con la mochila en los suyos. El padre dormía como un tronco en el sofá. Cuando Joar despertó a la mañana siguiente, todo olía a quemado.

Un compañero del puerto había pasado al amanecer a recoger al padre, aún demasiado borracho como para ir por su cuenta a trabajar, quien había dejado tras de sí solamente silencio y humo. Joar se restregó con ímpetu los ojos y se dirigió dando tumbos a la cocina, aturdido. Allí estaba la madre, de pie, recién maquillada y con cara de sentirse avergonzada.

—He intentado hornear unas madalenas. Me parece que se me han quemado un poquito...

¿Un poquito? A Joar le pareció que estaban carbonizadas, aunque se guardó muy bien de decirlo, por supuesto.

A finales de julio, se dirigieron una mañana a primera hora al embarcadero para soltar al pájaro. Había estado viviendo en casa de Ted durante una semana aproximadamente, aunque Joar había pasado cada día a alimentarlo con semillas y gusanos.

Acudieron los cinco. Ali había tenido la idea. Ni que decir tiene que la madre de Joar pensó que bromeaban cuando llamaron al timbre, pero enseguida fue corriendo a maquillarse y ponerse los zapatos de tacón más bonitos que tenía a pesar de que Joar no paraba de repetirle: «¡Vamos al EMBARCADERO, mamá! ¡Al MAR! ¡No vamos a soltar al pájaro en una DISCOTECA!».

La madre se quitó los zapatos en el último tramo hasta llegar al mar y avanzó descalza, casi ceremoniosamente, mientras

preguntaba con orgullo a su hijo: «¿Soy la primera adulta a la que dejáis venir aquí con vosotros?». Y Joar contestó con dulzura: «Tú no eres adulta, mamá».

La mujer no había coincidido en demasiadas ocasiones con los amigos de su hijo, aunque conocía hasta el último detalle de todos ellos.

—Presume de vosotros sin parar—le susurró a Ted en un momento en que su hijo no podía oírla.

Por desgracia, Ali sí que la oyó, y la chica no tuvo más remedio que ir corriendo a golpear a Joar con fuerza en el brazo para que él tuviera que devolverle el golpe y que todos pensaran que sus lágrimas se debían a eso.

—¿Estás llorando? Pero ¡si no te he dado tan fuerte!—masculló Joar.

—Calla—dijo sollozando Ali, que amaba a los pájaros casi tanto como amaba a los chicos que amaban a los pájaros.

—¿Puedo preguntaros una cosa?—dijo la madre de Joar cuando se detuvieron en el embarcadero.

—Ahora no, mamá.

—¿Por qué nadie adopta pájaros? Es decir... Puedes comprar pájaros y perros y puedes adoptar un perro. Pero ¿puedes adoptar un pájaro?

—¿Quién narices adopta un perro, mamá?—rezongó Joar.

En ese momento, Ali, la amiga de todos los animales, saltó como un resorte:

—¡Cualquiera que no sea un idiota! Nadie debería comprar un perro porque hay muchos que no tienen hogar.

—¿Cómo sabes que no tienen hogar? ¡A lo mejor es que no quieren vivir en una casa!—replicó Joar.

—¡Serás idiota! ¿Tú crees que los perros deberían vivir en la calle?

—Myy bien, pues vete a la jungla y adopta un león entonces. ¿Por qué no pueden tener casa los leones?

—¡Los leones no viven en la jungla, idiota!—gritó Ali.

—¡No soy idiota, idiota!—vociferó su amigo.

—¡MIRAD!—exclamó Ted.

En ese momento, el pájaro, que estaba posado en las manos del artista, alzó el vuelo. Fue un momento verdaderamente único. Al principio se quedó un buen rato inmóvil entre los dedos del artista, como si estuviera adormilado, como si le hubieran dicho que era hora de ir al cole. Pero, de pronto, sin previo aviso, levantó la cabeza y desplegó las alas.

—Y echó a volar—rememora Ted, como en una ensoñación, sentado sobre las rocas.

—Vaya—dice Louisa, sin atisbo de sarcasmo, lo cual es bastante reseñable viniendo de ella.

—Dio unas cuantas vueltas sobre el embarcadero, planeó sobre el mar, miró por encima de su ala durante un segundo como si... Suena estúpido, pero parecía que miraba a Joar y a su madre.

Menudo segundo fue aquel para todos los presentes. Un segundo fantástico. El artista hizo algo fabuloso que nadie había oído antes: animó y jaleó al pajarillo. Empezó a recorrer el embarcadero brincando y gritando de júbilo. ¿Cuántos motivos se presentan en la vida para hacer eso? El sol se filtraba a través de las nubes, el momento era perfecto, así que el muy idiota del pájaro tuvo que estropearlo.

Habría ascendido unos sesenta metros por encima del agua cuando giró dibujando un amplio semicírculo y volvió. Pasó por

encima de ellos y voló en dirección al pueblo y los edificios.

—¡TE EQUIVOCAS DE DIRECCIÓN!—exclamó Ali como si el pájaro fuera a dar la vuelta para disculparse.

—A lo mejor para él no es la dirección equivocada—dijo vacilante la madre de Joar.

—¿Cómo sabes que es un chico?—preguntó Ali.

—Porque se ha equivocado de dirección—añadió riendo la mujer.

—Un chico de lo más típico—intervino el artista.

¡Cómo rieron! Todos excepto Joar, que recorría con los ojos el cielo.

—¿Puede volar a cualquier lugar del mundo y elige volver a este puñetero pueblo?—resopló.

Su madre se quedó pensativa un buen rato al lado de su hijo.

—Yo creo que a lo mejor ha vuelto con sus amigos, amor mío. Tú habrías hecho lo mismo—dijo al fin.

Permanecieron todos en silencio el tiempo que duran unos cuantos latidos de corazón, reflexionando sobre las palabras de la mujer, hasta que Ali se impacientó y exclamó:

—¡Venga, va! ¡Vamos a nadar!

Veinticinco años después, sentado sobre las rocas junto al mar, Ted deja que la toalla se deslice por sus hombros hasta caer. La dobla meticulosamente y la coloca con cuidado dentro de su maleta, que está al lado de la caja del cuadro.

—Saltamos todos al agua desde el embarcadero. Esa fue la última vez que nadé en el mar con mis amigos.

CUARENTA Y CINCO

Ted menea la cabeza hacia delante y hacia atrás. Louisa piensa que parece la autora de la que le ha hablado, la mujer abrumada por el dolor. Al darse cuenta de que lo está mirando fijamente, Ted carraspea avergonzado. Busca sus pantalones y le ofrece a Louisa algo que saca de un bolsillo. Es el dibujo del artista que ella había dejado en el tren.

—No me lo des, es un regalo—le dice dolida Louisa.

Ted asiente.

—Lo sé, me lo devolverás, pero cuando lleguemos a nuestro destino.

Ella duda un momento, pero finalmente guarda el dibujo en su mochila.

—Vaaale, hasta que lleguemos.

—¡Lo digo en serio! Quiero que me lo devuelvas. ¡Algún día valdrá millones!—insiste.

—¡Sí, claaaaaaaro!—exclama ella riendo, como si Ted bromeara.

Él mira la muñeca en la que solía llevar el reloj y después observa el sol,

—Creo que nos da tiempo a coger el próximo tren.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el sol puedes saber más o menos qué hora es.

—Me refiero a que cómo sabes cuándo sale el próximo tren. ¿Te has aprendido el horario de memoria o qué?

—Sí—responde Ted como si fuera la cosa más normal del mundo.

—Eres más raro que un perro verde.

—Gracias, tú también.

Louisa resopla y se pone de pie. Ted hace lo propio. Se aleja cada uno por su lado y buscan dos árboles bien hermosos tras los que cambiarse de ropa. Cuando la primera gota aterriza en su cabeza, Ted no se percata de lo que ocurre porque su piel ya está húmeda, pero entonces oye un repiqueteo en la copa del árbol y a Louisa exclamar:

—;¡TED, ESTÁ LLOVIENDO! EL CUADROOOO...

Mira la caja y observa con pánico creciente cómo caen sin parar gotas que dejan grandes marcas negras. Por un instante se dedica a buscar cobijo debajo del árbol, como hace la gente en las películas, pero no sirve de mucho. Los árboles no son ni de lejos tan leales en la vida real, así que echa a correr con la maleta y la caja en brazos, patinando y tambaleándose como una paloma avariciosa que intenta llevarse un bocadillo enorme. Louisa corre a su lado, poniéndose la mochila sin detenerse, y le quita la caja de las manos. Llegan a la calle comercial de la tienda de deportes donde se colaron antes chapoteando, sin resuello y con el pecho ardiendo, pero no se detienen hasta encontrarse bajo techo en la estación de tren.

—¿Le... ha... pasado... algo?—pregunta jadeando Louisa cuando Ted echa un vistazo dentro de la caja. Él asiente, exhausto, y se deja caer en un banco.

—Estoy... muy... harto... de correr.

—Es increíble... lo mal que se te da... a pesar de que corres a menudo.

Eso es todo lo que tienen tiempo de decir antes de que llegue el tren. Se suben con esfuerzo, lo cual les granjea no pocas miradas malhumoradas del resto de pasajeros a pesar de que la lluvia ha lavado casi toda la tierra de su ropa. Ted se hunde en un asiento, cierra los ojos y se queda dormido casi al instante. Cuando despierta, Louisa está sobada sobre su hombro.

—¡Louisa, despierta! ¡Nos bajamos aquí!—exclama Ted mirando por la ventanilla.

Ella se incorpora con cara de susto.

—¡NO ESTABA DURMIENDO! ¡ESTOY LISTA! ¿CÓMO? ¿QUÉ COÑO QUIERES?

Enseña los puños a su acompañante antes de que su cerebro recuerde quién es.

—¡AY!—aúlla Ted al recibir un duro impacto accidental en la mejilla.

—Lo siento... ¿Qué pasa? ¿Dónde estamos?—pregunta Louisa alarmada.

Ted señala con la cabeza el andén al otro lado de la ventanilla y, de pronto, sonríe como si fuera a contarle un secreto.

—Vamos. Te voy a enseñar algo que creo que te va a gustar.

Bajan del tren y Louisa se sienta en un banco con el cuadro y las mochilas mientras Ted compra los billetes. Tarda tanto tiempo que ya es por la tarde cuando regresa.

—Has tardado una eternidad. ¿Has tenido que viajar al pasado e inventar el tren o qué?

Ted habla en voz baja y la mira aterrorizado.

—Hay policías comprobando la identidad de todos los pasajeros. Los he oído decir que han atacado a dos hombres a unas cuantas

estaciones de aquí, que los han golpeado con una tubería de hierro y que uno de ellos tiene el brazo roto...

—¿CÓMO QUE ATACADO? Si han sido ELLOS—exclama Louisa.

—Chsssssssst—sisea Ted.

—¿Y qué hacemos?—susurra ella al ver a unos hombres de uniforme que se aproximan.

Lleva toda la vida aprendiendo a huir de ese tipo de hombres, pero ahora es demasiado tarde. Debería haber sido más espabilada. Se ha relajado demasiado, dejándose engañar y pensando que el mundo de Ted es su sitio. No lo es, ni ahora ni nunca.

—¡Actúa normal! Es decir, no como es normal en ti. Actúa normal como la gente normal—sisea Ted.

—;¡Claro! Como si no me hubiera largado de una casa de acogida ni llevara un cuadro famoso que vale una fortuna ni viajara con un hombre del que no sé ni su apellido. ¡Actúa normal, dice!—chista a su vez Louisa.

—Tú calla y sonríe—ordena con severidad Ted.

Louisa obedece y esa es, probablemente, la primera vez desde que se conocen que la joven ha seguido instrucciones, lo cual, por supuesto, también es un error. Llegan al tren, justo a la altura de los escalones para abordarlo y, durante un segundo, los dos creen estar a salvo. Pero Louisa debería haber sido más espabilada.

—¡EH, USTEDES! ¡DETÉNGANSE!—grita una voz detrás de ellos.

Se giran y se topan con la mirada enfadada de un uniformado.

—Billetes e identificación—más que pedir, ordena.

Louisa se arrodilla y comienza a busca frenéticamente el pasaporte dentro de su mochila mientras el pánico se apodera de su cuerpo.

—Estaba aquí... Estaba...—susurra invadida por la ansiedad y con la mirada gacha.

Oye al hombre hablándole enfurecido por encima de su cabeza. Louisa no es capaz de comprender las palabras, pero ha oído mil veces antes voces de ese mismo estilo, que prometen violencia. Sabe que el hombre percibe la culpa en sus ojos inquietos y sus dedos temblorosos. ¿Dónde estará el pasaporte, joder? El idiota de su cerebro debería saberlo, pero se dedica de pronto a pensar en Pez y en que siempre decía que un pasaporte es una prueba de que existes, de que eres alguien. Sin embargo, la mochila está vacía y a Louisa le arde la cara y el cerebro le grita que Pez estaba equivocada. Ella siempre ha sido una donnadie. Siempre lo echará todo a perder, así que actúa por instinto, ya es tarde para salvarse, pero a lo mejor puede llamar la atención del policía para que Ted tenga tiempo de escapar. Es una estupidez, como suele pasar con los instintos; la sociedad no está hecha para los cerebros adolescentes, inundados de respuestas de lucha o huida. La joven cierra la mochila, aprieta los puños y se prepara para salir corriendo.

—¿Va al norte? ¿Vive allí?

Las preguntas del policía la desconciertan, suenan a que el tipo conversa con alguien.

—Sí—oye decir a Ted, que parece sorprendentemente calmado.

—¿Viajan juntos, la chica y usted?—pregunta el policía.

Sí, es mi hija.

Es la mejor mentira que Ted ha dicho nunca.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—Me he caído por unas escaleras.

Si no estuviera tan aterrorizada se habría echado a reír, pero al levantar la mirada se da cuenta de que el policía no la está mirando

a ella, sino a Ted, y el sonido de su propia respiración ya no la deja oír el resto del interrogatorio. Al final, el hombre de uniforme le devuelve a Ted su pasaporte con un ligero ademán y se aleja. Así de simple. Louisa se queda mirando a su acompañante como si acabara de hacer magia negra; parece asustado, pero también ofendido.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha dicho?—susurra extrañada Louisa.

—Dice que la policía ha parado a un conductor borracho y a su amigo a unas cuantas estaciones de aquí y que, para evitar que los arrestaran, parece ser que el conductor borracho ha dicho que iban camino del hospital porque los ha atacado con tuberías de hierro una... pandilla.

—¿Una pandilla?

—Sí. Parece que los tipos no han querido reconocer, ni siquiera a la policía, que les ha pegado una chica.

—Entonces, ¿por qué nos han parado a nosotros?

—No nos han parado a nosotros, solo a mí. Los tipos han dicho que la pandilla ha huido en un tren que iba en esta dirección, así que la policía está hablando por esta zona con todo el mundo que parece... sospechoso.

A Louisa se le ilumina la cara como si no parecer sospechosa fuera el mayor cumplido que ha recibido nunca.

—O sea que el policía ha pensado que pareces un pandillero, pero en cuanto ha oído esa manera tan desagradable de hablar que tienes ha comprendido que es imposible—se burla riendo Louisa.

—No tiene gracia, podían habernos arrestado.

—A lo mejor te uniste a la pandilla durante tu estancia en la cárcel—añade riendo.

—Para—masculla Ted.

—A lo mejor era una pandilla de biblioteca. A lo mejor sometes a las demás pandillas con el poder del conocimiento.

Ted se agacha y recoge el pasaporte de la joven, que se había caído de la mochila.

—Asegúrate de no perderlo—replica, como haría un padre molesto para cambiar de tema.

—Lo sé—asiente Louisa sin dejar de sonreír.

—¡Hablo en serio! ¡Tienes que tomarte las cosas con más seriedad!—exclama.

Louisa se queda callada, un tanto avergonzada.

—Lo siento. Ya lo sé. No puedo perder el pasaporte, es la única prueba de que existo—se oye a sí misma decir con voz repentinamente temblorosa.

Ted se detiene y la mira con más benevolencia mientras niega lentamente con la cabeza.

—¿Eso crees?

—Pez lo decía todo el rato.

Ted vuelve a sacudir la cabeza, con más determinación esta vez.

—Tú ya eres bastante prueba de que existes, Louisa. Cada vez que dibujas o pintas algo lo pruebas. Vamos, va, tengo que enseñarte una cosa.

Hay otro tren detenido en el andén al otro lado y, cuando Ted la hace subir, Louisa pone cara de haber probado chocolate por primera vez.

—¿Son camas? ¿En un tren?—susurra boquiabierta.

—Es un coche cama.

Pero eso no es lo mejor. Ted le enseña entonces su compartimento, que tiene una cama para cada uno y una cortinilla

para aislarlas, amén de otra cosa absolutamente fabulosa: un cerrojo en la puerta.

Louisa se queda traspuesta en cuanto toca la almohada; no ha dormido tan bien desde que Pez no está a su lado. Ted también se queda roque pese a los ronquidos de su acompañante. Cuando despiertan, vuelve a ser de noche y el tren se mueve. Han dormido todo el día.

—¿Estás despierto?—pregunta Louisa a la oscuridad cuando oye un cambio en la respiración de Ted.

—Sí—responde él pensando que nunca hace falta preguntarse si ella está o no despierta, puesto que, si no hace preguntas, es porque duerme.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—¿Puedo impedirlo?

—Llevas muchísimo tiempo sin ir al lavabo.

—Eso no es una pregunta.

—Has hecho pis en el mar, ¿a que sí?

—No—miente.

Ella se echa a reír de tal forma que hace crujir la litera.

—¿Puedo preguntarte otra cosa?

—Mejor no—dice, aunque es evidente que sus preferencias no tendrán ningún impacto.

—¿Qué pasó con el cuchillo de Joar?

Ted se alegra de que la luz esté apagada en ese momento. El mundo permanece inmóvil al otro lado de la ventana, el estruendoso tren atraviesa la noche como si todos los pasajeros estuvieran huyendo y Ted intenta juntar los labios para detener el temblor.

—Lo llevaba en la mochila. Había concebido un plan: esperaría a que su madre no estuviera en casa porque sabía que intentaría

detenerlo si...

—¡Espera un momento!—le ruega de pronto Louisa, cambiando de parecer. Y añade—: No debería haberlo preguntado. Debería haberte dejado terminar la historia con todos yendo a nadar al embarcadero y liberando al pájaro. Era el final perfecto. Todos seguíais siendo felices ahí.

—SÍ.

Louisa se queda pensativa un minuto entero antes de tomar una decisión.

—Vale... Pero dime una cosa antes de contarme el final: ¿cómo conseguisteis el dinero para la pintura y los pinceles y todo el material para el cuadro?

El tren pasa por un andén iluminado y Louisa ve en los conos de luz el destello de los dientes de Ted al sonreír.

—Bueno, no vendimos ninguna bici robada, eso desde luego.

CUARENTA Y SEIS

Lo de robar algunas bicicletas para venderlas fue idea de Ali, por supuesto, según relata Ted en el coche cama. Para entonces, Joar ya se había convertido en una especie de experto en el tema, puesto que había vendido sus primeras bicis robadas en el patio del colegio con tan solo once años. Por desgracia, la policía apareció y consideró que aquella no era una estrategia de negocio adecuada. En opinión de Joar, la policía era malísima a la hora de incentivar el emprendimiento juvenil. La única razón por la que lo dejaron irse de rositas fue que era tan bajo que no creyeron que fuera capaz de cometer el delito. A él eso lo cabreó tanto que a punto estuvo de confesar. Se lo impidió el artista, claro, quien, a partir de entonces, dejó que Joar robara alguna bicicleta de vez en cuando, pero no que las vendiera, pues era demasiado peligroso.

Ese verano, en cambio, cuando aún no habían cumplido quince años, Ali consideró que valía la pena volverlo a intentar.

—¿Qué van a hacer? ¿Meternos en la cárcel? Aún somos... niños —refunfuñó.

Era el día siguiente a la liberación del pájaro.

—Creo que tienen cárceles para jóvenes—puntualizó Ted.

—¡Ja! ¿Y cómo van a mantener encerrado a Joar? Cabe entre los barrotes—añadió riendo Ali.

En circunstancias normales, un comentario como ese habría ido seguido de una pelea entre Joar y Ali, pero el chico tenía tantos moratones y chichones que su amiga no quiso añadir más agravios y se limitó a sacar la lengua y reírse cuando Joar contestó con una peineta.

—No, por favor. Si robas alguna bicicleta para comprar pintura, se verá reflejado en el cuadro de algún modo. Yo no quiero que seáis ladrones por mí...—suplicó tímidamente el artista.

Y así quedó zanjado el debate. Los amigos se pasaron el resto del día viendo películas de superhéroes en el cuarto de Ted. Estaba lloviendo fuera y no se les ocurrían más ideas. De vez en cuando, Ted y el artista paseaban la vista por la mochila de Ali, pero ella les hacía gestos para indicarles que esperaran. Y eso hicieron, varias horas, hasta que Joar se fue al baño y pudieron sacar lo que tenían allí escondido. Cuando el joven volvía del baño y se disponía a bajar las escaleras del sótano, Ali cantó «Cumpleaños feliz» con todas sus fuerzas y, al ver que su amigo se tapaba los oídos, amenazó con cantarla otra vez. Joar puso cara de fastidio, incluso de enfado, pero lo cierto era que no se le había pasado por la cabeza que se acordaran de su cumpleaños, así que no les dijo que, en realidad, era al día siguiente.

Ted le dio un frasco de aftershave. Era de su padre, pero se había quedado sin abrir en un armario. Ted se esmeró en limpiarle el polvo y ponerle un lacito, y el artista escribió una tarjeta.

—Esperamos que te guste el olor—deseó Ted.

—Sí, ojalá, porque hueles a basura—añadió Ali con un tono que, de haberlo dicho en una lengua desconocida, habría parecido un «te quiero».

Joar cogió el frasco como si fuera un pájaro. El artista metió la mano en su mochila y sacó un ramito de flores que había robado del jardín de una anciana.

—No son robadas—aclaró—. Son adoptadas.

Ali y Ted se echaron a reír.

—Sois todos escoria—masculló Joar oliendo las flores.

Se restregó fuerte los ojos con el dorso de la mano. Tendría que esperar para usar el aftershave porque tenía tantos cortes en el cuerpo que le escocía demasiado. Aun así, esa noche durmió abrazado al frasco.

Por la mañana, sus amigos lo estuvieron esperando en la intersección hasta que el sol lucía bien alto en el cielo, pero Joar no apareció.

Hacía un día fantástico. Estaba despejado y no soplaba viento; los colores del cielo y la tierra parecían más vivos que el día anterior. Al menos, así lo recordarían los amigos. A veces recordamos los momentos previos a una gran catástrofe más bellos de lo que fueron en realidad.

Ali, preocupada, fue a casa de Joar. Vio a los padres marchar al trabajo. El padre, tambaleándose en dirección al coche de un compañero con el que iría al puerto. La madre, corriendo en dirección contraria, perfectamente maquillada. Ali pensó que la mujer parecía tan feliz que se le adivinaba un cierto brío en el caminar. Esa sería la última vez que alguno de los amigos vio así a la mamá de Joar. Cuando Ali tocó al timbre del piso, no contestó nadie. Joar no estaba.

Ali regresó a la intersección, se tumbó en el césped al lado de Ted y el artista y, juntos, hicieron lo único que estaba en sus manos: esperar. Se quedaron allí tumbados hasta quedarse sin galletas y sin

chistes, pero su amigo siguió sin aparecer. Media mañana se esfumó. Para pasar el rato, Ali preguntó en ese tono de desenfado absoluto que solo ella dominaba por qué los chicos tenían dos testículos. Era evidente que llevaba mucho tiempo dándole vueltas al asunto, pero ni Ted ni el artista tenían una buena respuesta. El primero se limitó a contar que, una vez, cuando era pequeño, su hermano lo había engañado y hecho creer que, en realidad, los hombres debían tener tres. Se sucedieron unos cuantos meses de ansiedad antes de descubrir la verdad.

—Pero ¿por qué tenéis dos entonces?—repitió Ali.

—Es muy propio de los hombres llevar sus propias piezas de recambio—dijo Ted sonriendo.

—Es muy propio de los hombres necesitar piezas de recambio—señaló Ali.

—¡VAMOS!—gritó una voz tras ellos.

Se giraron los tres sobre el césped y allí estaba Joar. Venía por el camino contrario, el que viene del pueblo, y no de su casa. Le brillaban los moratones con el sol, pero parecía tan orgulloso que apenas eran perceptibles. Se le veía treinta centímetros más alto que el día anterior.

—¡Vamos!—repitió mientras los adelantaba y proseguía su camino.

—¿Adónde?—preguntaron los otros, pero, al no obtener respuesta, salieron pitando tras él.

Ali no dejó de hablar en todo el camino sobre cosas que nadie recordaría después, pero que, en el momento, fueron la mar de graciosas. Ted recordaría que todo olía a sol y que no sabía si existía una palabra especial para eso.

—¿Qué... Qué hacemos aquí?—preguntó finalmente el artista, ansioso.

Fue entonces cuando Ted y Ali alzaron la vista y se dieron cuenta de adónde los había llevado Joar. Estaban justo delante de la tiendecita de material de arte. Su amigo no les había explicado su plan, ni se le había pasado por la cabeza que eso pudiera suponer un inconveniente, por lo que, ni que decir tiene, se convirtió enseguida en un problemón. Si le hubieran preguntado a Ali, quizá habría dicho que es muy propio de un chico creer que todo el mundo puede leerle el pensamiento: es fácil porque no tiene muchos; pero en defensa de Joar hay que decir que a lo mejor Ali no lo habría escuchado si les hubiera dicho de antemano lo que tenía en mente.

Joar entró con el artista en la tienda mientras Ted y Ali, un tanto desconcertados, hacían guardia fuera, no porque su amigo se lo pidiera, sino porque ellos lo consideraron necesario. Cuando el artista cayó en qué planeaba hacer Joar, entró en pánico e intentó persuadirlo para que no lo hiciera; no quería que su amigo robara por él, pero Joar no quiso hablar del tema.

—¡Tú señala lo que necesitas y ya está! ¡El verano está a punto de acabar, joder! ¡Hay que pintar el cuadro ya!—exhortó Joar muy impaciente.

De manera que el artista, muy nervioso, dio una vuelta por la tienda echando una ojeada y señalando el material. Conforme Joar iba cogiéndolo todo, el artista se ponía más y más colorado hasta que, al llegar a la dependienta que despachaba tras el mostrador, temblaba de tal manera que, si hubiera llevado leche en la mano, la habría convertido en mantequilla. Ali y Ted esperaban fuera, cada vez más nerviosos y conscientes, gracias a su experiencia, de que en cualquier momento aparecería un vigilante o un policía. Por eso,

cuando Joar y el artista salieron por fin cargados de pinturas, pinceles y lienzos, los amigos les arrebataron en un abrir y cerrar de ojos todo lo que llevaban y echaron a correr.

Dado que son genios, salieron pitando cada uno por su lado, por supuesto, pero por desgracia los muy genios eligieron direcciones opuestas y chocaron el uno contra la otra. Entonces, Ali, movida por el pánico, arrancó con tanto ímpetu sin mirar hacia dónde se dirigía que se fue derecha contra una farola. Ted, aún mareado por efecto del choque, avanzó tambaleándose un momento media calle más antes de darse cuenta de que no lo estaban persiguiendo. Frenó tan en seco que pilló desprevenido a su cuerpo y acabó otra vez en el suelo.

Joar estaba de pie en la puerta de la tienda, la mar de tranquilo.

—¿Se puede saber qué hacéis, par de idiotas?—exclamó.

Había sido un buen día. Esa mañana, muy temprano, la madre de Joar lo había despertado colocando con mucha ternura una mano sobre el hombro de su hijo mientras se llevaba el índice de la otra mano a los labios.

—Ssssssh—siseó indicándole con un gesto que la siguiera.

Salieron sigilosamente del piso y se dejaron al padre roncando resacoso en el sofá. Fueron a toda prisa hasta el sótano, a un pequeño trastero. Justo en la parte de atrás, donde el padre nunca iba, la madre tenía escondido el regalo de cumpleaños de Joar. Ella no poseía nada de valor excepto sus patines, regalo de su propia madre, que había vendido para comprarle a su hijo una bicicleta.

Joar había tenido muchas bicis a lo largo de su vida, pero, esa mañana, por primera vez, tenía una propia. Salió a montarla por todo el vecindario al despuntar el alba. Nunca se había sentido tan libre, grande y lleno de posibilidades. Por eso no se presentó en la

intersección para reunirse con sus amigos en toda la mañana. Estuvo conduciendo su bicicleta a tal velocidad que el viento le repeinaba el pelo hacia atrás. Pedaleó sin parar, soltando el manillar y estirando los brazos hacia el horizonte, hasta que llegó al pueblo. Una vez allí, se sentó en un banco y esperó hasta que abrió la tienda de deportes. Se echó la bici al hombro, puesto que en ese pueblo era mejor no dejarla sin vigilar en la calle y correr el riesgo de que se la llevara cualquier ladronzuelo, y entró en la tienda. Estuvo discutiendo con el dependiente un buen rato hasta que llegaron a un acuerdo y Joar fue corriendo a la intersección, gritando jadeante «¡VAMOS!» a sus amigos.

Un rato después estaba en la entrada de la tienda de arte sacudiendo la cabeza sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Cuando Ted y Ali se levantaron y percataron de que no los estaban siguiendo, vieron que el artista estaba de pie junto a Joar con algo en la mano: un recibo de la tienda.

Joar sonrió y exclamó:

—¿Qué os creéis que soy? ¿Un LADRÓN?

El muchacho había vendido muchas bicicletas en su vida, pero esa fue la primera vez que vendía la suya, y con ese dinero compraron los lienzos y pinturas que cambiarían el mundo.

—Este también es un buen final—susurra Louisa en medio de la oscuridad del vagón de tren.

—Sí—coincide Ted.

La joven no le pide que cuente nada más, y él no lo hace. Permanecen tumbados cada uno en su litera: uno va camino de casa; la otra, más lejos de lo que ha ido nunca.

—Buenas noches, fantasmas—susurra Louisa.

—Buenas noches, buenas noches—responde Ted.

CUARENTA Y SIETE

Cuesta contar una historia, sobre todo cuando no acaba bien para todos. Ted sueña con el sonido de una cabeza humana recibiendo un golpe tremebundo; es un sonido tan brutal que atraviesa las paredes. En el sueño, todos los hombres rudos del puerto están de pie y en silencio junto a la entrada de casa de Joar, conmocionados y muertos de vergilenza. Mientras, en la intersección donde Ted y sus amigos se despedían con un «hasta mañana», retumba el sonido de las sirenas.

Ted se despierta sobresaltado, está sudando y tiene miedo. Parpadea bajo la luz. Louisa está sentada en su litera con los ojos abiertos de par en par, oteando felizmente al otro lado de la ventanilla, puesto que el tren pasa ahora muy cerca del mar. Se gira y ve a Ted despierto.

—¿Hemos llegado ya?—pregunta.

—Queda poco.

—¿Cuánto de poco es poco?

—Bastante poco.

—Habrías sido un padre muy molesto—refunfuña.

—Gracias—contesta con una sonrisa Ted.

Louisa vacila un momento antes de lanzar otra pregunta:

—¿Quieres contarme ahora el final de la historia?

—No, todavía no—responde él por fin, tras pensárselo un buen rato—. Pero puedo contarte la historia de cuando robamos un coche, si te apetece.

¿Que si le apetece?

Mientras el tren avanza acortando las distancias con el pueblo que se llevó su niñez entera, Ted le habla a Louisa de los días que rodearon la creación del cuadro. Los amigos permanecieron sentados al lado del artista en el sótano de Ted hasta acabar mareados con el olor a pintura, aguarrás, vapores minerales o lo que fuera que contuvieran los jarritos y frascos. El artista probó diferentes tipos de pintura y técnicas que, con mucha probabilidad, inventaba él mismo, puesto que no había tenido maestros. En su día asistiría a una buena escuela de arte y caería en la cuenta de que a él ya se le había ocurrido todo lo que enseñaban allí, solo que al revés. No tenía un cerebro normal, y el mundo daría las gracias por ello llegado el momento.

Durante aquellos días, Ted subía y bajaba a menudo para ir a buscar comida a la cocina. Una noche, cuando estaba calentando lasaña para Ali, oyó a su hermano tocar el piano. Fue a cogerle una de las cervezas del padre con la intención de llevársela, pero vio que era la última. Cuando el hermano la agarró y reparó en lo mismo, se levantó para traer dos vasos y los hermanos brindaron en silencio y bebieron junto al piano.

—¿Sabes cuál era el plato favorito de papá?—preguntó el hermano mayor cuando le llegó el olor de la comida que estaba calentando Ted.

—¿La lasaña?

—No, señor. Los sándwiches fríos de queso fundido. O sea, un sándwich de queso fundido tras llevar toda la noche en el frigorífico.

Eso es lo único que papá sabía hacer cuando conoció a mamá. Sándwiches fríos de queso fundido y gusanitos de queso que se han quedado en una bolsa abierta y están un poco revenidos y Coca-Cola sin gas... Le encantaban esas cosas. ¿Te puedes creer que mamá aprendiera a cocinar tan bien por ese tío? ¡Menudo desperdicio!

Ted se echó a reír.

—Cuéntame más.

El hermano sonrió. No estaba especialmente borracho, pero siguió hablando de todas formas.

—Cuando yo era pequeño, solía esconderme con papá detrás del piano y dar un brinco para asustar a mamá.

—¿Y ella se enfadaba?—preguntó Ted con una sonrisa.

—¿Estás de coña? Odiaba que papá la asustara, por eso él lo hacía todo el rato, el muy imbécil. Una vez saltó del armario de la entrada cuando ella pasaba con un calzador en la mano y la asustó tanto que mamá acabó haciendo pedazos el espejo con él. Se puso hecha una furia porque, según ella, tendría siete años de mala suerte, y va papá y le dice: «Si no me llego a agachar, me dejas sin DIENTES», y mamá le contesta: «¡Bueno, pero al menos así solo habrías tenido mala suerte TÚ!».

Cuando el hermano terminó el relato, Ted le pidió, no sin cierta vacilación, que le volviera a contar la historia. Volvió a reír tanto como la primera vez. No debe de ser una mala sensación si no te has sentido un buen hermano mayor durante mucho tiempo.

—¿Te gustaría tener hijos?—preguntó Ted sin venir a cuento.

—¿Hijos? Joder, no lo sé. No creo que fuera muy buen padre—farfulló el hermano.

—Sí que lo serías—dijo con mucha seguridad Ted, y al hermano se le hizo tal nudo en la garganta que tocó una canción entera, de principio a fin.

—Tú serías mejor padre, Ted. Papá siempre decía que eres el listo de la familia. Nadie sabe de dónde lo has sacado—dijo pasado un rato.

—No, soy un idiota—murmuró Ted.

—¡No digas eso!—soltó el hermano con un enfurruñamiento que, en cierto sentido, era todo un cumplido.

—Perdón—se disculpó Ted sin saber muy bien por qué.

—Cuando estabas en preescolar uno de los maestros dijo que eras el más listo de la clase. De camino a casa, papá dijo que serías el primero de la familia en ir a la universidad—respondió, incapaz de ocultar su envidia, o quizá fuera orgullo.

—Ni siquiera sé qué hay que hacer para ir a la universidad. Eso no es para gente como nosotros. ¡Cuesta dinero! Yo no...—protestó Ted, pero lo interrumpió el sonido de unos pasos en la cocina.

Era Ali. Había estado esperando su lasaña sentada en el sótano, pero finalmente el hambre se había impuesto a la prudencia. Al ver al hermano mayor de Ted puso cara de terror; agarró la lasaña del microondas y se fue corriendo de vuelta al sótano, como un ratón con su trozo de queso. El hermano mayor la miró primero a ella y luego a Ted.

—Me alegro de que tengas buenos amigos.

—Yo también.

—¿Sales con alguno de ellos?

La pregunta casi tira a Ted de la banqueta.

Es probable que nadie más comprendiera que esa pregunta era lo más cariñoso y validador que su hermano le había dicho nunca. Que

no había preguntado si salía con Ali, sino si salía con alguno de sus amigos.

Ted negó con la cabeza. El hermano tocó otra canción.

—¿Qué piensan tus amigos que deberías ser cuando te hagas mayor?—preguntó al terminar.

Ted giró cuidadosamente el vaso de cerveza entre las manos levantando olas de espuma.

—Profesor.

El hermano asintió y anunció:

—Si tú vas a la universidad y te haces profesor, yo me puedo imaginar teniendo hijos porque entonces mis críos tendrán en quién fijarse.

Ted se acabó su cerveza.

—Tú eres suficiente buen modelo.

Era la primera vez que alguien le decía al hermano mayor que era suficiente.

La vida es larga, pero avanza muy rápido, y un solo paso aquí o allá puede bastar para echarlo todo a perder. Unos meses después de esa noche, el hermano mayor de Ted se dirigía a una fiesta con Buey, pero nunca llegó. Quizá fuera el destino o una coincidencia, o puede que el hermano recordara lo que le había dicho su hermano pequeño, eso de escoger amigos que sean mejores que uno. Quizá saber que eres suficiente para una persona supone una gran diferencia. En cualquier caso, le pidió de pronto a Buey que parara el coche, bajó y se volvió andando a casa. Buey se enfureció y estuvo gritándole un rato en la carretera, pero el hermano mayor no volvió la cabeza. Esa noche se montó algún follón en la fiesta; Buey y otros amigos atacaron a un tipo con tanta agresividad que casi lo matan. Acabaron todos en prisión. No mucho después, el hermano mayor

conoció a una chica y se enamoró. Es larga, la vida, pero avanza muy rápido y un solo paso en la dirección correcta a veces basta.

Ted dejó al hermano sentado al piano esa noche tras acabarse la última cerveza del padre. Al regresar al sótano tropezó con el escalón que es un poco más alto que los demás. Él tampoco levantaba los pies al andar. Un rasgo heredado del que se sentía orgulloso.

Al entrar en su cuarto reinaba un silencio absoluto. El corazón le dio un vuelco; estaba convencido de que había sucedido algo terrible. Miró a Ali y Joar, pero ellos tenían los ojos clavados en otra cosa.

—¿Qué ha...?—empezó a preguntar comido por la ansiedad.

—Ha terminado. El cuadro está acabado—lo interrumpió Joar.

Ellos estaban allí: tres adolescentes en un embarcadero junto al mar, apenas perceptibles entre tanto azul, de tal manera que, si el cuadro estuviera colgado en la pared blanca de una exclusiva subasta de arte, los señores ricachones podrían pasar por su lado sin verlos. Sin embargo, ellos vivirían eternamente: Joar, Ali y Ted.

—Tienes que firmar el cuadro—susurró Ali.

El artista vaciló, pero finalmente pintó unas calaveritas y escribió un nombre que no era el suyo en la esquina inferior.

—¿Qué haces? ¡Tienes que poner tu nombre!—insistió Ali, pero el artista negó tímidamente con la cabeza.

—Si alguien ve el cuadro, no quiero que sepa quién soy. Solo quiero que sepa quién soy de verdad... Con vosotros.

Y así fue cómo se le ocurrió entonces, a la edad de catorce años, su nombre artístico: C. Jat, las iniciales de Christian, Joar, Ali y Ted. Sus amigos deberían haber sabido en ese momento que era demasiado frágil para hacerse famoso, pero ya era tarde, el cuadro

era demasiado bello como para no llevar a su autor a recorrer el mundo entero.

—¿Por qué no te has pintado tú?—preguntó Ali.

—SÍ que me he pintado. Soy todo esto que os rodea—dijo en voz baja el artista.

—¡Joder! ¡Eres un extraterrestre!—exclamó Joar antes de añadir algo verdaderamente extraordinario—: Te quiero.

—Os quiero y creo en vosotros—contestó el artista.

—Creo en vosotros y Os... Os... Lo otro también—masculló Ali.

En cambio, Ted no dijo nada porque se quedó sin respiración al mirar el cuadro. Veinticinco años después, lo sigue dejando sin aliento.

—Fue idea de Joar que robáramos un coche—le cuenta a Louisa en el tren.

—¿Para qué?—pregunta ella sonriendo expectante.

—Porque tenía mucha prisa por enseñarnos una cosa antes de que acabara el verano—prosigue él con voz a la vez exultante y triste, contento y desdichado, porque esta es la clase de historia que tiene ese tipo de final.

En cualquier caso, robaron un coche. Hay que reconocer que la idea no fue muy brillante. Lo cierto es que el coche que robaron era el del padre de Joar, por lo que quizá no pueda considerarse lo que se dice un robo, dado que el joven había montado en ese coche miles de veces con su madre. De hecho, lo único que faltaba en esa ocasión en particular era la madre. No hay duda de que el chico no debería haber conducido el coche ese día, ya que tenía quince años y no se había sacado el carnet, pero, para ser cien por cien sinceros, su madre tampoco lo tenía y, aun así, conducía todo el rato.

Joar subió corriendo a su casa, pero no había nadie. La madre había ido a trabajar en autobús y al padre había pasado a recogerlo un compañero para ir al puerto. Pronto tendría vacaciones y se cogía una cogorza todos los días, como si el alcoholismo fuera un deporte y estuviera calentando para una gran competición. Hasta él se daba cuenta de que no podía conducir en esas circunstancias. En cualquier caso, la madre de Joar no se atrevía a coger el vehículo, la aterrorizaba tener un accidente; no es que le preocupara resultar herida, era más bien por si le pasaba algo al coche. Con las vacaciones del marido a la vuelta de la esquina no podía arriesgarse a hacer algo que lo sacara de sus casillas. La más mínima brisa podría hacerlo estallar.

Las llaves del coche siempre estaban en un tarro sobre la encimera, no porque el padre las pusiera en su sitio, sino porque la madre las encontraba dondequiera que estuvieran y las volvía a dejar en el tarro para evitar que el marido se enfureciera al día siguiente al no encontrarlas allí. A veces la mujer se pasaba horas buscándolas por las chaquetas, los pantalones y hasta debajo de la cama. Había noches en que Joar y ella tenían que dar vueltas por el jardín pertrechados con linternas. Siempre las encontraba la madre, Joar no lograba comprender cómo lo hacía, pero ella simplemente sonreía orgullosa y decía: «Las madres lo encuentran todo, amor».

Así pues, Joar cogió las llaves, metió a sus amigos en el coche y arrancó sin decir una palabra sobre adónde se dirigían.

—Joar, no creo que sea buena idea—se vio obligado a señalar el artista, sentado en el asiento trasero.

—Desde luego no es una de las mejores que has tenido—añadió Ali mirando ansiosa al conductor, que apenas llegaba a los pedales, mientras este daba marcha atrás en el aparcamiento.

—¡Ni siquiera sabéis qué idea es!—se defendió Joar.

—¿La idea te incluye a ti conduciendo este coche?—preguntó Ali.

—SÍ, pero...

—Entonces es mala.

Joar se volvió hacia Ted y el artista en busca de apoyo. Ninguno de los dos se atrevió a mirarlo a los ojos, aunque el primero reunió el coraje suficiente para abrir la boca.

—Yo... creo... que quizá es mejor que... nosotros... no...

—¡Eso es lo que yo digo! ¡Que puede que sea tu peor idea! ¡Y mira que las has tenido muy malas!—exclamó Ali.

Había un atisbo de miedo en su voz, cosa que en ella era como ver nevar en agosto, algo totalmente fuera de lugar. Tuvieron que pasar muchos años hasta que Ted cayó en la cuenta de que Ali no estaba asustada por ella, tampoco por Joar; no le preocupaba el futuro de ninguno de los dos porque ella siempre había pensado, al igual que su amigo, que no lo tenían. Solo le preocupaba que llevaban a Ted y el artista con ellos.

—En mi puñetera vida he tenido una mala idea—masculló Joar. En su defensa hay que decir que se lo estaba diciendo a Ali, la reina de las malas ideas.

—¡Ah, ¿no?!—bramó Ali.

—¡Dime una!

—Aquella vez que intentaste hacer una barbacoa dentro de casa —respondió inmediatamente Ali.

—Y aquella que estábamos en el cumpleaños de mi vecino, cuando teníamos ocho años, y te comiste tres platos de espaguetis antes de tirarte por el trampolín—dijo sonriendo el artista, sentado en el asiento trasero.

Joar parecía molesto.

—Bueno, vale, a lo mejor esas ideas no fueron perfectas—admitió malhumorado.

Entonces Ted se atrevió a añadir otra.

—¿Os acordáis de aquella vez que me quedé dormido en la cafetería del instituto y tú ataste los cordones de una de mis zapatillas a los de la otra, y entonces me pellizcaste superfuerte la nariz para despertarme, pero cuando saliste corriendo resultó que habías atado uno de tus zapatos al mío?

El artista soltó tal carcajada que Joar se dio media vuelta bramando:

—¡Silencio ahí atrás o volvéis andando a casa!

Será un buen padre, pensó Ted en ese momento. El artista sacó la lengua. Joar estiró el brazo e intentó hacerle cosquillas.

—¡Cuidado!—gritó Ali.

—¿Cuidado con qué?—vociferó Joar.

—¡Con la carretera!

—¡Ya se supone que estoy en la puñetera carretera!

—Pero ¡tienes que MIRAR la carretera cuando conduces!

—Decídete de una vez—protestó enfadado Joar.

Ted vio los coches pasando por su lado y carraspeó nervioso antes de preguntar:

—¿Qué hacemos si nos para la policía?

—Nos escapamos corriendo—dijo Joar como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿De la policía? Tienen perros—señaló instructivamente Ali.

No hay mayúsculas lo bastante grandes para transmitir el tamaño de las letras que exclamó Ted en ese momento.

—¿¡PERROS!?

Joar puso los ojos en blanco con un gesto tan exagerado que Ali tuvo que agarrar el volante para evitar que cayeran en una zanja.

—Vale, vale, no corremos. Si aparece la poli, decimos que tienes apendicitis, Ted—sugirió Joar señalando un lugar de su barriga donde seguro que no está el apéndice.

—El apéndice está... aquí—corrigió Ted en voz baja, señalando su propia barriga e inquieto aún a causa de los perros imaginarios.

—Te lo he dicho, deberías hacerte profe—dijo sonriendo Ali.

En ese momento, el coche empezó a oler a que alguien se había tirado un pedo. Ali aseguró que no había sido ella, por supuesto, que es lo que uno dice siempre tras tirarse un pedo. El resto del camino llevaron las ventanillas bajadas y las cabezas asomando por fuera, como si fuesen perros labradores. Todos menos Ted, que se imaginaba que su cabeza sobresalía por fuera de la ventanilla como la de, por ejemplo, un gatito totalmente inofensivo.

—¡Ahí está!—dijo de pronto Joar frenando el coche.

—¿El qué?—preguntaron los demás al unísono.

Joar señaló un gran edificio blanco.

—¡Eso!

Era un museo. Los amigos no bajaron del coche, pero el artista se escurrió hasta el asiento de Ted para mirar por su lado, acercándose tanto a su amigo que este podía oír los latidos de su corazón.

—Ahí dentro es donde van a colgar tu cuadro cuando ganes el concurso. Todo el mundo lo admirará. Los camareros irán de un lado a otro sirviendo champán y esos sandwichitos que comen los ricos. Y tú entrarás y todos aplaudirán—prometió Joar, esta vez con voz seria, mientras señalaba el museo.

—Tú también estarás, Joar—susurró el artista.

—Sí, sí, claro. Yo también estaré.

Ted se queda callado en el tren. Mira por la ventanilla y reconoce el lugar. Los contornos del pueblo, y los suyos propios, cada vez más definidos. Probablemente no sea fácil para nadie regresar al lugar donde creció; ahí no hay manera de olvidar quién eres, por mucho que hayas tratado de ser otra persona. Pero Ted se da cuenta de que, en su caso, es imposible volver a casa, porque su hogar eran las personas.

No le dice a Louisa que todos los que estaban dentro de aquel coche ese día sabían en el fondo que Joar mentía cuando prometió que estaría en el museo el día que el artista ganara el concurso. Joar tenía prisa por amar porque sabía que no le quedaban muchas más oportunidades. Julio tocaba a su fin, al día siguiente sería agosto y su padre empezaría las vacaciones. Ted no le dice a Louisa que, el día que robó el coche, los amigos de Joar lo vieron sacudir la mochila de vez en cuando, lejos de sus miradas, para notar el peso del cuchillo al fondo y asegurarse de que seguía ahí.

Al contrario, Ted contó otra cosa:

—Mientras estábamos allí sentados, contemplando el museo, Ali dijo: «Vale, no ha sido tu peor idea». Y le cogió la mano a Joar, como hacen las personas que son tal para cual, como si fuera más natural tocar al otro que no hacerlo. Y Joar no apartó la mano, no le dio vergiienza. Esa fue la primera vez que noté que ya se habían besado. Y me acuerdo de estar allí sentado en el asiento de atrás pensando que ojalá llegaran a envejecer juntos.

El tren se detiene. Ted cierra los ojos, respira profundamente, se pone de pie y coge su maleta y la caja con el cuadro. Louisa lo sigue hasta el andén. Han llegado.

CUARENTA Y OCHO

Nada en la estación de tren huele a hogar. El pueblo donde creció Ted ya no existe, ni siquiera se parece al de hace dos años, la última vez que lo vio. Las excavadoras arañan la tierra, los edificios están cubiertos de andamios y hay una cinta naranja que prohíbe la entrada a algunos lugares. El pueblo muda continuamente la piel para recordarle a hombres como Ted que pertenecen al pasado.

Él se tensa y encoge ligeramente, como si esperara recibir un golpe. Louisa lo sigue en silencio de un modo que es inusual en ella. Al otro lado del andén se ve el mar y Ted se detiene ahí un momento. Si no hubieran construido pisos de lujo en el antiguo barrio del puerto, se vería todo el camino hasta el embarcadero desde donde están ahora.

A unos metros, dos trabajadores clavan un tablón en el suelo con un martillo y Ted se sobresalta con el sonido como si alguien hubiera disparado.

—¿Estás bien?—pregunta Louisa ansiosa.

Ted asiente. Miente. Está pensando en Joar y en aquel último día de julio, en las horas siguientes a la visita al museo. Solo recuerda el sonido de una cabeza humana al ser golpeada. Debió de ser horrible; veinticinco años después sigue soñando con eso de vez en cuando, a pesar de que él ni siquiera lo oyó. Le asusta un sonido

que no experimentó. Eso es lo peor de tener una imaginación vívida: funciona en todos los sentidos.

Ha pensado tan a menudo en ese día desde entonces, en la fuerza tremenda que debió de llevar aquel golpe y lo milagroso de que no le arrancara la cabeza de cuajo. Porque el cuerpo humano es muy duro y muy blando a la vez. Somos un animal mortífero y, a la vez, totalmente indefenso. Tenemos puños y codos capaces de romper costillas y triturar mandíbulas; un puñetazo en la sien puede significar el fin, un solo instante con la guardia baja puede apagar un cerebro. Un único puñetazo muy fuerte basta. Nos creemos muy grandes, pero somos pequeños, frágiles y ridículos.

Ese último verano de sus infancias apenas duró unas pocas semanas, aunque acompañará a Ted durante toda su vida. El tiempo pesa más cuando eres niño. En retrospectiva, no recuerda a Joar diciendo: «Tengo que matar a mi viejo»; fue más bien algo que vio de repente en su mirada. No había ira, lo cual es extraño, y tampoco una furia ciega. En realidad, ya se habían extinguido, dentro de Joar solo quedaban cenizas junto al frío plan de un chico de quince años que había sopesado todas las opciones y llegado a la conclusión de que esa era la única que le quedaba.

Nunca tuvo la más mínima oportunidad. Joar era peligroso, pero el mundo lo era más. El mundo es invencible.

—Venga, vamos por aquí—dice en voz baja Ted.

Desciende con la maleta y la caja con el cuadro unos escalones que conducen a la calle. Louisa lo sigue agarrando nerviosa las correas de su mochila y mirando inquieta a todas partes, como si tratara de reconocer las localizaciones de la historia de Ted.

Toman un autobús para recorrer el último tramo del camino, pero no bajan en la intersección donde crecieron los amigos. Se dirigen a

otro lugar, al camposanto de una iglesia. Louisa se detiene en la entrada, no porque se lo pida Ted, sino porque siente que acompañarlo sería una intromisión. Ella no habría querido que nadie la acompañara a visitar la tumba de Pez.

Ted se inclina junto a un lecho de flores al lado de la iglesia, mira por encima del hombro para asegurarse de que nadie lo observa y recoge tres florecillas. Se detiene en una de las tumbas y se agacha.

—No las he robado. Son adoptadas—susurra.

Luego se disculpa por no llevar las cenizas del artista con él. Como si hiciera falta. Como si aquellos cuatro adolescentes de hace veinticinco años no fueran una historia de amor y no estuvieran hechos los unos para los otros eternamente, inseparables. Con cenizas o sin ellas.

—Te quiero y creo en ti—sonríe y le da una palmadita a la lápida.

Vuelve a la entrada, coge la maleta y la caja con el cuadro y hace un gesto con la cabeza mirando a Louisa.

—Vamos. Ya no tenemos que ir muy lejos.

—¿Para llegar adónde?

—Al final de la historia.

Dejan atrás algunas casas grandes y bellísimas donde viven los ricos. También algunas más pequeñas de gente menos rica, y no tardarán en pasar ante otras más pequeñas todavía. A medida que avanzan los coches se ven más herrumbrosos y los jardines más secos, hasta que suben una cuesta por un angosto callejón sin salida bordeado de casitas desvencijadas. Ted se detiene ante la última, sube los escalones que conducen a un estrecho porche y llama a la puerta. Cuando se abre aparecen unos ojos que, a pesar de los veinticinco años transcurridos desde aquel verano, no han cambiado

nada. A Louisa se le corta la respiración. No lo ha visto antes, pero sabe con certeza y al instante que el hombre de la puerta es Joar.

CUARENTA Y NUEVE

Hay un modo particular de echar de menos a una persona, que es el de añorar a tus mejores humanos cuando tienes catorce años, os despedís al llegar a casa y el frío se extiende por toda la piel al verlos dar media vuelta y marchar. Ted recuerda haber empezado a sentirlo mientras estaban sentados dentro del coche, frente al museo. Recuerda estar helado a pesar del sol.

—No voy a ganar el concurso, os decepcionaré...—susurró el artista.

Quizá esperara que Joar se enojara, pero su amigo se inclinó sobre el volante y señaló calmadamente el gran edificio blanco.

—Vas a ganar, joder. Pero eso no es lo importante.

—¿Qué es lo importante?—preguntó el artista.

—Que comprendas que este es tu sitio.

El mundo está lleno de milagros, pero ninguno supera a la altura que puede alcanzar una persona joven cuando otra cree en ella.

Se quedaron en el coche, juntos, escuchando el runrún del aire acondicionado con los ojos cerrados y los corazones latiendo fuerte. Allí estaba toda su niñez. No se movieron hasta que Joar dijo: «En serio, Ali...».

—¡Yo no he sido!—exclamó ella inmediatamente.

—Es verdad—dijo el artista partiéndose de la risa—. ¡He sido yo!

Abrieron las puertas de par en par, salieron tambaleándose y se tumbaron en el césped tosiendo como si los acabaran de envenenar. Se había levantado un fuerte viento y se avecinaba tormenta, pero ni siquiera eso logró disipar el olor.

—¿Qué has comido? ¿Un cadáver?—refunfuñó Joar.

—Son las galletas esas que trae siempre Ted—dijo el artista, poniéndose a la defensiva.

Se quedaron un rato resollando en la hierba juntos hasta que Ali giró la cabeza y vio algo absolutamente fabuloso en el jardín del museo: un aspersor. A los diez segundos, estaban todos chorreando.

Eran los últimos instantes previos a agosto y el verano ya no se antojaba interminable. Pronto serían adultos. Contar historias es duro, pero si alguien quisiera relatar de verdad la de estos cuatro amigos, podría detenerse en ese día, en el coche junto al museo. Así, la historia tendría un final feliz.

Sin embargo, cuando Joar cogió su mochila y la sacudió para notar el reconfortante peso del cuchillo, reparó sorprendido en un olor. Al principio no lo reconoció, pero era agradable, olía a limpio. Lo invadió súbitamente el pánico y abrió de un tirón la mochila. Donde debería estar el cuchillo solo había jabón.

CINCUENTA

Louisa mira embobada. Los ojos de Joar recorren frenéticos el marco de la puerta, inquietos y expectantes, como si aún le pertenecieran a un mocoso pendenciero que acaba de meter un petardo en el buzón de otra persona. Sin embargo, más allá de los ojos, su cara ha envejecido veinticinco años, su cuerpo ha ganado unos kilos y su piel, muchas arrugas. Debajo de los ojos hay unas ojeras que requieren dedicación: no salen así por pasar alguna que otra mala noche; unas ojeras de esa envergadura exigen años de devoción en cuartos oscuros con botellas que no se dejan a medias.

—Hola, Joar—dice Ted precavido, como si no estuviera muy seguro de la versión de su amigo con la que se va a encontrar.

Joar lo mira de arriba abajo con cierta sorpresa, como si se hubiera despertado en el futuro.

—Te estás quedando calvo—señala sin saludar primero ni dedicarle una sola mirada a Louisa.

—Tú has echado un poco de barriga cervecera—responde vacilante Ted con una sonrisa.

—Yo estoy gordo y tú eres feo. Al menos yo me puedo poner a dieta—replica Joar, rápido como un lince.

Ted alarga el brazo unos centímetros, pero se detiene a medio camino, como si no supiera si el resto de su ser está listo para tocar

a otra persona.

—Tú... no estás gordo—susurra, en lugar de decir lo que habría querido: «Cuánto te he echado de menos».

—Estás viejo—dice Joar, en lugar de decir lo que habría querido: «Qué frío he pasado aquí solo».

—¿Que estoy viejo? ¡Si tenemos la misma edad!

—No tenemos la misma edad. A lo mejor hemos vivido el mismo número de años, pero ni de coña tenemos la misma edad. Tú has tenido ochenta años desde que tenías doce—refunfuña Joar.

Ted se echa a reír de pronto con tantas ganas que Louisa se sobresalta y se pregunta dónde había estado el hombre escondiendo todo aquel ruido. Como si todo este tiempo hubiera habido un estallido de carcajadas extra sin usar que reservaba para Joar. En ese momento, el hombre apostado junto a la puerta se gira hacia ella.

—Entonces, ¿tú eres Louisa?

La pregunta es tan directa y el contacto visual es de pronto tan intenso que Louisa empieza a tartamudear:

—¿Có... CÓ... Cómo lo sabes?

Joar señala a su amigo con la cabeza.

—Ted me ha llamado desde la estación.

—Cuando fui a comprar los billetes del coche cama—confiesa Ted, como si deseara disculparse por haberlo hecho en secreto.

Joar lo defiende a regañadientes:

—Es probable que Ted no quisiera decirte que vendríais a verme porque no sabía si yo me habría matado bebiendo antes de que llegarais, pero no os preocupéis, estoy sobrio. A lo mejor parece que tengo resaca, pero es mi aspecto natural últimamente.

Louisa se revuelve inquieta y Ted la mira.

—Le he hablado de ti, Joar. De nosotros. Pero creo que a Louisa le habría gustado conocerte cuando eras adolescente.

—¡Para!—dice Louisa poniéndose colorada.

—¡Solo trato de explicárselo!—replica Ted.

—¡Me estás avergonzando!

Joar mira a primero a Ted y luego a Louisa. Para ser dos personas que se han conocido hace un par de días han logrado dar con una cantidad asombrosa de maneras de sacarse de quicio.

—¿Qué mierda te has hecho en la cara?—pregunta Joar mirando a Ted con los ojos un poco entornados.

Ted siente entonces los chichones y los moratones, y se da cuenta de que la cinta de las gafas se le está despegando otra vez.

—Es una larga historia—dice con tono cansado.

—¡Deja de decir eso!—protesta Louisa—. ¡Te han atracado y te han dado una paliza! ¡Es una historia muy corta!—Señala la construcción metálica que sube hasta el estrecho porche—. ¿Puedo preguntar una cosa? ¿Eso es una rampa para silla de ruedas? ¿Vive aquí alguien en silla de ruedas?

Joar sonríe ligeramente.

—¿Sabes lo que es eso? Una historia larga que te cagas—refunfuña.

—¡Con vosotros dos, todo lo es, eso está claro!—replica enfurruñada Louisa.

Joar mira dubitativo la caja que Ted tiene al costado.

—¿Es... el cuadro?

Su voz cae por un acantilado al acabar la frase.

—¡Sí! ¿Quieres verlo?—ofrece Ted con entusiasmo.

Joar niega enérgicamente con la cabeza. Aún no está preparado. Parpadea cabreado y mira a su alrededor como si se le hubiera

metido un poco de tierra en el ojo y estuviera a punto de regañar al viento.

—¿Queréis un café?—gruñe.

—SÍ, por favor—contesta Ted.

—¿Tienes Coca-Cola?—pregunta Louisa esperanzada.

—¿Tengo cara de ser un puñetero restaurante con estrella Mescalina?—protesta Joar.

Ted se comporta como un verdadero amigo y se guarda de señalar que se dice «Michelin».

—¿Siempre eres así de amable con los invitados?—pregunta Louisa poniendo los ojos en blanco.

Ted no puede evitar sonreír.

—Hace años que no nos vemos, pero antes era peor...

—¡El único que ha cambiado es Ted!—replica Joar indignado—. Era mucho más callado de pequeño, no discutía tanto como ahora.

Cuando se gira para entrar en la casa, Louisa ve que tiene algo en la pierna.

—¿Eso que llevas en el tobillo es un grillete electrónico?

—Una joya no es, desde luego—responde Joar.

—¿Por qué lo llevas?

—Porque ya no tenían sitio para mí en la cárcel.

—¿Has estado en la cárcel?

—¿Cagan los osos en el bosque? ¿Nadan en círculo los patos de una pata?

—¿Te metieron en la cárcel por tu mierda de sentido del humor?—rezonga Louisa perdiendo la paciencia.

—Tengo un sentido del humor bárbaro.

—¿Y por qué fue entonces?

—Es una larga historia—masculla Joar.

Louisa inspira profundamente, mira aJoar, a Ted y de nuevo a Joar.

—¿Tienes una almohada?

—¿Qué?

—¿Tienes una almohada?

—Pues claro que tengo una putísima al...

—¿Me la prestas?

Joar mira a Ted, que se encoge de hombros con cara de no entender nada, pero Louisa parece tan inamovible que ni siquiera Joar protesta; entra en la casa y regresa con una almohada. Louisa la coge con una mano y, con la otra, la golpea infatigablemente con todas sus fuerzas durante treinta segundos. Cuando termina, levanta la almohada primero hacia Ted y luego hacia Joar y brama:

—¡Si vuelvo a oír que es una larga historia os voy a meter a los dos un puñetazo en...!

—¡Vale, vale, vale!—dice Ted, apartándose con cautela del radio de alcance de los puños en movimiento de la joven. Joar, en cambio, se echa areír.

—Ya entiendo por qué le gustaba a Kimkim.

—¿Quién narices es KIMKIM?—exclama Louisa, que, a estas alturas, está verdaderamente cansada de que nadie cuente una historia desde el principio en esta puñetera casa.

A Joar le tiembla la mirada un instante y se le hunden los hombros cuando acaba de exhalar todo el aire. Toca por primera vez la caja con el cuadro como si rozara dulcemente la mejilla de alguien que duerme.

—Se llamaba Kimkim. El otro nombre, C. Jat, era solo para firmar los cuadros. El que usó al hacerse famoso. Porque puede que se

sintiera... otra persona. Pero cuando estaba con nosotros, cuando nosotros éramos él, se llamaba Kimkim.

—¿Kimkim?—repite Louisa escéptica.

Se siente un poco traicionada por que una persona a la que siempre ha conocido con el nombre de C. Jat tenga un nombre tan diferente.

—Kimkim—asiente Joar con cariño.

Ted también pone la mano en la caja, por el otro extremo, y eso es lo más cerca que están Joar y él de tocarse.

—Cuando nos conocimos, el día que Joar casi me atropella con la bicicleta y me ahoga...—empieza a decir Ted.

—¡Deberías haber estado pendiente!—refunfuña su amigo.

Ted pone los ojos en blanco tan exageradamente que las pupilas le rascan la espalda en el camino de regreso a su sitio.

—Claro, claro, el día que no estuve pendiente y casi me ahogo. Al ponerme de pie en el embarcadero y verlos a él y a Joar por primera vez, dijo: «Este es Joar y yo me llamo Kim». Pero se me había metido agua en los oídos y pregunté: «¿Kim?» y él dijo: «¡Kim!», y yo repetí: «¿Kim Kim?». Y a Joar le pareció tan gracioso que, desde ese momento, lo llamó Kimkim.

—Pero Ali solía llamarlo solo Kim. Porque ella siempre tenía que ser especial—rezonga Joar.

Louisa se queda mirando a Ted.

—¿Cómo lo llamabas tú?

—Yo casi nunca decía su nombre—responde en voz baja Ted.

Es gracioso que casi nunca llamemos por su nombre a la persona de la que nos enamoramos, porque, de algún modo, es evidente que es a ella a quien le hablamos y en quien pensamos. ¿Quién si no?

—Kimkim. Sí, le queda bien—asiente Louisa, como si estuviera probando el nombre frente al espejo de un vestidor—. ¿Puedo preguntar una cosa? ¿Es incómodo?

Señala el grillete electrónico.

—Ya lo creo—gruñe Joar.

—¿Y no puedes salir de casa?

—No.

—¿Qué pasa si sales?

—Exploto. Lleva dinamita dentro.

A Louisa se le ponen los ojos como platos.

—¿En serio?

—No, idiota, ¿siempre eres así de corta?

Louisa sacude los brazos.

—Ah, usted perdone, ¿los genios llevan grilletes en el tobillo? ¿Es para que no se te escapen las neuronas o qué?

Al principio, Joar parece molesto, pero enseguida es evidente que le hace gracia. Sonríe mirando a Ted.

—Debe de haber sido el viaje de tren más largo de tu vida.

Ted asiente con efusividad y Louisa pone cara de ofendida, pero se anima cuando entran en la casa y Joar encuentra una lata de refresco de naranja al fondo del frigorífico. Louisa se la bebe como si fuera el último refresco del planeta. Ted se levanta a orinar dos veces en el transcurso de una taza de café y después pregunta a la joven:

—¿Has decidido ya?

—¿Decidido el qué?

—Si quieres oír el resto de la historia.

Ella duda un momento, pero al final asiente.

—¿Qué historia?—pregunta Joar.

—La nuestra. La del verano que Kimkim pintó el cuadro.

Joar entorna los ojos suspicaz.

—¿Cuánto le has contado?

—Hasta que cumpliste quince y fuimos al museo por primera vez. Y nos quedamos sentados fuera, en el coche. Y Kimkim se tiró un pedo y tú descubriste que el cuchillo no estaba en la mochila.

Joar bebe café y pone cara de no haber deseado tanto un chupito de whiskey en su vida.

—Joder. Tú eres el que tiene talento para contar historias.

—Esta parte es toda tuya—dice calmadamente Ted.

Y Joar le cuenta la historia a Louisa. Con algunos adjetivos menos de los que suele emplear Ted y bastantes más palabrotas.

CINCUENTA Y UNO

Joar estaba frente al puto museo, escarbando en la puta mochila, pero no lo encontraba. Al fondo solamente había dos putos jabones enganchados con cinta para que pesaran más o menos lo mismo que el cuchillo. Está claro que debería haber sido más espabilado y haber sabido que era inútil ocultarle nada; ya le había dicho ella que las madres lo encuentran todo.

—Lo ha cogido. Tengo que... Joder, joder, joder... ¡Tengo que irme a casa!—es todo lo que alcanzó a decir.

Condujo a toda velocidad con manos temblorosas hasta llegar al pueblo. La tormenta se cernía sobre ellos, el viento hacía traquetear las ventanillas, de modo que el resplandor de las luces intermitentes les llegó antes que el sonido de las sirenas. Cuando se aproximaban al puerto, una ambulancia los adelantó a toda velocidad. Al girar en dirección a las casas de la intersección donde se despedían cada día con un «hasta mañana» vieron el aparcamiento junto al edificio de apartamentos donde vivía Joar. Donde había estado aparcado el coche de su viejo cuando lo robaron había ahora un coche patrulla. En la calle, junto a la puerta que conducía a las escaleras de acceso a las viviendas, un grupo de hombres esperaba con semblante grave y cuerpos rígidos, las cabezas inclinadas y la mirada descompuesta.

Eran los compañeros del padre de Joar del puerto. Entre ellos estaba el padre de Kimkim.

Joar detuvo el coche y se bajó de un salto. Ya había salido corriendo antes de que sus amigos tuvieran tiempo de abrir las puertas del vehículo y lanzó un grito desesperado que atravesó el viento. No frenó cuando los hombres del puerto estiraron los brazos para detenerlo, se abrió paso a la fuerza entre la muchedumbre, con tanto ímpetu que hasta los hombres más robustos retrocedieron un paso. Cuando uno de ellos intentó agarrarlo por la mochila, Joar se libró de ella y salió corriendo hacia las escaleras.

Un cuerpo yacía en el suelo del cuarto de Joar. La ventana estaba entreabierta y el viento había derramado por el suelo un poco de la tierra de las macetas de hojalata.

Joar mira a Louisa. La cocina ya es pequeña de por sí, pero ahora parece una caja de cerillas lista para prender en cualquier momento.

—Debió de ser un golpe tremendo en la cabeza—susurra Joar—. El sonido debió de atravesar las putas paredes. La gente cree que somos muy duros, muy resistentes y peligrosos, pero somos frágiles. Unas criaturitas indefensas. Un único golpe muy fuerte en la sien es suficiente. Un solo segundo que te pilla con la guardia baja y se te apaga el cerebro. Eso fue... Yo tenía un plan... Mi madre hacía el turno de noche ese día. ¡Se suponía que no iba a estar en casa! Por eso yo no paraba de comprobar si tenía el cuchillo. Tenía planeado esperar a que mi viejo volviera a casa borracho y... Pero... No me dio tiempo.

Con una voz tan débil que Louisa tiene que inclinarse sobre la mesa para oírlo, Joar le dice que había preparado una cajita. Fingiría que había encontrado otro pájaro y pondría cara de felicidad absoluta para que su viejo lo odiara más que nunca. Volvería a dejar

el cuchillo debajo de las flores junto a la ventana y esperaría a que el hombre entrara tambaleándose en la habitación, y cuando el muy cabrón cogiera la caja, él iría a la ventana a por el cuchillo y lo apuñalaría antes de que le diera tiempo a reaccionar. Era un buen plan. Habría funcionado si hubiera tenido la oportunidad.

—Recuerdo gritar «MAMÁ» una y otra vez. Y recuerdo oír a alguien gritar mi nombre fuera...—susurra.

Ted carraspea suavemente.

—Fue Kimkim.

Porque Kimkim había echado a correr detrás de él, pero lo habían detenido los hombres a la entrada del edificio. Él no había sido lo bastante fuerte para abrirse paso. Algún día, los hombres quizá presumieran de ello, de haber estado tan cerca de uno de los artistas más famosos del mundo. Pero ese día no abrieron la boca, se quedaron allí plantados, acobardados y en silencio, débiles y ridículos, pese a todos sus músculos.

En ese momento se oyó un alarido que venía del piso. Lo único que Ted recuerda después es el silencio más largo e insoportable que ha experimentado nunca.

A menudo se ha preguntado qué estarían pensando en ese momento los hombres del puerto apostados a la entrada. Ha pasado muchas horas dándole vueltas a lo que tendría en la cabeza el padre de Kimkim, el más grande y fuerte de todos. Ted vio que padre e hijo se miraban a los ojos; esa fue la primera vez, que Ted recuerde, que Kimkim no bajaba la vista. Lo miró fijamente de un modo tan acusatorio que el padre se encogió. Esos hombres del puerto tendrían que soportar una vergilenza eterna; todo aquel que fuera amigo de un hombre como el padre de Joar tendría que soportarla. Porque el silencio que sucedió al alarido del interior de la casa no fue

nada en comparación con el silencio que los había acompañado a ellos día tras día, año tras año.

—La mayor amenaza para la vida de un hombre, dicen las estadísticas, es una enfermedad cardiovascular—dice Ted muy pensativo en la mesa de la cocina—. ¿Sabéis cuál es la mayor amenaza para la vida de las mujeres?

—Los hombres—dice Louisa; todas las mujeres lo saben.

Joar hace girar la taza de café, que deja una marca sobre la vieja mesa de la cocina. Entonces le cuenta a Louisa que vio el cuerpo de su madre en el suelo de la habitación y que gritó «MAMÁ» sin parar.

—Todos lo sabían—prosigue con voz ahogada—. Sabían lo que nos hacía. El viejo de Kimkim y el mío trabajaron juntos durante años. Algunos de los tipos del puerto habían crecido en la misma calle que él. Ya sabes... En su época no se escogía a los amigos del pueblo. Te hacías colega de los niños que vivían cerca y te peleabas con los del barrio de al lado... Así acababan siendo tan leales entre ellos. Cuando se enchufaban los unos a los otros en el puerto, se recomendaban diciendo que el amigo era «un tío como Dios manda», y eso significaba que podía partirle la boca a alguien y mantener la suya cerrada. Porque en el puerto había que poder confiar en los demás. Es un lugar peligroso de narices, hay camiones circulando a toda velocidad, grúas levantando contenedores de varias toneladas con cables que parecen cordones... Tenían que protegerse entre ellos. Tenían que confiar en que el fulano de detrás gritará «¡CUIDADO!» si alguien estaba a punto de darte en la cabeza, ¿comprendes? Al padre de Kimkim le faltaban dos dedos de una mano porque una vez, cuando eran jóvenes, se los pilló en una máquina y se desmayó del dolor. Fue mi viejo quien lo vio y lo liberó. Si no lo hubiera sacado, habría perdido el puto brazo entero. En fin...

El viejo de Kimkim habría hecho lo que fuera por el mío después de eso. Lo que fuera. Porque esos tipos tenían que poder confiar los unos en los otros, ¿lo entiendes? Tenías que estar seguro de que alguien gritaría que tuvieras cuidado cuando corrieras peligro, así que se convencían de que eran de fiar pasase lo que pasase. Así que, si uno insultaba al jefe en el vestuario, te callabas la boca. Si engañaba a la novia, te callabas la boca. Y si... olía a alcohol cuando lo recogías por la mañana, si tenía manchas del maquillaje de su mujer en los nudillos, si tenía manchas en la camisa que decía que eran de pintura pero se parecían muchísimo a la sangre, te callabas la boca. A lo mejor le preguntabas una vez a la mujer si ella y el crío estaban bien..., pero, claro, ella sonreía y decía que todo iba genial. Porque, ¿qué iba a decir? ¿Ayúdanos, que nos va a matar? Es evidente que ella no se iba a atrever a decir eso, joder. Y eso les iba de perlas a todos esos tíos como Dios manda del puerto, esos tiarrones, porque así ya no tenían que volver a preguntar. Podían dejar que sucediera y punto. Porque ellos no habían visto nada, claro; ni oído nada, solo tenían una corazonada. Y no iban a llamar a la puta policía por una corazonada porque ¿qué iba a hacer con ella la poli? Así que, cuando yo llegué ese día a casa y vi a mi madre tirada en el suelo de mi habitación y me di cuenta de lo que había pasado, solo recuerdo que yo... Yo me tumbé en el suelo a su lado y le cogí las manos. Y nunca antes había sentido...

La taza de café da vueltas en la mesa de la cocina, una y otra vez, dejando manchas en la madera. Louisa piensa en los hombres apostados en la entrada del edificio donde estaba la casa de Joar, y en Pez explicándole cómo es el demonio que vive entre los hombres: como agua calentándose poco a poco. Se va volviendo cada vez peor, pero con tanta lentitud que es casi imperceptible, de manera

que todo el mundo puede convencerse de que quizá sea normal hasta que todos acabamos hirviendo.

—Mi viejo era gracioso—dice de pronto Joar con una sonrisa triste —. Eso es probablemente lo que causó el golpe. Seguramente contaría un chiste en el puerto y todo el mundo reiría, y él se quedaría tan pagado de sí mismo que no miró. Hacía un viento terrible ese día, anunciaba tormenta. Pero imagino que nadie se atrevió a protestar, nadie dijo que a lo mejor era demasiado peligroso soltar las puñeteras barras de acero porque, claro, eran hombres de verdad, tíos como Dios manda, que no se quejan. Mi viejo iba caminando justo delante de una grúa y el tipo que la conducía giró demasiado rápido, no tuvo en cuenta el viento. No hacía falta más, ¿comprendes? Solamente unos pocos gramos mal distribuidos para descompensar el peso y las barras empiezan a moverse. Mi viejo no lo vio venir. Y, ¿sabes qué?, desde entonces me he preguntado cada día cuántos compañeros lo vieron y cuántos gritaron «CUIDADO».

Ted permanece sentado removiendo el café; todavía recuerda la cara del padre de Kimkim en la entrada del edificio y cómo se hizo añicos y bajó la mirada cuando Kimkim le clavó la suya. No tenía cara de estar impactado, ni de dolor. Era de vergiienza. La taza de Joar gira y gira en la mesa de la cocina. Hace falta tan poco para aplastar a una persona... Un pasito en una dirección o en otra.

—Mamá parecía tan diminuta tumbada en el suelo—prosiguió Joar —. Como un niño que ha caído de un árbol. Recuerdo que la ventana estaba abierta, podía oler las flores. Recuerdo que había tierra en el suelo. Sé que busqué sangre. Corrí adonde estaba ella y le toqué el hombro porque me latía el corazón con tanta fuerza que

ni siquiera podía oír si respiraba. Entonces la oí susurrar mi nombre y echarse a llorar.

Ted está sentado al otro lado de la mesa, pero se siente a kilómetros de distancia. Piensa en lo que sintió cuando estaba fuera, rodeado de aquel silencio. Recuerda a Kimkim contándole más tarde que esa había sido la primera vez que había visto a su padre llorar, cubriéndose la cara con sus ocho dedos. Ted también se acuerda de eso y de preguntarse por quién estaría llorando el hombre: ¿por el padre de Joar, por la madre o por sí mismo?

Joar carraspea y reúne fuerzas para continuar:

—Justo después del accidente, los hombres del puerto y la policía fueron a ver a mi madre para explicarle lo ocurrido. No querían que se enterara por teléfono. ¿Sabéis qué hizo ella entonces? Se fue derecha a mi habitación porque tenía tanto miedo que su primer instinto fue proteger a su niño. Pero yo no estaba, claro, me había ido al museo, así que ella se quedó allí tumbada en el suelo, llorando sin parar hasta que llegué yo. Cuando me oyó en la puerta solo fue capaz de susurrar: «Joar, Joar... Tu padre ha tenido un accidente. Está en el hospital. Dicen que se va a morir». Yo traté de consolarla, pero entonces me dijo llorando: «No lo entiendes, amor. Cogí tu cuchillo. Iba... Iba a matarlo. Si hubiera venido a casa... Lo habría matado». Y gritó. Como si llevara años guardándoselo. Yo no sé si era un grito de dolor o de alivio. Pero sí recuerdo estar allí tumbado a su lado y sentir una cosa que no había sentido nunca... Libertad.

Ted piensa en que hace falta muy poca cosa para que una vida tome una dirección diferente. El cambio no pesa nada. Como un cuchillo, como una pastilla de jabón, como un animal diminuto.

Joar le sonríe débilmente a Louisa:

—¿Sabes qué preguntó mi madre cuando estábamos en el suelo los dos? Que por qué estaba tan mojado. Le conté que había echado una batalla de agua con mis amigos y ella se preocupó por si me resfriaba. Hasta en un momento así, ella se preocupaba... por mí.

Ted no dice nada, pero recuerda estar junto a Ali y Kimkim mirando las flores de la ventana de la habitación de Joar. Hubiera jurado en ese momento que un pájaro se posaba en el marco y se quedaba un instante mirando dentro. En un abrir y cerrar de ojos, desapareció extendiendo sus alitas negras y alzando el vuelo. Ted pensó entonces en lo frágil que es la vida y en el gran poder de decisión que tiene la coincidencia. Hace falta muy poco para cambiarlo todo.

En el puerto, cuando la pesada grúa había girado una fracción de segundo más rápido de lo debido a causa del viento, quizá no fueran necesarios más que unos pocos gramos adicionales en uno de los lados para descompensar el peso y hacer oscilar las barras de acero. Tal vez bastara con que un pajarillo se posara en ellas y alzara el vuelo otra vez.

CINCUENTA Y DOS

El viejo de Joar no murió. De todas las cosas extrañas que sucedieron ese verano, puede que esta fuera la más rara de todas, según le dice Joar a Louisa.

—El tiempo es un puto ladrón, no te das cuenta de lo que te quita —observa. Las ojeras se le marcan.

Las mañanas que siguieron al accidente de su padre se mezclaron en un borrón de días que pasaron a toda velocidad y en el que una semana se confundía con la siguiente. En el hospital, los doctores les dijeron a Joar y su madre que el padre había sufrido un daño cerebral terrible y que, cuando despertara, todo sería diferente. No podría caminar, apenas podría hablar y necesitaría ayuda para todo. Los doctores parecían muy afectados al decirlo: «No volverá a ser el mismo», pensarían que era por eso por lo que la esposa y el hijo tenían lágrimas en los ojos.

De todas las cosas extrañas...

La madre se quedaría junto al padre, eso Joar lo supo enseguida; no porque el hombre lo mereciera, sino porque el muy cabrón la necesitaba. Joar se daba cuenta de que nadie más lo comprendería, ¿cómo iban a entenderlo? No existía otra persona con quien comparar a su madre. Ella sonreía y la gente veía superficialidad; era amable y veían debilidad. Hiciera lo que hiciera, hablaban mal de ella

en el supermercado. Las mujeres como ella nunca hacían nada a derechas, la culpa de lo que hicieran sus hombres siempre era de ellas. Joar se daba cuenta de que incluso él la subestimaba y se avergonzaba por ello. Siempre había dado por hecho que la bondad de su madre la hacía endeble y que el mundo no está hecho para la gente endeble, que el planeta gira y las lanza contra muros y puños. Pero ahora tanto él como los demás podían ver la verdad: era su viejo el diminuto y su madre la gigante.

El hijo pensaba que su madre contenía mil vidas que podría haber vivido, pero ella nunca deseó ninguna que no fuera esta, puesto que era la que tenía a este hijo en particular. Joar salió de la habitación del hospital para traerle un café a su madre y, al volver, se la encontró dormida en un sillón junto a la cama del padre. El hombre parecía indefenso, el muy cabrón no podría volver a levantarle un dedo a su mujer, y Joar intentó hacerse a la idea de que quizá tendría que bastar con eso.

Los hombres del puerto estaban sentados en la sala de espera y se pusieron de pie al llegar Joar, que los saludó dándoles la mano uno por uno. Aún tenía moratones y cortes del último ataque de su padre y, al mirar a los ojos a estos tipos como Dios manda, muchos apartaron la mirada. Habían visto también el ojo a la funerala de la madre; era imposible fingir que no sabían qué había ocurrido, pero lo intentaron igualmente. Los hombres siempre tienen alguna excusa, pero en el fondo, sabían la verdad. Se preocupaban de sus asuntos y no hacían preguntas cuyas respuestas no querían saber, conformándose con conocer una única cara de un hombre. Como si solo fuera una cosa. Esa culpa los acompañaría eternamente.

El padre de Kimkim estaba el último en la fila. Fue el único que no intentó secarse las mejillas y, al verlo, Joar tuvo que hacer

verdaderos esfuerzos por mantener las suyas secas. Cuando se dieron la mano, el hombre no apartó la mirada para no ver los moratones. Al contrario, se inclinó y susurró con voz sollozante: «Siento no haber dicho nada. Siento haber sido un cobarde».

Joar lo miró y se preguntó si se refería al silencio cada vez que recogía al padre por la mañana o al silencio en el puerto. Se preguntó si alguno de los hombres había gritado «¡CUIDADO!» al ver balancearse el acero o si habían dejado que ocurriera. No preguntó.

—Deberías decirle eso mismo a Kimkim antes de que sea demasiado tarde—sugirió por el contrario Joar—. No tardará en largarse de aquí y espero que no vuelva nunca...

El padre de Kimkim arqueó un instante las cejas sorprendido, y se sonrojó por lo poco que conocía a su hijo, ni siquiera sabía que sus amigos lo llamaban Kimkim. Joar se alejó, muy erguido, dejando al hombre encorvado tras de sí.

Joar va a la cocina de su pequeña casa a por más café. La vivienda está limpia, comprueba Louisa; es vieja y está deteriorada, pero huele bien. El jardín es el más bello de toda la calle. Joar carraspea de nuevo antes de proseguir.

—Volviendo a la habitación pasé por delante de una de esas salas de Dios o como se llamen.

—Capilla—aclara Ted.

—¡Capilla!—asiente Joar esgrimiendo una sonrisa dirigida a Louisa —. Pasé por delante y miré dentro. ¿Y a que no sabes a qué tres idiotas me encontré durmiendo en los bancos?

—A tus idiotas—dice sonriendo Louisa.

Joar también sonríe. Dice que no sabía cuánto tiempo llevaban esperándolo allí, pero era evidente que ninguno se iba a ir a casa

hasta que pudieran irse todos juntos. ¿Quién tiene amigos así?

Ali se despertó con cara de adormilada y apoyó la cabeza en el hombro de Joar cuando éste se acurrucó a su lado. Ted roncaba. Junto a Kimkim había un dibujo. Era de la capilla, que había dibujado con una luz entrando por la ventana que no estaba ahí en la realidad. Joder, ¿quién puede dibujar la luz?

—¿Creéis que Dios existe?—preguntó Ali a sus amigos.

—Sí—respondió Kimkim mientras recorría con el lápiz su dibujo, con tanta suavidad que era imposible saber si estaba cambiando algo en el papel o solo en su interior.

Joar respiró profundamente.

—Ni puñetera idea... Ni siquiera creo que toda la gente que va a la iglesia los domingos crea en Dios. Yo pienso que necesitan compañía, nada más. Sentir que pertenecen a un grupo.

Kimkim asintió con dulzura.

—Pero yo no creo que eso signifique que Dios no existe, Joar. Creo que es posible que Dios sea eso precisamente.

Despertaron a Ted y salieron de la capilla caminando muy juntos. Joar encontró una máquina expendedora y logró volcarla y sacudirla lo suficiente como para hacer que una lata de refresco se soltara y cayera. Una pequeña victoria sobre el universo. No hay que subestimar este tipo de cosas. Los cuatro amigos compartieron la lata y, justo en el momento en que apuraban las últimas gotas, Joar abrió los ojos de par en par.

—¿Dónde está el dibujo? ¿Lo has dejado en la capilla?

—Creo que sí...—respondió Kimkim.

—¿Estás loco? ¡Vale millones!—vociferó Joar.

Volvieron corriendo, pero el dibujo había desaparecido.

—No importa, ya haré otro—prometió el chico.

—Deberías dibujar dinero, ¡ahorrarías tiempo!—sugirió Joar.

Kimkim se echó a reír, seguido de Joar y luego de Ted y Ali. Puede que esa fuera la última vez que rieron juntos con tantas ganas y de un modo tan liberador.

No vieron al hombre que, de pie en una esquina, sujetaba el dibujo con cuidado entre sus ocho dedos temblorosos.

CINCUENTA Y TRES

Louisa se ha bebido todo el refresco de naranja. Se repantiga en la silla de la cocina y estira los brazos en un gesto de que el sueño se está apoderando de ella.

—Y pasó todo eso... ¿y entonces Kimkim ganó el concurso? ¡Qué buen final! Una historia triste, pero con un buen final.

Ted y Joar intercambian miradas y carraspean, incómodos.

—Desde luego. Es... un buen final—musita Ted.

Louisa gime desesperada.

—¿Qué pasa? ¿Hay más? ¡No sé si puedo soportar oír más!—protesta de sopetón, aunque enseguida se apodera de ella la ansiedad—. No sé si quiero saber que no todos tuvisteis un final feliz...

Ted asiente y se restriega los ojos enérgicamente, mira la hora y se pone de pie.

—Creo que es hora de irme.

—¿Adónde vas?—exclama Louisa como si la acabara de tirar a un pozo.

Ted señala con la cabeza la caja con el cuadro.

—Voy a hacer lo que prometí. Lo que he venido a hacer. Voy a ayudarte a venderlo.

Louisa hace ademán de levantarse para protestar, pero, para cuando logra ponerse en pie, Ted ya ha cruzado el vestíbulo y está cerrando la puerta tras de sí. Desde luego, es sorprendentemente rápido para ser cojo, piensa malhumorada la joven dejándose caer de nuevo en la silla.

—¿Quieres otro refresco?—ofrece Joar.

—NO, gracias.

—Bien. Porque no tengo.

Joar sonríe, pero ella no consigue hacer lo mismo, ni siquiera ligeramente. El silencio se vuelve agobiante.

—Bien—dice Joar.

—¿Bien?—repite con desdén Louisa.

Joar frunce el ceño, disfrazando de enfado su curiosidad.

—¿Bien? ¿Qué vas a hacer con tanto dinero? El del cuadro, quiero decir.

—No lo sé—murmulla Louisa.

—¡Cómo que no lo sabes! ¡Eres rica! Puedes vivir como te dé la gana.

—Seguro que sería ideal si supiera qué quiero—replica la joven con la mirada clavada en la mesa.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

Joar resopla.

—¿Y no sabes qué hacer con un montón de pasta? ¡Joder, vaya una adolescente! ¡Cómprate un deportivo! ¡Compra drogas! ¡Abre un zoo! Yo me habría comprado un montón de monos. Es imposible estar de mal humor si tienes un montón de monos. Sobre todo si también tienes drogas.

Cree que eso la hará sonreír, pero fracasa estrepitosamente.

—Yo ni siquiera quería el cuadro—confiesa Louisa en voz baja—. Deberíais quedároslo Ted y tú. Erais sus mejores amigos, yo solo... Soy una idiota que lo conoció en un callejón. He intentado dejar el cuadro y a Ted en el tren, pero no paran de pasar cosas y yo... Yo solo quería oír el final de vuestra historia. Pero ahora ni siquiera sé si quiero eso.

—¿Por qué no?—pregunta Joar a pesar de que quizá comprenda demasiado bien sus razones.

—Porque no tengo la sensación de que vaya a tener un final feliz.

Joar le da vueltas a la taza de café durante un buen rato.

—Tú eres el final feliz—responde por fin.

—¿Cómo?

—Kimkim te dio el cuadro porque vio que pintas. Tú eres el final feliz de su historia. La vida que tú vivas a partir de ahora. Todo lo que pintes.

—Necesito ir al baño—susurra Louisa.

No es cierto. Solo necesita hacerse pedacitos en paz. Debería haber límites en la clase de comentarios que alguien le puede encajar a otra persona que acaba de conocer, está claro. Cuando por fin regresa a la cocina, Louisa saca su dibujo de Kimkim de la mochila y se lo da a Joar.

—He hecho este dibujo de Kimkim. Como lo imagino de joven. Se lo di a Ted, pero me lo ha devuelto. Quédatelo tú si quieres.

Joar tiene que apoyarse en la mesa para evitar caerse de la silla.

—Es... exactamente igual que él.

Farfulla que tiene que ir al baño él también, pero lo cierto es que se queda respirando profundamente al otro lado de la pared un buen rato. Cuando vuelve, le hace un gesto a Louisa.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa.

Con cuidado, engancha el dibujo en el frigorífico y guía a la joven por la casa hasta unas escaleras. Arriba, Joar abre una ventana y sale al tejado. Louisa echa una ojeada por encima del hombro de Joar y pregunta con escepticismo:

—¿Me aguantará el tejado? Parece hecho de cartones de leche.

—Puede conmigo—gruñe Joar.

—Correcto, pero ¿cuánto pesas tú? Yo soy una humana de tamaño normal,

—Tú no eres normal en nada, joder. Deja de protestar y sube—insiste.

Louisa sube dubitativa detrás de Joar, quien señala que no es necesario que cargue con su mochila, y eso a ella le parece la locura más grande que ha oído jamás. Joar suelta una carcajada.

—El mundo está lleno de ladrones, ¿no?—musita.

—¡Exacto!

Se sientan uno junto al otro con las piernas colgando. Louisa repara entonces en que la razón por la que Ted y ella han caminado cuesta arriba hasta llegar allí es porque la casa se asienta sobre... una colina. Hay unas vistas impresionantes de la mitad del pueblo. Joar señala unas casas.

—Ali tenía un juego. Señalaba alguna casa y decía «si viviéramos ahí...» y tú tenías que imaginarte cómo sería esa vida. Pero sus favoritas no eran las más caras, sino las más normales. Las aburridas. Las señalaba y decía: «En esa casa tengo una vida normal. Estoy casada con una persona del montón. Tenemos trabajos y amigos aburridos. Etiqueto las fiambreras de plástico del congelador, como la madre de Ted, donde dice "sopa de pollo", "pastel de verduras" y "lasaña". Ya sabes, tengo que hacerlo porque tengo tanta comida en el congelador que se me olvidaría qué hay si

no. Y siempre tengo bombillas de recambio en casa y dos críos aburridos tumbados en la cama preguntando cosas raras para evitar irse a dormir, como por qué los osos polares no se comen a los pingilinos. Pero ¡no les dará miedo dormir, Joar! Nunca tendrán miedo. Serán normales, nada más; unos niños aburridos con padres aburridos. Se me daría bien, ¿no crees? ¡Se me daría de miedo ser aburrida!». Eso decía. Ese era su juego.

Joar se queda en silencio. Sonríe. Sacude la cabeza. No era cierto, por supuesto, a Ali se le darían de miedo muchas cosas, pero ¿ser aburrida? A la muy loca no le habría durado ni un minuto.

—¿Puedo preguntar una cosa?—dice Louisa.

—SÍ.

—¿Por qué los osos polares no se comen a los pingiiinos?

—Los osos polares solo viven en el Polo Norte. Los pingúinos solo viven en el Polo Sur.

—¿Fue Ted quien se lo dijo a Ali?

—SÍ.

Louisa sonríe al oírlo y señala una casa con luces en todas las ventanas.

—Si tú vivieras ahí, ¿qué?

Joar reflexiona un momento.

—Si viviera ahí puede que no llevara un grillete electrónico en el tobillo. Tendría un trabajo normal y aburrido.

—¿De profesor de instituto? ¿Como Ted?

—No tan aburrido, no te pases—espeta.

Louisa ríe.

—¿Estarías casado con alguien normal? ¿Como Ali?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque eso era cosa suya. Decía que las personas como nosotros dos no podían estar juntas porque no puedes ser pobre y estar loco a la vez. Hace falta que uno de los dos sea normal.

—Pero ¿no has encontrado a nadie?

—No he buscado.

—Ali fue tu primer amor.

—El último.

Louisa observa pensativa el pueblo. Señala una enorme casa con una fila vertical de ventanas iluminadas.

—Ahí. Esa es la casa donde viviré cuando venda el cuadro y tenga dinero. Con mi amiga Pez.

—¿Pez?

Louisa asiente, pero enseguida pone cara de vergilenza.

—SÍ. Aunque está muerta. ¿Puedes vivir con gente muerta en este juego?

Joar asiente.

—En este juego puedes vivir con quien quieras. ¿Hace mucho que murió?

Louisa niega con la cabeza.

—Hace... muy poco. Le gustaban los juegos. ¡Le encantaban los cuentos de hadas! Por eso es un error tan grande que muriera ella y no yo, porque ella era la heroína de nuestra historia, ¿comprendes? ¡La protagonista! ¡Se supone que el protagonista no muere primero!

—No son lo mismo—discrepa Joar.

—¿Cómo?

—El protagonista y el héroe no son lo mismo.

Louisa se queda mirándolo como si estuviera diciendo una tontería descomunal, pero no se le olvidará. Algo diminuto pero muy importante cambia dentro de ella.

—¿Te refieres a la casa rosa?—pregunta Joar señalando con el dedo—. ¿Con el árbol grande en el jardín? ¿Ahí vas a vivir con Pez?

—SÍ.

—Bien. Entonces yo puedo vivir en la casa de al lado—añade sonriendo.

Louisa lo mira como si le perdonara la vida.

—Olvídate. En la vida podrás permitirte vivir en la casa de al lado cuando venda el cuadro. Soy rica, rica de verdad. Pero a lo mejor puedes venir a limpiarme la piscina si necesitas trabajo.

Joar ríe y sus carcajadas resuenan por todo el pueblo. Ella también se echa a reír.

—Ted no te va a abandonar—dice Joar de pronto, sin venir a cuento—. Si es esa la razón por la que no quieres vender el cuadro. Si crees que te va a abandonar y a dejarte sola otra vez... No lo va a hacer. Ted es un desastre abandonando a la gente.

Louisa finge estar muy interesada en una casa que hay al otro lado para que él no la vea secarse la cara con la camiseta.

—A ti también se te da fatal—dice al fin—. He visto la rampa para silla de ruedas que tienes abajo. Viviste aquí con tu padre después del accidente, ¿verdad?

Joar se tumba bocarriba en el tejado.

—SÍ.

—¿Cuidaste de él? ¿Después de todo lo que te había hecho?

—Se convirtió en otro hombre. Es difícil de explicar. Apenas podía hablar, necesitaba ayuda para comer, para lavarse, para ir al baño... Pero eso no es lo que marcó la diferencia. Lo que de verdad cambió se veía en sus ojos. Ya no había odio en ellos. Joder, al final ni siquiera yo lo odiaba. Los últimos años lo llamaba «papá» cuando le daba de comer. No lo había llamado así en mi vida.

—Bueno, yo no he tenido veinticinco años para dejar de odiarlo— contesta Louisa apretando los dientes—. Acabo de empezar.

—Muy amable por tu parte, pero no es necesario.

—¡Sí que lo es! Porque te quedaste aquí con él, toda la vida, en lugar de...

Las carcajadas de Joar la interrumpen.

—¿En lugar de qué? ¿De hacerme futbolista profesional? ¿Astronauta? ¿Qué coño habría acabado siendo? Yo no tenía futuro. Todos los adultos que conocía creían que iba a morir joven. Todo esto es una vida extra para mí, un bonus. Además, no me quedé por mi viejo. Lo hice por mi madre. Se mudaron aquí porque quedarse en el piso era imposible con la silla de ruedas, así que me tuve que mudar con ellos para cuidar la casa. Mamá es... Joder, si ni siquiera tiene carnet de conducir. Y corta el césped en tacones, joder.

Louisa piensa entonces que a lo mejor la vida es larga, pero que, en el momento en que la barra de acero cimbreó en el aire aquel día, el tiempo de Joar se ralentizó. Ahora avanza con mucha lentitud. Antes del acero, él tenía mucha prisa por que llegara el verano, por que llegara el mañana, por amar a sus amigos. Pero en los veinticinco años que han transcurrido desde entonces, no ha tenido prisa por hacer nada.

—¿Ha muerto tu padre?

—SÍ, Hace unos años. En su funeral solo estábamos mamá y yo, y unos cuantos tipos del puerto. Los que quedaban. En este pueblo, los hombres no viven muchos años, eso dice la gente, todos se matan lenta o rápidamente. O con la botella o de un tiro.

—¿Qué le pasó a tu madre?

La respiración de Joar se vuelve menos profunda, como si el aire se deslizara por su garganta. Louisa tarda un poco en darse cuenta

de que no se debe a la desesperanza, sino a todo lo contrario.

—Mamá conoció a un hombre. Un tipo amable. No un cabrón cruel ni un puto monstruo, sino a un buen hombre, aburrido y sobrio. No discute, ni siquiera levanta la voz; ella puede elegir siempre qué ven en la tele. Él le compra flores todos los viernes. Viven a un par de horas de aquí. Me llamó el otro día y me dijo que han empezado a jugar al tenis. ¿Quién coño juega al tenis?

Se ríe con tantas ganas que el verano llega al tejado pese a no estar ni en mayo.

—Un final feliz—susurra Louisa.

—SÍ, Mamá ha tenido un final feliz. No hay mujer en el mundo que se lo merezca más.

—Pero tú sigues viviendo en esta casa...

—Pues sí. Podría haberme mudado, pero... Joder, estaba ocupado.

Sacude la pierna con el grillete electrónico.

—¿Qué hiciste?

—Dejé KO a un tipo.

—¿A quién?

Joar suspira.

—Volviendo a casa del funeral de papá vi a un hombre pegando a una mujer al lado de su coche. Dentro había una niña pequeña gritando.

No hace falta que diga más. Louisa lo comprende. Un día buscará en un periódico el artículo en el que se describe el ataque y leerá que el hombre recibió tal paliza que, cuando despertó en el hospital, le dijo a la policía que lo habían atacado cinco personas por lo menos. Si Joar no se hubiera presentado en la comisaría para entregarse, todo el mundo habría creído el relato del tipo.

—¿Fue muy horrible estar en la cárcel?

Joar se encoge de hombros.

—Estuvo bien. Ted enviaba libros. Unos libros aburridos de cojones, pero aun así... Tenía tiempo de sobra para aburrirme. Más tarde recibí una carta de un anciano, era el padre de la mujer, el abuelo de la niña. Me escribió para decirme que habían abandonado al fulano aquel y que esperaba que saberlo fuera importante para mí. Y sí que lo fue. Ni siquiera los libros de Ted me parecieron tan aburridos después de eso. Cuando estaba cumpliendo el final de mi sentencia faltaban celdas. Hay tantos tipos como yo ahora que tenemos que hacer cola hasta para entrar en la cárcel, así que me dejaron irme con esto.

Vuelve a sacudir el grillete.

—¿Estabas en la cárcel cuando un chico apuñaló a Ted en el instituto?—pregunta Louisa, que se arrepiente al instante porque Joar pone cara de sentirse tan avergonzado que ella teme que salte del tejado.

—SÍ—susurra, porque todas las personas a quienes ama siguen siendo responsabilidad suya constantemente.

—¿Y cuando Kimkim enfermó?

—SÍ.

—¿Os veíais a menudo antes de eso?

—No. Solo nos vimos una vez después del verano que cumplimos quince años.

—¿Qué? ¿Por qué?

Joar esgrime una sonrisa triste de oreja a oreja.

—Es una larga historia.

Louisa se tumba cómodamente bocarriba, inspira profundamente el aire del pueblo y susurra:

—Vale. Ya me puedes contar el resto.

—¿El resto de qué?

—¡El resto de la larga historia! ¡De todo! ¡Lo del concurso, el cuadro y... todo! Pero que no sea solo triste. Que sea un poco... No sé... Normal y corriente también.

Joar también inspira profundamente y se dispone a contarle el final.

CINCUENTA Y CUATRO

Tras el accidente de su padre, la noche siguiente a encontrar a sus amigos en la capilla del hospital, Joar estuvo a punto de matarse con el coche. A decir verdad, fue Ali la responsable, la muy lunática. Fue la noche que ella les contó que su padre había conseguido otro empleo en otra ciudad, lejos de allí. Le debía dinero a medio pueblo, como siempre, y ahora los muy maleducados le estaban pidiendo que lo devolviera.

Joar parpadea mirando el cielo sobre el tejado.

—No lloré por el accidente de mi padre. Tampoco lloré esa noche con Ali. No sé si eso le dolió. Debería haber dicho algo inteligente, pero solo me salió un «vale». Porque ella no podía vivir en este pueblo, al menos no siendo del todo ella misma, no podría alcanzar todo su potencial, aquí no.

—¿Qué dijo ella?

—Que me podía ir a la mierda si no la iba a echar de menos. Entonces le dije la verdad: que no me iba a volver a enamorar. Y ella me besó. Solo me había besado una vez antes. Luego dijo que había sido yo quien la había besado a ella, claro, pero estaba como una cabra...

Louisa sigue tumbada, así que se tiene que secar las lágrimas de las orejas.

—O sea, que tuvisteis una historia de amor.

—Ella te habría partido la cara si te oyera—dice Joar riendo.

—¿Por qué no pudo quedarse contigo?

—Su padre la necesitaba—responde como si estuviera diciendo una obviedad.

—Sois todos iguales. No podéis abandonar a las personas que os necesitan.

—Tú eres de los nuestros—responde Joar, estableciendo su récord de comentarios amables dirigidos a ella.

—¿Qué pasó con el concurso?

Joar le cuenta la historia de cuando Ali y él cogieron el coche aquella noche. Y de que se detuvieron en una colina no muy lejos de la casa donde están ahora Louisa y él, y de que durmieron abrazados. Pasaron una noche entera juntos; hay quien diría que no es gran cosa, pero eso es porque no han estado enamorados como Dios manda. La mayoría de la gente no ha conocido ese sentimiento ni de lejos.

De regreso, condujo Ali. Joar le enseñó. Conducía prácticamente como nadaba cuando se conocieron, así que estuvieron a punto de estrellarse con un muro de ladrillo contra el que se fueron a toda velocidad. Ali frenó abruptamente el coche justo en el último momento. Joar lanzó un grito y ella se lo quedó mirando, sudorosa y feliz, con sus ojos grandes y salvajes.

—¡Así ya lo sabes!—exclamó Ali.

—¿De qué coño hablas, psicópata?—vociferó él también.

Ella se inclinó sobre el cuello de él. Estaba tan cerca que Joar desapareció entre los cabellos de su melena.

—Así ya sabes que tú tampoco quieres morir. No puedes morirte, que lo sepas. Si lo haces antes de que yo vuelva, te mato de una

paliza.

—¿De que tú vuelvas? ¿Para qué vas a volver aquí?—bromea—. ¿No ibas a vivir en una casa grande con alguien normal?

—Algún día a lo mejor tú y yo somos lo bastante normales—susurró.

Se detuvieron junto al mar y Joar recogió troncos con los que luego hizo el marco para el cuadro de Kimkim. Colgado en una exclusiva subasta de arte, veinticinco años después, aún olía un poco a mar.

A la vuelta se encontraron con Ted y Kimkim en la intersección. Fueron juntos a casa de Joar y limpiaron el piso porque él quería que estuviera bonito cuando volviera su madre del hospital. A Ali no se le daba demasiado bien limpiar, así que se dedicó a ordenar una caja de juguetes viejos, o a jugar con ellos, básicamente. Alzó un muñeco de Superman y preguntó:—¿Por qué lleva capa? No tiene poderes, puede volar sin ella, ¿no?

Fue Kimkim quien respondió.

—Yo creo que es por lo difícil que es dibujar el movimiento. Por eso, cuando la gente que lo creó tuvo que dibujarlo en un cómic, necesitaban que la capa mostrara que se estaba moviendo.

—¡Anda!—dijo Ali con el tono de quien no ha entendido una palabra.

Kimkim trató entonces de mostrárselo quitándose la camiseta y corriendo por la habitación con la prenda a la espalda, pero no miraba por donde iba y se estampó contra una pared. De hecho, fue bastante peligroso, porque Ali casi se ahoga de la risa. Luego Ted dijo que había leído que la capa de Superman en realidad era una manta. Era la que había usado su madre para envolverlo cuando era pequeño y sus padres lo enviaron en un cohete a la Tierra. Era un

pensamiento tan intenso que se tumbaron en el suelo y se quedaron mirando el techo.

—(¿Me vais a olvidar si me mudo?—preguntó finalmente Ali.

—Sin duda—respondieron todos sus chicos.

—Sois malvados—dijo ella riendo.

—¿Olvidarte?—masculló Ted—. No recordamos la vida antes de que aparecieras tú. ¿Cómo vamos a olvidarte?

Ali permaneció en silencio un buen rato antes de hacerles una promesa:

—Creo en vosotros. Confío en vosotros. No volveré a sentir por nadie la confianza que tengo en vosotros tres.

—Yo tampoco—dijo Ted.

—Ni yo—coincidió Kimkim.

—Frikis—dijo Joar.

—Tú sí que eres un friki—replicó Ali, y le cogió la mano.

Permanecieron varias horas tumbados uno al lado del otro en el suelo del cuarto de Joar. Más tarde, enmarcaron el cuadro de Kimkim.

Joar carraspea en el tejado.

—Puede que ese sea... Joder... No sé cómo decirlo. Es como, ese es uno de mis recuerdos más intensos. Cuando estaba en la cárcel, pensaba en ese momento todas las noches mientras intentaba quedarme dormido.

Louisa permanece en silencio el doble de tiempo de lo que suele ser capaz.

—Pez leyó en un libro que, en el Cielo, tienes la oportunidad de escoger un momento de tu vida—dice al fin—. Tu mejor momento. Y luego puedes sentirte como te sentiste entonces para siempre. Decía que así no importa si vives hasta los ochenta, porque eso no sería

más que un montón de ahoras y con un único ahora que sea bueno basta.

—Yo he tenido un montón de ahoras. Millones—dice agradecido Joar.

Le cuenta entonces que Ali preguntó ese día si creían que habría buena comida en la fiesta cuando el cuadro de Kimkim ganara el concurso.

—Pues claro que habrá buena comida. A los putos ricos les encanta la comida—contestó Joar.

—Espero que haya champán para ponerme como una cuba—dijo con una risilla traviesa Ali.

—¿Qué día es?—preguntó Ted.

—¿Cómo?—dijo Joar.

—Que qué día es el concurso. ¿Cuándo hay que entregar el cuadro?

No habían pensado en eso. Joar fue pitando a rebuscar por cajones y estanterías. Había escondido el periódico con el anuncio para evitar limpiarse el culo accidentalmente con él la siguiente vez que se quedaran sin papel, pero lo había ocultado demasiado bien. Daba vueltas enrabietado por toda la habitación, despotricando por lo listo que había sido. Al final dio con el diario al levantar el último objeto del último cajón y pasó las páginas tan rápido que las rasgó. Al ver la fecha resopló tan fuerte que casi se desmaya.

—Dentro de una semana—jadeó.

Sus tres amigos asomaron las cabezas para mirar por encima de su hombro. Era la primera vez que veían el anuncio y recordarían ese momento como si el suelo hubiera desaparecido bajo sus pies. Joar creía haberlo leído tantas veces que había memorizado todas y cada una de las palabras y, pese a todo, había pasado por alto lo

más importante. Ninguno de los otros se atrevió a decir nada, así que al final fue Ali quien habló y dijo desesperanzada y lentamente:
—Pero, Joar, aquí dice que la edad máxima es trece años.

—¿Qué mierda dices?

—Dice que hay que tener... trece años como mucho—repitió Ted.

—¿Qué coño significa eso?—preguntó furioso Joar, como si su cerebro no pudiera comprender el significado de los números.

—Es un concurso para niños—aclaró Ted.

—Nosotros ya no somos niños—añadió Ali.

—Entonces lloré—dice calmadamente Joar en el tejado.

CINCUENTA Y CINCO

La decepción es algo muy potente. Usada correctamente, es más fuerte que el miedo, más terrible que el dolor físico; si la observas en los ojos de alguien a quien amas, harás casi cualquier cosa para detenerla.

—El ejército debería encontrar un modo de usar la decepción como arma—dice Joar sentado en el tejado.

Se muerde el labio y rebusca en los bolsillos.

—Mierda, no tengo cigarrillos—masculla.

—¡Yo sí!—dice Louisa estirándose para coger su mochila.

—No, no, da igual. Lo he dejado, es que a veces se me olvida.

—Eres muy raro—le informa Louisa.

—Me lo han dicho una o dos veces.

Louisa zarandea los pies, que cuelgan del tejado, y observa todas las casas en las que puede vivir ahora que es rica. Se lo había imaginado de otra manera porque su sueño era ser rica con Pez. Ahora le da bastante miedo poseer lo que sea, porque ha perdido cuanto ha tenido.

—No fue culpa tuya lo que pasó con el concurso...—dice tratando de animarlo, aunque en los ojos de Joar ve claramente que todo es culpa suya. Todo es su responsabilidad.

—¿Sabes qué fue lo peor?—dice con un suspiro—. Que cuando Kimkim se dio cuenta de que no había concurso no pareció decepcionado. Ni siquiera triste. Solo aliviado. Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía que hacer que se marchara de este puto pueblo como fuera. Porque si se le hubiera presentado una sola oportunidad para quedarse, no se habría ido nunca.

La noche avanza lentamente en todas direcciones; el anochecer mete al pueblo en un saco; las luces se encienden en las casas colina abajo como agujeros de bala atravesando la oscuridad.

—¿Qué hiciste entonces?—pregunta Louisa.

—Volví a robar el coche de mi padre—responde sonriendo Joar.

Le cuenta entonces la historia de la última aventura que vivieron juntos. La última estupidez supina. Esperó hasta que se hiciera de noche para reunir a todos sus amigos y pedirles que lo acompañaran. Los obligó a esperar en el coche mientras él se colaba en el sótano de Ted para coger una cosa que luego metió en el maletero antes de salir. Era de madrugada, de manera que los amigos no veían adónde se dirigían y no se dieron cuenta de dónde estaban hasta que volvieron a encontrarse frente al museo.

Joar sacó un gran paquete del maletero, se lo colocó encima de la cabeza y corrió hasta la parte trasera del edificio. Cuando sus amigos lograron alcanzarlo, ya había roto una ventana y se había colado dentro. Los demás entraron por el mismo sitio, aunque demasiado deprisa, de manera que aterrizaron unos sobre otros formando una pila chillona en la que un pie pisaba una melena, una rodilla se clavaba en una barriga y una espalda chafaba una cara.

—liiidiiiiooooootas—refunfuñó Joar—. ¿Estáis intentando que suene la alarma o qué?

—¡Has sido tú quien se ha colado!—protestó Ted antes de mirar a su alrededor y darse cuenta de que, lamentablemente, se había convertido en cómplice.

Ali farfulló que olía raro y Joar contestó mascullando que a lo mejor era ella. Ali le respondió golpeándole el brazo y, tras el aullido de Joar, Ted chistó para que se callaran.

El único que no hizo ni un ruido fue Kimkim. Se dedicó a contemplar las paredes blancas, que parecían medir cientos de metros hasta llegar al techo, con la cabeza echada hacia atrás y estupefacto. Cuando empezó a recorrer con la mirada la sala de cuadro en cuadro, parecía alguien que nota por primera vez el tacto de la arena entre los dedos de los pies o que hace su primer ángel de nieve.

En ese momento, Joar desempaquetó con cuidado lo que había recogido en el sótano de Ted y sacó el cuadro de Kimkim con su marco de troncos. Ali y Ted comprendieron entonces el plan de Joar y lo ayudaron a descolgar cuidadosamente un cuadro de la pared para poner el de su amigo. Los cuatro amigos se colocaron de pie en el centro de la gran sala, mareados de pura felicidad. Quizá esa fuera la primera vez que Kimkim vio eso que los otros habían sabido desde siempre.

—A la mierda el concurso. Yo solo quiero que se te meta en la cabeza que el lugar de tu arte es un sitio como este. Y que este es tu sitio también—dijo Joar.

Kimkim lloró entonces. Ali se puso al lado de Joar y le cogió la mano.

—Es la mejor idea que has tenido nunca, idiota—musitó.

Joar tose en el tejado, como si su cuerpo no quisiera olvidar que le pertenece a un fumador.

—Fue un buen plan, ya lo creo. Salvo porque no había pensado bien qué haríamos si aparecía un vigilante.

—¿Qué pasó?

—Pues que apareció un vigilante.

—¡Eso lo he pillado! ¡No soy tonta! Pero ¿qué pasó?

Joar suspira.

—Bueno, salimos corriendo. Y éramos unos hachas corriendo. Se nos daban fatal muchas cosas, pero correr era lo nuestro. Así que, cuando saltó la alarma del museo y llegó el vigilante, podríamos haber escapado sin problema. El tipo era lento y muy mayor. Bueno... Sí... visto ahora, a lo mejor tenía treinta y siete o algo así. Pero para nosotros eso era mayor. En cualquier caso: no nos habría atrapado en la vida. ¡Ni de coña! El problema era que él no tenía que atraparnos a nosotros, sino al cuadro. A nosotros se nos daba muy bien correr, pero éramos malísimos llevando...

Joar le cuenta que la alarma saltó mientras Ali buscaba un interruptor de la luz, así que ella le contaría a todo el mundo que había sido culpa suya. Solo oyeron un pitido grave que venía de otra sala de la galería, ni siquiera se dieron cuenta de que habían hecho saltar la alarma hasta que vieron unas luces brillantes por una ventana y cayeron en que eran los faros de un coche. El vigilante apareció corriendo, un vejestorio, pero daba lo mismo.

Joar y Ali intentaron correr llevando el cuadro entre los dos, pero ella era más alta, lo justo para que él tuviera que ponerse de puntillas al besarla, una diferencia de lo menos práctica cuando tratas de llevar algo en brazos con la otra persona. Así que tropezaron y se les cayó el cuadro; el suelo de piedra era como el hielo, así que los adolescentes resbalaron en una dirección y el cuadro en la opuesta. Ted y Kimkim trataron de tomar caminos

diferentes, pero se equivocaron de ruta, por supuesto, y acabaron chocando.

El vigilante vino corriendo a por ellos, aunque «corriendo» quizá sea un tanto exagerado. En cualquier caso, vino a una velocidad determinada. El hombre hizo lo que pudo. Cuando se detuvo jadeante junto al cuadro, llegó, como es natural, a la única conclusión lógica: los adolescentes se habían colado para robarlo.

—Y luego todo se volvió muy confuso—le cuenta Joar a Louisa—. Porque cuando el vigilante cogió el cuadro, nosotros volvimos corriendo, y el hombre no entendía lo que pasaba porque, claro, los ladrones suelen huir en dirección contraria. Así que Ted dio un paso al frente y dijo: «¡Perdón por colarnos! ¡No hace falta que llame a la policía! Nos vamos, solo vamos a llevarnos eso...», y todos señalamos el cuadro que el vigilante tenía en los brazos. Y el hombre nos miró y dijo, como es lógico: «¿Os habéis vuelto locos? ¡No puedo daros el cuadro que estabais tratando de robar!». Y nosotros replicamos: «¡No intentábamos robarlo, joder! ¡Es nuestro!». Y el hombre ponía los ojos en blanco y decía: «¡Ya, claro! ¡Eso tiene mucho sentido! ¿Habéis traído vuestro propio cuadro para colaros en un museo?». Y entonces yo dije: «¡Para sentido el TUYO, imbécil!». Y Kimkim dijo...

Joar se queda callado un momento. Vuelve a toser, como si estuviera buscando su voz.

—¿Qué dijo Kimkim?—pregunta Louisa impaciente.

Joar recobra la compostura.

—Le dijo al vigilante: «Verá que el cuadro está fuera de lugar aquí. No es ni la mitad de bueno que los otros». El vigilante dudó un momento y dijo: «A mí me parece... bonito. Pero yo no sé nada de arte». Y luego yo dije: «Pues dánoslo entonces, ¡vale millones!». Y,

claro, es no fue muy inteligente por mi parte, porque ahí fue cuando el vigilante dijo que iba a llamar a la policía. Entonces Ali exclamó que podía ver claramente que nosotros éramos los del cuadro, pero el tipo lo miró y al principio no vio a nadie. Solo veía el mar. Así que nos tuvimos que señalar y entonces se le iluminó la cara y pensó que era maravilloso. Se le llenaron los ojos de lágrimas, te lo juro. Pero luego dijo que los críos del embarcadero podían ser unos críos cualquiera. Y entonces Ali dijo: «Ya no somos críos». Y ahí... Joder... Fue como si nos hubiéramos quedado todos sin aire. Debíamos de tener unas caras muy tristes porque el hombre dijo: «Vale. Si os vais ya, no llamo a la policía». Pero está claro que no podíamos irnos sin el cuadro. Así que aquello acabó convirtiéndose en el rescate de rehenes más extraño del mundo. Al final el vigilante suspiró y dijo: «Vale. A lo mejor podéis llamar a un adulto para que venga y confirme que el cuadro es vuestro».

Los cuatro amigos se quedaron pensando que era un gesto bonito por parte del vigilante darles esa oportunidad, pero, sobre todo, el de pensar que tenían algún adulto a quien llamar. La mamá de Joar estaba en el hospital, la de Ted, en el trabajo, el papá de Ali estaba de fiesta, la mamá de Kimkim, durmiendo hasta arriba de somníferos en su casa y el padre, sentado a oscuras bebiendo whiskey en la suya. Y entonces el artista que se haría famoso con el nombre de C. Jat levantó de pronto la cabeza y rebuscó entre una serie de números que se sabía de memoria. Los otros no entendían nada, pero él exclamó: «¡Tengo uno! ¡Tengo un adulto a quien llamar!».

Joar mira más allá del borde del tejado. Un coche sube despacio la colina por una carretera que serpentea entre casas desvencijadas.

—¿Quién era? ¿A quién llamasteis?—pregunta Louisa impaciente.

—Está subiendo ahora mismo—responde Joar.

CINCUENTA Y SEIS

Ted se apea por el lado del copiloto y mira ansiosamente en dirección al tejado.

—¿Qué haces ahí sentada? ¡Te puedes caer!—vocifera a Louisa.

—¿Y yo qué? Me puedo caer también—grita Joar, ofendido.

—Tú eres viejo, no tienes mucho por lo que valga la pena vivir.

Se abre la puerta del conductor y una mujer en la setentena sale del vehículo. Es bajita y de aspecto severo, se parece mucho al tipo de mujer que podría acabar en prisión si una persona joven le preguntara si necesita ayuda para cruzar la calle. Ted le pide a Joar que baje a la cocina, pero huelga decir que Joar le espeta desafiante que ni hablar, que tendrán que subir ellos al tejado. Ted le pregunta entonces si se ha vuelto loco, a lo que su amigo responde que deje de ser tan cobarde. Ted pone un poco cara de estar a punto de decir que la mujer que tiene a su lado es demasiado mayor para sentarse en el tejado. La mujer se da cuenta y decide que ella se va a sentar en el tejado, faltaría más. Dicho y hecho, unos minutos más tarde la señora está allí arriba zarandeando las piernas. Así conoce Louisa a la madre de Christian.

—A ver, cariño, ¿eres tú la que ha recibido el cuadro más bello del mundo?—pregunta la señora sonriendo.

—Sí—responde Louisa, que se siente de pronto abrumada por la culpa.

La madre de Christian le da una palmadita en la rodilla, cosa que a Louisa no le disgusta en absoluto.

—Desde luego, debiste de gustarle una barbaridad a Kim. Mi pésame por tu pérdida.

—Lo mismo digo—responde Louisa, que añade enseguida—: Y también lamento que perdieras a Christian. Me lo ha contado Ted.

—Gracias, cariño. Ted me ha contado que tú también perdiste a alguien a quien querías.

La mujer alarga un dedo y atrapa una lágrima que bajaba deslizándose por la mejilla de Louisa. Ningún adulto había hecho eso antes, así que la siguiente pregunta se le escapa sin más.

—¿La superaste alguna vez? ¿La muerte de Christian?

La mujer niega con la cabeza, apenada.

—No, no, cariño. Nunca se supera la muerte cuando eres una persona que ama. Pero es más fácil si eres madre. Ahí no tienes más opción. Tengo otra hija, la hermana pequeña de Christian, y ahora tengo nietos. La gente siempre dice que deberíamos vivir como si cada día fuera el último, pero cuando tienes hijos te das cuenta de que tienes que vivir como si cada día fuera el primero de la vida de ellos. Es difícil que lo entiendas, todavía eres una niña...

—¡Tengo dieciocho!—protesta Louisa, como si la mujer debiera sentirse impresionada.

—Lo siento, tienes mucha vida por delante, muchas pérdidas—prosigue la mujer—. ¿La ves por todas partes? ¿A la persona que has perdido?

—¡Sí! Es como si la viera por el rabillo del ojo, todo el tiempo, entre la multitud...—asiente Louisa.

La mujer coge entonces a Louisa de la mano y, para sorpresa de la propia Louisa, ella la deja.

—Los primeros años me enfadaba cada vez que ocurría—dice la mujer—. Creía oír la voz de Christian en el supermercado, o veía su jersey favorito doblando una esquina y, cuando iba corriendo detrás, era otra persona. ¡Ay, cómo lo odiaba! ¡Me moría de la rabia! Hasta que un día me di cuenta de que no era una maldición, sino todo lo contrario, una bendición. Pequeños guiños del Cielo. Era Christian jugando al escondite conmigo, como cuando era pequeño. Así que ahora, cada vez que pasa, cuando lo veo por el rabillo del ojo, susurro: «¿Quién está ahí?».

Los interrumpe un improperio. Es Ted intentando en vano, por supuesto, trepar al tejado sin tropezar. Casi se cae por el borde, pero Joar lo agarra en el último segundo.

—¿Cómo coño sigues vivo? Todo el mundo se muere, pero tú sigues aquí...—musita Joar cuando Ted consigue sentarse finalmente.

—Parece que soy más difícil de matar de lo que parece—reconoce Ted.

El sol se ha puesto y las farolas se han encendido, hay sombras bailando a su alrededor. Louisa mira por encima de su hombro y le susurra a la oscuridad:

—¿Quién está ahí?

Permanecen un rato en silencio. Es la madre de Christian quien carraspea con actitud autoritaria y hace un anuncio:

—Mañana haré algunas llamadas, cariño. No costará vender el cuadro, así que tienes que decidir si tienes alguna preferencia.

—¿Qué significa eso?

—Si quieres venderlo directamente a un coleccionista o si quieres venderlo en una subasta. La segunda opción probablemente atraiga más atención de los medios y quizá consigas más dinero por el cuadro.

Louisa niega con la cabeza.

—No, no. Nada de atención, por favor.

—Muy bien—dice la mujer, como si zanjara el debate.

—¿Podemos bajar ya a la cocina?—pregunta esperanzado Ted.

—¡No! Aún no he acabado mi historia de cuando nos colamos en el museo—gruñe Joar—. ¿Te crees que eres el único con derecho a contar historias?

Pero deja que sea la madre de Christian quien cuente el resto de la historia, porque esta parte le pertenece. Es la de cuando sonó su teléfono en mitad de la noche y ella sintió un miedo terrorífico, porque no podía oír ese sonido sin pensar que algo terrible había sucedido. Un chico asustado al otro lado le dijo tartamudeando que Christian le había dado ese teléfono.

Ella balbuceó medio dormida:

—¿Eres... tú?

Kimkim, bastante desconcertado, susurró a su vez:

—¿Cómo? ¿Quién soy... yo?

Entonces ella contestó, casi sin poder respirar:

—Eres el chico del que me habló mi hijo cuando me llamó por última vez, cuando me dijo que había encontrado a uno de los nuestros.

Kimkim se puso tan nervioso que farfullaba al tratar de explicarle la situación, pero ella ni siquiera lo dejó acabar. Preguntó por la dirección mientras se vestía, y entonces tomó un taxi para ir al museo y le lanzó el dinero al taxista saliendo a toda prisa del

vehículo. Al entrar en el museo chocó con el vigilante, quien, por desgracia, le preguntó inmediatamente si estaba bien en un tono que sugería que la mujer era extremadamente frágil. Típico de los hombres, ¿no? Así que el ambiente al principio no fue muy bueno que se diga.

El vigilante le explicó que debía identificar un cuadro y confirmar si uno de los jóvenes era el autor. Entonces vio el cuadro. ¡Madre del amor hermoso! Lo vio y casi se cae de culo. Que los botones de su blusa no salieran disparados por el latido de su corazón es del todo incomprensible.

—Es ese—dijo Joar señalando el cuadro.

—;¡Sí, puedo ver perfectamente que es ese!—le largó con tal sequedad que hasta él se quedó sin palabras.

—Yo... solo quería ayudar—musitó.

La madre de Christian se ablandó un poco al oírlo.

—Perdona por el tono, pero enseño Historia del Arte, así que entiendo perfectamente que se trata de este cuadro. ¡Cualquiera puede ver que no tiene cabida aquí!

Kimkim, que estaba detrás de ella, dijo entonces desconsolado:

—Lo sé, lo sé, este no es su sitio. Todo esto ha sido una estupidez. ¿Podemos irnos ya? No volveremos a causar problemas, lo prometo...

Sin embargo, la madre de Christian agitó una mano entusiasmada ante los demás cuadros expuestos en las paredes como si los borrara y acabó señalando el de Kimkim.

—¡Pues claro que no es su sitio! Ninguno de los artistas que han creado estos cuadros podría haber pintado así.

Kimkim estaba a punto de echarse a llorar.

—No... No, yo no sé pintar como los artistas de verdad, ¡lo entiendo! No he estudiado en una escuela de arte ni nada de eso, yo...

Entonces la madre de Christian juntó las manos dando una palmada, como si fuera a entonar un rezo ligeramente frustrado.

—No, gracias a Dios, ¡no has recibido formación! Nadie formado pinta así. El arte no requiere formación, cariño, el arte solo necesita amigos.

Acto seguido, la mujer se agachó delante del cuadro y, al ver las calaveras junto al nombre, se echó a llorar tan desconsoladamente que nadie supo qué hacer. El vigilante carraspeó.

—Entonces... ¿Usted puede confirmar que el cuadro es de los chicos?

—¡Sí, sí, sí!—dijo entre sollozos.

—¿Y... puede llevar a los chicos a casa también? Tienen un coche aparcado fuera, pero creo que el más bajo lo ha conducido hasta aquí porque es el que lleva las llaves y... ¿Cuántos años tienes? ¿Once?

—¡QUINCE! Y conduzco mucho mejor que tú. ¿Cuántos años tienes? ¿Sesenta?—soltó Joar.

—Tengo treinta y siete—dijo, un poco dolido, el vigilante.

—Pareces diez años más joven—intercedió rápidamente Ali, animando al vigilante con el comentario.

—Y una mierda pa...—empezó a decir Joar antes de que robara por completo su atención la fuerte patada que se llevó en la espinilla.

—Vámonos antes de que llame a la poli—siseó Ali mientras Ted y Kimkim asentían frenéticamente.

Así que Joar dio un paso al frente para recoger el cuadro, pero la madre de Christian le preguntó si podía llevarlo ella.

Se lo permitieron y ella lo llevó en sus brazos como si fuera un ser vivo.

CINCUENTA Y SIETE

Es duro escuchar el final de una larga historia. Especialmente cuando tienes una pregunta muy importante que no te atreves a hacer.

Hace una noche preciosa, el aire es ligero y claro y viene cargado de promesas. Pronto llegarán el calor y el verano, y todo será mejor. Joar, Ted y la madre de Christian están sentados en el tejado, bajo las estrellas, y hacen turnos para contárselo todo a Louisa.

Le hablan de la vuelta en coche a casa desde el museo. De que la madre de Christian le preguntó a Kimkim si había pintado otros cuadros. Cuando él negó con la cabeza, ella musitó asombrada:

—¿Este ha sido el primero? ¡Qué don para el planeta! ¡Cuántas cosas vas a crear...!

A decir verdad, ninguno de los presentes entendía una palabra de lo que había dicho, pero entonces ella lanzó otra pregunta.

—¿Has hecho dibujos?

En ese momento, los cuatro adolescentes la miraron como si la mujer hubiera perdido la cabeza: «¿Que si ha hecho dibujos?».

Cuando la madre de Ted llegó a casa esa noche, descubrió horrorizada que había una señora desconocida en su sótano. El cuarto de Ted estaba lleno de dibujos de Kimkim, los había por

cientos, diseminados con mucho cuidado por todo el suelo, como un mapa del corazón del chico.

La madre de Ted se quedó de pie en la puerta, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo. Entonces la madre de Christian se giró y le dirigió una sonrisa.

—Algún día presumirás ante todo el mundo de que este joven se sentaba en tu sótano a dibujar.

En defensa de la madre de Ted hay que decir que no fue presumiendo por ahí. Ni siquiera cuando Kimkim alcanzó la fama mundial. Se alejó de la habitación y se encontró a Ted, Joar y Ali sentados en las escaleras para no estorbar, así que les preguntó si tenían hambre. Ali no pudo evitar preguntarle si había lasaña.

En ese momento, la madre de Ted hizo algo increíblemente inusual: sonreír.

—¿Eres tú la que se ha estado comiendo mi lasaña? Me preguntaba dónde iba a parar. A ninguno de mis hijos les gusta demasiado.

—Es mi comida favorita del mundo mundial—confesó tímidamente Ali.

—¿La lasaña?—repitió la mujer, sorprendida, porque nunca había oído a una adolescente decir eso.

Ali negó con la cabeza y la corrigió:

—Tu lasaña.

La madre de Ted se empezó a estrujar las manos sin saber dónde mirar. Es lo que pasa cuando no estás acostumbrada a los cumplidos.

—Puedo enseñarte a hacerla—dijo al fin.

Ali la miró entonces como si la mujer le acabara de prometer que le iba a enseñar a hacer aparecer gatitos de la nada.

—¿En serio me vas a enseñar a hacer lasaña?

—No es difícil—dijo sonriendo la madre de Ted, y esa fue la primera vez que su hijo recuerda haberle visto dos sonrisas en una misma noche.

Dicho y hecho, la mujer subió en dirección a la cocina seguida de Ali, y nunca en la historia se ha cocinado una lasaña mejor, ni en esa casa ni en ninguna otra. Ted y Joar se quedaron en la escalera oyéndolas reír, luego a Ali hablar de la muerte de su madre y a la madre de Ted hablar de la muerte del padre de Ted, que no había oído a su madre decir tantas cosas desde mucho antes del funeral.

—¿Lo querías mucho?—preguntó Ali.

—Y lo quiero. Todavía lo quiero mucho—respondió.

—¿Ser adulto es horrible?

—Insoportable. Fracasas en casi todo constantemente.

—Haciendo lasaña no—señaló la joven.

—Puede que no con la lasaña, a lo mejor por eso la hago. Una sola cosa que no se me da mal.

Entonces Ali enunció con el tono de estar lanzando una observación objetiva:

—No se te da mal ser madre. Todo funciona en tu casa. Todas las luces se encienden al darle al interruptor, el baño está limpio y siempre hay comida en el congelador.

Ted y Joar, sentados en los escalones, oyeron la respuesta de la madre:

—Tú solo me conoces a través de mi hijo. Es normal que pienses que soy una buena madre. Pero Ted no es obra mía, es... un pequeño milagro. La verdad es que él me ha dado mucho más amor a mí del que yo le he dado a él.

Ali se quedó pensativa mucho rato antes de contestar.

—Ted le da más amor a todo el mundo. Pero yo creo que los dos os habéis dado la misma cantidad el uno al otro: todo el que tenéis.

Y entonces se comieron la lasaña.

La madre de Christian reunió todos los dibujos de Kimkim que había desperdigados por el suelo del sótano y salió a la calle, al sol matutino, al mundo, acarreándolos con sumo cuidado. Y así es cómo comenzó la siguiente aventura.

Aproximadamente una semana después, Kimkim estaba sentado con sus amigos en la intersección despidiéndose con un «hasta mañana». Fue idea de Ted que escribieran sus nombres en cuatro piedras y las enterraran en el césped entre las casas donde habían crecido y que, cuando se volvieran a encontrar, las desenterraran. Se sentaron todos juntos con los dedos llenos de tierra.

—No he sido yo—susurró Ali.

Pero sí que había sido ella, claro. Los demás respondieron tirándose un pedo cada uno. Colocaron las piedras bajo tierra y ese fue el último entierro de ese año. Y así acabó el verano.

—Quizá suene a final triste—le dice Ted a Louisa en el tejado—, pero solo si te olvidas de todas las veces que te he dicho a lo largo de mi relato que alguien se echó a reír. ¿Cuántos buenos ahoras supone eso? ¿Cuántas personas tienen más?

Al llegar el otoño, Lechuza volvió a dar Arte en el instituto, pero Kimkim no volvió a su clase. La madre de Christian visitaba la tumba de su hijo cada día, pero una mañana faltó. Estaba en el patio de una escuela de arte situada en una localidad a muchas horas de allí, esperando a Kimkim. El director le había hecho un gran favor, pero ella insistía en que era ella la que se lo estaba haciendo a la escuela. El director rio entonces, pero llegaría el día en que le daría las

gracias, pues estuvo presumiendo de aquel alumno todos los días del resto de su carrera.

Kimkim se despidió de su madre con un apretón de manos, pero ella hizo algo milagroso: lo abrazó.

—Siento mucho no haberte entendido—le susurró al oído—. ¡No seas como los demás niños! ¡No seas normal!

Kimkim no quería soltarla, ella tuvo que retorcerse para liberarse del abrazo. Los niños no son responsables de la felicidad de los padres, pero lo intentan de todos modos. En el piso había una pila de dibujos del artista que la madre de Christian había dejado al pasar por allí para que la mujer pudiera entenderlo. Con el tiempo sucedió, y puede que incluso lo comprendieran los demonios que habitaban su cabeza. Casi que hicieron las paces con ella a partir de entonces.

El padre de Kimkim lo llevó a la facultad en su viejo coche herrumbroso. No hablaron mucho, pero, justo cuando entraban en el patio con el automóvil, su padre masculló:

—Espero que sepas que no he estado nunca avergonzado de ti, sino de mí.

Kimkim quiso explicar entonces todo lo que sentía, pero le faltaban palabras, así que dijo las más importantes que conocía:

—Te quiero y creo en ti, papá.

Sin duda alguna el padre le habría respondido con las mismas palabras si hubiera sabido cómo. Tuvo que tomar el autobús para volver a casa. Todavía conservaba el dibujo de la capilla del hospital de su hijo, lo tenía colgado como un gran tesoro en la pared de la cocina, pero el resto del piso estaba vacío casi por completo. Tuvo que pasar mucho tiempo hasta que Kimkim se enteró de que sus padres habían vendido prácticamente todo lo que poseían, incluido

el coche del padre, para pagar todo lo que él había necesitado para sus estudios de arte. La madre de Christian fue de gran ayuda también. Cuando los hombres del puerto lo descubrieron, organizaron una colecta; el padre nunca presumía de hijo, pero todos los compañeros lo hacían por él. Una única acción buena no puede compensar toda una vida de acciones malas, pero esos hombres estaban dispuestos a intentarlo. Eran personas duras con vidas duras, pero algún puñetero sábado iban a un puñetero museo a mirar un puñetero cuadro, y ese sentimiento era como un puñetero amanecer en sus pechos: habían formado parte de algo bello.

La madre de Kimkim nunca estaría completa del todo, como les sucede a algunas personas; se perdía cada vez con más frecuencia al volver a casa del supermercado. Vivió su último año en una residencia. Kimkim enviaba dibujos cada semana y ella cubrió las paredes con ellos. Él estaba con ella cuando murió, se acababa de graduar y se quedó un buen rato sentado junto a su cama después, cogiéndola de la mano. Como si los demonios se hubieran dormido en su regazo.

Una semana después, fue a dar un paseo con su padre. No hablaron mucho, pero alguna que otra sonrisa asomaba de vez en cuando. Se despidieron con un abrazo. Cuando su padre llegó a casa esa noche, se sentó en la silla de la cocina, rodeado de los dibujos de su hijo, y se quedó dormido, tranquilo y en paz. Kimkim enterró a su padre y a su madre el mismo día. Entonces se marchó del pueblo y no volvió. El mundo lo estaba esperando.

El cielo estrellado sobre las casas marea a Louisa. Pasado un rato, sus ojos no saben si miran hacia arriba, al universo, o hacia abajo, dentro de él. Opta por cerrarlos y respirar despacio, y es entonces

cuando finalmente pregunta lo que nadie se atreve a preguntar: «¿Qué pasó con Ali?».

Joar y Ted permanecen tumbados en silencio, como esperando a que el otro lo cuente, y entonces los muy idiotas empiezan a hablar a la vez. A Ali eso le habría gustado.

Cuando Joar y ella se despidieron por última vez estaban sentados en los escalones de casa de Ali. Le estaba contando que su padre había encontrado trabajo en otro país, que también tenía mar, pero no como este. Aquel mar en concreto bañaba largas playas blancas y el verano nunca acababa.

—¡Voy a aprender a surfear!

—Seguro que acabas siendo la mejor surfista—asintió Joar.

Ella sonrió, salvaje y feliz.

—¿Tú crees?

—Cuando nos conocimos casi ni sabías nadar y ahora lo haces mejor que cualquiera de nosotros. Puedes aprender lo que te dé la puta gana.

Ali lo besó tan fuerte que Joar se cayó del escalón. Al marcharse, él le dio una manta roja, como la capa de Superman. Y ella se fue volando.

Se escribieron cada semana durante varios años. No es por presumir, pero Joar tenía razón: Ali acabó siendo la mejor surfista. Le escribió que se sentía más feliz que nunca cuando se adentraba en el mar dando brazadas en dirección al amanecer. En sus cartas decía que tenía la sensación de saber qué estaba haciendo en este planeta. ¿Cuántas personas descubren algo que las hace sentir de ese modo? ¡Qué afortunada!

Una mañana temprano, poco después de su decimoctavo cumpleaños, Ali se adentró en el mar y no volvió.

Al oírlo, Louisa llora con tanto desconsuelo que el tejado entero zozobra. Se arrepiente amargamente de haber preguntado. Porque ¿quién puede provocar este dolor por alguien a quien ni siquiera has conocido? Louisa llora hasta que parece que se le van a romper las costillas. Joar se desespera con su llanto y, finalmente, murmulla:

—Pasó... Pasó hace veinte años.

—¡Para mí NO! ¡Para mí se acaba de morir!—exclama Louisa.

Eso es lo peor de las historias.

—Para mí también—susurra Ted.

En ese momento, Joar, sentado en el tejado bajo las estrellas, también vuelve a perder a Ali. Eso es lo peor de la muerte, que sucede una y otra vez. Que el cuerpo humano puede llorar eternamente.

—¿Cómo era eso que dices tú siempre? ¿Lo de que la gente vive en silencio...?—musita Joar.

—Es de Henry David Thoreau—susurra Ted—: «La mayoría de los hombres llevan vidas de silenciosa desesperación».

Joar asiente despacio.

—Bueno, se pueden decir muchas cosas de Ali, pero eso seguro que no lo hizo nunca. No fue silenciosa ni un día de su vida.

Ríen. Has vivido una vida bastante extraordinaria si aún puedes hacer reír a tus humanos más de veinte años después.

—Ojalá Pez y ella se encuentren en el Cielo—desea Louisa.

—¡Espero que no! O no quedará Cielo para cuando lleguemos nosotros...—añade Ted.

—¿Puedo preguntar una cosa?—dice Louisa, y pregunta inmediatamente—: ¿Cómo se lidia con la muerte?

Es la madre de Christian la que responde a la pregunta.

—En mi caso me ayuda el arte. Porque el arte es una magia frágil, igual que el amor, y esa es la única defensa que la humanidad tiene contra la muerte. Crear, pintar, bailar y enamorarnos es nuestra rebelión contra la eternidad. Todo lo bello es una armadura. Van Gogh escribió: «Siempre pienso que la mejor manera de conocer a Dios es amar muchas cosas».

—Es una pasada total que hayamos ocurrido—susurra Louisa.

—Algo así—sonríe la madre.

Ted le cuenta entonces a Louisa la historia del regreso de Kimkim para enterrar a sus padres, poco después de acabar los estudios. Y que ellos tres, Kimkim, Joar y él, hicieron una tumba también para Ali, para tener un lugar donde dejar flores adoptadas. Eligieron una piedra grande, la colaron por la noche en el cementerio de la iglesia y buscaron un sitio vacío. Kimkim pintó «Ali» en la piedra y rodeó el nombre de alas pequeñitas. Luego robaron un carro del supermercado y se tiraron por la cuesta más empinada del pueblo, y casi se matan, y así Ali estuvo con ellos. Se quedó con ellos para siempre.

Esa misma noche, sentados en el embarcadero a oscuras, Kimkim musitó: «Creo que me voy a quedar aquí», y todo cambió.

—¿A hacer qué?—preguntó sorprendido Ted.

—No lo sé. ¿Trabajar en el puerto, quizá?—dijo Kimkim encogiéndose de hombros.

Ahí fue cuando Joar explotó con una rabia que no le habían visto nunca. Le estuvo gritando tanto rato y con tanta furia a su amigo que incluso Ted acabó enfadándose. Discutieron horriblemente los tres y, al final, Kimkim y Ted se fueron cabreados y Joar se quedó sentado solo en el embarcadero.

Joar se acurruca en el filo del tejado.

—Si se lo hubiera pedido, se habría quedado para siempre—masculla—. Joder, yo quería que se quedara, por eso tuve que gritarle cosas tan horribles. Le grité que había tenido que cuidar de él desde preescolar, pero que ya no podía seguir haciéndolo porque no puedo estar cuidando de un puto número infinito de personas. Que ahora tenía que cuidar de mí mismo. Fui todo lo cruel que pude...

Ted acerca la cabeza al hombro de su amigo todo lo posible sin llegar a tocarlo.

—Tardé mucho tiempo en entender por qué lo hiciste. Pero tú sabías que lo único que mantenía a Kimkim en este pueblo eras tú. Por eso lo apartaste. Lloró esa noche, pero sé que tú lloraste más. Y yo le dije que debía viajar, ver mundo, y al final accedió. Se fue. Yo te vi, encaramado a un árbol observando el taxi que se alejaba.

La voz de Joar oscila entre dos edades: los quince años y la actual.

—Luego me llamó, meses después, desde algún lugar de Asia. ¡En plena noche! El muy imbécil no entendía que había una diferencia horaria. Había encontrado un mural o como mierdas se llame eso. Sonaba a que estaba enamorado, dijo que quería que yo fuera el primero en enterarse. Y luego parece que se le olvidó que yo soy gilipollas. Recuerdo que hablaba y que yo pensaba que sonaba tan feliz... Él sí que podía ser feliz. Pero no aquí.

—¿Os volvisteis a ver alguna vez?—pregunta Louisa, y Joar esgrime una leve sonrisa descompuesta.

—Tuve problemas unos años. Fui un idiota total. Bebía mucho. Me planté en el aeropuerto un par de veces, pero no me atreví a subir al avión. No quería que me viera tan hecho polvo. Quería que me recordara joven y bello.

—Ser adulto es duro—interviene Ted.

—Ser niño también—señala Louisa.

—Habla por ti, ¡a mí se me daba de miedo ser niño!—dice Joar.

—SÍ, ya, me lo puedo figurar—reconoce Louisa.

—Pensaba que lograría asustar a Ted para que se largara también —dice Joar mirando a Ted—. Pero no paraba de venir a visitarme, todo el rato, hasta cuando estaba borracho y lo mandaba a la mierda. Se le da muy mal eso a Ted, no sabe irse a la mierda...

—No le gusta viajar—apunta Louisa.

Joar se ríe con tantas ganas que sacude todo el cuerpo y una parte del tejado se suelta. A partir de ahora la lluvia se colará por ahí y tendrá que echarle la culpa a Ted.

—¿Y Kimkim no volvió nunca?—pregunta Louisa.

—No. Él también se plantó en el aeropuerto unas cuantas veces— contesta Ted—. Pero da miedo volver a un lugar donde has sufrido tanto y te has sentido tan pequeño. Crees que te vas a convertir en la misma persona otra vez. Puede que lo entiendas cuando seas más mayor.

—Lo entiendo ahora—dice Louisa.

—Es probable, claro. Perdona—contesta Ted avergonzado.

—¿Y al final? ¿Cuando se puso enfermo?

Joar sacude el tobillo con el grillete.

—Yo entonces no podía viajar. Buena excusa para un cobarde.

—¿Hablabais por teléfono?

—SÍ. La última vez fue unas semanas antes de su muerte.

—¿Qué os dijisteis?

—Hablamos de Ali. Contamos chistes tontos. Le dije que le quería.

—¿Qué dijo él?

Joar mira a la madre de Christian antes de responder:

—Dijo eso que tú decías siempre, lo que dijo el pintor ese. Que deberías pintar como cantan los pájaros. Pero Kimkim decía que para él nunca fue así, que él pintaba como nos reíamos nosotros.

Dentro de unas pocas horas saldrá el sol, el aire será uno o dos grados más cálido y el verano estará de camino. Puede que sea solo su imaginación, pero Louisa juraría que oye a un gato maullar en la oscuridad, soñoliento, feliz y volviendo a casa. Puede que se lo esté imaginando también, pero Ted oye al gato y el sonido de los pájaros alzar el vuelo, el amable agitar de unas alas. En ese momento desea de pronto que el gato no parezca tan feliz porque falta un pájaro. Eso arruina de verdad el romanticismo del momento.

Dentro de un rato el mundo olerá a lluvia. Cuando las primeras gotas aterrizan en el tejado, los cuatro se incorporan y se meten gateando en la casa.

A Ted le pilla un poco desprevenido encontrar en el frigorífico de Joar el dibujo de Kimkim que Louisa había pintado.

—¡Me lo regalaste a mí!

—¡Me lo devolviste! ¡Tuviste tu oportunidad!—espeta enseguida Louisa.

—¡No puedes hacer eso!—lanza Ted, como si se estuviera planteando contratar a un abogado.

—¿Que no? Es superfácil, lo acabo de hacer—señala como si tuviera cinco años y se estuviera inventando sus propias reglas para un juego.

Se pasan un rato discutiendo, y eso harán muchas veces más, porque Joar tiene razón: Ted nunca la abandonará.

—Niñata—masculla Ted.

—Viejo amargado—dice ella riendo.

Con mucho cuidado, Joar saca el cuadro de la caja mientras los otros discuten, justo en el momento en que la madre de Christian entra en la cocina. La mujer, antigua profesora de Historia del Arte, tiene que apoyarse en la pared.

—Dios mío... Es increíble... Absolutamente extraordinario— exclama arrebatada.

Al principio, Louisa no entiende su reacción, porque parece que la madre de Christian está viendo el cuadro por primera vez. Tarda unos segundos en darse cuenta de que la mujer no está mirando esa pintura, sino el dibujo de Louisa.

CINCUENTA Y OCHO

Louisa encuentra la forma de poner a Ted de los nervios antes de que acabe la noche. Cuando se trata de molestarlo, la joven da muestras de una gran creatividad, eso hay que reconocérselo.

—Es una idea horrible—repite él una y otra vez en el coche.

Conduce la madre de Christian, Louisa va sentada de copiloto y Ted en el asiento de atrás siseando «¡cuidado!» entre dientes cada vez que una hoja de tamaño mediano planea por la carretera.

—A Ted no le gusta mucho estar dentro de un coche—dice con tono de disculpa la madre de Christian.

—A Ted no le gusta mucho nada—dice resoplando Louisa.

—¡Me gustan muchas cosas! ¡Pero no las que se mueven, nada más!—rezonga Ted.

La madre de Christian le dirige una sonrisa a Louisa.

Solo le gustan los libros. Cuando todos sus amigos se fueron, Kimkim a estudiar Arte, Ali al extranjero y Joar a la otra punta del pueblo, le dije a Ted que podía venir a verme y leer libros siempre que quisiera. Desde entonces ya no he podido deshacerme de él.

—Tienes una cantidad monumental de libros—se defiende Ted desde el asiento trasero.

La madre de Christian procede entonces a hablarle de la habitación grande que convirtió en una biblioteca en su casa

después de la muerte de su hijo. Ted iba allí cada día. Había un sillón cómodo, un lugar seguro y estanterías llenas de amigos imaginarios. Por eso se hizo profesor, porque quería darles la misma seguridad a otros niños, enseñarles a vivir aventuras sin moverse del sitio.

—Y te hiciste profesor de Historia. La asignatura más aburriiiiida del mundo—anuncia Louisa.

—¡Aburrida serás tú!—replica Ted.

La madre de Christian lanza una mirada severa por el retrovisor.

—¡Ted! ¡Deja de ser tan inmaduro!

Ted mira por la ventana malhumorado.

—Ha empezado ella.

En ese momento, por desgracia, la madre de Christian ve otra cosa en el espejo y exclama ansiosamente:

—¡Oh, oh! La policía.

Louisa levanta las cejas.

—No me digas que tú tampoco tienes carnet, como la madre de Joar...

—Claro que tengo carnet, cariño.—Y tras una breve pausa, añade —: Solo que no en este preciso momento. Me lo han retenido un tiempo.

Es el turno de Ted de ponerse ansioso:

—¿Cómo te retienen un carnet de conducir?

—Iba un poco demasiado deprisa—gruñe la mujer—. Así que me lo quitó un juez. Pero, si lo pensáis bien, eso pasó porque soy muy buena conduciendo y sé hacerlo deprisa.

—¿O sea que el juez te lo quitó porque te tenía envidia?—inquiere Ted.

—Desde luego. Eso suena bien. Lo usaremos de excusa—asiente la mujer.

—Si la policía trae perros, no te lo perdonaré nunca—dice Ted con voz entrecortada.

—Por el amor de Dios, Ted, ¿puedes tratar de no ser tú mismo un segundo?—resopla Louisa.

—¡Esto ha sido idea tuya!—se defiende Ted—. ¡Ni siquiera Ali y Joar tenían ideas tan malas!

Si la policía nos para, voy a decir que Ted me ha secuestrado—le susurra Louisa a la madre de Christian.

—¡Louisa! ¡No tiene gracia!—exclama Ted.

En cambio, a la madre de Christian le parece tan gracioso que se ríe con todas sus ganas y, sin querer, pone el pie en el freno y lo aprieta hasta el fondo; el coche patrulla está a punto de darse de morros con ellos. Uno de los agentes sale y se acerca para preguntarles si va todo bien.

—Bueno, al parecer conduzco demasiado deprisa o demasiado lento, nunca estáis contentos...—dispara la mujer.

El policía la mira sin saber qué pensar.

—¿Adónde se dirige?

—Nos ha secuestrado—dice inmediatamente Louisa señalando el asiento de atrás.

El agente mira a Ted, el hombre más desdichado del mundo, con la americana sucia, las gafas enganchadas con cinta y la cara cubierta de moratones. El agente se echa a reír.

—Un secuestrador, claro, claro...

El policía les desea una agradable velada y se aleja en su coche patrulla. Ted no se ha sentido más insultado en toda su vida. Las

mujeres, tanto la mayor como la joven, se ríen con tanto ímpetu que el coche se balancea. No es una mala noche, en absoluto.

Se detienen al llegar al museo. Louisa se cuela por una de las ventanas del lavabo. Ted se golpea la cabeza al entrar y tiene que volver a enganchar las gafas con cinta. La madre de Christian busca un hueco libre en una de las paredes y los tres cuelgan el cuadro de Kimkim. Se sientan uno al lado del otro y contemplan la obra.

—¿Sigues pensando que es una mala idea?—pregunta Louisa.

—¡Sí! Deberías venderlo, coger el dinero y tener una vida fabulosa—responde Ted.

Louisa sacude la cabeza apenada.

—Eso no funcionaría. Si veo este cuadro como si fuera dinero, veré todos los cuadros de la misma manera y nunca podré pintar nada.

La madre de Christian está sentada a su lado y hay un silencio tan largo que siente que quizá estén esperando que diga algo, de manera que hace lo que suele hacer y cita al poeta Tomas Tranströmer: «No te avergilences de ser humano; ¡enorgullécete! En tu interior se abre perpetuamente una caja tras otra. Nunca estarás completo. Así debe ser».

Louisa se abraza a sí misma. Ted limpia con delicadeza las gafas.

—Kimkim solía sentarse en una ventana a mirar la calle desde arriba y preguntar cómo se las apañaba la gente para ser humana.

—¿Qué le contestabas?—pregunta Louisa.

—Le decía que quizá se aprendiera.

—¿Y ya sabes cómo?

—Quizá esté en camino de hacerlo. Solo podemos aspirar a eso.

A Louisa se le ilumina la cara.

—¿En camino? ¿Más viajes aún?

—Calla—contesta sonriendo Ted. Ella no sonríe, claro.

—Su sitio es un museo—dice Louisa mirando el cuadro.

—El tuyo también—añade Ted.

Le ha dicho unas cuantas cosas bonitas, pero esta pelea por la primera posición.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿A mí me preguntas? ¡Esto ha sido idea tuya!—dispara Ted.

—¿Y? ¿Debería tener otro plan? Tú eres el adulto.

—(¿Debería tenerlo yo entonces? Si no puedo ni dormirme en un tren sin que me abandones.

—Te dejé una vez. ¡UNA SOLA! ¿Puedes parar de hablar de eso?

—¡NO!

Louisa esconde la mirada en el cuadro un buen rato.

—Vale, no lo volveré a hacer—masculla por fin.

—Vale—musita Ted.

—¡Vale!—repite la joven.

—Ya se nos ocurrirá un plan—musita Ted, disgustado.

Como haría un padre.

La madre de Christian carraspea, coloca la mano con ternura sobre el hombro de Louisa y dice:

—Cariño, tengo una sugerencia sobre qué es lo próximo que deberías hacer...

Ese es el final feliz.

CINCUENTA Y NUEVE

La alarma salta justo cuando están a punto de volver a salir por la ventana. Casi toda la culpa es de Ted, como le dirá Louisa a todo el mundo. Saltan al césped y corren hacia el coche sin parar de discutir. La madre de Christian conduce como una persona que bajo ningún concepto debería tener carnet de conducir. Al día siguiente los periódicos hablan del allanamiento, pero tienen que pasar unos cuantos días hasta que alguien descubra que los ladrones no han robado nada. Al contrario, han dejado algo.

Cuando finalmente se difunde, los noticiarios de todo el planeta retransmiten la noticia del cuadro de fama mundial que un comprador anónimo había adquirido en una subasta antes de la muerte del artista y que ha aparecido de pronto en un museo de su pueblo natal. Los turistas vienen de todo el mundo para contemplarlo. Los periodistas tratan de desvelar la verdadera historia tras el misterio, que han bautizado como el «golpe a la inversa», y algunos han llamado al propietario de la casa de subastas que vendió el cuadro a Ted.

Es precisamente el señor de la casa de subastas quien llama a Ted disculpándose porque, lamentablemente, ha perdido el número de teléfono de Ted. Este al principio no entiende qué quiere decir y

el hombre le explica amablemente que ama el arte, lo ama tanto que a veces pierde la cabeza.

—Al final, cuando llevas mucho tiempo vendiendo cuadros que valen millones, se te olvida que todo empezó por un enamoramiento. Pero cuando leí la historia de El del mar, me acordé de lo mucho que me gustaba. Me pasaba horas mirándolo antes de venderlo. No porque sea perfecto, sino porque no lo es. Es una de las obras de arte más humanas que he visto nunca. Me encantó oír que está colgado en un museo.

Algunas obras no las debería poseer nadie. Deberían ser de todo el mundo.

—Estoy de acuerdo—dice Ted.

—Así que me temo que no encuentro su teléfono—repite el hombre—. Me temo que todos los documentos sobre la venta donde aparece su nombre han desaparecido. Así que, cuando los periodistas me llamen para preguntarme, no les podré ayudar.

Y cuelga. El cuadro se queda en el museo y nadie descubre cómo llegó allí. Esa también ha llegado a ser una historia genial.

Ted recibe otra llamada. Es del revisor del tren. Sigue teniendo las cenizas del artista y ha estado intentando dar con Ted desde la noche que este se bajó a toda prisa del tren. Finalmente consiguió contactar con la madre que se había llevado su maleta y el cuadro, que conservaba su teléfono en el trozo de papel que Ted le dio en el andén. En fin... Una larga historia.

El revisor promete enviar las cenizas, pero no por correo, claro, que no es nada fiable. Lo envía vía revisores. De un tren a otro hasta llegar a su destino.

—Llámame si te apetece—dice el revisor.

—SÍ, por supuesto, te llamaré para informarte cuando llegue—dice Ted, que ha malinterpretado la invitación.

El revisor ríe.

—No, me refiero a que me llames alguna vez. Si te apetece.

Ted se ruboriza. Quizá no esté preparado para volverse a enamorar aún, pero es bonito que se lo pidan.

—Puede que hasta haga otro viaje en tren—contesta tímidamente.

—Estaré pendiente de los nuevos pasajeros—promete el revisor.

Entierran a Kimkim un día que huele a principios de verano. El pastor lee la Biblia, la madre de Christian lee poesía y Louisa pinta alas pequeñitas en la lápida. Una vez que el pastor se ha ido, Louisa y Joar se escabullen para coger la lápida de Ali y colocarla junto a la de Kimkim. A Joar le han dado permiso para asistir al funeral, aunque lleva su grillete en el tobillo, porque Ted se enteró de que existen ese tipo de excepciones. Mientras cubren las tumbas con flores adoptadas, Joar pregunta muy serio si pueden fingir que Ted ha muerto y lo van a enterrar al día siguiente, porque le encantaría ir al cine.

De vuelta del cementerio ven a unos niños dibujando con tiza en la calle. Louisa se detiene y pregunta si puede unirse a ellos, y dibuja calaveras y cucarachas que parecen tan vivas que a los niños por poco no se les salen los ojos de las cuencas. Cuando los padres los llaman para ir a cenar, una niña se gira y dice: «Te puedes quedar la tiza. ¡Tengo más!».

Louisa obedece y dibuja en todas las paredes que encuentra en el camino entre la iglesia y el mar. Por fin consigue ver el embarcadero. El viejo barrio del puerto ha cambiado, han construido pisos de lujo y hay restaurantes con nombres enrevesados y tiendas que nadie

entiende qué venden, por doquier pululan personas cabreadas con perros pequeñitos. Pero cuando llegan al final del embarcadero y se sientan con las piernas colgando, Louisa ve exactamente lo mismo que veían los cuatro amigos veinticinco años antes: un mar infinito, una gran amistad y una historia de amor verdadero. Los oye reírse. Reconoce el olor de un pedo. Su historia entera.

—¿Crees que puedes aprender a vivir sin Ali y Kimkim?—pregunta cuando regresan caminando despacio a casa de Joar, que se limita a sonreír y señalar una casa enorme.

—No vivimos sin ellos. Kimkim vive ahí, y a veces vive allá. Ali vive por allí, la veo cada día cuando sale a sacar la basura.

Ted señala otras casas y cuenta historias y fantasías. Sus humanos juegan al escondite.

—Yo creo que Pez vive allí hoy—decide Louisa finalmente.

—SÍ, es una buena casa. Una de mis favoritas—asiente con alegría Joar.

Caminan todos juntos y ven a sus amigos en todas partes a todas horas. Son guiños del Cielo.

—¿Has decidido ya?—pregunta Louisa mirando a Ted.

—¿El qué?

—Lo que vas a hacer con tu vida.

Las comisuras de los labios de Ted tiemblan con nerviosismo. Empieza a hablar con mucha vacilación, pero enseguida las palabras le comienzan a salir a borbotones.

—Me he enterado de qué pasó con el chico que me atacó. Está en la cárcel. Tienen escuelas, en la cárcel. Tienen... profesores. Creo que se me daría bien eso. Es una idea estúpida.

Louisa niega con la cabeza.

—No es estúpida.

—Es un poco estúpida—interviene Joar, señalando con la cabeza la pierna en la que le clavaron el cuchillo a Ted.

Sin embargo, a medida que avanzan se dan cuenta de que Ted se mueve cada vez mejor, menos incómodo. Recibir una puñalada es un trauma para todo el cuerpo, es posible que la pierna se recuperara antes que el resto; eran otras partes de Ted las que cojeaban. Muy lentamente, se está atreviendo a ser una persona otra vez. Un día, dentro de no mucho, Joar lo volverá a sacar a montar en bicicleta. Madre mía, lo que discutirán ese día.

—Serías un profe genial en la cárcel—lo anima Louisa—. Además, que haya guardias armados para protegerte es un extra, porque seguro que los vas a necesitar.

Joar ríe a carcajadas y Louisa se gira y pregunta de sopetón:

—¿Y qué vas a hacer tú?

—¿Qué coño quieres decir?—dispara Joar.

—Con el resto de tu vida.

—¿Qué mierda de pregunta es esa?

—A ver, sé que eres viejo, pero no tan viejo. Aún puedes hacer cosas.

Joar la mira como si nunca hubiera pensado en eso. Tras una larga pausa, comenta malhumorado:

—Podría intentar montar un negocio de reparación de motores. Podría abrir un puto taller en mi patio.

—Yo te puedo pintar el letrero—dice sonriendo Louisa.

Joar se queda pensativo un buen rato. Luego suelta un gruñido acompañado de la declaración de amor más irritante de la que es capaz una persona como él:

—Siempre y cuando no te quedes aquí.

Y ella se lo promete.

Al día siguiente, la madre de Christian llama a cierto director que ella conoce. El hombre suspira y dice que solo lo hace como un favor hacia ella, quien a su vez insiste en que es ella la que le está haciendo un favor a la escuela. Un día se demostrará que la mujer tiene razón, una vez más. Ted y Joar vacían sus cuentas corrientes para asegurarse de que Louisa tenga todo lo que necesita cuando se marcha. Bueno, en realidad es Ted el que pone la mayor parte. Pero Joar hace café mientras Ted va al banco, y eso también cuenta, según Joar.

Así pues, Louisa va a la escuela de arte y consigue evitar casi por completo las lecciones de los maestros, todo hay que decirlo, pero sí que hace amigos. Algunos son compañeros de clase, pero la mayoría son hombres y mujeres que llevan muertos cientos de años. Acude a galerías de arte, llora, descubre lo fuerte que puede latirle el corazón. Crece, pinta cada día, intenta aprender a ser humana. Una mañana, hace las maletas y se marcha; viaja en tren, en barco y hasta en avión, todas esas cosas que solo ha visto en las películas. Ve mundo, y el mundo la ve a ella. Su arte se hace famoso. Se convierte en la postal de otra persona.

Un día, irá en un gran coche negro por una lejana ciudad bulliciosa y de pronto le gritará al chófer que se detenga. Al final de un callejón habrá un adolescente con capucha pintando el muro de un edificio. Louisa se acercará cautelosamente con las manos levantadas y los dedos manchados de pintura para que entienda a qué se dedica. El adolescente retrocederá suspicaz, pero no saldrá corriendo. Louisa se plantará delante del muro, respirando la pintura, en medio de una explosión de tormenta y anhelo, y lo sabrá.

Ted se queda en el pueblo junto al mar. Vuelve a ser profesor. Lleva una vida normal que avanza lentamente, aunque puede que esté preparado para volverse a enamorar. Alquila una casita en la misma calle donde creció. Desde la ventana de su dormitorio ve la intersección donde siempre se despedía de sus mejores humanos con un «hasta mañana». Las cuatro piedras en las que escribieron sus nombres siguen enterradas bajo el césped. Los fines de semana acude en tren a una ciudad a una hora de distancia. Su hermano mayor trabaja allí y su madre se ha mudado al sótano de este. Ted se sienta en la cocina y juega a las cartas con ella. Antes de irse, da las buenas noches, primero a ella, después, a todos los fantasmas.

Se lleva bien con su hermano, salvo por el hecho de que tiene perros que no aprecian a Ted, pero el sentimiento es totalmente mutuo. La esposa de su hermano es una mujer gritona y graciosa a la que le gustan los sándwiches fríos de queso fundido, la Coca-Cola sin gas y los gusanitos de queso revenidos. No tienen hijos, pero hay niños en la casa de al lado y una tarde uno de ellos llama a la puerta y pregunta al hermano de Ted si da clases de piano, porque lo han oído tocar. Ese fue un gran día.

De vez en cuando, Ted va a ver a la madre de Christian y hablan de poesía y, a veces, leen cuentos de hadas, pero lo más habitual es que se queden los dos sentados juntos y en silencio.

El pastor de la iglesia acaba dándose cuenta de que hay una lápida de más en el camposanto, pero no dice nada. ¿A quién le va a molestar? ¿A los muertos? Están ocupados jugando a «¿Quién está ahí?». Cuando los del pueblo descubren dónde está la tumba de Kimkim, se forma una cola que se sale del cementerio de gente que va a dejarle flores. Al caer la tarde, la madre de Christian acude a

ayudar al pastor a recoger las flores y colocarlas en las tumbas que nadie visita.

Un puto sábado, Ted llama a la puñetera puerta de Joar. Es temprano que te cagas, dice Joar, pero Ted le pide que se dé prisa, tienen que estar allí cuando abra, antes de que llegue todo el mundo. Cuando salen, Joar bosteza y dice que a lo mejor estar en la cárcel y llevar el grillete no estaba tan mal. Cogen el viejo coche del padre de Joar, nadie entiende cómo ha conseguido que esa vieja cafetera siga funcionando, pero a él se le da bien mantener las cosas con vida, lo ha heredado de su madre.

Ted y él toman una puta taza de café y conducen hasta un puto museo. Llegan antes de que no quepa ni un puto alfiler. Pagan las putas entradas y caminan hasta el final, donde hay un puto cuadro colgado. Se quedan mirándolo una hora, aunque en realidad es un verano entero. Ted siente entonces que algo le toca las yemas de los dedos; tarda unos segundos en darse cuenta de que es Joar cogiéndole la mano.

Una noche, Ted se despierta de madrugada porque suena el teléfono. Contesta medio dormido y la voz al otro lado comienza a balbucear de inmediato:

—¿Louisa?—farfulla Ted, desorientado.

—¡Pues claro que soy yo!—exclama ella.

Nunca dice «hola» cuando llama, se pone a hablar sin más porque sabe que hay dos segundos en los que a Ted se le cae el alma al suelo si no dice nada, porque siempre piensa que ha sucedido algo terrible. De hecho, es incomprensible que un hombre que se preocupa tanto como él no haya sufrido un infarto. Sobre todo teniendo en cuenta que es tan tan tan viejo.

—¿Va todo bien?—gruñe.

—¿Por qué tienes esa voz tan rara?—pregunta Louisa.

—Es de madrugada.

—¡Ah! Claro, sí, la diferencia horaria. ¡Aquí es por la tarde!

—Qué considerado por tu parte.

—¿Estabas durmiendo?

—¿De madrugada? Sí, la mayoría de las personas normales lo hacen.

—Tú no eres para nada normal—ríe ella haciendo crujir el auricular.

—¿Podemos hablar mañana?—pregunta Ted cerrando los ojos.

—¡No, no, espera! ¡Quiero decirte una cosa!

—¿Qué cosa?

—He encontrado a uno.

—¿Un qué?—musita.

—Uno de los nuestros—responde ella con mucha seguridad.

Primero, Louisa oye un golpe, es cuando Ted deja caer el teléfono. Luego vuelve a oír su voz, muy despierta esta vez.

—Cuéntame—susurra.

Y Louisa se lo cuenta todo: lo del adolescente del callejón y lo de la pintura en el muro del edificio. Le habla de la velocidad a la que puede latir un corazón que nadie que haya dejado de ser joven recuerda. Habla sin parar y Ted la escucha, y el Cielo se acerca al tejado de la casa para escuchar también. Louisa le habla de un arte tan bello que al verlo sientes que dejas de caber en tu propio cuerpo, de una especie de felicidad tan abrumadora que es casi insoportable.

—Estaba delante de la pintura y se me ha olvidado que estoy sola y asustada, ¿lo comprendes?

Pues claro que Ted lo comprende. Si lo has experimentado una vez, no lo olvidas jamás. Si no lo has vivido, no hay manera de explicarlo.

—Si ese artista es de verdad uno de los nuestros, tienes que hacer todo lo que esté en tu mano para ayudarlo—dice Ted.

—Lo sé—responde ella con orgullo.

Y así comienza la siguiente aventura.

—Suenas feliz—dice Ted con una sonrisa.

—Lo estoy. Tú también.

—A lo mejor estoy en camino.

—Eso es lo único a lo que podemos aspirar, Ted. A estar en el camino.

—Suenas a adulta.

—Y tú a viejo.

—Yo siempre he sido viejo.

Más crujidos en el auricular.

—¿Puedo preguntar una cosa?

—Mejor no—bosteza Ted.

—Bueno, más que una pregunta, es una sugerencia.

Él responde con un suspiro, cosa que ella interpreta como una señal de entusiasmo, por supuesto.

—¡Sé lo que deberías hacer con el resto de tu vida, Ted! ¡Deberías escribir un libro!

Ted está sentado en el borde de la cama. El sol comienza a ascender al otro lado de su ventana. Aprieta los pies suavemente contra el suelo y uno de los listones de madera cruje. Ríe sin hacer mucho ruido.

—¿Y sobre qué iba a escribir un libro un tipo como yo?

Agradecimientos

A Neda, dieciocho años juntos y todavía me arrebatas el sentido con una sola mirada desde la otra punta de una habitación llena de gente. Sé que soy un idiota insoportable, pero, si puedo elegir qué hombre ser, quiero ser el tuyo. Prometo dejarte la mitad de las patatas fritas eternamente.

A mis hijos, perdón por ser tan raro. Perdón por olvidarme cada dos por tres de dónde he aparcado el coche. Perdón por comerme anoche todas vuestras golosinas. Espero que sepáis que intento ser el mejor padre posible, es mi mayor aventura. Estoy muy orgulloso de vosotros.

A Donkey, nuestro pastor alemán, que me vuelve loco de remate, lo cual quizá me libre de perder la cabeza de verdad.

A PeterBorland, mi editor, por permanecer a mi lado cada segundo de este proyecto. Gracias por no darte por vencido conmigo. A LibbyMcGuire por el apoyo y los ánimos continuos. A NiklasNattochDag, que ha compartido un despacho conmigo durante dieciséis años sin cambiar las cerraduras. Creo en ti.

A VanjaVinter y ChristineEdháll por leer este libro una y otra vez (y otra más) cuando se me hacía cuesta arriba, y por ayudarme a encontrar el camino. Nunca lo olvidaré.

A mimadre y mipadre, que siempre se aseguraron de que tuviera un libro en las manos y comida en el plato.

A mi hermana y Paul y E y J. Construid todos los Lego. No dejéis ni uno.

A Riad Haddouche, Junes Jaddid, Erik Edlund y el resto de mis amigos del pueblo junto al mar. A David Magee por todos los correos electrónicos. A Rita Wilson por todos los mensajes, las ideas y el apoyo. A Carl Stanley por los largos paseos y las charlas. A Johan Jureskog y Polly Jureskog por las maravillosas cenas en los momentos en que sin duda más las necesitábamos. A Philip de Giorgio por recordarme constantemente lo rematadamente viejo que soy. A Alex Schulman por leer un boceto muy primigenio de esta historia y aportar sus inestimables consejos.

A Kim Schefler y Michelle Elsner por ser mucho más que nuestros abogados. Si no hubierais aparecido cuando lo hicisteis, me habría retirado. AHákan Rudels, de Bomnnier, por ser justo y honesto incluso en épocas extrañas. A Tor Jonasson, sin el que mi carrera no hubiera sido la que es. A Ariele Fredman Stewart, quien, en muchos sentidos, construyó la parte estadounidense de la novela.

A todas las personas que trabajan en Atria y Simon é: Schuster por darme un hogar cuando estoy lejos del mío. A Adam Dahlin y Hákan Bravinger, de Norstedts, por darme un nuevo hogar en casa. A Byrd Leavell, Sophie Baker y todas las personas de United Talent Agency por reunir todo lo necesario.

A Sandra Pettersson, Christoffer Carlsson, Amad Osman, Miguel Guerrero, Marcus Leifby, Jakob Kakembo Andersson y Petter Eneman.

Pero mi agradecimiento va especialmente dirigido a todas las personas que lean este libro o cualquier otro estúpido desvío al que me hayan conducido las voces de mi mente en los últimos diez años. Solo contando historias me siento verdaderamente yo. Gracias por acompañarme.

Créditos

Mis amigos

Fredrick Backman

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 1970 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte é: Diseño, adaptación de un diseño original de James lacobelli

Ilustración de la cubierta: O Amy Devlin

Título original: Mina Váner

O Fredrick Backman, 2025

Publicado por acuerdo con Park, Fine € Brower Literary Management, LLC.

por mediación de The Foreign Office

O por la traducción, Noelia González Barrancos, 2026

Corrección de estilo a cargo de Gonzalo Rute

O Editorial Planeta, S. A., 2026

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 979-13-87869-99-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta